Antonio Rivera
Víctor Manuel Amado Castro
(eds.)

MÁS ALLÁ DE LA DERECHA

Diez casos mundiales

CATARATA

Antonio Rivera
Víctor Manuel Amado Castro
(eds.)

MÁS ALLÁ DE LA DERECHA

Diez casos mundiales

CATARATA

Antonio Rivera
Víctor Manuel Amado Castro
(eds.)

MÁS ALLÁ DE LA DERECHA

Diez casos mundiales

CATARATA

Índice

INTRODUCCIÓN. CONSERVADORES RADICALIZADOS Y DERECHAS EXTREMAS. Antonio Rivera y Victor Manuel Amado Castro

CAPÍTULO 1. LA HISTÓRICA TRINIDAD ARGUMENTAL DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS. Antonio Rivera

CAPÍTULO 2. TARDE PERO SEGURO, LA INCORPORACIÓN DE VOX AL PANORAMA DE LA NUEVA DERECHA EUROPEA. Aida Vitoria

CAPÍTULO 3. EL DISCRUSO DECADENTISTA: POTENCIADOR DE LAS EXTREMAS DERECHAS FRANCESAS. Javier Imízcoz Abecia

CAPÍTULO 4. FRATELLI D'ITALIA EN LA ERA DEL POSFASCISMO. Steven Forti

CAPÍTULO 5. DE FIDESZ A TISZA. ¿LÍMITES EN LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO ILIBERAL EN HUNGRÍA?. Luis G. Prado

CAPÍTULO 6. EL AUGE DEL ULTRANACIONALISMO EN LA RUSIA ACTUAL. Tania Domínguez e Iván Igartua

CAPÍTULO 7. LATINOAMÉRICA: ENTRE EL BOLSONARISMO Y LA IRRUPCIÓN DE MILEI. Maximiliano Fuentes Codera

CAPÍTULO 8. ESTADOS UNIDOS EN LA ERA DE LOS "LIDERES FUERTES". Virginia López de Maturana

CAPÍTULO 9. MÁS ALLÁ DE OCCIDENTE: LA RSS Y EL NACIONALISMO ÉTNICO HINDÚ. Eva Borreguero Sancho

CAPÍTULO 10. " A TU DESCENDENCIA DARÉ ESTA TIERRA: LA ULTRADERECHA MESIÁNICA Y SUPRE MACISTA JUDIA EN

ISRAEL. Victor Manuel Amado Castro

SOBRE LAS AUTORAS Y AUTORES

NOTAS

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Introducción

Colaboradores

Notas finales

Índice de contenido

Antonio Rivera y Víctor Manuel Amado Castro (eds.)

Más allá de la derecha

DIEZ CASOS MUNDIALES

Este libro se ha beneficiado de las ayudas que recibe el Grupo de Investigación reconocido por el Sistema Universitario Vasco "NACIONALIZACIÓN, ESTADO Y VIOLENCIAS POLÍTICAS. ESTUDIOS DESDE LA HISTORIA SOCIAL" (IT-1531-22; IP Antonio Rivera).

© Antonio Rivera, Víctor Manuel Amado Castro, Aida Vitoria, Javier Imízcoz Abecia, Steven Forti, Luis G. Prado, Tania Domínguez, Iván Igartua, Maximiliano Fuentes Codera, Virginia López de Maturana y Eva Borreguero, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Más allá de la derecha.

DIEZ CASOS MUNDIALES

isbne: 978-84-1067-327-4

ISBN: 978-84-1067-282-6

DEPÓSITO LEGAL: M-7.478-2025

thema: jpfq/jpfn/jpl

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Introducción

Conservadores radicalizados

y derechas extremas

Antonio Rivera y Víctor Manuel Amado Castro

El entendimiento que disfrutaron izquierdas y derechas europeas después de la Segunda Guerra Mundial se cuestionó a partir de 1973 con la llamada Revolución Conservadora y con la menos señalada reformulación del capitalismo internacional a partir de ese momento. Como si se tratara de la versión interior de la tregua de guerras en el viejo continente, la política, sin dejar de vivir sus convulsiones y contrastes, se acomodó a unos contendientes dispuestos al acuerdo y a no extremar sus evidentes diferencias. Ese escenario, el de los "treinta años dorados", el "cuarto de siglo de oro", fue de paz y de prosperidad en Europa y en el mundo progresado, y también de consenso entre diferentes. La crisis de Mayo del 68 mostró las tensionadas costuras socioeconómicas y socioculturales que soportaban ese modelo de vida: "No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre supone el riesgo de morir de aburrimiento", proclamaba el muro de la Sorbonne parisina. Después llegó aquella reestructuración ideológica y de reparto de trabajo internacional como resaca, además de la articulación todavía subterránea y oculta de una nueva derecha con renovados planteamientos de combate.

Los años noventa del siglo XX —de nuevo tan felices como disolventes— creyeron haber descubierto la piedra filosofal de un desarrollo tecnológico y capitalista sin límite ninguno. El capitalismo se fortaleció al calor de una globalización propiciada por el uso interesado de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, mientras su alternativa contenedora de una "tercera vía" naufragaba y el neoconservadurismo deslenguado y beligerante volaba en pareja con aquel neoliberalismo económico. La Gran Recesión y el reajuste mundial estructural de 2008 reafirmaron esas tendencias tanto económicas como políticas e

ideológicas, y la experiencia común de la pandemia de 2020 dio argumento y vida a sus expresiones negacionistas más hilarantes. La "batalla cultural" se convirtió en cotidiana y con ella la impresión de que los paradigmas que habían sostenido nuestro mundo durante decenios saltaban por los aires. Luego vinieron los gobernantes alocados en los más diversos países, dispuestos a poner en práctica ideas que creíamos insólitas. Lo nunca visto se ha convertido en rutina, la más inimaginable distopía en pura historia (quizás todavía periodismo).

La reflexión sobre la radicalización de las prácticas políticas, particularmente en el campo de las derechas internacionales, se está haciendo constante. "La ultraderecha se confronta con la izquierda, pero con quien compite es con la derecha clásica. Para los partidos conservadores la decisión acerca de si marcar la diferencia o buscar afinidades adquiere un carácter trágico y los obliga a elegir entre su vieja y poco atractiva identidad o un radicalismo que los aleja de los decisivos votantes moderados"[1]. Hay un gran número de libros y de autores que piensan sobre ello. Hay debates interminables sobre el nombre de la cosa, de la novedad, que expresan la dificultad de escapar a denominaciones históricas anteriores cuando la historia se empeña en rimar o reiterarse ahora de modo tan parecido a antaño. Al final alguien dice "fascismo" y el término suena como una losa que termina la discusión. Es lo que pasa siempre con fenómenos sociales novedosos, que generan una multiplicidad ruidosa de intentos por entender contemporáneamente lo que está sucediendo. Si no aciertan, por no contar con la ventaja de conocer cómo acaba esta partida, al menos expresan la voluntad de algunos profesionales de las ciencias sociales y de las humanidades por entender mejor lo que (nos) pasa.

Este libro colectivo es una contribución más a este intento por comprender[2]. Se presentan una decena de escenarios contemplados por diferentes autores y autoras, desde puntos de vista variados y a partir de aspectos relacionados con la singularidad de cada caso. Hablamos de un proceso general que, como sucede siempre, tiene sus plasmaciones nacionales al responder a problemáticas y necesidades también de orden local. En esa decena de casos los hay tanto referidos a formaciones y contextos de la derecha extrema o radical como al llamado conservadurismo radicalizado[3]. Se trata de

dos expresiones distintas en su naturaleza y desarrollo, aunque convergentes a día de hoy en algunos de los casos (en otros no, quizás todavía). La diferencia alimenta la atención por la política cotidiana y nos presenta escenarios variados donde el destino que presagian muchos todavía no tiene lugar. No es inevitable que esa "burguesía cruda" y bastante desalmada que ahora representa el nuevo rostro de las derechas termine en expresiones autoritarias, egoístas al extremo y disruptivas con el orden del que nos habíamos dotado hasta hace poco. No hay ninguna ley física que lleve a todos los clásicos conservadores a dejar de serlo y convertirse en furibundos derechistas. Hay ejemplos en un sentido y en otro, y mejor quedarse aún con la duda de hacia dónde evolucionarán cada uno de estos grupos que con la seguridad de que, indudablemente, acabarán en el sitio que apuntan algunos.

En todo caso, no puede ocultarse el hecho de que los tiempos son de amenaza y de que ya vivimos contextos no solo inéditos, sino insólitos. La casi totalidad de los grandes agentes internacionales (Estados Unidos, China, Rusia, la India…) se mueven en el terreno de los disidentes respecto del oasis anterior de la democracia liberal. Su desprecio por las normas los aúna. En el refugio de la Unión Europea prosperan los iliberales al frente de sus respectivos países, algo que también sucede en el continente americano. Las relaciones internacionales y el respeto entre países han entrado en una nueva fase, distinta por completo de la anterior. Si alguien pensaba que otro mundo mucho peor era posible, ahí lo tiene. El pensamiento progresista —el que creía en el progreso continuo de la humanidad— ha recibido la lanzada definitiva. Todavía estamos aturdidos por ello.

Los trabajos que se exponen a continuación abordan esa realidad aplicada a diversos países. Comenzamos con un panorama histórico a cargo de Antonio Rivera acerca de las derechas hispanas en los dos últimos siglos, destacando esa trilogía ideológica argumental que les ha dado vida desde sus inicios y que, a su manera, sigue haciéndolo: una constante influencia de la religión (católica) en la política, una visión esencialista y unitarista de España, y un respeto casi indiscutible a la institución que cierra ese triángulo perfecto, la Corona. Todavía la mayoría conservadora no ha dado el salto a derechista, pero suficientes elementos en su seno o en sus decisivos

entornos la invitan a seguir a su manera el camino marcado por la nueva derecha extrema local. En ese rastro continúa en el siguiente capítulo Aida Vitoria, analizando lo que podríamos llamar la prehistoria de Vox: las causas, sobre todo internas, que le dieron vida y, luego, impulso, la sucesión y empeño de sus dirigentes, sus cuitas personales proyectadas al espacio público, los entornos de influencia y el posicionamiento cambiante en cuanto a pensamiento y relaciones con correligionarios internacionales. Javier Imízcoz aborda la situación francesa y la importancia de su extrema derecha desde una perspectiva original: el punto de partida y desarrollo en estos dos últimos siglos de un pensamiento decadentista, antiprogreso y a la postre antiliberal que anidó en el vecino país y que ha penetrado extraordinariamente en su sociedad. Estudia sus orígenes como reacción a algunos cánones de la modernidad, nos presenta a sus valedores máximos y nos habla de su repercusión tanto en el estricto campo de la política como, sobre todo, en el de los lugares comunes más populares y extendidos.

Steven Forti disecciona el partido de la primera ministra italiana, Fratelli d'Italia, y da cuenta de sus tradiciones a partir de un neofascismo inédito en Europa porque pudo sentarse de continuo en las instituciones transalpinas tras su derrota en la Segunda Guerra Mundial. De ahí pasa a su transformación más reciente en el partido de Giorgia Meloni y debate sobre las razones de su éxito en el marco de la siempre convulsa y crítica política italiana. Finalmente, formula algunas hipótesis acerca de cómo se va reconfigurando pragmática, pero decididamente, esta experiencia de Gobierno en un país donde sí han confluido las corrientes marcadamente extremistas de la derecha con las de un nacionalconservadurismo cada vez también más radicalizado. El orbanismo, la política personal del dirigente húngaro Viktor Orbán, aparece como estímulo a emular en esa experiencia italiana. Por eso la trayectoria de Orbán y de su partido Fidesz es abordada por Luis G. Prado. Desvela su trayectoria desde un conservadurismo clásico que se va extremando hasta convertirse en el canon de democracia iliberal por excelencia, en el modelo a seguir y al que se sigue. El autor desgrana la estrategia llevada a cabo para implantar ese Estado iliberal o híbrido, que mantiene las formas de la democracia liberal, pero las erosiona en todos sus términos desde el desmonte paciente de todas sus tramas institucionales. Además, da cuenta de la

novedad de un disidente en ese campo, Péter Magyar y su partido Tisza, que, más que alterar el carácter del estado de cosas que se ha establecido, sirve para ilustrar acerca de las entrañas de una experiencia de Estado mafioso.

Tania Domínguez e Iván Igartua explican la trama institucional rusa y la exitosa inserción en ella de la figura de Vladimir Putin. En ese punto dedican atención a los otros partidos que acompañan en sus indiscutibles mayorías al suyo, Rusia Unida; también dan cuenta de los partidos de la oposición y de sus dificultades para sobrevivir al poder implacable del Kremlin. El nacionalismo exacerbado y conservador converge con una ideología euroasianista renovada que ha permitido al putinismo proyectarse como "una venganza de la historia", amenazante de todo lo que suponga Occidente y sus formas de vida, comenzando por la democracia liberal. Su última expresión es un irredentismo expansionista que cuestiona también las anteriores normas de relación geoestratégica y que altera dos tableros a la vez: el de la política (la suya y la de aquellos espacios sobre los que influye) y el de las relaciones internacionales.

Muy alejados geográficamente de Rusia, los casos tanto de Brasil como de Argentina que estudia Maximiliano Fuentes ponen de relevancia los contextos en que fue y ha sido posible la irrupción y llegada al poder tanto de Jair Bolsonaro como de Javier Milei. En ambos casos destaca una posición beligerante con sus oposiciones locales, diabolizadas como izquierdas amenazantes, aunque combatidas con el mismo argumentario y contra los mismos enemigos de todas las extremas derechas mundiales. La distancia de culturas políticas con lo que hasta hace nada se llevaba en Europa hacen singulares una y otra experiencia latinoamericana, por lo que suponen también de reflexión de hasta dónde las instituciones con que todavía contamos los europeos nos puedan servir de parapeto frente a estas irrupciones disolventes de lo público. El populismo libertario de Milei, en ese sentido, aparece a nuestros ojos como algo insólito, tanto en las formas histriónicas como en sus promesas progresivamente cumplidas de acabar con lo que todavía aquí tenemos por intocable: el Estado de bienestar (en las dimensiones que en cada caso tenga).

Todos los ejemplos descritos, con sus respectivas singularidades, se

subordinan ahora al hecho de que, en la todavía gran potencia, Estados Unidos de América, gobierna uno de los suyos. Un personaje, el presidente Donald Trump, que descoloca mucho a la hora de ser identificado entre los conservadores radicalizados —lo que de entrada parece— o entre los abiertamente extremistas de derechas. Virginia López de Maturana estudia la irrupción de estos "líderes fuertes" como él, que exhiben unas formas hasta hace nada inimaginables en el territorio de la política convencional y educada. Trump, por mor del poder internacional que maneja, se ofrece como el camino a seguir, por más que sus recetas respondan a necesidades y demandas de su esfera local, las del continente que dirige. En su capítulo se aborda la reciente historia de ese conservadurismo sin reservas ni escrúpulos desde que empezó a alimentarse en 2009 con el neoconservadurismo del Tea Party y cenáculos similares. La crisis de la superpotencia ha sido respondida por un movimiento de recuperación del orgullo patrio y de priorización de sus objetivos particulares: el famoso "Make America Great Again" (MAGA) ("Hacer Estados Unidos grande otra vez") que exhiben los seguidores de Trump. El primer mandato presidencial, el comenzado en 2017, informa adecuadamente sobre los despliegues que este puede llevar a cabo en esta segunda oportunidad, ahora ya sin las ataduras de entonces.

Finalmente, se presentan dos escenarios singulares que también se inscriben en esa común tendencia autoritaria: la India e Israel. La India, aquí estudiada por Eva Borreguero, fue la democracia más poblada del mundo y ahora es la autocracia electoral más poblada del mundo. Tanto Narendra Modi como su partido Bharatiya Janata Party (BJP) no son demasiado conocidos por nuestros lares, y mucho menos el aspecto concreto que aborda la autora: la trama social que lo soporta, el Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS), instrumento ideológico y operativo del nacionalismo hindú. Se estudia en el capítulo el contenido del proyecto hindutva, resultado a un tiempo del propio proceso nacionalizador de ese país y de las complejidades de todo tipo (castas, religiones y lenguas) que integra. La primacía reclamada en él de lo hindú necesita convivir, sin embargo, con manifestaciones tanto de modernidad como de tradición. Ahí, en esa capacidad adaptativa de un movimiento ya centenario como es la RSS, radica en buena parte la emergencia y continuidad del poder de Modi y de su formación política. Por su

parte, Israel presenta un escenario donde la derecha lo ha acabado ocupando todo. Su primer ministro Benjamín Netanyahu, al frente del Likud, se apoya en partidos del mesianismo ultraterritorialista (irredentista, a la postre) que lo llevan a posiciones de extraordinaria agresividad en el entorno de la región. La crisis última del territorio de Gaza y su singular invasión tras los atentados del 7 de octubre de 2023 son su expresión más evidente (sin olvidar el continuo pulso que los colonos alimentados por esas visiones político-religiosas mantienen en Cisjordania). Víctor Manuel Amado aborda la naturaleza ideológica y la trayectoria histórica de esos grupos, minoritarios, pero de clara influencia en las decisiones interiores y exteriores de un actor principal en una región en permanente crisis.

Una combinación de razones endógenas, propias de cada país, y de otras compartidas internacionalmente ha dado lugar en los últimos años a que el extremismo de derechas se haya convertido en un agente que amenaza el mundo tal y como lo hemos conocido. Aunque sabemos que su fuerza radica en el manejo de sentimientos movilizadores y a pesar de que la racionalidad y el rigor no son su fuerte, es necesario dotarse de conocimiento, razones y argumentos para analizar mejor aquello a que nos enfrentamos. En ese sentido, interesa desentrañar lo que, en cada caso, conservadores radicalizados o derechas extremas tienen de causas internas o externas para su auge, lo que explica su trayectoria como partidos o movimientos y la de los países donde han cobrado fuerza, los procedimientos mediante los cuales van vaciando de contenido real nuestras democracias liberales, el pensamiento profundo que los anima más allá de sus aparentes bufonadas y, finalmente, los intereses de grupo que manejan, tanto los de orden ideológico y político como los de carácter económico, que no le van a la zaga. Con esta panoplia de una decena de realidades pretendemos contribuir a un debate que resulta en nuestros días crucial para nuestro devenir como ciudadanos. Porque se trata de comprender para inmediatamente actuar a fin de protegernos de semejantes amenazas.

Capítulo 1

La histórica trinidad argumental

de las derechas españolas

Antonio Rivera

“Los tronos y los pueblos habrían sido felicísimos si el paso majestuoso con que el tiempo conduce la perfectibilidad a su asiento y madurez en el universo no se hubiera interrumpido en Francia en el último periodo del siglo pasado, extendiendo después por ambos mundos su turbulenta agitación”.

Rivera

y

De Pablo (2014: 9)

Así se expresó Íñigo Ortés de Velasco, uno de los “coinventores” del posterior fuerismo vasco en el ecuador del siglo XIX, cuando vio levantar amenazante, a finales de 1833, la bandera “revolucionaria” de lo que años después se llamaría carlismo. El que fuera marqués viudo de la Alameda, como el referente principal del fuerismo vascongado, ha pasado a la historia como liberal en tanto que anticarlista, pero no cabe ninguna duda, como acreditan sus propias palabras, que le asistía un influjo teórico conservador, por más que nunca reaccionario[4].

La derecha es una filosofía —y, a la postre, una ideología— reactiva: nunca habría existido de no haber surgido una izquierda que trató de imponer la voluntad humana a la continuidad de un tiempo interpretado en términos de historia natural. En ese sentido, 1789 es la fecha referencial en que el orden de las cosas se quebró y la temporalidad natural de la historia se trastocó al introducirse el concepto práctico de revolución. Frente a esa revolución se alzaron

desde el minuto uno diferentes expresiones del pensamiento conservador, de ese que confía en que la perfectibilidad de las cosas es cuestión del tiempo no alterado, de la sublime acción conjunta de la tradición y de la historia, y en absoluto de los hombres y de su voluntad, de la política y de las ideologías, y, mucho menos, de cualquier ingeniería social (in)imaginable. Las derechas, siempre en plural, se revolverían desde un principio contra la mayor ambición de las Luces, la de los revolucionarios. Y lo harían en sus dos versiones básicas: la reaccionaria, opuesta por completo a cualquier transformación debida a la mano del hombre, y la conservadora, animada por aquellos que, como el aristócrata alavés de la Alameda, conscientes de la "invencibilidad del siglo", de su inexorable caminar hacia el progreso, trataron de embridar en lo prudente y posible sus ánimos, y, sobre todo, las alteraciones a que daban lugar. Lo dejó claro de nuevo en aquella memoria remitida a la reina gobernadora (María Cristina) al ubicarse en el eterno y pretendidamente virtuoso intermedio (juste milieu) a que siempre aspiran estos y que definió enseguida a los que serían los doctrinarios en toda Europa, también aquí:

La lucha [otra vez la carlistada] quedó abierta entre dos opiniones opuestas: la una se fijó en una subordinación servil a todo lo antiguo; la otra quiso marchar adelante en la carrera de las reformas. Las calamidades del tiempo y la situación penosísima de la Nación produjo [sic] en lo general un cierto instinto de necesidad de mejoras que perjudicaba a la extrema servilidad. Las teorías opuestas prevalecieron por un tiempo, pero traspasaron su línea, no contaron con los obstáculos, desconocieron la fuerza de las costumbres, de los intereses combatidos, de la ignorancia, preocupaciones y demás agentes prácticos que entran esencialmente en la composición de un Gobierno; ambas opiniones propendieron demasiado a los extremos. (Rivera y De Pablo, 2014: 10).

El de la Alameda fue un liberal conservador, que asumía en la primera parte de su definición el hecho de que el pluralismo social había surgido para quedarse y que solo cabía atemperar sus efectos más extremos. Por su parte, los serviles, reaccionarios en todo

tiempo, derechistas en su profundidad ontológica, estarían inspirados por la intención extrema de poner un punto final alguna vez a esa diversidad de criterios que la modernidad había establecido, muy distinta del monismo que imperaba en las sociedades tradicionales (Berlin, 1992). Esa intención un tanto imposible de fijar como irreversible una imagen del pasado, esa utopía reaccionaria, pretendió en un tiempo volver violentamente a lo anterior. Confirmado en un momento que aquello era imposible incluso en términos de restauración, que "lo contrario de la revolución" ya no era ni factible ni operativo, ha pugnado históricamente por frenar y limitar los efectos del pensamiento progresista y por reconstruir en el presente lo pasado con nuevas formas, las posibles en el mundo moderno: corporativismo, comunitarismo, desigualdad organicista, jerarquía, religión… En ese empeño, no ha tenido empacho en alternar política y violencia (política) cuando fuera necesario. Todavía en julio de 2024, Donald Trump animaba a los cristianos a votarle con la promesa de no tener que volver a hacerlo nunca más, de tan bien que lo arreglaría todo. El húngaro Viktor Orbán decía en 2006: "Solo tenemos que ganar una vez, pero bien"[5]. Una ilusión engañosa en nuestro tiempo —o de difícil ejecución, al menos hasta hace poco—, pero una esperanza histórica de la política reaccionaria (y autoritaria): acabar con la amenaza de un mundo diferente, aspirando a fijarlo desde una imagen del pasado[6]. "Profetas del pasado", entonces, ese precioso término que utilizaran para ellos Émile Faguet y Jules Barbey D'Aurevilly en el ochocientos.

De manera que la conservación y la tradición de un modelo social que había funcionado al menos en el último milenio obligaron a sus partidarios a pasar a la acción para defenderlo, convirtiéndose ahora en conservadores y tradicionalistas. Fueron forzados a intervenir en política porque si "lo contrario de la revolución" no significaba solo otra concepción distinta de la del revolucionario sobre cómo se producen los cambios en la sociedad, sino también un rechazo a disputar en esa lógica, pronto no tendrían otra que aplicarse a terciar en el mismo terreno y con las mismas armas. Había comenzado el tiempo de la política moderna e izquierdas y derechas confrontaban por sus respectivos proyectos, alimentando así el combate ideológico característico de los dos últimos siglos y medio[7].

Altar, nación y trono. Dios, patria y rey

La trinidad argumental de las derechas hispanas es hija de su particular historia. González Cuevas (2023: 40) ha insistido con tino en que la perspectiva cultural dominante en la España de los dos últimos siglos ha sido la religiosa en su variante católica y que esta ha connotado por completo el carácter de ese mundo ideológico. Es por eso por lo que ese trilema común, que, con sus diferencias, usaron —y usan aún— nuestros conservadores y tradicionalistas, remitía a un edificio compacto, perfecto, de continuidad y enlazado con un pasado a retener en parte o en todo. La religión, como se reiterará, se valoraba como el procedimiento más eficaz para articular sociedades amenazadas de anomia social o de alejamiento de sus individuos de las pautas tradicionales. Los conservadores acudieron a ella como la mejor "cultura de orden" o disciplina, ni siquiera necesariamente en su dimensión estrictamente teológica, sino, de nuevo, más cultural o civil; los reaccionarios lo hicieron para advertir que la desestructuración social que conllevaba el mundo moderno era consecuencia del abandono de la tutela religiosa y que era recuperando esa primacía como se resolvería el grave problema de la disgregación comunitaria. De ahí al integrismo había un pequeño salto, porque ese argumento —una sociedad gobernada desde y por la religión— siempre estuvo presente a diferente escala entre las facciones de la derecha española y porque su variante teológico-política (o tradicionalista), volviendo de nuevo a González Cuevas (2023: 65-71), ha sido una de las dos, junto con la liberal conservadora, que más continuidad, seguimiento y consistencia ha demostrado durante el tiempo contemporáneo.

Todavía más, como explicó Álvarez Junco (2001 y 2014: 175), la religión ocupó durante decenios el espacio que en otros países le cupo casi en exclusiva o al menos centralmente a la naciente nación. Esto ocurrió así hasta que con Balmes y, definitivamente, con la Unión Católica de Alejandro Pidal ese sector asumió por fin el nacionalismo español y no lo hizo incompatible con la primacía y

lealtad originales de tipo religioso. La línea la consolidaron su intelectual, Menéndez Pelayo, y luego los nacionalcatólicos, que la hicieron práctica en el siglo XX en el territorio de la política. Pero, con todo, en ese trayecto, catolicismo y patria se confundieron, y connotaron ideológicamente a la nación española de una identidad religiosa y también reaccionaria harto distinta de aquel españolismo liberal que pugnó finalmente con menos éxito por representar el carácter de la nueva comunidad política. En su extremo, Menéndez Pelayo acuñó el famoso párrafo donde España solo tiene significación si su esencia se liga a la religiosa cristiana:

La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de los Concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colectivas, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. […] España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio…; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vetones, o de los reyes de Taifas (Menéndez Pelayo, 1934: 352-354)[8].

Esa visión sectaria, que tanto predicamento tuvo entonces y después en las dictaduras militares del siglo XX, arrastró dos derivas especialmente perniciosas. La primera consistió en la identificación de una "anti-España", que ya venía de los tiempos de la francesada de 1808, pero que se afianzó e hizo ley en nuestras experiencias autocráticas e, incluso antes, en una cierta normalidad social. Quien no cumplía con su condición de católico era tomado por mal español, y a esa caracterización se le sumaron luego otras de diverso cariz y coincidente tenor ideológico: masones, izquierdistas, nacionalistas diferentes de ellos, liberales en general. La segunda es que esa visión monista aportó a las derechas españolas unos esquemas e interpretaciones providencialistas y dicotómicos extremos, de lucha del bien contra el mal[9]. Parte de la explicación rutinaria de las "dos Españas" como espacios configurados y pétreos —además de intolerantes— se alimenta de esas nociones.

El factor religioso, entonces, se alzaría como condicionante de todas y cada una de las expresiones de las derechas hispanas, haciéndolo en diversas versiones. Donoso Cortés y Balmes se señalaron ahí como sumos sacerdotes ideológicos. Las hubo integristas extremas con ese nombre (o con el de "neos") y más pragmáticas y distintas entre sí en el caso de los carlistas y de los pidalistas de la Unión Católica; antes, hubo una corriente de los moderados, el tradicionalismo isabelino de los del marqués de Viluma, encajable en este grupo. Influyó en los liberal-conservadores, que, si bien optaron por permitir cierta libertad de criterio íntimo a los ciudadanos, no dudaron en primar la lógica religiosa y en favorecer a su organización (la Iglesia católica) ni se deshicieron de su personal catolicidad, que siempre influiría en sus decisiones políticas (así, de Cánovas a Maura hasta llegar a Gil-Robles).

Por supuesto, la religión y la Iglesia dominaron estrechamente los primeros decenios de trayectoria de las facciones políticas nacionalistas catalana y vasca. Estuvieron ambas detrás de las frustradas experiencias democristianas y del primer partido de masas católico de España —con permiso del anterior carlista—, la CEDA. Posiblemente, tanta confusión entre Estado, nación y religión esté en la razón de la inoperancia en nuestro país de un partido católico, como sí lo hubo en otros que tuvieron diversidad de credo (Alemania) o que no lo tuvieron tanto (Italia, Bélgica). Tampoco los de Gil-Robles supieron desasirse en el tiempo republicano de la trampa a la que los llevaron las otras derechas y no resolvieron si eran un partido leal al régimen establecido o abiertamente enemigo de este. Del mismo modo, su mayor modernidad —aquella a que contribuyó la estela de Herrera Oria desde años atrás— quedó arrumbada por esa irresolución y solo sirvió a nivel funcional. La insuperable presencia de Iglesia y religión forzaron también al fascismo español a combinar su radicalismo doctrinal con un esencialismo nacionalista de corte religioso, al punto de que, en ocasiones, como veremos, resultara borrosa la diferencia entre lo teológico-político (tradicionalismo) y lo radical (verbigracia, ese particular falangismo joseantoniano en oposición a otro más genuinamente fascista de Ledesma Ramos). Finalmente, religión e Iglesia estuvieron (en el segundo franquismo) y están hoy en torno a sectores contradictorios que leyeron de manera diferente la recomendación posconciliar acerca de la posición del ciudadano

católico en la sociedad moderna: de los movimientos de base parroquial —por primera y última vez un catolicismo de izquierdas en España— a la influencia del catolicismo en las derechas de la transición a la democracia, sin olvidar la nueva naturaleza militante de los lobbies y activistas ultracatólicos de hoy.

Y detrás de todo, de nuevo, la historia. Como apuntó de manera destacada González Cuevas (2023: 41), la salida española de las guerras de religión desde el siglo XVI fue la Contrarreforma, lo que evitó el proceso de pluralismo religioso y fragmentación de cosmovisiones que se dio en otros lugares de Europa y, particularmente, hizo que el Estado no mediara entre las diferentes confesiones religiosas ni necesitara convertirse en un referente legitimador laico y neutral. No hubo, entonces, ruptura entre altar y trono, con las grandes consecuencias que ello conllevó para el futuro.

En lo que hace a la patria, a la nación moderna española, conservadores y tradicionalistas se aplicaron a una visión esencialista de esta, además de unitarista. En su origen, los moderados que pusieron las bases del Estado español en el ecuador del siglo XIX llevaban la misma sangre jacobina de todos los liberales y con ella su aspiración a la unidad y homogeneidad de tratamiento de todos los ciudadanos por parte del poder político. En ese sentido, la centralización estaría justificada por la necesaria igualación jurídica. Sin embargo, un Estado débil como el español de entonces, dirigido por políticos finalmente no demasiado interesados en su fortalecimiento y con una mirada elitista y displicente hacia su ciudadanía, no centralizó para unificar en derechos, sino, todo lo contrario, para ser más eficaz en el control y ejercicio de su poder (Rivera, 2022: 101). Acostumbrados desde comienzos de siglo sus opositores progresistas a que el juntismo local fuera la alternativa de base, popular, frente a las tendencias centralistas, la contemporaneidad española ha conocido un pulso continuo entre el centro y la periferia. Hasta el final de la Restauración esto se tradujo sobre todo en una demanda de los municipios frente al control que ejercía el Gobierno desde la provincia, en concreto desde la figura de los gobernadores civiles; con la crisis de la Restauración y a partir de la Segunda República esta reclamación se concretó en algunas regiones en nacionalismos

alternativos al español que animaron procesos de autogobierno mediante estatutos autonómicos.

Lo cierto es que las reclamaciones antiunitaristas en España han tenido siempre un carácter más progresista que conservador; se han dirigido contra el poder casi permanente de los conservadores. Como se ha apuntado, así ocurrió con toda la tradición juntista y sus milicias nacionales locales que (re)nacían a cada convulsión que sufría el país para tratar de cambiar de Ejecutivo extralegalmente (toda vez que legalmente había poca oportunidad desde aquel incidente Olózaga de noviembre de 1843). Después se mantuvo perenne la exigencia de más poder y recursos para los municipios, empobrecidos al extremo tras la desamortización de sus bienes comunes y la aplicación de la planta institucional española a partir de los moderados (y continuada por los conservadores). Finalmente, el mito movilizador de La Federal recogió diversos anhelos populares relacionados con la igualación social, los derechos extendidos a todas las personas, la república como forma de Estado y también la autonomía municipal como espacio real de vida y gobierno de los ciudadanos (Suárez Cortina, 2023). Luego, como se ha dicho, el estatutismo regional promovido por los nacionalismos llamados periféricos tomó el relevo y, a partir de la connotación anterior, anticentralismo se ha confundido en España con pensamiento progresista e incluso de izquierdas, como pasaría finalmente desde el tardofranquismo (y al revés: centralismo y unitarismo con derechas).

En ese cuadro, solo el carlismo fue diferente. En su recelo frente a un Estado cada vez más potente, capaz y unificado, el tradicionalismo encontró de nuevo en la reivindicación del pasado la respuesta. Su "federalismo avant la lettre", preliberal, recogía la tradición española de Estado compuesto, reconocía a los territorios como otro cuerpo intermedio de la monarquía, reivindicaba el espacio real y no abstracto de los espacios inmediatos, y cercenaba la tendencia unificadora, unitarista y homogeneizadora del Estado que venía ya de su también combatido despotismo ilustrado y que ahora remataba el liberalismo con similar intención, aunque con antagónico argumento (Rivera, 2022: 15-16 y 34-35)[10].

Sin embargo, ese importante matiz no le hizo disentir a este sector,

todo lo contrario, del tronco doctrinal de las derechas españolas que veían España como una esencia. Cánovas del Castillo lo repitió en numerosas ocasiones: frente a la visión de un Ernest Renan, modernista y no menos instrumental en su condición de francés contemporáneo de Sedán (1870)[11], él entendía que "la nación no es ni será nunca el producto de un plebiscito cotidiano". En consecuencia, "el vínculo de la nacionalidad que sujeta y conserva a las naciones es por naturaleza indisoluble"[12]. Todavía los nacionalismos catalán y vasco no habían nacido, pero la concepción canovista no prometía oportunidades. España era una, por conveniencia y por esencia; los otros nacionalismos han repetido el mismo argumento para sus respectivos territorios. Desde entonces, a partir ya del siglo XX, el problema territorial es uno de los que más ha aportado a la úlcera española. Y en esa pugna, nuestras derechas han sido indiscutiblemente unitaristas y centralistas, esencialistas, nacionalistas españolistas y antinacionalistas al referirse a los contrarios (o, mejor, contra el nacionalismo de los contrarios). En ese sentido, no ha habido hasta "la España de las autonomías" actual una preocupación en la derecha por la cuestión territorial que desembocara, como ha ocurrido en otras naciones Estado, nuevas y viejas, en reflexiones de corte federal o en procedimientos de reparto del poder administrativo del conjunto. Como se ha dicho, solo los "austracistas" conservadores, como Herrero de Miñón (1998), con una retórica preliberal, han señalado algo a ese respecto.

En los últimos tiempos, la emergencia de una derecha extrema en el siglo XXI ha vuelto sobre esos criterios que ya alcanzan a los principios inamovibles. Así se expresaba el líder de Vox, Santiago Abascal, con la inestimable ayuda de Gustavo Bueno (hijo), en sus inicios como promotor de ese partido:

No cabe, en todo caso, confundir (reducir) soberanía nacional y soberanía popular (concepto de origen rousseauniano y de estirpe plebiscitaria —de plebe—, contractualista), como en cierto modo hace la Constitución de 1978, del mismo modo que no cabe reducir la Nación al Pueblo. En efecto, Pueblo designa, ante todo, a una muchedumbre viva que, en el presente, es concebida como capaz de

expresar su voluntad política (la voluntad general) mediante el sufragio; pero la Nación no solo designa al Pueblo que vive en ella, sino también a los muertos que la constituyeron y mantuvieron, y a los hijos que todavía no han empezado a vivir (o incluso los que ya han nacido, pero aún no tienen derecho al voto), pero ya están, sin embargo, contemplados en los planes presentes dirigidos al mantenimiento futuro de la nación. Por eso, el pueblo no puede decidir sobre la Nación española, y menos aún una parte suya, aunque sí puede, si las divergencias entre sus componentes son muy fuertes, hacer inviable la recurrencia de la Nación, lo que implicaría a su vez la dispersión de la propia muchedumbre popular y, con ello, su ruina (Abascal y Bueno, 2008: 148).

Otra vez a vueltas con las palabras de Renan (y de Rousseau), para terminar en la afirmación de que no cabe, no se puede, no se debe y no se deja pensar España de otra forma que no sea la construida por el conservadurismo español, de Menéndez Pelayo definitivamente para aquí. De manera que el presente autonómico sería, en un caso, un punto de llegada insuperable o, en otro, una realidad necesitada de revisión y en algunas partes de impugnación, como postula el partido del alavés, Vox.

Dios, patria y rey. La Corona cierra necesaria, lógica y adecuadamente la trinidad histórica argumental de nuestras derechas. Obsérvese que decimos bien: nuestras derechas, las hijas directas de la experiencia histórica española, porque las derechas de otros países son indistintamente laicas o religiosas, unitaristas o federalistas y republicanas o monárquicas. En nuestro caso, la disciplina respecto de la trilogía ideológica tiene que ver con esa deglución histórica, con una experiencia concreta y con una cierta pereza para escapar a esa maldición. Piénsese, por ejemplo, que los dos instantes, hasta el del presente, en que las derechas han sido apartadas del poder en la historia española de los dos últimos siglos han coincidido con ambas repúblicas, que propusieron, entre otras cosas, una planta territorial federal o autonómica, una revisión profunda de la relación Iglesia-Estado y una reforma de las condiciones sociales del elemento popular, además, va de suyo, de un régimen no coronado. Esas dos experiencias negativas para las

derechas se traducen en una negación constante, atávica, pero no menos histórica, a albergar posibilidades alternativas a cada elemento de la trinidad argumental: la religión dominante, la patria unitaria y eterna, y la monarquía acabando el equilátero perfecto[13].

A ello contribuyó en origen que la monarquía se cerrara ya desde los moderados como régimen, dotándose de unos contenidos ideológicos de parte e imposibilitando tanto que los progresistas pudieran gobernar con ella como que pensaran representarse genéricamente en ella. De manera que cuando el régimen entraba en crisis —lo mismo da el isabelino en 1868 que el originalmente canovista en 1930-1931—, lo hacía también la forma de Estado, y la monarquía caía o se tambaleaba seriamente; enfrentarse al régimen era, finalmente y en buena medida, hacerlo a la forma de Estado. De ahí que en nuestro país el debate monarquía o república fuera durante años —todavía lo es, quizás muy deformado y extremado hoy— una discusión con claros contenidos semánticos y no solo funcionales, donde una y otra representaban respectivamente a derechas e izquierdas (y, dentro de estas, a algunos nacionalismos como el catalán, más que el vasco original)[14]. José Mª Jover vio muy bien ese carácter ideológico al describir la intención de Cánovas con la Restauración borbónica en relación con lo acontecido en el Sexenio Democrático: “Frente a desorden, separatismo, irreligión, falta de autoridad, utopía, plebeyez y socialismo se levantaba alternativo ‘un sistema de contravirtudes’ compuesto de orden, unitarismo, religiosidad, jerarquía, realismo, distinción e individualismo liberal y capitalista” (Jover, 1981).

Y su aplicación práctica, sobre todo con Alfonso XIII —ya menos canovista en su fórmula de Gobierno—, fue que el rey pasó a representarlo todo, con los riesgos que ello entrañaba. Así, representaba a la nación y su unidad, lo hacía al territorio, porque desde la perspectiva preliberal era el que unía esa suerte de cosoberanías, lo hacía del juicio sobre el estado de la opinión pública cuando dejaron de interpretar este unos partidos en crisis (y superada la anterior fórmula del pretorianismo decimonónico), lo hacía del orden social anhelado por las derechas en tanto que su poder se reproducía por herencia (como la propiedad) y lo hacía en su condición de jefe militar, con interlocución directa con el

Ejército.

Con todo ese pertrecho histórico, entonces, desde las derechas, la Corona no se discute, ni siquiera en los momentos conocidos más comprometidos o claramente sucios de la gestión del anterior monarca Juan Carlos I. Hubo conservadores en la historia de España que pusieron pie en pared contra los errores de sus reyes o reinas. Recordamos a algunos, como Niceto Alcalá-Zamora o Miguel Maura, que se desmarcaron de Alfonso XIII, y antes a otros que lo hicieron de Isabel II sumándose al Pacto de Ostende (1866) desde las filas de la Unión Liberal o declarando loco a su padre en Sevilla, camino de Cádiz, en 1823, para evitar que se proclamara de nuevo como absoluto (Sevillano Calero y Soler Pascual, 2013). Sin embargo, no hay conservadores y derechistas actuales que hayan criticado en público los negocios ilegales o el comportamiento del anterior rey.

Esto se explica porque, en el pensamiento conservador, la Corona cierra y da sentido a su cosmovisión sociopolítica: vertical, historicista y católica. Ello no esconde las cuitas que ha tenido nuestra monarquía nacional moderna. Tratando de salvar su corona, se aliaron a los liberales y a las izquierdas, respectivamente, en las situaciones comprometidas de 1833 y de 1976, y todos los Borbones, sin excepción, los cinco que hemos tenido, acabaron mal con sus progenitores por el carácter ideológico de su trono[15]. En algún momento, hasta Isabel II llegó a representar a la opinión liberal, en esa operación de "reina inocente" (welfare monarchy) que labraron desde Espartero con tan mal resultado final (Jorge Vilches, 2007 y 2018). O qué decir de la reciente monarquía de Juan Carlos I, concebida por su promotor (Carrero Blanco) y por el propio dictador como instauración de una de tipo tradicional católica, devenida por mor de las circunstancias en democrática, por constitucional y parlamentaria. Con todo, ello no obsta tampoco que la adhesión monárquica sea a todos los efectos más instrumental que sentida, justificada ahora por el renovado intento de hacerse popular, moderna y útil, una suerte de "república coronada", como se ha señalado tantas veces y desde ámbitos tan distintos.

Para las generaciones actuales, lo de monarquía o república es un

debate secundario, muy por detrás de los que les hablan de sus derechos sociales, económicos o políticos. A esos efectos, España fue durante 40 años de dictadura franquista una cosa un tanto extraña: una monarquía sin rey (Lario, 2019), lo que mermó también la relación de la ciudadanía con la institución, cualquiera que esta fuera y cualquiera que fuera su adhesión o rechazo. Pero, para las derechas, resuena el viejo dogma de la "constitución interna" acuñado por Cánovas, donde monarquía y Cortes comparten una soberanía donde ni una ni otra se pueden contradecir ni negarse. Otra vez, ese doble historicismo, el de la Corona y el de una representación popular añeja y continuada de alguna forma, bloquean tanto la opción alternativa de república como la de una monarquía no sometida sin discusión al poder principal del Parlamento, de la voluntad popular. Debates recientes en ese ámbito político, como el de la ley de amnistía de 2024 y lo que tenía que haber hecho Felipe VI ante su firma, renuevan esa convicción profunda[16].

Las tres erres de las derechas hispanas: resistente, reaccionaria y radical

Fue Eugen Weber (1971: 13 y ss.) el que acuñó para Francia la clasificación de sus derechas en términos de resistente, reaccionaria y radical[17]. Allí, ese trinomio se traduciría en la derecha liberal orleanista, en la tradicionalista monárquica legitimista y en la plebiscitaria bonapartista (y, décadas después, en Acción Francesa). En el escenario español se corresponderían, respectivamente, con los liberal-conservadores, los tradicionalistas y los falangistas (o la versión más actual de la nueva derecha en su formato local).

Indudablemente, la primera familia ha sido y es la más importante de las tres y la que más influencia ha ejercido en la conformación de la realidad española. El protagonismo destacado de los moderados del ecuador del siglo XIX en el establecimiento de las bases y de las formas del moderno Estado español nunca se pondera lo suficiente (Pro, 2019). Para bien y para mal, en los aciertos y en

los errores, es una herencia de los isabelinos que luego corregirían y modernizarían otros, con especial influencia otra vez de los restauracionistas alfonsinos. Este sector es el que ha metabolizado las transformaciones sociopolíticas de los dos últimos siglos y medio, dándoles forma y dándosela a sus formaciones. Por las características del escenario español, se conformaron como elitistas, autoritarios, conservadores, burgueses y poco dados a evolucionar hacia idearios más modernizados, flexibles y capaces de integrar los nuevos grupos que generaba la sociedad de masas del cambio de centurias. La influencia que en ellos tuvo el poso religioso se ha señalado ya, pero su relación original durante décadas con el pretorianismo también les ha hecho mella en su carácter autoritario y hasta tendente a soluciones extremas (su decantamiento por sucesivas dictaduras militares en el siglo XX lo corrobora).

En sus cercanías —más bien en las de los progresistas y liberales sagastinos— podría haber prosperado también una derecha liberal, que en España ha tenido escaso peso. Habitualmente se ha achacado esta circunstancia tanto a la poca entidad de una clase burguesa que le diera soporte como a la tendencia a aristocratizarse de la parte más destacada de esta. Los efectos de la trilogía argumental o ideológica que hemos descrito anteriormente también se destacan, así como la demonización por los sectores católicos de algunos planteamientos teóricos o filosóficos que perfectamente podrían haberle dado sustento (verbigracia, el krausismo organicista, rechazado al proyectarse como una moral laica). El caso es que diversos pensadores que en algún momento bien pudieran asociarse a esa derecha liberal —de Unamuno a Ortega— no aparecen de manera tan caracterizada, porque en sus propias biografías chocaron con las expresiones más contumaces, reaccionarias y violentas de esa misma derecha, convirtiéndose esa parte de su experiencia negativa en lo más significativo de ellos políticamente hablando (confinamiento, exilio).

El caso de los reformistas de Melquíades Álvarez sirve de poco a estos efectos, más allá de ser escuela de reformistas republicanos de importancia durante los años treinta. En esa experiencia de Gobiernos, lo que podía ser la herencia de aquel liberalismo conservador —de Alcalá-Zamora y Miguel Maura al propio Lerroux — también solo cosechó fracasos y difícilmente puede identificar

una trayectoria de este sector. En los años anteriores, durante la crisis de la Primera Guerra Mundial, el maurismo quedó atrampado en su propia contradicción, generando indistintamente un sector abierto a la nueva sociedad y dispuesto a responder a esta desde el catolicismo social (Ossorio y Gallardo) y otro, corporativista y autoritario, beligerante con esa novedad (Goicoechea) (Tusell y Avilés, 1986). A pesar de que el germen de un partido democristiano ya estaba establecido, el contexto de la Segunda República desfiguró un tanto esa trayectoria en el caso de la CEDA de Gil-Robles, importante experiencia que otra vez se escindió internamente y se hace difícil incardinar por completo en esta tradición liberal conservadora. Después, la larga dictadura franquista convirtió la oposición de ese signo, democristiana, liberal o incluso falangista disidente (cada vez más liberal y menos fascista, como Ridruejo), en un pequeño apéndice del antifranquismo, mucho más caracterizado este por su izquierdismo y por proceder de culturas políticas distintas; incluso los casos en que venían de un catolicismo militante fueron absorbidos en buena medida por esas izquierdas más actualizadas y "de moda". Al salir de la dictadura, la gran expectativa que alimentaba la democracia cristiana de representar a una derecha reformista en paralelo a otra socialdemocracia similar, siguiendo el patrón europeo, se desvaneció producto de sus múltiples divisiones internas, sus errores estratégicos y, finalmente, la competencia irresistible de una alternativa desde dentro del régimen, la Unión de Centro Democrático, que los atropelló; como mucho, algunos consiguieron después incorporarse incómodamente a aquel partido del presidente Suárez (Rivera, 2022: 331-338).

Por su parte, el tradicionalismo representó en España un caso singular. Si en todos los países se manifestó un sector refractario por completo a las transformaciones liberales y partidario de los esquemas del Antiguo Régimen, llegando incluso a utilizar la violencia abierta en esa defensa, en España lo singular de ello fue su continuidad. La formación que mejor lo representó, el carlismo (con sus diferentes denominaciones), se conformó como partido desde muy temprano, sobrevivió a dos (o tres) guerras civiles durante el siglo XIX, todas ellas saldadas con derrota y sucesiva recuperación posterior, y todavía tuvo músculo para estar presente de manera decisiva en la que tuvo lugar en los años treinta del siglo XX (la

civil del 36) y para mantener un tiempo durante la dictadura que siguió a esta alguna característica propia (Canal, 2006).

Su caso ilustra perfectamente la potencialidad del sector teológico-político, ese que une trono y altar, y establece el hecho religioso como legitimador de la praxis política. Si no ha sido el más importante de nuestras derechas, sí que ha sido el más popular y el que, en las situaciones críticas, donde impera la derecha "exagerada", en acepción del politólogo Rivera García (2006), aporta sus contingentes numerosos y militantes. También fue más social y, en las disputas, más democrático que la facción conservadora resistente, de natural más cínica y elitista. Se recuerda poco que La Esperanza, carlista, era el diario de mayor circulación nacional en el ecuador del siglo XIX o que muchos de los periódicos locales de ese signo lo eran también en sus espacios de difusión. Su presencia fue protagonista en todos y cada uno de los intentos movilizadores de las derechas hispanas, lo mismo da que nos refiramos a peregrinaciones masivas de corte religioso (aquella a Roma de 1894) que a sostener las bases del sindicalismo católico (o el libre catalán) o que a mantener disponible una fuerza militar como el requeté (González Calleja y Aróstegui, 1994: 29-53). Además, sobre esa perenne base carlista reposó el nuevo aporte de los católicos que tomaban posición política beligerante en cada momento crítico, incrementando notablemente sus efectivos muy por encima de los encuadrados en la histórica Comunión Tradicionalista: los neocatólicos en la crisis de 1868 o los neotradicionalistas de origen alfonsino de Acción Española y Renovación Española durante la Segunda República y después, en una conjunción de procedencias dinásticas forzada por la entidad del enemigo común. Su representante máximo, José Calvo Sotelo, se expresaba palmario en noviembre de 1935:

Somos españoles y tradicionalistas. Afirmamos la jerarquía y la autoridad. Frente al inmoral secesionismo de una historia mal entendida, afirmamos la unidad de la Patria; frente a la bárbara dispersión que significan los principios democráticos, mando único que garantice la continuidad. La Tradición no es un pasado estérilmente momificado, sino un genio profundo que vivifica. La

Tradición es la savia del árbol de la Patria. Porque amamos la Tradición, somos progresivos. La España futura ha de fundarse en su Tradición y a ella debemos dar nuestros afanes, nuestros esfuerzos y, cuando sea menester, nuestra vida (Calvo Sotelo, citado en Arrarás, 1940: 9).

Fue esta conjunción extremista de los tres criterios históricos de la tradición de derechas hispana junto con la fortaleza del tradicionalismo y la extracción sobre todo popular de este la que limitó las posibilidades de desarrollo de la tercera de las erres: la radical[18]. Su despliegue desde comienzos de los años treinta ya venía muy mediatizada por la ausencia en España de una historia reciente que en otros lugares había servido para impulsarla: básicamente, el múltiple efecto de la Gran Guerra en términos de cuenta pendiente que alimentara la pulsión ultranacionalista (la "victoria mutilada" italiana o la "puñalada por la espalda" alemana) y de una base humana de soporte en sus inicios (los Arditi irredentistas y los Freikorps). Además, de las tres corrientes que confluyeron en la unificación del fascismo español, en la Falange de 1934, dos tenían más que ver con el trinomio ideológico tradicional —la del católico Onésimo Redondo y la del propio José Antonio Primo de Rivera, un monárquico conservador radicalizado ahora— y solo la de Ramiro Ledesma Ramos puede tildarse propiamente de radical, de revolucionaria (Gallego, 2005). El catolicismo y el esencialismo nacionalista español (junto a un hispanismo no racista) confirieron un carácter a este fascismo que lo distinguió de su matriz italiana y alemana (Payne, 1986). De ahí que su convicción palingenésica —la creación de un "hombre nuevo" en el marco de un nuevo Estado— tuviera más que ver con el tradicionalismo católico que con un estatismo fascista del que siempre receló una Iglesia que no dejó de reclamar su autonomía.

Dictaduras y democracia

La dictadura de Miguel Primo de Rivera y la posterior de Francisco Franco fueron para muchos de esos derechistas españoles un tiempo de realización de su cosmovisión y proyecto político y social. Con el general jerezano se pusieron en función diversas expresiones y fórmulas que después el franquismo desarrolló con más tiempo y en diferentes y cambiantes coyunturas. Así, el nacionalcatolicismo, el corporativismo político y social, el intento de renacionalización españolista, la idea de hispanidad, el partido único o la adhesión al líder fueron presupuestos que se ensayaron primero en los años veinte y que en absoluto se pueden considerar "inventos" del franquismo. Además de la evidente diferencia entre una y otra dictadura en lo referido a la violencia ejercida contra sus contrarios, el factor longevidad los distingue también: el largo periodo de ejercicio del poder de que disfrutó la segunda convirtió también ese tiempo en otro de pugna entre "familias" y luego de adaptación inevitable a las renovadas oposiciones que el mismo régimen contribuyó a crear (las derivadas de su modernización, urbanización, industrialismo, acceso al consumo y mayor apertura al exterior, además del despliegue de expectativas personales y colectivas). Su incapacidad para dar salida a esas demandas en su seno acabó con él, coincidiendo con los meses posteriores a la desaparición del dictador. El sumatorio de fuerzas políticas —las integradas en el partido único FET y de las JONS, enseguida el más neutral y adaptado Movimiento—, de sectores sociales y cuerpos de apoyo (Iglesia, Ejército, propietarios de toda escala y lugar, y "clases medias" del desarrollismo), y de rasgos característicos de la dictadura hizo que esta se proyectara como una plasmación de lo que habían estado apoyando o rechazando desde hacía décadas, siglos ya, nuestras derechas.

En proporciones diversas y cambiantes, aglutinó como crisol determinado por la voluntad del dictador factores como su condición de autocracia personal, autoritarismo, antiliberalismo y antipluralismo, religiosidad extrema, militarismo, conservadurismo social, tradicionalismo a todos los efectos, nacionalismo españolista y corporativismo organicista[19]. Se tituló en algunos momentos, los más duraderos, como reino nacionalcatólico, aunando otra vez a su manera la trilogía ideológica original y sempiterna. Y, además, consiguió con el tiempo instituir la "familia" de los franquistas como la principal entre todas las demás, con lo que disolvió casi

hasta la desaparición efectiva las aportaciones orgánicas e ideológicas partidarias con que nació: el tradicionalismo carlista, el falangismo nacionalsindicalista, el catolicismo social sin más apellidos… Incluso esterilizó los intentos reformistas que se desplegaron en el tardofranquismo al llevarlos a puertos secos y convencerse finalmente de que en aquel régimen no tenían ninguna posibilidad (Fernández-Miranda, 1995: 80 y 307).

No extraña tanto, entonces, que su reforma desde dentro tras su total agotamiento, ya en una fase transicional que alteraba todo el escenario, se llevara a cabo a través de un partido de aluvión ideológico y personal creado desde la Administración del Estado, en los Gobiernos civiles, que sumaba diferentes referentes (democristianos, liberales y hasta socialdemócratas) para verse finalmente sintetizados también en un líder y una formación pragmática y funcional[20]. La Unión de Centro Democrático de Adolfo Suárez fue una salida de urgencia de una derecha reformista que amenazaba con colapsar si no era capaz de proporcionar un mínimo de credibilidad al proceso que estaba encabezando; de hecho, en su primer intento —aquella reforma Arias-Fraga—, a cargo de exministros de Franco con mucha reflexión reformista pero nula pericia para conducir la situación, todo se saldó con un rotundo fracaso. La estrategia "mayoritaria" debió dejar paso a la "consociacional" y proporcional, negociada con los reformistas de la oposición antifranquista (Huneeus, 1985). Movidos primero por la necesidad, pero después probablemente por un sentido de oportunidad/obligación histórica que los llevó más allá de lo previsto inicialmente, el sector de Suárez, a diferencia de los encabezados por Fraga, que retrocedió desde sus posiciones de partida, acabó cuestionando por vez primera en la historia de las derechas españolas dos de los basamentos de su trinidad ideológica[21].

Efectivamente, la relación con la Iglesia se acercó, sin conseguirlo del todo, a las coordenadas de un Estado aconfesional como los otros europeos del tiempo y abordó incluso entonces el espinoso tema del divorcio (y, años después, el del aborto) (Louzao, 2023)[22]. En cuanto a la organización territorial de España, pactaron un procedimiento de autogobierno regional a partir de estatutos autonómicos que, de manera inédita, redistribuyó buena parte de

las competencias y recursos del centro hacia la periferia, dotando a las 17 comunidades de plantas institucionales propias, completas y en algunos casos diferenciadas del conjunto. Sin embargo, el tercer argumento, la monarquía, se blindó por su parte en todo momento, a lo que colaboró también la disposición del rey a mudar su corona de tradicional, como había previsto Carrero (y Franco), a constitucional y parlamentaria, y la disposición de la oposición reformista a subordinar su demanda republicana al logro y consolidación de la propia democracia (Movellán Haro, 2021).

Las actuales derechas hispanas

Ya desde la transición y en las primeras décadas de democracia el espacio de la derecha quedó en régimen de monopolio a cargo de su sector liberal conservador (y de sus homólogos catalán y vasco en sus territorios); los extremistas recordaban demasiado a la dictadura y no tuvieron respaldo popular. Fraga recogió los restos de una UCD implosionada desde dentro a partir de finales de 1981, pero solo tras su relevo por José Mª Aznar se abrió la posibilidad de sustituir en el Gobierno a los socialistas, tras 14 años de gestión de estos (1982-1996). Para entonces, la "revolución conservadora" de los Reagan-Thatcher ya había marcado la pauta del cambio en la derecha internacional, y Aznar recogió el testigo para España en su segunda legislatura, reclamando diferencias en la visión política que iban más allá del simple turno de partidos en el Ejecutivo. Se dotó de "un partido para ganar, no para sobrevivir", y reclamó una "segunda transición". Su estrategia ahora no se instaló sobre el centrismo anterior, sino sobre una beligerancia ultraliberal, recelosa del Estado y privatizadora, acorde con las modas del furor capitalista de la década de los noventa del pasado siglo: Friedrich Hayek en lo económico y en la política profunda, e Isaiah Berlin en la actitud, encomiando la libertad negativa, ese espacio libre de las interferencias del Estado (Rivera, 2022: 411 y ss.). Si en el primer mandato se contuvo por las necesidades aritméticas de una mayoría no absoluta, en la legislatura de 2000, ya con ella, llevó a efecto su programa neoliberal (privatizaciones, desregulación, liberalización)

y neoconservador (en diversos aspectos de este, pero claramente en términos de "batalla cultural" en educación y cultura, concepción y organización de la nación común, lucha contra el terrorismo y relaciones con la Iglesia católica, además de nacionalismo españolista que incluyó actuaciones en el exterior y revisionismo histórico en relación con el pasado de la Guerra Civil y del franquismo)[23].

De una manera relativamente sorpresiva, la derecha perdió el poder en 2004 y no lo recuperó hasta terminar 2011, con Mariano Rajoy de presidente y con muchos acontecimientos y procesos de por medio: el principal, una crisis internacional desde 2008 de complicada gestión, que se hizo coincidir en su salida con un cambio de paradigma en la gestión del capitalismo y de la propia democracia liberal. El entendimiento entre diferentes que había primado las relaciones políticas y de clase después de la Segunda Guerra Mundial, y que ya se había visto resentido desde 1973, ahora saltaba por los aires en todo el mundo. El milmillonario norteamericano Warren Buffet se permitió afirmar: "Hay una guerra de clases y la estamos ganando los ricos". El mejor gestor de esa profunda transformación no podía ser un Rajoy que pertenecía a todos los efectos a la cultura conservadora de la gestión pública. En ese escenario general, a lo que en España se le añade singularmente un factor de disgregación territorial debido al procés soberanista en Cataluña (y la resaca del final del terrorismo en el País Vasco), emergió de forma inédita una derecha disruptiva, contraria al consenso anterior del país y en línea con lo que se ha llamado iliberalismo y nueva derecha.

Por vez primera desde la transición a la democracia, una derecha extremista, "exagerada", la representada en Vox y en su líder Santiago Abascal, se estableció como un agente decisivo más en ese espacio político[24]. Lo hizo a partir de las elecciones andaluzas de 2018, multiplicando su impacto novedoso gracias a la sucesión de convocatorias desde entonces y a sus buenos resultados en la mayoría de ellas[25]. Nacía del Partido Popular y significaba su política precisamente en un intento por recuperar y hacer real "el verdadero Partido Popular", aquel identificado sobre todo en la trayectoria y posiciones de José Mª Aznar en su Gobierno y en la tarea que se asignó después como guardián de las esencias desde su

presidencia del think tank FAES.

La influencia ideológica de Vox y del entorno de entidades que lo sostienen a diversos niveles (orgánico, organizaciones especializadas, medios de comunicación, personalidades relevantes, expertos…) remite de nuevo al espacio teológico-político (González Cuevas, 2019). La presencia de la religión católica es muy importante, tanto en términos de identidad cultural y de tradición histórica como de marcador de la moral pública y privada en asuntos como el aborto o, sobre todo, las respuestas a las políticas asumidas por la izquierda y que se descalifican con el apelativo woke: del feminismo y las políticas de género a las identidades englobadas en lo LGBTIQ+ y las luchas por el lenguaje y por los signos de culturas alternativas, sin perder de vista a cualquier colectivo minusvalorado o invisibilizado socialmente[26]. La organización territorial y la concepción de España como nación es también sometida a profunda revisión por su parte. Son muy críticos con el Estado autonómico, llegando en ocasiones a proponer su eliminación o, al menos, la devolución al Estado central de competencias estratégicas como educación, cultura, justicia o transportes y comunicaciones. En su manifiesto fundacional ya afirmaban que "nuestro Estado autonómico es políticamente inmanejable y financieramente insostenible"; se trataría, según ellos, de un intento "bienintencionado, pero fallido", incapaz de atemperar la demanda nacionalista[27]. Su concepción de España es totalmente esencialista e historicista, incompatible en ese sentido con otros nacionalismos que compiten en los mismos términos (el catalán y el vasco). "Indisoluble unidad de la nación española y la atribución de la soberanía nacional al pueblo español", dice en este caso ese manifiesto. En el mismo no se mencionaba a la tercera parte de la trinidad ideológica de nuestras derechas, la monarquía. Su posición en este sentido ha ido cambiando. Doctrinariamente defiende sin vacilación esa institución en tanto que representa la unidad y la continuidad de la nación española. Sin embargo, el papel que tiene que jugar un monarca constitucional —representante de la nación, en absoluto decisor de sus políticas— ha llevado a un enfriamiento y alejamiento de algunos sectores de Vox de la figura de Felipe VI[28].

Por surgir del Partido Popular, la nueva derecha española siguió los

derroteros del discurso ultraliberal característico del aznarismo de los años noventa (Tusell, 2004) y no los de un Estado provisor típico de tradiciones anteriores de corte social (democristianas, particularmente), mal consideradas en el momento en que se produjo su alejamiento del tronco original. Además, sus influencias y sus relaciones internacionales apuntalan ese posicionamiento. Ello no obsta para que dentro de Vox y de su entorno se susciten tensiones entre esa procedencia teológico-política que hemos señalado, el marcado sesgo ultraliberal de sus apoyos mediáticos y la que se identifica con los sedicentes de aquella extrema derecha tantas veces derrotada desde la transición y de resabios franquistas y falangistas (Rius, 2023)[29]. Sectores de este espectro estarían en los últimos tiempos desplazando de la dirección a los originales reclutados entre el neoliberalismo y el neoconservadurismo más clásicos. Las derivas ideológica y política de Vox y de su mundo están, lógicamente, abiertas, pero cada vez dependen más de la lógica de relaciones del espacio internacional que está desarrollando esta nueva derecha extrema, iliberal e identitaria.

Por su parte, el Partido Popular se debate entre continuar su tradición liberal conservadora o dar alas a los sectores que pretenden un conservadurismo radicalizado similar al que se viene produciendo en otros países (en algunos casos hasta acabar en la derecha extrema, como es el caso del Fidesz húngaro o el PiS polaco, o del Partido Republicano norteamericano en alguna medida). La posición oficial y la de su líder, Alberto Núñez Feijóo, no se mueve del carril liberal conservador, pero se ve muy afectada e influida por la presión de los más incorrectos, beligerantes y conservadores, bien representados en la presidenta de la región madrileña (Isabel Díaz Ayuso), y por la política de confrontación instalada en el país, que empuja desde dentro y desde fuera a tomar actitudes de ruptura. Además de ello, la convivencia en Gobiernos regionales con Vox los ha llevado a asumir parte de sus postulados con más o menos comodidad. En su entorno mediático, cada vez se distinguen menos los partidarios de la derecha extrema y del conservadurismo radicalizado, y las temáticas preferidas de los ultras cada vez saltan más a su agenda: inmigración, seguridad, impuestos, nacionalismo españolista… Tampoco está esquivando entrar más a menudo en las “batallas culturales” con las izquierdas ni en alinearse por contraposición al Gobierno de izquierdas con

políticos como Donald Trump, con el que no están del todo en sintonía.

En todo caso, todavía está muy lejos de los casos de conservadurismo radicalizado que se han señalado y todavía trata de mantener una distancia competitiva con el extremo Vox, pero sin desechar la posibilidad de tener que compartir un día Gobierno nacional con ese partido. A pesar de gestionar situaciones en el límite de la legalidad y del respeto al Estado de derecho (verbigracia, la prórroga que forzó para evitar la renovación establecida en el Consejo General del Poder Judicial, con todas las consecuencias prácticas que entrañaba) y a pesar de algunas posiciones que adopta en las "batallas culturales" con las izquierdas, no se puede afirmar que estemos ante un caso paradigmático de conservadurismo radicalizado como los que se exponen en este libro. Dicho lo cual, su deriva sigue suscitando cierta preocupación en muchos sectores.

Bibliografía

Abascal

, S. y

Bueno

Sánchez

, G. (2008): En defensa de España. Razones para el patriotismo español, DENAES y Ediciones Encuentro, Madrid.

Álvarez

Junco

, J. (2001): Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX, Taurus, Madrid.

—

(2014): “Catolicismo e identidad nacional en la España del siglo XIX”, Laicidad y Libertades, nº 14.

Arrarás

, J. (dir.) (1940): Historia de la cruzada española, vol. II, tomo sexto, Ediciones Españolas, Madrid, p. 9.

Berlin

, I. (1992): Árbol que crece torcido. Capítulos de historia de las ideas, Vuelta, Ciudad de México.

Canal

, J. (2006): Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939, Marcial Pons, Madrid.

Fernández Sebastián

, J. (2002): “Periodismo, liberalismo y fuerismo”, en C. Rubio y S. de Pablo (coords.), Los liberales. Fuerismo y liberalismo en el País Vasco, 1808-1876, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria, pp. 353-354.

Fernández-Miranda

, P. y A. (1995): Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández-Miranda y la reforma política, Plaza & Janés, Barcelona.

Fukuyama

, F. (2015 [1994]): ¿El fin de la historia?, Alianza, Madrid, p. 56.

Fusi

, J. P. (2000): España: la evolución de la identidad nacional, Temas de Hoy, Madrid.

Gallego

, F. (2005): Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español, Síntesis,

Madrid.

González

Calleja

, E. y

Aróstegui

, J. (1994): “La tradición recuperada: el requeté carlista y la insurrección”, Historia Contemporánea, nº 11, pp. 29-53.

González

Cuevas

, P. (2015): La razón conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora, una biografía político-intelectual, Biblioteca Nueva, Madrid.

— (2019): Vox. Entre el liberalismo conservador y la derecha identitaria, La Tribuna del País Vasco, San Sebastián.

— (2023): Historia de la derecha española. De la Ilustración a la actualidad (1789-2022), Espasa, Barcelona.

Hernández

Delgado

, P. (2024): “La larga transición de la nueva derecha española. Una historia silente, 1975-2004”, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

Herrero

y

Rodríguez

de

Miñón

, M. (1998): Derechos históricos y Constitución, Taurus, Barcelona.

Huneeus

, C. (1985): La Unión de Centro Democrático y la transición a la democracia en España, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Jover

, J. Mª (dir.) (1981): La era isabelina y el Sexenio Democrático, volumen XXXIV de la Historia de España de Menéndez Pidal, Espasa Calpe, Madrid.

Lario

, A. (2019): “La salida monárquica del franquismo. De una monarquía sin rey a la monarquía democrática”, Anales XXV. Anuario del Centro de la UNED en Calatayud, pp. 11-27.

Louzao

, J. (2023): Breve historia de la Iglesia católica en España, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Mayer

, A. J. (1971): Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1936. An Analytic Framework, Harper Torchbooks, Nueva York.

Morales

, A. (2013): “La nación católica de Menéndez Pelayo”, en A. Morales, J. P. Fusi y A. de Blas (dirs.), Historia de la nación y del nacionalismo español, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Movellán

Haro

, J. (2021): “Los últimos de la tricolor”: republicanos y

republicanismo durante la transición hacia la democracia en España (1969-1977), Universidad de Cantabria, Santander.

Ortega Díaz-Ambrona

, J. A. (2015): Memorial de transiciones (1939-1978), Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Payne

, S. (1986): Falange. Historia del fascismo español, SARPE, Madrid.

Pro

, J. (2019): La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX, Alianza, Madrid.

Rius

, X. (2023): Vox. El retorno de los ultras que nunca se fueron, Akal, Madrid.

Rivera

García

, A. (2006): Reacción y revolución en la España liberal, Biblioteca Nueva, Madrid.

Rivera

, A. (2022): Historia de las derechas en España (1789-2022), Los Libros de la Catarata, Madrid.

Rivera

, A. y

Pablo

, S. de (2014): Profetas del pasado. Las derechas en Álava, Ikusager, Vitoria.

Sánchez

-

Cuenca

, I. (2014): Atado y mal atado. El suicidio institucional del franquismo y el nacimiento de la democracia, Alianza, Madrid.

Sevillano

Calero

, F. y

Soler

Pascual

, E. (eds.) (2013): Diarios de viaje de Fernando VII (1823 y 1827-1828), Universidad de Alicante, Alicante.

Strobl

, N. (2022): La nueva derecha: Un análisis del conservadurismo radicalizado, Katz, Buenos Aires-Madrid.

Suárez

Cortina

, M. (2023): La Federal. La primera república española, Sílex, Madrid.

Tusell

, J. (2004): El aznarato. El Gobierno del Partido Popular 1996-2003, Aguilar, Madrid.

Tusell

, J. y

Avilés

, J. (1986): La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo, Espasa Calpe, Madrid.

Vilches

, J. (2007): Isabel II: imágenes de una reina, Síntesis, Madrid.

— (2018): “La imagen progresista de Isabel II y la batalla en la Corte (1833-1843)”, Aportes, nº 96, pp. 113-114 y 122.

Weber

, E. (1971): “Introducción”, en H. Roger y E. Weber (eds.), La derecha europea, Luis de Caralt, Barcelona.

Capítulo 2

Tarde pero seguro. La incorporación de Vox al panorama de la nueva derecha europea

Aida Vitoria

La entrada de Vox en el Parlamento andaluz en diciembre de 2018 abrió el debate en torno a cómo había sido posible el éxito de una formación de ultraderecha en España, así como el porqué de su constitución como partido, empezando como una escisión del Partido Popular y su posterior transformación en lo que cada vez está más claro que es una nueva forma de hacer política. Pero ¿qué es Vox y de dónde viene exactamente?

EXTREMA DERECHA Y DERECHA RADICAL

Desde el mundo académico se insiste en cuestionar la terminología fascista aplicada a partidos como Vox, habiendo un consenso amplio respecto a que esa no es la denominación correcta. Tampoco es la extrema derecha clásica el origen de su electorado, sino que proviene de las bases del PP (y en menor medida de las de Ciudadanos) (Forti, 2021: 219). Esto no significa que no haya que llamar neofascistas a los partidos que sí lo son, como lo fue el ilegalizado Amanecer Dorado, un partido neonazi que llegó a ser la tercera fuerza política en 2012 en Grecia. El historiador Enzo Traverso distingue también del neofascismo al posfascismo para definir a grupos que sí han tenido esa "matriz fascista", pero que claramente han evolucionado política e ideológicamente, como, por ejemplo, Alianza Nacional, el sucesor del MSI italiano (Traverso, 2017: 24-25). A pesar del rechazo conjunto al término fascista, todavía no se ha llegado a un acuerdo para elegir la palabra o palabras que sí sirvan para definirlos, aunque existen varias

propuestas ya afianzadas y con gran respaldo.

Al contrario que los fascismos del periodo de entreguerras, que eran partidos totalmente antiliberales, estos nuevos, sin asumir los principios fundamentales del liberalismo, no convierten su lucha contraria en el elemento central de su ideología. Más que antiliberales son iliberales. Esta es la definición empleada para los partidos y Gobiernos del Fidesz en Hungría y de Ley y Justicia en Polonia, donde se ha procedido a limitar valores sustantivos del liberalismo como la división de poderes y la libertad de expresión.

Una de las denominaciones más extendidas es la de nueva derecha, acuñada por el filósofo francés Alain de Benoist a finales de los años sesenta. La Nouvelle Droite ha sido un gran referente, además de para la derecha francesa para los partidos nativistas y populistas de Occidente desde el último cuarto del siglo XX[30]. Vox no es de los partidos más influenciados por esta corriente, pero, al igual que el resto de la nueva derecha europea, presenta muchas de sus características.

Otra de las definiciones que cuenta con más apoyo es la de populista de derecha radical, más que de extrema derecha. “En teoría (al menos), el populismo es prodemocrático, pero contrario a la democracia liberal. Por consiguiente (y por definición), la extrema derecha no es populista” (Mudde, 2021: 25), porque es antidemocrática, ya que no busca entrar en el marco de la democracia ni liberal ni iliberal, mientras que la derecha radical sí es populista, porque entra en el juego de la democracia iliberal. Según los politólogos Cas Mudde y Marco Tarchi, los partidos que corresponderían a la extrema derecha serían los propiamente neofascistas, a los que el primero denomina alt-right, mientras que a los populistas de derecha radical, a los que Vox pertenecería, los llama alt-lite (Del Palacio, 2019: 140; Mudde, 2021: 151). Sin embargo, hay unanimidad en emplear el término de derecha alternativa (alt-right) para la derecha radical populista, por lo que no veo incongruencia ante el hecho de prescindir de la etiqueta de extrema derecha y optar por el uso de derecha alternativa o derecha radical populista casi como sinónimos.

Otros investigadores, como el historiador Steven Forti, discrepan de esta diferenciación terminológica y abogan por englobar a todos

estos partidos bajo el nombre de extrema derecha, como hizo en su momento Roger Griffin, aunque este proponía también su propia definición de "ultranacionalismo populista", dado que consideraba correcto lo de derecha radical populista (Forti, 2021; Griffin, 2018: 130). En concreto, Forti denomina a la extrema derecha actual como nuevas extremas derechas o "extremas derechas 2.0", donde sigue ahí la pauta marcada por el politólogo Piero Ignazi, que fue quien diferenció a la ultraderecha posterior a la Segunda Guerra Mundial, llamándola extrema derecha tradicional, de la que surge a partir de los años setenta con el nombre de extrema derecha posindustrial (Forti, 2023: 21).

Ahora bien, ¿cómo podríamos diferenciar una extrema derecha neonazi actual de una que no lo es si a todo le damos el mismo nombre? Personalmente abogo, siguiendo a Cas Mudde, por incluir a todas bajo el término paraguas de ultraderecha y a partir de ahí diferenciar extrema derecha (para grupos neofascistas o similares) de derecha radical (para grupos de la derecha alternativa). Empleando solo extrema derecha estamos perdiéndonos parte de su significado y para abarcar a todas estas derechas extremas ya tenemos el nombre de ultraderecha.

NUEVA DERECHA EUROPEA. DE LOS PARLAMENTOS A LOS GOBIERNOS

Se podría afirmar, por lo tanto, que Vox es una derecha radical populista y nativista. Esta derecha, al igual que muchas de sus homólogas internacionales, ha encontrado su momento con el comienzo del siglo XXI, es decir, dentro de la cuarta ola de la ultraderecha (si seguimos la explicación dada por Cas Mudde de las irrupciones de esta ideología que se han sucedido desde el final de la Segunda Guerra Mundial). Esta se postula en contra del statu quo, que a día de hoy es el progresismo, al igual que la antigua ultraderecha, la de los años veinte y treinta, lo hacía contra el liberalismo. En esta ola es cuando se ha producido su

“desmarginación y normalización” (y desdiabolización), debido al aumento tanto del número de partidos de ese carácter como a su peso en las urnas (Mudde, 2021: 17). Sin embargo, no podemos evitar preguntarnos si en realidad en estos últimos años no nos encontramos ante una nueva ola, la quinta. La ultraderecha ya no solo está entrando en los Parlamentos, sino que está ganando elecciones y obteniendo excelentes resultados en ellas, como los Fratelli d’Italia de Giorgia Meloni en 2022, el Partido por la Libertad de Geert Wilders en Países Bajos en 2023, la Agrupación Nacional en Francia, la Alternativa para Alemania (AfD) y el Partido por la Libertad de Austria en 2024. Además, salvo en Alemania, estos partidos ganaron las europeas de 2024, como lo hicieron en Bélgica tanto en Valonia como en Flandes. Y todo ello sin olvidarnos del continente americano, con Javier Milei en Argentina, la reelección de Donald Trump en Estados Unidos y el anterior Gobierno de Jair Bolsonaro en Brasil.

En Europa, estos partidos se dividen en dos principales grupos de ultraderecha: los social-identitarios y los neoliberal-autoritarios (Ramas San Miguel, 2019). Hasta hace relativamente poco esta diferenciación se reflejaba con bastante precisión en el Parlamento Europeo con la coalición Identidad y Democracia (ID) y la de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), respectivamente. Tras las elecciones al Parlamento Europeo de 2024 Identidad y Democracia se refundó en Patriotas por Europa, al que Vox se adhirió y del que Santiago Abascal es presidente[31]. Su lema “Hacer Europa grande otra vez” recuerda al de Vox para las elecciones en 2016 de “Hacer España grande otra vez”, e indudablemente se inspiran ambos en el trumpista “Make America Great Again” (MAGA). Este eurogrupo cuenta con los anteriores miembros de ID, en el que se encontraban Agrupación Nacional, La Lega… y al que se le han unido Fidesz (que tras ser expulsado del Partido Popular europeo pasó a los no adscritos) y Vox, que pertenecía anteriormente a los Conservadores y Reformistas (en el que siguen sus socios internacionales Fratelli d’Italia, Demócratas de Suecia y los polacos Ley y Justicia, entre otros)[32]. Además, se ha creado otro eurogrupo denominado Europa de las Naciones Soberanas con antiguos miembros de ID, como el expulsado AfD, otros de ECR, como Reconquista de Eric Zemmour, y antiguos no inscritos. Este eurogrupo podría considerarse el más cercano a la extrema derecha.

Todos estos grupos de ultraderecha son nativistas, tienen una idea de nación esencialista, son euroescépticos, pero defensores de los valores europeos (identificados en el cristianismo), islamófobos y contrarios al establishment o statu quo progresista; es decir, no están en contra del liberalismo como era el caso de los fascismos de entreguerras. Los neoliberal-autoritarios son los más férreos defensores del cristianismo y sus valores, y son también, por lo general, ultraliberales en lo económico (más influenciados por la corriente estadounidense como Orbán), frente al estatismo de los otros. Los social-identitarios, además de haber sufrido una mayor influencia de la Nouvelle Droite de Alain de Benoist, tienen mejores relaciones con la Rusia de Putin, al menos hasta la invasión de Ucrania en 2022 (tanto que el ruso ha llegado a financiar partidos como el de Le Pen), en comparación con los neoliberal-autoritarios, en donde encontramos al polaco Ley y Justicia, que son totalmente contrarios a él. Son también más tolerantes con el colectivo LGBTIQ + y con la cuestión del aborto, y hay una mayor presencia de mujeres en sus partidos, a pesar de que esta tendencia también esté creciendo en los otros.

VOX EN LA CUARTA OLA

Hasta ahora, Vox era más cercano a los neoliberal-autoritarios, dado que son los que beben de la corriente ultraliberal americana. Uno de los más importantes líderes de esta corriente es el teórico estadounidense Steve Bannon, el antiguo asesor de Trump, con el que Vox estuvo en contacto estrecho a través de Rafael Bardají, el que fuera asesor de José María Aznar y desde 2018 uno de los más importantes ideólogos de Vox, además de miembro de su Comité Ejecutivo Nacional (Del Palacio, 2019: 133). Más allá de su fascinación por el trumpismo[33], el gran referente de Vox en Europa es Viktor Orbán, el presidente de Hungría. Este país, junto con Polonia, República Checa y Eslovaquia conformaron el conocido como Grupo del Visegrado, al que Vox es muy cercano, ya que son de los más críticos con el proceso de integración de la Unión Europea y son, además, los más fervientes defensores del

cristianismo y de la familia tradicional. Sin embargo, antes de que Vox irrumpiese en el panorama político español, Santiago Abascal tuvo un contacto más próximo con los partidos que conformaban Identidad y Democracia, como La Liga de Salvini y el Frente Nacional de Le Pen, pero tras su éxito electoral se acercó más a los partidos que integraban los Conservadores y Reformistas Europeos, al que se acabó uniendo en 2019.

Desde entonces ha habido unos ligeros cambios que, si bien no alteran esa esencia, los acercan un poco a los social-identitarios. En 2020 Vox creó su propio sindicato, Solidaridad, desde el que han hecho propuestas como la subida del salario mínimo y con el que esperaban captar también a votantes de la izquierda. Esto, sumado a la salida del partido de los mayores representantes del sector ultraliberal —Macarena Olona en 2022 e Iván Espinosa de los Monteros en 2023—, hace que el sector identitario compuesto por Ortega Smith, Ignacio Garriga o Jorge Buxadé haya cobrado fuerza. De este modo, se ha ido dando un distanciamiento de su eurogrupo inicial, los Conservadores y Reformistas Europeos, finalizando en 2024 con su salida de este y la unión a Patriotas por Europa, sin aclarar si esas ligeras variaciones se van a acentuar. Aunque hayan dejado el grupo en el que se encuentran Ley y Justicia y Fratelli d'Italia, siguen siendo muy cercanos a ellos en valores, y Vox ha tratado de transmitir que el cambio se debe a una cuestión más estructural y organizativa que a un motivo puramente ideológico[34].

Una de las diferencias más notables de Vox respecto a los otros partidos europeos ha sido su tardía creación y su aún más tardío éxito. Entre los más antiguos, encontramos al Partido por la Libertad de Austria (FPO), que nació en 1956, al Frente Nacional francés (1972) y a Demócratas de Suecia (1988). Son más recientes los polacos Ley y Justicia (2001) y el Partido por la Libertad holandés de Geert Wilders (2006). Vox nació en 2013, año en el que también se formó Fratelli d'Italia, mientras que uno antes ya había surgido Alternativa para Alemania. Aun así, mientras que en Italia y Alemania la ultraderecha logró un temprano éxito electoral con la Lega y con AfD, Vox no lo hizo hasta 2018. En nuestro país vecino, Portugal, la derecha radical no se formó hasta 2019, pero ese mismo año ya logró entrar con un diputado en el Parlamento. Chega!, con André Ventura a la cabeza, se convirtió en 2024 en la

tercera fuerza política del país luso, con 50 escaños. Muchos afirman que el tardío éxito de estas formaciones de derecha en la península ibérica se debió a la proximidad en el tiempo de los regímenes dictatoriales franquista y salazarista. José Luis Rodríguez Jiménez (2012: 267) es uno de los que en 2012 afirmaba que esa era la explicación para que España, Portugal y también Grecia carecieran de un partido de esas características. Sin embargo, ese mismo año el país heleno vivió el acceso al Parlamento de Amanecer Dorado, por lo que, aunque pueda haber influido, no se considera como algo determinante en la creación de Vox y Chega! Lo verdaderamente determinante fueron las condiciones internas de ambos países, más que la ola populista europea, aunque entre aquellas condiciones no destaquemos especialmente la de la cercanía de sus regímenes dictatoriales.

En el caso español, la principal razón la encontramos en la situación del País Vasco en aquellos años, en concreto en las vivencias de un joven del Partido Popular de Amurrio: la historia inicial de Vox está muy ligada a la biografía de su líder: Santiago Abascal.

LA PREHISTORIA DE VOX

La familia de Abascal viene de la tradición carlista, que era la fuerza de derecha extrema más representativa y fuerte de su tierra: el valle de Ayala (Sánchez Dragó, 2019: 238). Con esto se refuerza la idea de que el falangismo no es el origen ideológico de Vox, si bien existen casos en el partido de miembros que vienen de la extrema derecha, como Jorge Buxadé, que perteneció a Falange Española de las JONS y a Falange Española Auténtica, u Ortega Smith, que también coqueteó con dicha ideología. En todo caso, se trata de excepciones —al igual que casos como los de Sánchez Dragó y Gustavo Bueno Martínez, que en su día fueron afines al Partido Comunista—, puesto que la mayoría viene del PP o de esa misma tradición liberal conservadora.

La familia Abascal estaba amenazada por ETA y sufría el acoso de la

izquierda abertzale. El abuelo de Santiago, Manuel Abascal, fue alcalde de Amurrio durante el franquismo y su padre, Santiago Abascal Escuza, fue concejal de Alianza Popular y posteriormente del PP en ese mismo municipio. Abascal (padre) fue el encargado de mantener en el valle de Ayala uno de los más importantes feudos de la derecha no nacionalista en Álava tras la dictadura franquista (Rivera y De Pablo, 2014: 666). Este acoso marcó a Abascal desde muy joven, pero, según él, el hecho que le hizo tomar conciencia política fue el asesinato por parte de ETA del cartero de su pueblo, Estanislao Galíndez Llano, en 1985 (Altozano y Llorente, 2018: 17). Nada más cumplir 18 años se afilió al Partido Popular y, debido a las amenazas contra su familia, tuvo que ir con escolta desde que empezó la universidad. La familia Abascal sufrió dos intentos de asesinato, ataques al negocio familiar y amenazas tanto verbales como escritas (incluso en el portal de su casa) cuando en julio del año 2000 tuvo lugar el conocido incidente en el que sus caballos aparecieron una mañana con pintadas que decían "Gora ETA" y "Abascal cabrón"[35]. Ese mismo año Abascal (hijo) fue nombrado presidente de Nuevas Generaciones del PP.

Por todo ello, Abascal ha expresado que el político que más ha influido en él es su padre, seguido de figuras como María San Gil y Jaime Mayor Oreja (Abascal y Altozano, 2014: 182). Todos ellos fueron, además, algunos de los grandes detractores de Mariano Rajoy, ya que fue el PP del País Vasco el que más añoraba el Gobierno de Aznar. El expresidente del Gobierno, que prologó el trabajo de fin de grado del joven Abascal, fue otro de sus referentes, junto con la figura de Esperanza Aguirre. Esto ilustra claramente el hecho de que Abascal no solo es un hijo del terrorismo, sino que también lo es de los sectores más ultraliberales y más radicales del Partido Popular.

El 14 de junio de 2003 los populares Santiago Abascal Conde, Carlos Urquijo Valdivielso y Rosa María Torres, en compañía de Francisco Javier Mosquera (afiliado al PP) y de los concejales de ese partido en Amurrio, Esaú Martín Antón, Montserrat Canive Aldama y Santiago Abascal Escuza, fueron a tomar posesión de su cargo como ediles en el Ayuntamiento de Llodio. La izquierda abertzale, en protesta por la ilegalización de Batasuna en marzo de ese año y por la prohibición de que su candidatura Laudio Aurrera se

presentase a las elecciones al estar relacionada con ese partido y antes con Herri Batasuna (HB) y con Euskal Herritarrok (EH), interrumpió el acto empujándolos e insultándolos con gritos como "Hijos de puta, vais a morir"[36]. Este incidente, que a pesar de su importancia apenas se ha tratado, es clave para entender que la experiencia terrorista y la reacción frente al nacionalismo son los dos argumentos que explican la disposición política de Abascal y también el modo en que se fue formando lo que más tarde sería el núcleo duro de Vox.

Abascal fue diputado del Parlamento Vasco entre 2004 y 2009. También fue presidente de la Fundación en Defensa de la Nación Española (DENAES) desde mayo de 2006[37]. Esta fundación fue el nexo que fue atrayendo a las personas que en sus inicios y en sus primeros años de éxito electoral fueron las más destacadas del partido, como Javier Ortega Smith o Iván Espinosa de los Monteros. El primero, personificación del patriota y héroe español, muy masculino, tanto que lleva la idea de la lucha por España hasta los extremos de colocar enormes banderas en Gibraltar, conoció a Abascal en 2008 en la primera entrega de los premios Españoles Ejemplares de la Fundación DENAES. Quedó fascinado con la figura del joven popular y no solo entró en DENAES, sino que se convirtió en uno de sus abogados en el juicio por los hechos de Llodio. El segundo, un importante empresario y economista, descendiente de la nobleza española, conoció a Abascal en una cena en la que hablaron de lo ocurrido en Llodio y, tras ver el vídeo, decidió acudir al juicio y entrar en DENAES. Esta entidad también atrajo a figuras como el filósofo Gustavo Bueno y la fundación que lleva su nombre o a Mazaly Aguilar, antigua diputada europea de Vox que, tras criticar duramente la adhesión a Patriotas por Europa, ha acabado dejando el partido[38]. Ahora, los eurodiputados son seis: Jorge Buxadé, Hermann Tertsch, Juan Carlos Girauta (el que fuera portavoz de Ciudadanos), Mireia Borrás, Margarita de la Pisa y Jorge Martín Frías. Por otro lado, Rocío Monasterio ayudó a su marido, Iván Espinosa de los Monteros, en su activismo en DENAES y posteriormente en Vox, pero no fue hasta 2016 cuando decidió dar el salto a la política activa. Este matrimonio proviene de familias de grandes empresarios y hasta la marcha del economista eran los representantes del sector ultraliberal del partido. Los otros dos miembros que conforman la cúpula actual de Vox, Buxadé e

Ignacio Garriga, no se afiliaron hasta 2014. Esto, además, nos sirve para recordar que Vox es un partido propiamente xenófobo, en concreto islamófobo, más que racista. Ortega Smith es de madre argentina y está casado con una mexicana, mientras que Rocío Monasterio es de padre cubano. Por otro lado, el nuevo secretario general, Ignacio Garriga, es de origen ecuatoguineano. Esto, que podría parecer que va en contra de los principios de Vox, no es así. Lo importante para el partido es que todos ellos vienen de territorios en los que se habla español y en los que se practica la religión cristiana. Es por ello por lo que Vox no acepta a inmigrantes musulmanes, pero sí a inmigrantes cristianos y de habla española.

Año 2008. Este es el punto de inflexión en la prehistoria de Vox, o incluso podría decirse que el del inicio de su historia. En el XVI Congreso del PP en Valencia, Rajoy fue reelegido como líder, acabando con las esperanzas del partido vasco y de los sectores más cercanos a Aznar de que Esperanza Aguirre tomase las riendas de la formación a nivel nacional. De haberlo hecho, quizás hoy Vox no existiría y estaríamos hablando de otro fenómeno: el conservadurismo radicalizado. Ese mismo año, María San Gil dejó de estar al frente del PP vasco por su pérdida de confianza en Rajoy y por desavenencias con el PP nacional y su relación con los nacionalistas vascos. Esas desavenencias las compartía también su círculo más cercano, con algunos como Abascal. Un día después de lo de San Gil, el que fuera la víctima del secuestro más largo perpetrado por ETA, José Antonio Ortega Lara, abandonó el Partido Popular. Años más tarde, en 2015, en una entrevista con Jiménez Losantos, confesaba que su baja fue producto de su descontento con las políticas antiterroristas de su partido y lamentaba que desde el Gobierno el PP no hubiese sido suficientemente duro[39]. Este es uno de los motivos que llevaron a otros miembros del PP a dejar el partido y a entrar en Vox, como relata Santiago Abascal en su libro No me rindo (Abascal y Altozano, 2014). Entre los casos concretos destacan la liberación de Iñaki de Juana Chaos en 2008, la de Bolinaga en 2012, la falta de respuesta del PP ante la sentencia del Tribunal Europeo de los Derechos Humanos acerca de la doctrina Parot en 2013 y la puesta en libertad de Alberto Plazaola y Valentín Lasarte en 2015. En todos ellos se criticó la ausencia de una respuesta contundente por parte de Mariano Rajoy. En 2008,

Abascal también publicó el libro En defensa de España junto a Gustavo Bueno (hijo), en el que ya dejaba entrever su crítica a la deriva moderada de algunos dirigentes del PP (Abascal y Bueno, 2008: 45).

María San Gil y Jaime Mayor Oreja no dejaron el PP, pero sí se alejaron de él. Como hemos visto, la primera dejó la política activa en 2008 y el exministro la siguió en 2014. Este último alegaba el mismo motivo que su compañera y otros excompañeros que ya se encontraban en Vox: la inacción de su partido frente a asuntos relacionados con ETA (Rodrigo Izquierdo, 2019: 163-182 y 311-323). Asimismo, señalaban la tendencia centrista del PP y la falta de decisión del presidente Mariano Rajoy en temas clave, como el crecimiento del independentismo catalán y el final de ETA. Todo ello contribuyó a ese distanciamiento. Finalmente, tanto San Gil como Mayor Oreja dejaron el Partido Popular en 2021 para dedicarse en exclusiva a su plataforma NEOS, de la que son presidente y vicepresidenta, respectivamente[40].

En 2009, tras ser relegado del PP vasco, después de las bajas de sus compañeros y de dejar clara su postura crítica, Abascal, amparado por Esperanza Aguirre, encontró refugio en Madrid hasta 2013, liderando dos organismos que, como él mismo admite, "no tenían sentido", ya que apenas tenían actividad (Iglesias, 2019: 66). Primero fue director de la Agencia Autonómica de Protección de Datos y después director gerente de la Fundación para el Mecenazgo y Patrocinio Social.

Como bien afirma Xavier Casals, "el núcleo duro inicial de Vox cuajó en torno a la afirmación de españolidad en el País Vasco" (Casals, 2020: 29), a lo que sumaríamos, se insiste, la importancia específica de los incidentes de 2003 en Llodio y el papel de la Fundación DENAES. Al juicio por las agresiones recibidas, que no se celebró hasta enero de 2012, no acudió ningún miembro del PP para mostrarles su apoyo[41]. Esto contribuyó al progresivo distanciamiento de algunos de los afectados, y es que, aunque no se haya reparado en ello, tres de los denunciantes acabaron en Vox: Santiago Abascal, su padre y Esaú Martín (presente solo en sus primeros años), además del abogado Ortega Smith. En verano de ese mismo año, miembros de DENAES crearon Reconversión, la

plataforma que pretendía ejercer presión para cambiar el rumbo ideológico del Gobierno de Rajoy, ya que entendían que este estaba abandonando sus principios y necesitaba una reforma estructural profunda. Al no conseguirlo, la entidad acabó sirviendo de embrión de Vox. A esta plataforma que se iba proyectando como un posible partido se unieron los miembros de DENAES Alejo Vidal Quadras y Ortega Lara[42]. Por lo tanto, pese a que en apariencia pueda parecer una contradicción, se puede decir que el partido que ha acabado representando al sector ultranacionalista español nació en el País Vasco, un territorio con su propio ultranacionalismo independentista. Ese ultranacionalismo se hizo fuerte en su lucha o en su respuesta al nacionalismo vasco extremista.

Los futuros líderes de Vox acabaron viendo al Gobierno de Rajoy básicamente en los términos que luego popularizó el director de El Mundo, Pedro J. Ramírez, como "la tercera legislatura de Zapatero" (Abascal, 2015: 17). El 24 de noviembre de 2013, Santiago Abascal hizo pública una carta dirigida a Mariano Rajoy en la que anunciaba su baja del Partido Popular y en la que explicaba que el motivo eran las desavenencias que acabamos de repasar. Expresaba que lamentaba haber tomado esa decisión porque, entre otras cosas, el PP era el partido en el que seguía su padre, si bien lo dejó en 2015 para convertirse en candidato a lehendakari de Vox (un papel que no repetiría por su fallecimiento en 2017). Además, afirmaba que buscaría "el modo más adecuado y eficaz para hacer oír su voz en favor de España", pero la realidad era que ya lo había encontrado, porque se estaban llevando a cabo los trámites para el registro de Vox como partido en el Ministerio del Interior[43].

DE LA TRAVESÍA DEL DESIERTO AL ÉXITO ELECTORAL

Vox nació el 17 de diciembre de 2013, pero no se presentó públicamente hasta el 16 de enero de 2014. Su primer presidente fue el dueño de una empresa de jardinería llamado Ignacio Ansaldo, descendiente del aviador y conspirador vasco Juan Antonio Ansaldo Vejarano, que participó en la Sanjurjada de 1932 y pilotaba el avión

en el que falleció el propio Sanjurjo cuando en julio de 1936 viajaba a España desde Portugal a hacerse cargo del golpe militar. Ignacio Ansaldo fue rápidamente sustituido por José Luis González Quirós (filósofo y miembro sucesivamente de la UCD, del CDS y del PP antes de entrar en Vox) y posteriormente por Alejo Vidal Quadras (que tras abandonar el PP en enero de 2014 se presentó como cabeza de lista para las elecciones europeas). Los pequeños empresarios Julio Utrilla Cano y Gonzalo Padrón Ramos fueron, respectivamente, vicepresidente y secretario general en sus primeros momentos[44]. Entre sus principales representantes se encontraban también la periodista Cristina Seguí, por entonces pareja sentimental de Ortega Smith, e Ignacio Camuñas, miembro fundador de UCD y actual patrón de la fundación NEOS. Sin embargo, aunque sus nombres no estaban entre los dirigentes (para evitar que se entorpeciese el trámite de registro del partido), las figuras más emblemáticas de los inicios fueron Santiago Abascal y José Antonio Ortega Lara.

Aun cuando desde la presentación del partido sus miembros lo negaron, queda claro por la trayectoria de sus líderes y por su ideología que surgieron como una escisión del Partido Popular. De hecho, pretendían recuperar ese PP de Aznar que creían que se había perdido con Rajoy. Uno de los libros-entrevista de Abascal, Hay un camino a la derecha (2015), se centra en esa misma idea. El título de la obra es bastante esclarecedor de por sí y en ella Abascal afirma que el viaje al centro del PP ha dejado un espacio a la derecha que Vox va a saber aprovechar. Esto prueba que el propósito original era convertirse en lo que, según ellos, debería haber sido el Partido Popular.

En el surgimiento de Vox no tuvo mucho que ver la crisis económica, ya que los efectos que esta produjo en la sociedad los supieron aprovechar mejor, a izquierda y derecha, partidos como Podemos o Ciudadanos. Precisamente, estos fueron los que lograron representación en las elecciones europeas de 2014, las mismas en las que por primera vez Vox se presentó y en las que se quedó a unos pocos miles de votos de obtener un escaño. Una de las razones de su fracaso, como luego veremos, es que en ese momento el PP tenía fuerza al encontrarse en el Gobierno. El fracaso electoral los llevó a su “travesía en el desierto”, que se vería reflejada tanto en

los escasos resultados de las generales de 2015 como en los posteriores de 2016, cuando se quedaron en apenas un 0,2% de los votos. La imagen más representativa de esta etapa es la de Abascal subido a un banco con un megáfono, en la más absoluta irrelevancia. Durante esos inicios de "travesía en el desierto", se produjeron las bajas de Ignacio Camuñas y de Cristina Seguí en el último trimestre de 2014. Ya en febrero de 2015 dejaron también el partido José Luis González Quirós y Alejo Vidal Quadras.

La baja de gran parte de los que componían la foto inicial de partido supuso un punto de inflexión en los principios de Vox. En marzo de 2015 se empezaron a introducir en el ideario los temas de la inmigración y la religión islámica, que no habían estado presentes en sus estatutos ni en sus discursos hasta entonces (de carácter más bien liberal conservador), así como el euroescepticismo y la antiglobalización (Rius, 2023: 135). De hecho, en una entrevista de 2014 concedida a Libertad Digital, Abascal, al ser preguntado por Europa, explica que España tiene que estar abierta al mundo cambiante y globalizado en el que se encuentra y no hacer como algunos nacionalismos, "que se miran el ombligo"[45]. Desde ese momento se fueron dando progresivos acercamientos a formaciones más extremistas, que culminaron con la invitación de Vox a la cumbre Freedom for Europe, celebrada en Coblenza (Alemania) en enero de 2017, que reunió a los principales partidos de nueva derecha europeos. Ello contribuyó a su radicalización. Ese mismo año, el historiador Xavier Casals ya explicaba que el éxito de una formación de ultraderecha en España no era imposible (aunque lo pareciese) debido a la volatilidad de los acontecimientos, a la inmigración y a la existencia de un espacio a la derecha del PP, y apuntaba a Vox como una posible opción (Casals, 2017: 9).

Mientras que la repercusión en Cataluña del referéndum del 1 de octubre de 2017 fue, lógicamente, muy importante e inmediata, su efecto en el resto de España fue diferido. Al convertirse este en un problema de carácter estatal y al presentar el Gobierno del PP dificultades para enfrentarlo, se dieron las circunstancias que favorecieron el ascenso de Vox. El procés tuvo como respuesta política el crecimiento de Ciudadanos en Cataluña. Esta reacción tardó en rentabilizarse en el resto de España: primero el voto

antiindependentista lo capitalizó el partido de Albert Rivera y después, el de Abascal. De hecho, el argumento de la amenaza independentista fue una de las principales bazas electorales de Vox en 2018 en Andalucía, donde muchos ciudadanos terminaron votando "en clave catalana". Lo mismo ocurrió con el argumento de la amenaza migratoria. Como ha pasado con más grupos similares en otros lugares, más que el problema migratorio en sí, lo que les dio votos fue el excelente uso propagandístico realizado por Vox para que este fuese percibido como problema. No resulta extraño, entonces, que, a día de hoy, en algunas de las comunidades con menor afluencia migratoria sea donde su percepción como problema es mayor (Castilla y León), mientras que en algunas otras con mayor inmigración Vox no logra rentabilizar esta cuestión (el País Vasco). Aunque la crisis de los refugiados e inmigrantes ilegales y la de la cuestión catalana fueron importantes, no facilitaron su ascenso de manera inmediata. Fue más bien la denuncia de estas una vez que habían cobrado mayor protagonismo. Según una encuesta de 40dB publicada por El País después de las elecciones andaluzas de 2018, un 41,6% de los votantes de Vox eligieron este partido debido a su discurso sobre la inmigración, un 33,7% lo hizo para "defender la unidad de España" y un 28% "para frenar a los independentistas"[46]. Entre los otros motivos de voto destacaban la defensa del mundo rural, el rechazo al feminismo y a los colectivos LGBTIQ+ o la defensa del catolicismo (considerado parte de la esencia de España).

Sin embargo, el factor realmente determinante en su ascenso electoral fue la crisis interna del PP, como bien se analiza en un artículo publicado en la revista MARCO (Vicente, Rodríguez y González, 2021). La condena por la trama Gürtel y el cese de Mariano Rajoy en mayo y junio de 2018, sumado a la elección de Pablo Casado como nuevo presidente del PP en julio (y al periodo de falta de estrategia que caracterizó sus inicios), supusieron un ligero cambio de tendencia en la intención de voto a Vox. Ya en septiembre de ese año diversas encuestas señalaban su crecimiento en intención de voto, como la del CIS, que la estimaba en un 1,4%[47] o la elaborada para El Confidencial, en la que le otorgaba un 3%[48] (considerable si lo comparamos con el 0,2% de las anteriores generales). La subida de Vox coincide cronológicamente con el declive del PP y también, posteriormente, con el de Ciudadanos[49].

Esa tendencia al alza tuvo su primera demostración de fuerza con el primer acto de Vistalegre celebrado por el partido en octubre de 2018.

Apenas un mes después, ese éxito comenzó a reflejarse en los medios. La encuesta del CIS (previa a la campaña electoral de las elecciones en Andalucía) reflejaba un posible voto del 2,5% a Vox[50]. Otra encuesta realizada por el Gabinet d'Estudis Socials i Opinió Pública (GESOP) publicada por El Periódico elevaba ese porcentaje al 4,3%, lo que podría haber supuesto entre tres y cinco escaños[51]. Todos estos estudios reiteraban que la gran mayoría de esos posibles votantes provendrían del PP.

Pero todas las previsiones se quedaron cortas. Vox logró su primer gran resultado electoral y entró en el Parlamento andaluz el 2 de diciembre de 2018 con 12 escaños: había obtenido un 10,97% de los votos totales. Esto les dio un protagonismo que contribuyó a que en las elecciones generales del 28 de abril de 2019 irrumpiese en el Congreso de los Diputados con 24 asientos. Lograron un 10,33% de los apoyos y superaron ese resultado en las elecciones a Cortes del 10 de noviembre de 2019 con un 15,21% de los sufragios: 3.656.979 votos, que se tradujeron en 52 escaños, convirtiéndose así en la tercera fuerza del Parlamento. Más de la mitad de sus votantes habían elegido al PP en las elecciones generales de 2016, un 12,8% a Ciudadanos, un 4,4% al PSOE, el 1% a Unidas Podemos (UP) y un 7,8% se habían abstenido[52]. Se confirmaba el hecho de que la mayoría de sus votantes venían del PP con cierto trasvase de Ciudadanos. Este último partido sirvió como partido puente. Mientras el PP caía en 2019, una parte de sus electores se pasó a Vox y otra a Ciudadanos. Y tras la caída de Albert Rivera, la mayoría de esos votos volvieron al PP, pero otros fueron a parar a Vox. Ciudadanos, que se había postulado como el defensor del nacionalismo español frente al nacionalismo independentista (sobre todo el catalán), vio como, al fracasar políticamente, sus votantes eligieron el partido que mejor creyeron que iba a seguir defendiendo la misma idea.

Razones de un éxito

El éxito de Vox se debe, como bien explica la politóloga Beatriz Acha, a "una conjunción de valores de demanda y oferta" (Acha, 2021: 109). Antes del surgimiento de Vox no había una demanda social de partidos de su espectro político, ni siquiera, como demuestra su historial electoral, en sus primeros años de vida. Esta falta de demanda se tradujo en que tampoco hubiese una amplia oferta de estos partidos. Sin embargo, para el momento en el que esta demanda social se había hecho fuerte, la oferta ya contaba con una estructura y unas bases que le permitieron aprovechar la coyuntura social.

Al margen de estos factores, en torno a la formación y sobre todo al éxito del partido vemos también lo que podríamos calificar como el círculo de Vox: un espacio social de redes que presionan desde la derecha extrema del PP y que han financiado, promocionado o apoyado de manera directa o indirecta al partido de Abascal. Unas redes que no nacen de Vox y que en su mayoría son anteriores a él. En España han sido esenciales asociaciones o plataformas como Hazte Oír (la sección en español del grupo CitizenGo), Abogados Cristianos, Médicos por la Vida, Profesionales por la Ética, Plataforma NEOS o España Siempre. Internacionalmente también se han visto apoyados por el World Family Congress, Agenda Europe, Women of the World o la supuesta sociedad secreta El Yunque. Además de estas plataformas, los han acompañado los partidos y grupos de ultraderecha afines ya mencionados, como el trumpismo (o más recientemente Milei), el Grupo del Visegrado, los social-identitarios… Por otro lado, su propaganda ha sido impulsada por medios de comunicación afines como Periodista Digital, Ok Diario, Libertad Digital o el Grupo Intereconomía. Y también por los propios medios pertenecientes al partido, destacando La Gaceta de la Iberosfera, parte del think tank Fundación Disenso y la ya mencionada Fundación DENAES.

Queda claro que el factor ideológico clave en el ascenso de Vox fue la cuestión de la unidad de España, que se vio amenazada por el auge del independentismo catalán durante el procés. Pero el elemento decisivo en el nacimiento de Vox fue la defensa o reivindicación del nacionalismo español en peligro frente al

independentismo y terrorismo vasco. En ese surgimiento el PP de Mariano Rajoy fue fundamental, ya que se convirtió en el escenario del distanciamiento que se produjo con el PP vasco o con los sectores más cercanos a Aznar y más críticos con las políticas antiterroristas. Y este partido fue también central en el triunfo de Vox, porque, además del buen uso del argumento migratorio y nacionalista, sin su declive, el partido de Abascal no habría encontrado las condiciones necesarias para su éxito. Tanto su nacimiento como su posterior éxito se debieron a las condiciones internas de España, aunque también se vieron acompañados de la cuarta ola de la ultraderecha. Sin embargo, en su evolución ideológica sí que tuvo mayor peso el contexto internacional.

Vox surgió con la intención de recuperar aquello que el Partido Popular había dejado de ser, quiso convertirse en el "PP auténtico", es decir, volver a ese conservadurismo representado en Aznar que se había desvirtuado con Rajoy. No obstante, con el tiempo, Vox ha ido distanciándose aún más del PP y se ha situado en posiciones similares a partidos como Fratelli d'Italia y el húngaro Fidesz. Estos partidos, junto con las organizaciones nacionales e internacionales afines, han ejercido su influencia, lo que ha contribuido a que Vox sea hoy en día un partido de la derecha radical populista nativista que no tiene que ver tanto con el PP como tenía que ver en sus inicios, sino que presenta sus propias formulaciones y propuestas. Vox ya no es tanto una recuperación de la derecha auténtica, sino una nueva derecha.

Bibliografía

Abascal

, S. (2015): Hay un camino a la derecha, Stella Maris, Barcelona.

Abascal

, S. y

Altozano

, G. (2014): No me rindo. Sin miedo contra ETA y frente a la cobardía política, La Esfera de los Libros, Madrid.

Abascal

, S. y

Bueno

Sánchez

, G. (2008): En defensa de España. Razones para el patriotismo español, DENAES-Ediciones Encuentro, Madrid.

Acha

Ugarte

, B. (2021): Analizar el auge de la ultraderecha. Surgimiento, ideología y ascenso de los nuevos partidos de ultraderecha, Gedisa, Barcelona.

Altozano

, G. y

Llorente

, J. (2018): La España viva. Conversaciones con doce dirigentes de Vox, Kalma Libros, Madrid.

Casals

, X. (2017): “La evolución de la ultraderecha en España: claves históricas y territoriales”, Real Instituto Elcano, Madrid.

— (2020): “El ultranacionalismo de Vox. Cinco claves para comprender ‘La España viva’”, Grand Place. Pensamiento y cultura, nº 13, pp. 27-35.

Forti

, S. (2021): Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla, Siglo XXI, Madrid.

— (ed.) (2023): Mitos y cuentos de la extrema derecha, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Griffin

, R. (2018): Fascismo, Alianza, Madrid.

Iglesias

, L. (2019): “La cúpula de VOX”, en J. Müller (coord.), La sorpresa Vox. Las respuestas a las 10 grandes preguntas que todos nos hacemos sobre Vox, Deusto, Barcelona.

Mudde

, C. (2021): La ultraderecha hoy, Paidós, Barcelona.

Müller

, J. (coord.) (2019): La sorpresa Vox. Las respuestas a las 10 grandes preguntas que todos nos hacemos sobre Vox, Deusto, Barcelona.

Palacio

Martín

, J. del (2019): “¿Fascismo o nacionalpopulismo? Un análisis del ideario político de Vox”, en J. Müller (coord.), La sorpresa Vox. Las respuestas a las 10 grandes preguntas que todos nos hacemos sobre Vox, Deusto, Barcelona.

Ramas

San

Miguel

, C. (2019): “Social-identitarios y neoliberales autoritarios: dos corrientes en la nueva Internacional Reaccionaria”, en A. Guamán,

A. Aragoneses y S. Martín (eds.), Neofascismo. La bestia neoliberal, Siglo XXI, Madrid.

Rius Sant,

X. (2023): Vox, el retorno de los ultras que nunca se fueron, Akal, Madrid.

Rivera

, A. y

Pablo

, S. de (2014): Profetas del pasado. Las derechas en Álava, Ikusager, Vitoria.

Rodrigo Izquierdo

, G. (2019): Apuntes para la historia del Partido Popular del País Vasco: Raíces de libertad. Biografías I, Fundación Popular de Estudios Vascos-Atxular Atea, Bilbao.

Rodríguez Jiménez

, J. L. (2012): “Historia de un fracaso y ¿de una nueva reformación? De la vieja a la nueva extrema derecha en España (1975-2012)”, Studia Historica. Historia Contemporánea, nº 30.

Sánchez Dragó

, F. (2019): Santiago Abascal. España vertebrada, Planeta, Barcelona.

Traverso

, E. (2017): Las nuevas caras de la derecha, Siglo XXI, Madrid.

Vicente

Iglesias

, G.;

Rodríguez

Martínez

, G. y

González

Gómez

, A. (2021): “Auge electoral de la extrema derecha española”, MARCO. Revista de Marketing y Comunicación Política, nº 7.

Capítulo 3

El discurso decadentista: potenciador

de las extremas derechas francesas*

[53]Javier Imízcoz Abecia

“En suma, al ídolo del progreso respondió el ídolo de la maldición del progreso”.

Paul Valéry (1931: 178)

Entre el 26 de julio y el 11 de agosto de 2024, como en los años de las grandes exposiciones universales, París volvió a ser el centro de todas las miradas. Más allá de ciertos incidentes y polémicas, los Juegos Olímpicos celebrados en la ciudad en esas fechas se saldaron con un balance globalmente positivo coronado por unas espectaculares ceremonias de apertura y de clausura, y con cuantiosos logros deportivos. El éxito organizativo pareció agrandarse, además, en la medida en que no pocas voces habían profetizado el fracaso del evento. La amenaza terrorista y la supuesta incapacidad del Gobierno para garantizar el orden habían sido los principales ingredientes de la catástrofe anunciada. Fue precisamente el contraste entre los negros augurios iniciales y el satisfactorio resultado final el que, tras la clausura, se tradujo en una intensa sensación de alivio no exenta de cierto triunfalismo. Baste repasar algunas de las principales cabeceras del mundo en los días que siguieron al evento para darse cuenta de ello. El editorial de Le Monde del 12 de agosto, por ejemplo, rezaba:

¿Quién podría creerlo? Mientas que innumerables Casandras habían anunciado un desastre securitario, unos Juegos Olímpicos sin público y una humillación nacional, la realidad ha superado todos los discursos lenitivos. Los Juegos de París han ofrecido […] más de

dos semanas de fervor y de felicidad aún más inesperadas y apreciadas en tanto en cuanto llegaban después de una secuencia política dominada por las pasiones tristes del declive y la xenofobia[54].

En España, El País calificaba los Juegos ese mismo día como un "éxito rotundo que casi nadie habría adivinado antes de su inicio", un éxito que trascendía lo meramente deportivo para dejar "un legado simbólico y emocional para muchos años"[55]. La corresponsal de El Mundo en la capital gala no se quedaba atrás a la hora de reconocer el éxito, ensalzando además el buen desempeño del país anfitrión, quinto en el ranking con un total de 64 medallas (Villaécija, 2024). Tono análogo encontramos en The New York Times, The Guardian, La Repubblica o el Frankfurter Allgemeine Zeitung, por citar algunos de los diarios más entusiastas. En el plano político, Emmanuel Macron fue quien mejor representó —y expresó — ese sentimiento híbrido de alivio y triunfalismo. Así, en el curso de un encuentro con parte del personal implicado en el desarrollo del evento, el presidente francés declaró: "[…] durante años mucha gente nos ha dicho que no era posible […]. Que la ceremonia de apertura era una locura. Que no podíamos garantizar la seguridad. Que nunca nos podríamos bañar en el Sena. Que los franceses nunca podrían estar en el top cinco del medallero […], que todo lo que habéis hecho era imposible"[56].

En su afán por aprovechar el éxito olímpico para conjurar el pesimismo que había sobrevolado el país en las fechas previas al evento, Macron llegaba a afirmar: "En el fondo, la vida es lo que hemos vivido estas últimas semanas. Esa es la verdadera vida […]. Y eso debe continuar. Ese es el verdadero rostro de Francia"[57]. Pero ¿acaso el esplendor festivo de esos 15 días puede ser considerado el "verdadero rostro" de Francia?

Considerando los datos macroeconómicos y adoptando una perspectiva comparativa amplia, podría decirse que la evolución económica del país en los últimos años ha sido globalmente positiva. Organismos como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial lo han situado recientemente en el séptimo puesto de las grandes economías del mundo y en el segundo de la

eurozona[58]. Francia continúa estando a la cabeza en sectores como la industria química, la automotriz, la aeronáutica o la biofarmacia, y el turismo y la industria de la moda y el lujo continúan siendo sus gallinas de los huevos de oro. El paro, además, cayó tres puntos entre 2015 y 2024, pasando del 10,5 al 7,5%[59], y el crecimiento anual se disparó tras la pandemia, alcanzando un 6,9% en 2021 y un 2,6% al año siguiente[60].

Atendiendo únicamente a los datos macro y a la deslumbrante imagen de las Olimpiadas recientemente celebradas sería imposible, sin embargo, entender un movimiento de indignación popular de tanta envergadura como el de los chalecos amarillos (otoño de 2018-verano de 2019) o el incesante aumento en los últimos años del apoyo electoral al nacionalpopulismo encarnado por Marine Le Pen. La candidata ultraderechista cosechó, en este sentido, 13,2 millones de votos en la segunda vuelta de las presidenciales de 2022 (41,45% del total), un avance considerable con respecto a los 10,6 millones reunidos cinco años atrás, y su partido, el Rassemblement National (antiguo Frente Nacional), contó 10,6 millones de papeletas en las legislativas de 2024 (un 33,2% del total), cifra muy superior a los 4,2 cosechados en 2022 (Parmentier, 2024).

Y es que la percepción de los franceses se encuentra lejos de coincidir con la imagen próspera y exitosa del país que acabamos de esbozar. Según el Instituto Francés de la Opinión Pública (IFOP), aproximadamente dos tercios de estos (71% en 2010 y 66% en 2020) consideran que Francia se halla en declive. En el estudio sobre la cuestión realizado por el organismo en noviembre de 2021 percibimos además que, a pesar de considerar que Francia tiene numerosos recursos (un 78% se pronuncia en este sentido), cada vez son menos los que confían en las posibilidades de reforma del país o, lo que es lo mismo, en las posibilidades de revertir tal situación de declive. Si un 70% de los encuestados se mostraba optimista en este sentido en 2010, solo el 50% lo hacía una década más tarde[61].

Un último aspecto a retener del estudio, capital para el tema que aquí nos ocupa, es la correlación entre las percepciones declinistas y la preferencia por opciones políticas de derechas. Así, el 78% de los encuestados identificados con Les Républicains (derecha

conservadora) y el 80% de aquellos que lo hacían con el Rassemblement National (derecha radical) compartía la tesis del declive francés, frente a tan solo el 39% de los simpatizantes del partido de Macron y el 53% de los socialistas. También un 71% de los simpatizantes de la Francia Insumisa de Jean-Luc Mélenchon eran de la misma opinión, prueba del considerable —aunque menor — arraigo de las visiones declinistas en el extremo opuesto del tablero político[62].

La empresa demoscópica IPSOS ofrece datos reveladores acerca de la visión pesimista de los franceses con respecto al futuro de su país. En el estudio "Predictions 2024", de diciembre de 2023, vemos como tan solo el 46% de estos confiaba en que 2024 sería mejor que el año que acababa de transcurrir, cifra alarmantemente inferior al 70% de media de los 34 países incluidos en el estudio[63]. Las conclusiones extraídas por Yves Bardon (2023), uno de los responsables del organismo, no dejan lugar a dudas: "La ansiedad se traduce en el sentimiento de que Francia se hunde en la mala dirección: después del 73% en junio [de 2023], ahora el 80% de los franceses considera que su país va en la mala dirección, 17 puntos más que la media mundial". Alexandre Guérin, director general de IPSOS Francia, explicaba las razones de este pesimismo en los siguientes términos: "Desde siempre, las percepciones de los franceses han sido más severas que en otros países. Pienso que hay razones históricas y culturales, y otras ligadas a la evolución de la sociedad en un mundo de policrisis (climáticas, económicas, inflación…). Mientras que parecen satisfechos de su situación personal, los franceses tienen dificultades a la hora de entrever las oportunidades del futuro y el rumbo del país"[64].

La reflexión del analista galo constituye un buen punto de partida para nuestro estudio. Y es que, efectivamente, tras el "pesimismo francés" se esconde un malestar ocasionado por diversos factores de carácter objetivo y, hasta cierto punto, mesurable. En agosto de 2024, por ejemplo, la inflación constituía según IPSOS la mayor preocupación para el 40% de los encuestados, seguida por la "criminalidad y la violencia" (32%), la "pobreza y las desigualdades" (29%), las deficiencias del sistema de salud pública (27%) y el cambio climático y los flujos migratorios (ambas con un 23%) (Bardon, 2024).

Pero, como afirmaba Guérin, junto a estos factores ligados al contexto de "policrisis" global propio de nuestro tiempo, existen otros de carácter histórico o cultural propiamente franceses que son, a nuestro juicio, los que han contribuido decisivamente a potenciar las pasiones tristes en el país. Son, en este sentido, los discursos decadentistas —también llamados declinistas— que han bombardeado a la sociedad francesa desde comienzos de siglo los que, dibujando machaconamente un pasado idílico, un presente catastrófico y un futuro apocalíptico —cuando no inexistente—, han hecho arraigar un pesimismo crónico en amplios sectores de dicha sociedad, instalando en el país un Zeitgeist o "aire del tiempo" marcado por la nostalgia y el sentimiento de pérdida. Sentimiento perfectamente condensado en muletillas omnipresentes como c'était mieux avant (antes era mejor) o la France n'est plus la France (Francia ya no es la misma). Salvo contadas excepciones, estos discursos han provenido históricamente de los sectores situados más a la derecha del espectro político francés y han portado con ellos los gérmenes más tóxicos y eficaces del pensamiento reaccionario galo.

Este capítulo tiene por objeto reconstruir de manera sintética la evolución de los discursos decadentistas en el país vecino a lo largo de su historia contemporánea y, en especial, del último medio siglo. Prestaremos particular atención a los contextos en los que dichos discursos proliferaron, a la ideología de sus distintos tenores y a su lógica política subyacente.

El discurso decadentista en Francia:

orígenes, características y evolución histórica (siglo XVIII-1975)

La noción de decadencia como proceso histórico resultado de factores identificables nació en la segunda mitad del siglo XVIII de la mano de la idea contemporánea de progreso (Dunyach, 2008). Es en este sentido, como afirmó Pierre Chaunu (1981: 69), en el que podemos considerarla "un regalo de la modernidad". La apelación a

la decadencia en este contexto, fundamentalmente en el ámbito de las artes y de la moral, sirvió a los sectores hostiles a la Ilustración para poner en tela de juicio la fe en la naciente "religión secular del progreso" (Dunyach, 2008: 77-78), según la cual, además de necesario e intrínsecamente positivo, sería "continuo, lineal, acumulativo, irreversible e ilimitado" (Taguieff, 2002: 30).

Insertas en el nuevo "régimen de historicidad" surgido de las Luces, volcado hacia el futuro, las nociones de progreso y decadencia pronto se revelaron como elementos estructurantes de la dialéctica política de la modernidad (Hartog, 2003). Así, si para los ilustrados franceses la Edad Media representaba, en términos generales, el paradigma de la barbarie y la decadencia, especialmente en lo tocante a las costumbres, las creencias y las relaciones de poder, para los sectores antiilustrados y reaccionarios esta se hallaba fundamentalmente en el siglo que les había tocado vivir, como la proliferación del lujo, los excesos y, sobre todo, el creciente culto a la razón parecían demostrar[65].

Esta observación nos da pie a dos reflexiones. En primer lugar y salvo evidencia abrumadora, la percepción de la decadencia no es unívoca. Lo que para unos es decadente para otros puede suponer un progreso y viceversa. En segundo lugar, los sectores "progresistas" —aquellos que expresan su fe en el progreso— tienden a identificar la decadencia con un pasado que aspiran a superar, mientras que los reaccionarios suelen situarla en el tiempo presente, observando con cierta nostalgia una idealizada época anterior. Han sido sin embargo los segundos, como veremos a continuación, quienes desde el siglo XIX han hecho de esta noción una herramienta política de primer orden con la que combatir los epígonos de la modernidad (Compagnon, 2005; Sternhell, 2006). Especialistas en la materia como Zeev Sternhell (1994: 9-37) han llegado a hablar, en este sentido, de la gestación de una auténtica "ideología de la decadencia" en el ámbito de las derechas más radicales.

El fantasma de la decadencia ha sobrevolado la conciencia de los europeos de manera recurrente a lo largo de los dos últimos siglos, especialmente en contextos de crisis. La larga depresión económica que padeció el continente entre 1873 y 1896, con la consiguiente

pérdida de confianza en las certidumbres del progreso heredadas del transcurso del siglo, constituyó un marco especialmente propicio para el desarrollo y la proliferación de los discursos decadentistas. Pierre Chaunu (1981: 290) situó la aparición de la "primera forma de discurso verdaderamente moderno sobre la decadencia" precisamente en las dos últimas décadas del siglo XIX. Estos discursos, según el historiador, no eran sino expresión del "único miedo, el miedo a la muerte", en este caso la muerte de la propia nación o de la civilización europea (1981: 291-292). Y es que la Europa dominadora de los imperios empezaba a darse cuenta de que su progreso no era continuo ni lineal y comenzaba a sospechar —y a temer— que tampoco fuera irreversible.

Estos síntomas fueron especialmente agudos en Francia, donde la derrota en la guerra franco-prusiana (1870-1871) constituyó un auténtico trauma nacional. El fracaso militar motivó al filósofo Hippolyte Taine a escribir los seis volúmenes de Les origines de la France contemporaine (1875-1893), obra en la que trató de hallar las causas de la derrota del país a través del estudio de su historia. Con ello, al tiempo que desarrollaba una auténtica teoría de la decadencia francesa, Taine introducía decisivamente esta noción como categoría de análisis histórico (Dunyach, 1996). Análogo propósito persiguió Ernest Renan al escribir su mucho más modesto ensayo La réforme intellectuelle et morale de la France (1871). Ambos autores llegaron a conclusiones similares. Los principios de la Ilustración y las consecuencias del proceso revolucionario habían sido, a sus ojos, los causantes del estado de postración en que se hallaba el país (Winock, 2017: 19). La receta para revertir la situación, a grandes rasgos, resultaba sencilla: frente a la igualdad, aristocracia y respeto de las jerarquías, frente a la libertad, orden y disciplina, y frente a la fraternidad, virilidad y militarismo.

La mayoría de los teóricos e ideólogos ultraderechistas de finales de siglo, de Barrès a Drumont y de Déroulède a Maurras, siguieron la estela de Taine y Renan. Los principales tenores del nacionalismo radical de la época desarrollaron, en este sentido, un auténtico programa político a la sombra del espectro decadentista, agudizando con su discurso, por un lado, la percepción social del declive del país y denunciando, por otro, la propia incapacidad de la naciente Tercera República para hacer frente a la situación. El

régimen republicano, heredero de la tradición revolucionaria, representaba para todos ellos el mayor obstáculo para el restablecimiento del honor y la grandeza del país (Sternhell, 1978).

Y es que la decadencia, tanto la preocupación como la atracción por ella, impregnó la atmósfera de la Francia finisecular hasta extremos insospechados. "¡Decadencia! Esa palabra nos persigue. La encontramos tanto en labios de escépticos, de indiferentes, de egoístas, como en boca de filósofos pesimistas", afirmaba en 1881 el periodista Raoul Frary (citado en Winock, 2017: 20-21). Tanto fue así que su espíritu animó un movimiento artístico, el decadentismo, que nació en el país y se extendió rápidamente por todo el continente. Este se caracterizó por su sesgo extravagante y provocador, por el dandismo y el hedonismo de sus integrantes, y por su exaltación de las pasiones tristes y los gustos degenerados. Existieron, aunque pueda resultar sorprendente, pasarelas y concomitancias entre el decadentismo y las extremas derechas. Y es que algunos de sus principales representantes, como Huysmans, Peladan o Barbey d'Aurevilly, eran militantes monárquicos y católicos firmemente adheridos al ideal contrarrevolucionario (Winock, 2017)[66].

La victoria en la Primera Guerra Mundial restituyó el orgullo herido del país y logró devolverle cierto optimismo, al menos durante los felices años veinte. Pero el espectro de la decadencia no tardó en reaparecer con tanta o más fuerza que en los años de la belle époque. Las consecuencias de la Gran Depresión (1929), en especial el aumento del paro, la pobreza y la conflictividad social, unidas a la extensión del comunismo y del fascismo tanto fuera como dentro de las fronteras del país, contribuyeron decisivamente a alimentar el malestar de la sociedad francesa en los años treinta (Duroselle, 1979; Dulphy, 2008). Probablemente, en ningún otro momento, como afirmó la historiadora Ariane Chebel d'Appollonia (1988: 68) a propósito de la extrema derecha, "la correspondencia entre su obsesión con la decadencia y el estado de ánimo imperante haya sido tan fuerte". Y es que esta fue la época dorada de la publicística ultraderechista consagrada a la cuestión. Entre 1929 y 1939, las obras de algunas de las principales figuras de Acción Francesa, como Maurras (Mes idées politiques, 1937) o Bainville (La Troisième République, 1935), de escritores filofascistas, como

Céline (Bagatelles pour un massacre, 1937) o Drieu la Rochelle (Gilles, 1939), y de otras menos conocidas en nuestros días, como Gonzague de Reynold (L'Europe tragique, 1934) o René de Planhol (Le monde à l'envers, 1932), dibujaron una Francia —y por extensión una Europa— degenerada como resultado del desarrollo de los principios y valores de la modernidad, contrarios a su "verdadero" espíritu (Rennes, 1999).

Fielmente secundados por una pléyade de publicaciones periódicas (L'Action française, Gringoire, Je suis partout), estos y otros autores llevaron el empleo del discurso decadentista como lógica de acción política a su máximo esplendor. Dicha lógica consistía, en primer lugar, en identificar las causas —y a los causantes— de la degradación del país o de la civilización (extranjeros, judíos, clase política, parlamentarismo, socialismo…) y en azuzar de manera más o menos explícita el odio contra ellos. Se construía y presentaba, a continuación, una pasada edad de oro que actuaba a un tiempo como referente político y como mito movilizador. Luchar contra la decadencia era así, de algún modo, "restaurar el sistema político" de aquel pasado ideal, sistema capaz de "asegurar la estabilidad de las instituciones, el orden, la felicidad del pueblo […] y el prestigio de Francia" (Rennes, 1999: 156). Se apelaba insistentemente, por último, a una reacción nacional susceptible de acometer tal empresa restauradora. Buena parte de la ultraderecha gala creyó encontrar una vía para lograrlo en el régimen encabezado por el mariscal Philippe Pétain tras la ocupación alemana.

Aunque diezmada y deslegitimada tras su colaboración con el ocupante nazi, la extrema derecha gala no dejó de elaborar discursos decadentistas en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de sus antecesores de la belle époque y de los años treinta, los panfletos de sus ideólogos alcanzaron escaso eco social. Sus obsesiones y angustias ya no se correspondían con el estado de ánimo de la sociedad. Y es que, en una Francia recién liberada, presente en el concurso de las naciones vencedoras de la guerra, con una tasa de crecimiento del 5% anual entre 1946 y 1973, pleno empleo y un aumento sin precedentes del nivel de vida, ¿quién podía prestar oídos a los oscuros análisis de las Casandras de la derecha más radical?

Tres fijaciones mayores, en cualquier caso, centraron el grueso de las obras de corte decadentista de la familia política durante los Treinta Gloriosos: la amenaza comunista sobre Europa y Occidente, la crisis espiritual del hombre moderno y, a escala nacional, la desintegración del imperio francés como fruto de la descolonización. Sobre la primera podemos destacar la producción de Henri Massis. Católico estrechamente ligado a Acción Francesa, sirvió de puente entre la generación de antes de la guerra y la de después. En 1927 publicó Défense de l'Occident, ensayo en el que denunció la influencia perniciosa de Oriente, especialmente del bolchevismo, sobre el Occidente cristiano (Dard, 2010)[67]. Tras la segunda contienda mundial publicó L'Occident et son destin (1956), continuación de la obra anterior, y L'Europe en question (1958), en la que tanto él como el mariscal Alphonse Juin reflexionaron acerca de las posibilidades de supervivencia de la "Europa residual" (no comunista). Por último, junto a Pierre Debray, escribió La cathédrale effondrée en 1962. Baste leer el arranque de la introducción para entrever el tono general de la obra: "Durante un siglo y medio, Francia se parecía a una catedral, de la cual la revolución, como un rayo, habría destruido la cúspide. El noble edificio, descoronado desde entonces, se abría, a través de ese gran hueco, a todas las borrascas de la historia. Francia se había convertido en un cuerpo privado de cabeza, el rey; despojado de su alma, Dios" (Massis, Debray y Daménie, 1962: 5).

El segundo de los temas ("la crisis espiritual del hombre moderno") abordaba en realidad la pérdida de fe en las sociedades occidentales y, particularmente, de fe en el Dios cristiano o católico. No extraña, por tanto, que la mayoría de las plumas que trataron la cuestión desde el prisma de la decadencia (ya que el alejamiento de Dios era su origen) procediesen de las filas del tradicionalismo y del integrismo católico. Entre los principales autores, podemos citar a Marcel de Corte, con obras como Essai sur la fin d'une civilisation (1949) o L'Homme contre lui-même (1962); a Gabriel Marcel, con Le Déclin de la sagesse (1954); o a Marcel Clément, con La France, pays de mission ou de démission (1965).

Encontramos, por último, no pocos autores que identificaron la decadencia del país con la pérdida de las colonias, pérdida que vivieron como una auténtica mutilación. Destacan, entre ellos, los

que participaron activamente en contra de la independencia argelina (1962) y que publicaron diversos escritos a lo largo de los años siguientes. Maurice Challe, principal organizador del putsch de los generales en Argel, publicó en 1968 Notre révolte; Jacques Soustelle, exministro perteneciente a la OAS, hizo lo propio con Vingt-huit ans de gaullisme (1968) y Pierre Sergent, otro de los líderes de la organización, escribió Ma peau au bout de mes idées (1967). Todos ellos compartían un mismo odio por Charles de Gaulle, al que culpaban de la perdida de las colonias africanas y, por consiguiente, del debilitamiento del país.

EL DISCURSO DECADENTISTA DE TRES PRENSADORES PREOCUPADOS POR LA DECADENCIA: JULIEN FREUND, PIERRE CHAUNU Y RAYMOND ARON (1975-1985)

La pujanza de los Treinta Gloriosos comenzó a decaer a inicios de los años setenta. La pérdida de las colonias africanas, el aumento de la inmigración extranjera —fundamentalmente argelina y subsahariana— y las convulsiones de Mayo del 68 parecieron anunciar un cambio de ciclo. En 1981, Pierre Chaunu señalaba en este sentido que la "conciencia de la decadencia" en el país era "aguda" desde hacía al menos una década, constituyendo el periodo 1968-1972 un verdadero punto de inflexión con respecto al optimismo de la etapa anterior (Chaunu, 1981: 291). Pero fue la primera crisis del petróleo (1973) la que marcó un verdadero punto y aparte con respecto al crecimiento de la Europa de posguerra. Si este había superado el 5% de media en la Francia de los años cincuenta y sesenta, se mantendría por debajo del 3% entre 1976 y 1986, años en los que el paro se dispararía del 3 al 9%[68].

La crisis, como en ocasiones anteriores, no tardó en ensanchar la sombra del espectro de la decadencia. Pero en este contexto, particularmente entre 1975 y 1985, la preocupación por la cuestión trascendió los estrechos márgenes de la extrema derecha para adquirir carta de naturaleza y llegar a un público más amplio de la mano de tres intelectuales: el filósofo Julien Freund, el historiador

Pierre Chaunu y el filósofo y politólogo Raymond Aron. Y es que, aunque firmes defensores de planteamientos derechistas, radicales incluso en algunos puntos, no sería justo —ni adecuado—, atendiendo a su trayectoria y a su cultura política, confundirlos con simples ideólogos o publicistas de extrema derecha.

Ninguno de ellos, como veremos a continuación, se contentó con agitar el fantasma de la decadencia como un simple espantajo, sino que los tres se afanaron en investigar y analizar el fenómeno con el máximo rigor. Este esfuerzo intelectual contribuyó en buena medida a conferir a la cuestión un nuevo estatus científico, trabajo que fue retomado posteriormente, entre otros, por el filósofo Pierre-André Taguieff. A la hora de responder a la incógnita de la decadencia francesa, europea u occidental, sin embargo, los tres respondieron afirmativamente con distinto grado de dramatismo. Esta doble condición de estudiosos de la decadencia y de tenores de la propia de su tiempo ha sido vista con recelo por diversos autores, que han considerado su labor intelectual un simple pretexto para dar mayor apariencia de solidez y credibilidad a sus propios planteamientos (por ejemplo, Dunyach, 2008: 74).

La decadencia según Freund

Tres aspectos de la vida de Julien Freund (1921-1993) merecen ser destacados: su activa participación en la Resistencia frente al ocupante nazi, su papel como introductor y divulgador en Francia de la obra de pensadores alemanes tan destacados como Max Weber o Carl Schmitt y sus propios análisis en torno a la esencia de lo político (Freund, 1965). De cara a este estudio, conviene señalar además que su director de tesis no fue otro que Raymond Aron, de quien hablaremos más adelante. Pierre-André Taguieff (2008), sobre quien Freund ejerció una gran influencia, le definió como un “liberal-conservador insatisfecho”, aunque dicha descripción tal vez se quede corta. Y es que, de los tres autores analizados, el exégeta de Carl Schmitt fue quien mantuvo una relación más estrecha con los medios de la ultraderecha gala, particularmente con el movimiento intelectualista neopagano conocido como Nouvelle

Droite. El filósofo formó parte, en este sentido, del comité del patronato de la cabecera de prensa del mismo nombre y participó en varias ocasiones en los congresos anuales del GRECE, nombre oficialmente adoptado por el grupo (Duranton-Crabol, 1988: 215-217)[69].

Empezamos el análisis con Freund porque entendemos que este escribió la primera de las obras clave en este contexto: La fin de la Rennaissance, en 1980. El objetivo del filósofo al escribirla, en sus propias palabras, fue tratar de "hacer comprender las dimensiones de un derrumbe que nos esforzamos por ignorar […] a cualquier precio" (Freund, 1980: 7). Ese "derrumbe" no respondía, según su análisis, a las simples consecuencias de la crisis del petróleo, sino que era fruto de la "agonía" de la propia civilización europea, del ocaso de sus más de cuatro siglos de esplendor. "Asistimos al final de la primera civilización de carácter universal que el mundo haya conocido", afirmaba sin ambages en este sentido (ibidem: 8).

La esencia de dicha civilización, tal y como la entendía el filósofo, se hallaba en su "vocación histórica" de descubrimiento y dominio universales. Por esa misma razón, su decadencia habría comenzado paradójicamente en el momento mismo en que dicha vocación habría quedado satisfecha, esto es, a caballo entre los siglos XIX y XX. La segunda fase del proceso habría llegado tras la Segunda Guerra Mundial, cuando, con la descolonización, "en dos décadas Europa abandona bruscamente la casi totalidad de los bienes que había empleado siglos en conquistar" (ibidem: 18-19). La última fase de la degeneración, de carácter terminal, habría llegado en el momento en que los propios europeos, invadidos por el pensamiento poscolonial y decolonial, habrían comenzado a avergonzarse de los logros de su propia civilización (ibidem: 26)[70].

La decadencia para Freund era, por tanto, una cuestión que afectaba fundamentalmente a la esencia vital de las civilizaciones, íntimamente ligada al espíritu de conquista en el caso europeo. El filósofo ofrecía la visión más caleidoscópica y abarcadora del fenómeno, puesto que, a diferencia de Chaunu y Aron, identificaba sus efectos en todos los órdenes de la vida, desde la política y la moral hasta las ciencias y las artes (ibidem: 5). Pero, a sus ojos, este no era un proceso definitivo ni irreversible. Europa aún podía tener

una oportunidad a través de la integración de sus distintos países, sobre todo si acababa surgiendo un enemigo exterior poderoso capaz de cohesionarlos[71]. Nada más publicar esta obra, el pensador francés comenzó a elaborar otra de mayores dimensiones sobre la cuestión. La décadence salió a la luz en 1984 y en ella, además de recuperar y ampliar algunas de las ideas que acabamos de exponer, Freund llevó a cabo una reconstrucción de las diferentes percepciones y teorías de la decadencia planteadas a lo largo de la historia (Freund, 1984). Esta obra, pionera en su momento, continúa siendo un referente en la materia.

La decadencia según Chaunu

A lo largo de su vida, Pierre Chaunu (1923-2009) desarrolló una doble actividad como historiador especializado en la América española y en la Francia de los siglos XVI, XVII y XIII, y como predicador calvinista (Crouzet y Hugon, 2021). Desde mediados de los años setenta comenzó a militar activamente contra la legislación abortista que acababa de ser aprobada en el país galo y, en sentido más amplio, contra la "revolución contraceptiva" que, a su juicio, ponía en riesgo la propia supervivencia de Occidente[72]. Su rechazo frontal de las posiciones liberales en la materia, unida a la preocupación por el "invierno demográfico" que adivinaba en el horizonte, condujeron al historiador a frecuentar hasta cierto punto los medios ultraderechistas del país, particularmente aquellos de corte tradicionalista, en los que sus obras eran generosamente aplaudidas y publicitadas. Chaunu mantuvo, en este sentido, un programa dedicado a cuestiones históricas en Radio Courtoisie, la principal emisora de la extrema derecha[73], nada menos que entre 1987 y 2004. También colaboró, aunque de manera tangencial, con el Club de l'Horloge, grupo de reflexión inicialmente vinculado a la Nouvelle Droite. En 1979 publicaría Le défi démographique junto a algunas de sus figuras más representativas y en la primera mitad de los ochenta escribiría con cierta frecuencia en Contrepoint, su principal órgano de expresión en aquel contexto y resultado también del influjo intelectual de Raymond Aron y del acontecimiento seminal del Mayo parisino[74] (Bernard, 2016:

102-104).

La crisis de los años setenta, unida a la preocupación por el horizonte demográfico de Occidente, contribuyó a acentuar el interés del historiador por la cuestión de la decadencia, sobre la cual no tardaría en publicar su obra magna: Histoire et décadence (1981). Su objetivo, en palabras de Chaunu, era "interrogar a la historia" acerca de los orígenes del término, de la evolución del concepto y de las diversas manifestaciones del fenómeno a lo largo del tiempo. El resultado fue el estudio más ambicioso y completo sobre la cuestión escrito hasta entonces. Pero, como en el caso de Freund, el análisis científico del historiador fue acompañado por su propia valoración de la coyuntura europea y occidental.

Chaunu reconocía, al igual que aquel, el peso decisivo de la pérdida colonial en la proliferación del sentimiento de decadencia en las antiguas metrópolis. "Es a través de los imperios coloniales, esas construcciones frágiles y […] efímeras, que Europa ha tomado conciencia de la decadencia", afirmaba en este sentido (Chaunu, 1981: 298). Pero la pérdida territorial, así como las crisis económicas y otros síntomas de declive, no eran para el profesor de la Sorbona sino formas "parciales" o "relativas" de decadencia. La única decadencia "objetiva", a sus ojos, era la demográfica, ya que cuestionaba "el número de hombres", destruía el equilibrio "de la pirámide de edad" y amenazaba directamente la transmisión de los avances civilizatorios (ibidem: 120). El prototipo de "decadencia objetiva", explicaba, no era otro que el de los pueblos amerindios en el siglo XVI, que en tan solo un siglo habrían visto desaparecer el 90% de su población y la casi totalidad de su acervo cultural. Este caso, por su brusquedad y dramatismo, era definido por el historiador en términos de "colapso" civilizacional, reservando el concepto de decadencia para procesos más paulatinos y espaciados en el tiempo (ibidem: 154).

No había duda para Chaunu de que Europa se hallaba en plena decadencia. La cuestión era saber, desde esta perspectiva, hasta qué punto la crisis demográfica del continente amenazaba la propia supervivencia de su civilización. La "revolución contraceptiva" iniciada en los años cincuenta, afirmaba en este sentido, constituía "el desafío más grave" al que la humanidad se había enfrentado

desde sus orígenes, puesto que “a partir del hundimiento de la retransmisión de la vida” era “todo el sistema de civilización el que estaba en riesgo” (ibidem: 329). La disyuntiva no se hallaba ya entre decadencia o progreso, sino entre un nuevo impulso del crecimiento demográfico o “el colapso de la vida y de la cultura” (ibidem: 321). Este, desde el punto de vista del historiador, no era inevitable: dependía de las decisiones que los distintos Gobiernos adoptasen en materia de natalidad.

La decadencia según Aron

De los tres, Raymond Aron (1905-1983) fue quien alcanzó mayor proyección pública gracias, fundamentalmente, a su desempeño como editorialista de Le Figaro entre 1947 y 1977. Miembro activo de la Resistencia, el profesor del Collège de France destacó por sus posiciones liberal-conservadoras de corte atlantista y por su firme rechazo del comunismo, del que su obra L’opium des intellectuels (1955) constituyó uno de los máximos exponentes de la segunda mitad de siglo. La vinculación de Aron con las extremas derechas, por otra parte, fue prácticamente nula, manteniéndose siempre dentro de los parámetros de la derecha clásica y brindando incesantemente su apoyo a los sectores más liberales del gaullismo[75].

La aproximación del teórico al fenómeno de la decadencia presenta, al menos, tres diferencias sustanciales con respecto a las de los dos anteriores. Fue, en primer lugar, más superficial que la de estos, no llegando Aron a desarrollar una verdadera teoría del fenómeno ni a analizar en profundidad sus causas o su plasmación histórica concreta. Su concepción de la decadencia, en segundo lugar y como fruto de ella, resulta más etérea, confundiéndose frecuentemente en sus textos la noción de decadencia con la de declive (términos que Aron empleaba de manera prácticamente indistinta). Lejos de negros augurios y de sombrías perspectivas, por último, Aron empleaba dichos conceptos, en sus propias palabras, de forma “totalmente relativa”. Así, por ejemplo, afirmaba que, aunque el declive de Inglaterra con respecto a lo que el Imperio británico

había llegado a ser en el siglo anterior no dejase lugar a dudas, "el inglés medio" vivía mejor en los años ochenta "que en los tiempos del esplendor imperial" (Aron, 1985: 651).

La aproximación del estudioso al fenómeno constó asimismo de distintas etapas. En la primera, coincidente con los Treinta Gloriosos, lo abordó de manera esporádica, particularmente en Espoir et peur du siècle (1957) y en Les désillusions du progres (1969)[76]. En la segunda, a partir de la crisis del petróleo, comenzó a considerarlo con mayor detenimiento, en especial a la hora de preparar su curso del Collège de France dedicado a la cuestión en el año 1975 (ibidem: 645)[77]. Parte de las reflexiones planteadas en dicho curso serían utilizadas con carácter casi inmediato en la confección de su Plaidoyer pour l'Europe décadente (1977), auténtica apología en favor de la Europa liberal. Aron, por último, dedicaría todo un capítulo de sus memorias a la cuestión ("La décadence de l'Occident"), en el que repasaría las distintas fases de su aproximación al tema y recogería algunas de sus principales ideas al respecto[78].

El filósofo definía la decadencia, siguiendo a Maquiavelo, en términos de "pérdida de vitalidad histórica" de un Estado o civilización. Dicha pérdida, a sus ojos, se producía cuando "la colectividad" se mostraba incapaz de hacer frente a los nuevos desafíos como fruto del anquilosamiento de sus hábitos e instituciones (ibidem: 651). Este planteamiento daba pie al teórico francés a proponer sus propias recetas —de corte liberal— para conjurar la decadencia de Occidente; a saber, fomentar la libre competencia y reducir el control estatal y la burocracia (ibidem: 650-651). Y es que, como no pocos críticos adujeron, la aproximación aroniana a la decadencia fue fundamentalmente economicista. Reconociendo otras posibles causas del fenómeno, como el excesivo individualismo contemporáneo o el hedonismo, el propio autor llegaba a afirmar en este sentido que "los resultados económicos" se habían convertido "en uno de los indicadores más seguros" de esta (ibidem: 645). Así, como estos demostraban —y esta era la tesis central de su Plaidoyer—, la economía de Europa occidental, a pesar de su decadencia relativa, era superior a la economía planificada de la Europa comunista. Un concepto, pues, el de decadencia, empleado de manera instrumental por el filósofo a

fin de reforzar la hipótesis del superior desarrollo de las “sociedades industriales liberales” frente a las “sociedades industrializadas despóticas” (ibidem: 650).

EL BOOM DE LA DECADENCIA O EL TRIUNFO DE LAS PASIONES TRISTES EN EL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XXI

Freund, Chaunu y Aron lograron de este modo reintroducir parcialmente la cuestión de la decadencia en el gozne de los años setenta y ochenta, rescatándola del ámbito de la extrema derecha en el que había permanecido relegada durante las décadas anteriores. Los tres pensadores —y tenores— de la decadencia confirieron, gracias a su prestigio, un nuevo estatus científico a la cuestión e incluso una cierta carta de naturaleza en los medios académicos, en los cuales había sido tradicionalmente desechada por sospechosa[79]. Pero no solo eso, sino que, además, crearon escuela. Poco después de la aparición de las obras analizadas, el filósofo e historiador de las ideas Pierre-André Taguieff dedicó varias conferencias a la cuestión recuperando planteamientos y reflexiones tanto de Freund como de Aron[80]. Su interés por la decadencia, como ahora veremos, continuaría a lo largo de las décadas siguientes.

En la segunda mitad de los años ochenta y a lo largo de los noventa, sin embargo, constatamos una mengua en los trabajos y estudios sobre la materia. Sospechamos, sin querer profundizar en ello, que dicha tendencia obedeció a los efectos de la llamada globalización feliz, marcada por la caída de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, el desarrollo del proyecto europeo y la hegemonía mundial de Estados Unidos, todo ello en un contexto de crecimiento económico sostenido y de espectaculares avances científicos y tecnológicos[81]. Es Taguieff (2022: 10), precisamente, quien sitúa el “regreso” de la cuestión —esta vez bajo forma de debate sobre el declive francés— en la primera década del siglo XXI. Según este, Nicolas Baverez, alto funcionario y ensayista de corte neoliberal, habría sido el principal impulsor de dicho declive, sobre todo a raíz

de sus obras Les trente piteuses (1998), en alusión a los años transcurridos desde la primera crisis del petróleo, y La France qui tombe: un constat clinique du déclin français (2003) (ibidem: 10-11)[82]. Baverez, quien describía el país como "el hombre enfermo de una Europa decadente", sostenía que, para revertir su declive, era necesario aplicar una "terapia de choque liberal" al estilo de Margaret Thatcher en Reino Unido que redujese tanto el tamaño del Estado como el peso de la fiscalidad. No sorprende descubrir que su principal referente intelectual sea, precisamente, Raymond Aron, habiendo llegado incluso a escribir varios ensayos acerca del filósofo (Baverez, 1997 y 2005)[83].

Es nuevamente Taguieff quien detecta una mutación del debate a partir de la crisis económica de 2008, mutación caracterizada a sus ojos por una relativa superación de la querella germano-francesa y por el regreso del fantasma de la decadencia de Occidente (Taguieff, 2022: 10). Francia registró, en este sentido, un auténtico boom editorial sobre la cuestión a partir del año 2010, protagonizado tanto por autores procedentes de la derecha extrema (Éric Zemmour, Ivan Rioufol) como, sobre todo, de la izquierda (Jacques Julliard, Marcel Gauchet, Alain Finkielkraut, Natacha Polony, Michel Onfray o el propio Taguieff). Es a estos a quienes el periodista Daniel Lindenberg se refirió en 2002, y de nuevo en 2016, como "los nuevos reaccionarios", calificativo que hizo fortuna a pesar de ser rechazado por todos ellos[84].

Aunque la etiqueta pueda resultar, efectivamente, cuestionable, Lindenberg (2016: 9) acertó al señalar que, sin llegar a constituir un "movimiento estructurado y consciente", sus diversos representantes tocaban, con distintas cadencias, una misma melodía de tonos fuertemente reaccionarios. Más que un programa u horizonte común, afirmaba el periodista, estos compartían unas mismas fobias (igualitarismo, multiculturalismo, laxismo, relativismo, cultura de masas), unos mismos referentes (autores antimodernos como Péguy, Bloy o Bernanos) y un mismo estilo de carácter provocador y políticamente incorrecto (ibidem: 11-14). Además de por su intensa actividad editorial, estos intelectuales y publicistas han logrado difundir sus ideas en los últimos años a través de publicaciones periódicas como Marianne, Front Populaire, Causeur o Valeurs actuelles, y, sobre todo, de su omnímoda

presencia en cadenas de radio y platós de televisión en horario de máxima audiencia[85]. La mutación del paisaje étnico francés a resultas de la inmigración, la pérdida de la influencia cultural del país a expensas fundamentalmente de Estados Unidos y su desclasamiento dentro del club de las principales potencias tras el espectacular desarrollo de China y la India han sido algunas de las cuestiones que más han inspirado sus reflexiones sobre el declive de la Francia actual.

Pero la proliferación de la retórica decadentista en parte de la intelligentsia gala no tenía por qué derivar de manera directa o inmediata en un nuevo aire del tiempo o, en otras palabras, en una nueva percepción social mayoritaria (recordemos, dos tercios de la sociedad francesa considera que el país se halla en declive). En dicha traslación han jugado un papel clave escritores como Maurice Dantec y, sobre todo, Michel Houellebecq, quien ha sabido recoger y transmitir como nadie en sus obras, vendidas por cientos de miles allí y en todo el mundo, los sentimientos de ansiedad y angustia generados por la sensación de disolución identitaria y falta de horizontes.

Mención especial en la difusión de los planteamientos decadentistas merece, por último, Éric Zemmour, polemista a caballo entre el periodismo, el ensayismo y la política. Su campaña para las elecciones presidenciales de 2022 contribuyó a inflar el espectro de la decadencia hasta límites insospechados. El vídeo en el que anunció su participación en la contienda constituye, en este sentido, un ejemplo paradigmático del empleo de la retórica decadentista como herramienta y lógica de acción política. Este evocaba los nombres de algunas de las principales figuras de la historia del país —de Juana de Arco a De Gaulle— y recordaba con tono épico algunos de sus principales logros, como la invención del cine o del automóvil. A continuación, y tras señalar que dicho país se hallaba en vías de desaparición, el vídeo pasaba a dibujar un paisaje apocalíptico de su situación presente, haciendo especial hincapié en el aumento de la delincuencia y la inseguridad, en la degradación y el empobrecimiento generalizados y, sobre todo, en la pérdida de sus valores y de su identidad. El polemista planteaba así una interpretación extrema del fenómeno, situando el país y la civilización francesa al borde de su extinción. Tal análisis solo podía

concluir apelando al electorado a movilizarse en favor de una "reacción nacional" encarnada por un salvador, él: "Ya no es tiempo de reformar Francia, sino de salvarla", concluía en este sentido[86].

La acción paralela, y hasta cierto punto combinada, de intelectuales y académicos, de publicistas e ideólogos, de escritores y de gente del mundo del espectáculo ha contribuido así en las dos últimas décadas a exacerbar los sentimientos de angustia y malestar de la sociedad francesa, instalando un pesimismo ambiental compuesto de pasiones tristes que ha actuado como potenciador de las opciones políticas más escoradas a la derecha (recordemos la correlación entre la percepción del declive del país y el apoyo a estas) (Raynaud, 2016). Consideramos que sin la acción intelectual y mediático-cultural de esta nebulosa "neo-reaccionaria", fundamentada en torno a la obsesión por la decadencia, la percepción de la sociedad gala no habría llegado a tales cotas de pesimismo y negatividad, y que el avance del Rassemblement National en las últimas contiendas electorales, a pesar de su estrategia de desdiabolización, habría sido menor. Cabe preguntarse, por último, hasta qué punto el declinismo ambiental acabará redundando en la llegada de las extremas derechas al Elíseo o si, por el contrario, las opciones centristas y progresistas serán capaces de revertir a tiempo la inercia de la última década. Los dos años que restan hasta las presidenciales de 2027 serán claves en este sentido.

Bibliografía

André

, V. y

Bernard

, B. (eds.) (2006): "Le XVIIIe, un siècle de décadence?", Études sur le XVIIIe siècle, nº 34.

Aron

, R. (1985): Memorias, Alianza, Madrid.

Bardon

, Y. (2023): “La France, entre soulagement et anxiété”, IPSOS, https://n9.cl/bbm5d.

— (2024): “Ce qui préoccupe les Français-Août 2024”, IPSOS, https://n9.cl/ik50i3.

Baverez, N. (1997): Raymond Aron, un moraliste au temps des idéologies, Flammarion, París.

— (2005): Aron: penser la liberté, penser la démocratie, Gallimard, París.

Bernard

, M. (2016): “L’opposition de droite après l’alternance de mai-juin 1981”, Histoire@Politique, vol. 1, nº 28, pp. 102-104.

Châton

, G. (2007): “Désaccord parfait. Le contrepoint libéral dans la configuration intellectuelle des années soixante-dix”, en J. Baudouin y F. Hourmant (dirs.), Les revues et la dynamique des ruptures, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.

Chaunu

, P. (1981): Histoire et décadence, Perrin, París.

Compagnon

, A. (2005): Les antimodernes. De Joseph de Maistre à Roland Barthes, Gallimard, París.

Crouzet

, D. y

Hugon

, A. (2021): Un historien dans ses lendemains: Pierre Chaunu, Presses Universitaires de Caen, Caen.

D'Appollonia

, A. C. (1988): L'extrême droite en France. De Maurras à Le Pen, Complexe, Bruselas.

Dard

, O. (2010): "Henri Massis (1886-1970)", en O. Dard, M. Leymarie y N. Mcwilliam (eds.), Le maurrassisme et la culture. Volume III, Presses universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq.

Dulphy

, A. (2008): "La décadence et la politique étrangère française dans les années trente", Publications de l'École Française de Rome, nº 395, pp. 281-298.

Dunyach

, J.-F. (1996): "Histoire et décadence en France à la fin du XIXe siècle. Hippolyte Taine et Les origines de la France contemporaine", Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle, nº 14, pp. 115-137.

— (2008): "Les Lumières face à la décadence: l'histoire entre mythe e prophétie", Publications de l'École Française de Rome, nº 395, pp. 73-95.

Durand

, P. y

Sindaco

, S. (dirs.) (2015): Le discours "néo-réactionnaire", CNRS, París.

Duranton

-

Crabol

, A.-M. (1988): Visage de la Nouvelle Droite. Le GRECE et son histoire, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

Duroselle

, J.-B. (1979): La décadence, 1932-1939, Imprimerie Nationale, París.

Freund

, J. (1965): L'Essence du politique, Sirey, París.

— (1980): La fin de la Rennaissance, PUF, París.

— (1984): La décadence. Histoire sociologique et philosophique d'une catégorie de l'expérience humaine, Sirey, París.

Hartog

, F. (2003): Régimes d'historicité: présentisme et expériences du temps, Seuil, París.

Lindenberg

, D. (2016 [2002]): Le rappel à l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires, Seuil, París.

Massis

, H.;

Debray

, P. y

Damenie

, L. (1962): "La cathédrale effondrée", Les Cahiers de l'Ordre Français, nº 1.

Parmentier

, A. (2024): “Législatives. 4 graphiques pour comprendre le score historique du RN”, L’Express, 1 de julio.

Raynaud

, P. (2016): “La nébuleuse intellectuelle du Front national”, Pouvoirs, nº 157, pp. 75-84.

Rennes

, J. (1999): “L’argument de la décadence dans les pamphlets d’extrême droite des années 1930”, Mots. Les Langages du Politique, nº 58, pp. 152-164.

Sternhell

, Z. (1978): La droite révolutionnaire, 1885-1914, Seuil, París.

— (dir.) (1994): L’éternel retour. Contre la démocratie, l’idéologie de la décadence, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

— (2006): Les anti-Lumières. Du XVIIIe siècle à la Guerre Froide, Fayard, París.

Taguieff

, P.-A. (1985): “L’idée de décadence et le déclin de l’Europe”, Politique Aujourd’hui, s. n., pp. 23-29.

— (2002): “L’idée de progrès. Une approche historique et philosophique”, Les Cahiers du CEVIPOF, nº 32, pp. 3-136.

— (2008): Julien Freund, au cœur du politique, La Table Ronde, París.

— (2022): Le retour de la décadence. Penser l’époque postprogressiste, PUF, París.

Valéry

, P. (1931): Regards sur le monde actuel, Librairie Stock, París.

Villaécija

, R. (2024): “París eleva los aros al cielo y pone el broche dorado a su sueño olímpico”, El Mundo, 12 de agosto.

Winock

, M. (2017): Décadence fin de siècle, Gallimard, París.

Capítulo 4

Fratelli d'Italia en la era del posfascismo*

[87]Steven Forti

En su autobiografía, Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee, todo un superventas por debajo de los Alpes en 2021, Giorgia Meloni presentaba a Fratelli d'Italia (FdI) como "un nuevo partido para una antigua tradición" (Meloni, 2021: 175). Unas páginas antes, aclaraba también que había "recogido el testimonio de una historia larga de 70 años" y que había "cargado en [sus] espaldas los sueños y las esperanzas de un pueblo que se había encontrado sin un partido, sin un líder" (ibidem: 162). Aunque no la nombrase explícitamente, todo el mundo entendía perfectamente que la tradición a la cual Meloni hacía referencia era la neofascista, representada en los años de la llamada Primera República (1946-1994) por el Movimento Sociale Italiano (MSI), partido al cual, dicho sea de paso, la líder de FdI se había afiliado en 1992, cuando tenía tan solo 15 años.

Las afirmaciones de Meloni, junto a las de otros dirigentes de su partido, han dado pie a un intenso debate en la opinión pública y en la academia sobre la naturaleza de Fratelli d'Italia. Hay quien defiende que se trata de un partido neofascista o que, por lo menos, los valores neofascistas siguen permeando su cultura política (Broder, 2023; Berizzi, 2024); quien lo incluye en la familia de las derechas radicales populistas europeas (Donà, 2022; Vampa, 2023); quien apuesta por ponerle la etiqueta de extrema derecha o, como mínimo, lo considera una mezcla entre derecha radical y derecha extrema, con rasgos o dejes importantes del neo- y el posfascismo (Mammone, 2018; Puleo y Piccolino, 2022; Ventura, 2022; Ignazi, 2023), y, finalmente, quien lo define como partido nacionalconservador (Vassallo y Vignati, 2023; Tarchi, 2023 y 2024).

Evidentemente, esta cuestión se interrelaciona con la de cómo catalogar a todos los partidos que en el lado derecho del espectro

político han surgido y avanzado electoralmente en las últimas décadas en diferentes países europeos y americanos, como los liderados por Marine Le Pen, Viktor Orbán, Santiago Abascal, Geert Wilder, Donald Trump, Jair Bolsonaro, Nayib Bukele o Javier Milei. No es objeto de este capítulo centrarse en este debate, sino mostrar como, por un lado, podemos definir sin ambages Fratelli d'Italia como una formación de extrema derecha tout court y, por otro, como la formación que gobierna la tercera economía de la Unión Europea (UE) no es ni de lejos un caso aislado a nivel internacional. Al contrario, el partido liderado por Giorgia Meloni es la versión, o, si se prefiere, la declinación, italiana de las nuevas extremas derechas (Forti, 2022: 25-48).

Se trata de una familia política global que es heterogénea: efectivamente, hay divergencias en diferentes cuestiones —como las políticas socioeconómicas, los valores o la geopolítica—, pero las peculiaridades nacionales no implican que no podamos utilizar una misma macrocategoría para definir todas estas formaciones, porque son más las cosas que comparten, tanto desde el punto de vista ideológico y programático como en lo que atañe a las estrategias políticas y comunicativas, que las que las separan (Forti, 2021: 81-128). A menudo, en la literatura especializada se prefiere definir a estos partidos con la categoría de derecha radical. Según Cas Mudde (2021: 22-25), la diferencia entre la extrema derecha y la derecha radical sería que la primera rechaza la esencia misma de la democracia, mientras que la segunda la acepta, "pero se opone a elementos fundamentales de la democracia liberal y, de manera muy especial, a los derechos de las minorías, al Estado de derecho y a la separación de poderes". La extrema derecha sería, pues, antidemocrática y antisistema, mientras que la derecha radical sería democrática, pero no liberal-democrática. Ahora bien, es altamente cuestionable considerar democráticas formaciones como las lideradas por Le Pen, Trump, Abascal, Orbán o la misma Meloni, ya que, por un lado, desprecian el principio democrático de igualdad y, por otro, han dado suficientes pruebas de no respetar ni la versión procedimental de la democracia, como demuestran con creces el caso húngaro o el salvadoreño, donde en los últimos años se han instaurado unos regímenes híbridos de autocracia electoral (Forti, 2024b: 271-303). De aquí, consecuentemente, la utilización en este trabajo del concepto de extrema derecha para definir Fratelli

d'Italia.

Para desentrañar este embrollo, en este capítulo se analizarán la historia, la ideología y las políticas de FdI, cuestionando las lecturas, por así decirlo, edulcoradas que circulan en la opinión pública sobre el partido que desde 2022 está gobernando el país transalpino.

Una llama que nunca se apaga

Fratelli d'Italia fue fundado en diciembre de 2012 en un momento de profunda reconfiguración de las derechas italianas. Por aquel entonces, de hecho, el proyecto de Silvio Berlusconi de crear un gran partido conservador italiano, el Popolo della Libertà (PdL), estaba naufragando. El golpe de gracia se lo daría el éxito del Movimento 5 Stelle (M5E) de Beppe Grillo en las elecciones legislativas de 2013, que pondría fin al bipolarismo entre el centro-izquierda y el centro-derecha que había dominado la política del país desde mediados de los años noventa (Botti, 2016: 17-42). Menos de un lustro antes, el panorama era completamente distinto: en 2009, efectivamente, con la fundación del PdL el empresario milanés había forzado a sus aliados de Alleanza Nazionale (AN) a una unificación con su partido-empresa, Forza Italia. El objetivo del Cavaliere era doble. Por un lado, responder a la creación del Partito Democratico (PD) en el marco de un sistema que tendía hacia un bipolarismo a la anglosajona. Por el otro, desde su entrada en política, Berlusconi deseaba crear una especie de partido republicano estadounidense a la italiana; esto es, unificar todas las corrientes de las derechas transalpinas bajo su liderazgo personalista, poniendo fin, de paso, a las tensiones que habían existido anteriormente en la coalición de centro-derecha (Palacio Martín, 2020: 167-196).

Por aquel entonces, Berlusconi y sus aliados —la AN de Gianfranco Fini y la Lega Nord (LN) de Umberto Bossi— compartían por tercera vez el Gobierno del país tras haber ganado las elecciones de 2008. A

pesar de las opiniones contrarias en el seno del partido, Fini, que aspiraba a sustituir al Cavaliere como líder de la derecha italiana, no pudo negarse a las presiones berlusconianas. Sin embargo, se trató de una fusión en frío. Los cuadros locales de Forza Italia y Alleanza Nazionale vivieron más bien de espaldas, lo que consideraron una especie de matrimonio forzado, e incluso en el vértice se dieron crisis relevantes: en abril de 2010, el mismo Fini, por aquel entonces presidente de la Cámara de Diputados, rompió con Berlusconi, llevándose un puñado de parlamentarios a un nuevo partido, Futuro e Libertà per l'Italia, que viró hacia el centro y acabó arrasado en las elecciones de 2013. Además, la crisis económica y financiera de la eurozona impactó notablemente en un país con una deuda pública abultada: de hecho, un Berlusconi cada vez más envuelto en escándalos —no solo económicos, sino también de naturaleza sexual— tuvo que dimitir en otoño de 2011 y, aunque a regañadientes, el PdL decidió apoyar al Gobierno técnico de Mario Monti, que aplicó unas duras políticas de recortes sociales (Tarchi, 2024: 288-321).

En 2012, entonces, el proyecto del PdL no acababa de despegar y Berlusconi, que había cumplido ya 75 años, no daba paso a un relevo que muchos consideraban necesario y urgente. Las primarias del partido, convocadas y luego anuladas a última hora por el fundador de Forza Italia, fueron la causa que adujeron Giorgia Meloni, Ignazio La Russa y Guido Crosetto para abandonar el barco berlusconiano y fundar FdI. La nueva formación se presentaba pues como una escisión del PdL: sin embargo, como afirmó la misma Meloni en la cita que abre estas páginas, el partido se proponía recuperar una "antigua tradición" y reunir un "pueblo" que, tras la disolución de Alleanza Nazionale y la que se consideró la "traición" de Fini, se sentía huérfano.

Efectivamente, también los académicos que lo consideran una formación nacionalconservadora definen con razón FdI como el "partido de la tercera generación" de la fiamma (Vassallo y Vignati, 2023: 85). La fiamma hace referencia al histórico símbolo del MSI: una llama ardiente con los colores de la bandera italiana que, según algunas interpretaciones, brotaba del mismo ataúd de Mussolini. La fiamma tricolore se mantuvo, aunque más pequeña, en el símbolo de AN —la refundación del MSI de mediados de los noventa— y FdI

la incluyó en su logo a partir de 2014. Para encontrar los orígenes del partido de Meloni, no basta, pues, con empezar este análisis en 2012, sino que es necesario tener en cuenta lo que pasó también en las décadas anteriores. No hay que olvidar que Italia fue un caso excepcional en la Europa occidental posterior a la Segunda Guerra Mundial: por un lado, fue el único país que contaba con un partido neofascista con representación parlamentaria, el MSI, cuyos porcentajes de votos se movieron entre el 5 y el 8% en todos los años de la Guerra Fría. Por el otro, fue el primer país en que la extrema derecha llegó al Gobierno: el mismo MSI en 1994, de la mano de Berlusconi.

Un breve repaso a las biografías de los tres fundadores de FdI muestra claramente esa continuidad entre MSI, AN y el partido de Meloni. Ignazio La Russa, nacido en 1947, fue uno de los principales dirigentes de las juventudes del MSI en los años setenta y luego uno de los "coroneles" de AN, además de ministro de Defensa en el último Gobierno de Berlusconi (2008-2011). También Giorgia Meloni, nacida en 1977, fue ministra —de Juventud, en su caso— en ese mismo Ejecutivo: muy cercana a Fini en la primera década de este siglo, desde 2004 lideró las juventudes de AN, Azione Giovani, y fue vicepresidenta de la Cámara de Diputados entre 2006 y 2008. En cambio, Guido Crosetto, nacido en 1963, también miembro del último gabinete presidido por el Cavaliere —fue subsecretario de Defensa, trabajando codo con codo con La Russa—, venía de Forza Italia, tras sus años mozos, allá por los ochenta, como responsable nacional del movimiento juvenil de la Democrazia Cristiana (DC). Estas trayectorias políticas representan bien lo que es FdI: un intento de ofrecer un espacio político a la segunda y la tercera generación del neo- y posfascismo italiano —representadas por La Russa y Meloni, respectivamente—, incluyendo, en el límite de lo posible, sectores del berlusconismo —como Crosetto— que se habían radicalizado desde comienzos del nuevo milenio.

A fin de cuentas, no se trataba de una operación nueva: con matices, fue lo mismo que intentó tanto Giorgio Almirante, histórico secretario del MSI, a principios de los años setenta con el proyecto de la "derecha nacional" como el mismo Fini, dos décadas después, con la creación de Alleanza Nazionale. En ambos casos, no

tuvieron éxito. En tiempos de la Primera República, la existencia de la conventio ad excludendum hacia los neofascistas imposibilitaba a la DC pactar o aliarse con ellos, relegando al MSI a ser el "polo excluido" de la política italiana. En tiempos de la Segunda República, si bien AN se convirtió en una fuerza legitimada para gobernar, su mismo valedor, Berlusconi, bloqueó su expansión —algo que parecía posible durante la crisis de Tangentopoli de 1992-1993— circunscribiendo su rol al de junior partner de la coalición de centro-derecha —el porcentaje de votos de AN osciló entre el 10 y el 15% en los años de la llamada Segunda República—, hasta el punto de "anexionarse" en la práctica el partido de Fini con la creación del PdL (Gallego, 2007; Ignazi, 2023; Tarchi, 2024).

El éxito de FdI se debe a que, entre los años diez y veinte del siglo XXI, el contexto político y cultural italiano cambió notablemente. En primer lugar, como se comentaba más arriba, no solo el proyecto del PdL había naufragado, sino que el toque "mágico" de Berlusconi, ya muy mayor, era solo un lejano recuerdo. Con altibajos, después de 2013 la coalición derechista seguía existiendo, pero Forza Italia ya no era el partido hegemónico de esta, sino cada vez más su muleta pseudoliberal. Se abrieron, pues, espacios para competir por el liderazgo y, consecuentemente, reconfigurar la derecha transalpina. En un primer momento, la delantera la llevó la Lega de Matteo Salvini, que, una vez elegido secretario federal del partido tras las dimisiones de Bossi por un grave escándalo de corrupción, abandonó la histórica reivindicación autonomista norteña —estandarte e identidad del partido— para abrazar un nacionalismo italiano desacomplejado, intentando seguir las huellas de Marine Le Pen. Sin embargo, tras los pasos en falso y los errores garrafales del líder liguista, que en las elecciones europeas de 2019 —cuando la Lega consiguió el 34,3% de los votos— parecía encaminado a ser el verdadero líder de la derecha italiana, a partir de 2020 fue Meloni quien recogió los frutos: en menos de un lustro, FdI se convirtió de forma inesperada en el partido más votado de la coalición. Si en las elecciones legislativas de 2013 Fratelli d'Italia obtuvo un mísero 1,9% de los votos y en las de 2018 superó por los pelos la barrera del 4%, en las de 2022 fue el partido más votado con el 26% (Forti, 2022: 25-48).

En segundo lugar, en los años diez de este siglo, no solo había

desaparecido la DC, que había aunado la gran mayoría del voto conservador, católico y anticomunista hasta principios de los noventa, sino que se había evaporado ya del todo el llamado paradigma antifascista, que había sido el pilar ético y moral de la República nacida de la Resistencia tras el segundo conflicto mundial. Paralelamente a la legitimación del MSI-AN como fuerza de Gobierno, en los años del berlusconismo triunfante se dio un proceso paulatino de normalización de discursos, ideas e imaginarios según los cuales el fascismo ya no era una dictadura totalitaria, sino una etapa de la historia transalpina, de la cual, a fin de cuentas, los italianos podían estar orgullosos, excepto por las leyes raciales y la alianza con Hitler. Esa banalización del fascismo se expresó en cientos de productos de la cultura de masas (películas, series televisivas, libros, revistas, etc.) y coincidió con la criminalización simultánea de los partisanos y el blanqueamiento del colonialismo italiano, una prueba más del esfuerzo que la derecha transalpina invirtió en dar la batalla cultural frente a una izquierda considerada hegemónica. Todo ello, además, se unió a partir de la crisis económica de 2008-2010 a la oleada nacionalpopulista global que dio nueva centralidad a discursos y propuestas políticas identitarios y ultraconservadores (Forti, 2024a: 133-162).

En resumidas cuentas, tras el declive de Berlusconi y el fuego fatuo de Salvini, a un electorado de centroderecha que se había radicalizado paulatinamente no le costó mucho decantarse por el partido de Meloni. FdI pudo así recoger los frutos de una siembra "cultural" de tres décadas, ofreciendo esa nueva "casa" a los "huérfanos" del MSI-AN y convirtiéndose en la pista de aterrizaje de muchos votantes de centro-derecha que se habían quedado abandonados con el fin del berlusconismo. Sin embargo, a nivel de cuadros, Fratelli d'Italia cuenta esencialmente con dirigentes que provienen del mundo neo- y posfascista. En 2022, de los 24 miembros de la Junta Ejecutiva del partido solo dos no tenían un pasado en el MSI o AN; algo similar puede decirse en el ámbito local. Asimismo, de los diputados y senadores elegidos en los comicios de septiembre de 2022, el 80% tiene a sus espaldas una militancia en las formaciones de Almirante y Fini, mientras que menos del 20% proviene de Forza Italia o de la Democrazia Cristiana. También a nivel gubernamental la melodía no cambia:

entre los 28 ministros, viceministros y subsecretarios de FdI en el Ejecutivo presidido por Meloni, 19 son hijos y nietos de esa "antigua tradición" y los demás, excepto Crosetto y Raffaele Fitto, son esencialmente técnicos independientes (Vassallo y Vignati, 2023: 119-123).

En realidad, no es algo inédito en el mundo neofascista italiano. Cuando en el congreso de Fiuggi de enero de 1995 se creó AN, poniendo fin a la historia del MSI, no hubo prácticamente "injertos" de otros sectores políticos, más allá de la visibilidad mediática de figuras como la del politólogo Domenico Fisichella, a quien Fini había encargado plantear el proyecto de la nueva Alleanza Nazionale como una especie de asamblea constituyente de la derecha, un proyecto que, claramente, fracasó. De hecho, más del 90% de los miembros de la Asamblea Nacional de AN, el 85% de los parlamentarios elegidos en los comicios de 1994 y el 83% de los miembros de la dirección del partido provenían del MSI (Ignazi, 2023: 420). La continuidad es, en síntesis, una marca de la casa. Y, en lo que respecta a Meloni, se reduce esencialmente a un inner circle formado por pocas personas que se conocieron militando en la sección romana de Colle Oppio del MSI en la etapa final de la Primera República y siguieron haciendo carrera política en las juventudes de AN. Fue así hasta el punto de que se habla del círculo meloniano como el de la generación Atreju, por el nombre de la fiesta organizada por Azione Giovani (Boezi, 2020).

Entre el neofascismo

y el nacionalconservadurismo

Ahora bien, aunque la gran mayoría de su clase dirigente tiene a sus espaldas una militancia política en el MSI y AN, y aunque no falten referencias más o menos veladas a una "idea", la del fascismo, celebraciones explícitas a los "mártires" neofascistas de los "años de plomo" e, incluso, como han mostrado diferentes investigaciones periodísticas, loas a Mussolini y saludos romanos entre sus

militantes y dirigentes (Berizzi, 2024: 91-188; Broder, 2023: 286-294), sería superficial e incorrecto considerar al partido de Meloni como una fuerza neofascista tout court. Para deshacer este nudo gordiano es necesario centrarse en la cultura política, la ideología y la propuesta programática de FdI (Sondel-Cedarmas, 2022: 60-75).

Conviene recordar que ya Alleanza Nazionale en su breve existencia (1995-2009) fue protagonista de un intento de actualización —logrado solo muy parcialmente— de la propuesta ideológica del MSI de Almirante. Y esto se puede afirmar más allá de la trayectoria personal de Fini que, tras juzgar a Mussolini, aún en 1994, como el "más grande estadista del siglo", llegó a tachar el fascismo como el "mal absoluto" en una visita a Israel en 2003. Aunque con improvisaciones y tacticismos, el delfín de Almirante trató de convertir —sin conseguirlo, todo sea dicho— AN en una opción conservadora comparable con las de Nicolas Sarkozy en Francia y David Cameron en Reino Unido (Tarchi, 2024: 244-321).

Efectivamente, en sus primeros meses de vida, Fratelli d'Italia se presentó como una especie de opción regeneracionista del centro-derecha berlusconiano; es decir, menos corrupta y más democrática, pero el mísero resultado electoral de 2013 lo llevó a un rápido giro hacia posiciones más radicales. A punto de desaparecer, Meloni y los suyos se ubicaron en la estela de un Salvini lepenizado que estaba aumentando sus consensos y se percataron del viento internacional favorable a opciones de extrema derecha. Así, en el primer congreso del partido, celebrado simbólicamente en Fiuggi en marzo de 2014, FdI recuperaba ya para su logo la fiamma tricolore del MSI y tenía como invitada de honor a Assunta Almirante, viuda del histórico líder missino. Se trataba de toda una declaración de intenciones. Asimismo, el programa para las europeas de 2014 es una prueba fehaciente del viraje del partido: los puntos principales los ocupaban la mano dura contra una inmigración tachada de "salvaje" y la defensa de las "raíces cristianas de Europa" y de los "valores no negociables de la vida, la persona y la familia". Incluso se pedía explícitamente la salida acordada de todos los países del euro y la revisión de los tratados de la Unión Europea para otorgar más soberanía a los Estados nacionales, mientras se reivindicaba el abandono del Partido Popular Europeo, al cual los ex de AN se

habían incorporado de oficio con la integración en el PdL[88].

Como apuntó Andrea Mammone (2018: 35), FdI representa "un retorno a la derecha de la comunidad político-cultural missina" a través de la reapropiación de un imaginario basado en los conceptos de nación, patria, pueblo, tradición y familia. El concepto de patria y la dimensión étnica del binomio ciudadanía-pertenencia son centrales en el discurso de los de Meloni. De hecho, en el manifiesto programático del partido elaborado en el congreso de Trieste de 2017 se presenta a FdI como el "movimiento de los patriotas". El principal enemigo no es solo el progresismo, sino la misma Ilustración por su "cruzada en nombre de la razón contra la autoridad de la tradición". La solución que se vislumbra es, consecuentemente, la de "una verdadera regeneración del valor de la patria", término que se utiliza como un sinónimo o un sucedáneo más digerible de nación. En las tesis de Trieste, se cita a Johann Gottfried Herder, Ernest Renan o Giovanni Gentile para llegar a definir las naciones como "organismos vivientes", recuperando la visión barresiana de la nación de la tierra y los muertos. En el imaginario de FdI, la patria se convierte así en "lo opuesto de la estandardización [y] la homologación […] impuestos por la globalización salvaje en que se funden la utopía internacionalista del viejo comunismo, el tercermundismo pauperista y la práctica comercial mundialista de las grandes multinacionales"[89].

A través del significante vacío de patria, entonces, nación, identidad y soberanía se yuxtaponen y se convierten en la única posible panacea de todos los problemas contemporáneos. En palabras de la misma Meloni, frente a la amenaza representada por el "pensamiento liberal y globalista" que "niega el papel y el valor de la identidad" de la misma forma que lo hizo el comunismo durante el siglo XX y frente a un "mundialismo" que utiliza la inmigración "para destruir las pertenencias nacionales" y "crear un mejunje indistinto de culturas", la solución se encuentra en el soberanismo, entendido como "la idea de que la soberanía debe ser devuelta a los pueblos y los Estados nacionales" (Meloni, 2021: 195, 241 y 296). No extraña pues que en la tesis de Trieste se llegue a citar al escritor francés Jean Raspail y la teoría conspirativa del gran reemplazo o que el ministro de Agricultura y Soberanía Alimentaria, Francesco Lollobrigida, cuñado de Meloni, haya

hablado en más de una ocasión de sustitución étnica[90].

Ahora bien, según uno de los jóvenes intelectuales del melonismo, Francesco Giubilei (2020: 51), al lado de esta área o "sensibilidad soberanista", en Fratelli d'Italia se encontraría también otra que define como "conservadora". De hecho, "soberanistas y conservadores" fue el lema introducido en el símbolo del partido para las elecciones europeas de 2019. Ese fue el despegue electoral de FdI, que pudo entrar en la Cámara de Estrasburgo con seis eurodiputados y sumarse a los polacos de Ley y Justicia (PiS), Vox o los Demócratas de Suecia bajo el paraguas grupal de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), del que Meloni sería nombrada presidenta al año siguiente. Esta "sensibilidad" conservadora o, en palabras de Giubilei (2020: 51), del "mundo liberal" estaría representada por algunas de las referencias intelectuales de FdI, principalmente una tríada de filósofos: el británico Roger Scruton, el israelí Yoram Hazony y el polaco Riszard Legutko, a la sazón dirigente del PiS. A estos autores, citados a menudo por Meloni junto a los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI, se suelen añadir también Renato Cristin y su "filosofía de la identidad" o Giuseppe Prezzolini, autor a principios de los setenta del Manifesto dei conservatori (1972)[91].

Más allá de Scruton, conservador británico que criticaba a Margaret Thatcher desde la derecha y a Legutko, autor de varias obras en las que considera el liberalismo como una nueva forma de totalitarismo, resulta sumamente interesante la figura de Hazony. El israelí es autor de un superventas, La virtud del nacionalismo (2018), y uno de los redactores de la declaración de principios del llamado nacionalconservadurismo, que se liga a la Fundación Edmund Burke que el mismo Hazony preside[92]. El objetivo de este poderoso think tank transnacional es el de unificar todas las derechas occidentales, ofreciendo como pista de aterrizaje intelectual el concepto de nacionalconservadurismo. Sin embargo, el conservadurismo defendido por Hazony y compañía tiene poco que ver con el de la segunda mitad del siglo XX al haberse convertido en un sinónimo de extrema derecha —eso sí, una extrema derecha ultraliberal y, evidentemente, atlantista—, hasta el punto de que The Economist lo considera una verdadera amenaza para las democracias liberales[93].

Respecto al MSI, que, de todos modos, y más allá de unos sectores minoritarios, aceptó el atlantismo a partir de su anticomunismo ya a principios de los años cincuenta, Meloni ha abandonado cualquier veleidad corporativista y defiende un modelo económico neoliberal. Es cierto que este giro se dio ya en los tiempos de AN, pero, a diferencia de Fini, la líder de FdI se ha incorporado a unas redes globales que han crecido mucho en la última década y que han asumido posiciones autoritarias, iliberales y antidemocráticas. Sin ir más lejos, piénsese en la Conferencia de Acción Política Conservadora estadounidense y la Fundación Heritage —autora del llamado Project 2025 para la segunda presidencia de Trump—, con las cuales Meloni mantiene estrechas relaciones. Pero también se pueden señalar los vínculos trabados con Elon Musk, Javier Milei, Benjamín Netanyahu o Viktor Orbán, en cuyos foros tanto ella como dirigentes de su partido han participado frecuentemente (Forti, 2024b: 131-166).

Sin menospreciar las influencias que autores como Hazony, Scruton o Legutko han ejercido sobre Fratelli d'Italia, la cuestión es que definir el partido de Meloni como nacionalconservador significa comprar el concepto que ellos mismos utilizan para desdiabolizarse; es decir, hacerse más aceptables y "digeribles". Además, se pierde de vista el giro hacia la extrema derecha que ha dado desde comienzos del siglo XXI todo un sector del conservadurismo occidental, que, tras 1945, había aceptado el modelo democrático liberal. Estas consideraciones se conectan con la percepción existente de que Meloni, una vez que llegó al Gobierno en Italia, se habría moderado, dejando de lado su retórica más encendida, de la que dio prueba fehaciente en el mitin de Marbella de junio de 2022 para apoyar a Vox en las elecciones andaluzas. Si bien los tonos han cambiado, el discurso es el mismo.

De hecho, en un libro-entrevista publicado en otoño de 2023 (una operación propagandística editada por un periodista amigo, Alessandro Sallusti), Meloni seguía repitiendo que "el choque está en todas las latitudes: por un lado, los conservadores, es decir, nosotros, que defendemos a la persona con su identidad […]. Por otro, los llamados progresistas, pero yo diría globalistas, que oponen la persona a su identidad". Asimismo, no solo negaba que hablar de "sustitución étnica" fuera reprochable, sino que afirmaba,

mencionando explícitamente a George Soros, que “los que empujan para una inmigración de masas e incontrolada solo desde algunas áreas del mundo tienen dos objetivos ocultos: desnaturalizar la identidad de las naciones y rebajar los derechos de los trabajadores” (Sallusti y Meloni, 2023: 38 y 49). Y por más que haya abandonado los sueños de un “Italexit”, como, por otro lado, la mayoría de las extremas derechas europeas, Meloni seguía hablando de la UE como de una institución “que esconde los crucifijos, prohíbe la palabra Navidad en sus comunicaciones oficiales y luego deja barrios enteros en manos de la ley islámica o acoge en sus sedes institucionales exposiciones con imágenes blasfemas” (ibidem: 43). Para Meloni, el proceso de integración europeo debería pararse en seco para convertir la Unión en una simple confederación de Estados soberanos que proteja las fronteras y defienda “nuestra identidad de europeos y occidentales, hijos de la cultura clásica y judeocristiana” (ibidem: 60).

La vía italiana al orbanismo

Tras haberse convertido en la primera mujer en presidir un Gobierno en Italia, no cabe duda de que Meloni, como se apuntaba, rebajó el tono, pero, a diferencia de lo que han repetido diferentes opinadores, no se ha convertido en una líder moderada. El análisis de las políticas implementadas en el primer bienio de su Gobierno de coalición junto a la Lega y Forza Italia son la prueba fehaciente de ello. Sencillamente, Meloni ha demostrado ser una política pragmática al entender que, si quiere durar y afianzarse, hay dos líneas rojas que no puede traspasar, al menos de momento: el atlantismo y el europeísmo, aunque sea de fachada (Fasola y Lucarelli, 2024: 198-213). De ahí, por un lado, sus excelentes relaciones con Washington —tanto con los demócratas como con sus aliados republicanos—, el apoyo militar a Ucrania y la decisión de sacar a Italia de la nueva ruta de la seda china a la que el país transalpino se había sumado durante el Gobierno entre el M5S y la

Lega en 2019. Por el otro, las cordiales relaciones establecidas con Bruselas y, especialmente, con la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, hasta el punto de conseguir una vicepresidencia ejecutiva de peso para un hombre de su confianza, Raffaele Fitto, incluso sin haber votado por el bis de la popular alemana en julio de 2024. Todo ello no supone, como acabamos de ver, que Meloni se haya convertido en una europeísta convencida.

Las prioridades del Gobierno de Meloni se pueden resumir como el seguimiento del camino marcado por Hungría en la última década; es decir, una especie de vía italiana al orbanismo: ataques a los medios independientes y al poder judicial, ocupación manu militari de los medios públicos, guerras culturales para cambiar el relato dominante, represión de la disidencia, recortes de derechos y, como guinda del pastel, reformas constitucionales para reforzar el poder del Ejecutivo y debilitar la separación de poderes (De Benedetti, 2024: 130-140).

En cuanto a los recortes de derechos, el Ejecutivo de Meloni no se ha atrevido aún a prohibir el aborto, pero, de forma mucho más sutil, ha ido vaciando la ley 194 de 1978 que garantiza la interrupción del embarazo. Por un lado, ha financiado las políticas natalistas remachando el clavo en el tema del declive demográfico de la que define "etnia italiana" y, por otro, ha permitido el acceso a los hospitales públicos de las asociaciones provida, además de favorecer la objeción de conciencia entre el personal sanitario hasta el punto de que en algunas regiones es prácticamente imposible abortar. Asimismo, si bien la líder de FdI no ha podido aplicar el "bloqueo naval" que pedía a gritos cuando estaba en la oposición, desde el Gobierno ha ido dificultando todo lo posible las políticas de acogida, recortando además su presupuesto. Tras la tragedia de Cutro, un pueblo calabrés en cuyas costas en febrero de 2023 murieron ahogados casi un centenar de migrantes, el Ejecutivo aprobó una ley que limita severamente el estatus de protección especial para los que no reúnen los requisitos para obtener asilo. Por último, se aprobó un decreto que criminaliza e impide en la práctica el trabajo en el Mediterráneo de las ONG, a las que se obliga a desembarcar a los migrantes rescatados en puertos del norte de la península a más de mil kilómetros de distancia. A todo ello se añade la firma de un tratado con Albania, que sigue el

modelo británico con Ruanda: este prevé, de hecho, la apertura en el país balcánico de dos centros para migrantes rescatados por los barcos de la Marina italiana en las aguas del Mediterráneo.

En cuanto a la voluntad de acallar las protestas, se aprobó con urgencia, ya en noviembre de 2022, un decreto contra las fiestas rave cuya aplicación, en realidad, va contra cualquier tipo de disidencia. En el verano de 2023, entró en vigor otra ley contra los llamados ecovándalos, que castiga a los activistas ambientales con multas de entre 10.000 y 60.000 euros y hasta cinco años de cárcel. Asimismo, el desprecio por el pluralismo informativo es evidente no solo por la ocupación de la RAI, la radiotelevisión pública, con el despido de periodistas que no son fieles al Gobierno y la censura de programas —como el monólogo del celebrado escritor Antonio Scurati por el centenario del asesinato del socialista Giacomo Matteotti a cargo de los camisas negras fascistas—, sino también por las intimidaciones a medios como La Repubblica y Domani o las denuncias a intelectuales de la talla de Roberto Saviano y Luciano Canfora, llevados directamente a los tribunales. Finalmente, los constantes ataques a los sindicatos no solo han ido acompañados de una política firmemente proempresas —con bajada de impuestos a los más ricos y continuas condonaciones fiscales— o de decretos que favorecen la precariedad laboral, sino también de una criminalización de la pobreza, con la supresión, entre otras medidas, de la renta de ciudadanía. Como ha afirmado el presidente de la asociación A Buon Diritto, Luigi Manconi, se ha implementado "un mensaje ideológico que considera los derechos no como la libre elección de las personas, sino como concesiones, por tanto, restringibles o revocables"[95]. Las diferencias con el camino recorrido por Orbán a orillas del Danubio son realmente muy escasas, incluidas las políticas socioeconómicas que, con acierto, Dorit Geva (2021: 71-93) ha definido como "ordonacionalismo" en el caso de los ejecutivos de Fidesz.

Paralelamente, el Gobierno ha avanzado hacia un profundo proceso de reformas de calado sin buscar el más mínimo acuerdo con las oposiciones (Galli, 2024: 111-123). En primer lugar, en medio de continuos ataques a la magistratura, se ha aprobado una reforma de la justicia que anula el delito de abuso de poder y limita las escuchas telefónicas, lo que ha comportado un serio aviso por parte

de las instituciones comunitarias en el informe sobre el Estado de derecho en la UE de 2024 (Comisión Europea, 2024). En segundo lugar, se ha dado luz verde a la reforma constitucional sostenida por la Lega, la llamada autonomía diferenciada, cuyo poder de implementación real se queda en manos de la presidencia del Gobierno, centralizando aún más todo el funcionamiento del sistema político al vaciar al Parlamento de cualquier competencia al respecto. En tercer y último lugar, el Gobierno de Meloni ha avanzado en la que la misma líder de FdI ha llamado "la madre de todas las reformas", el llamado premierato: la elección directa del jefe del Ejecutivo[96].

La reforma prevé la elección directa del presidente del Gobierno, que si perdiera la confianza del Parlamento no podría ser sustituido por otra mayoría alternativa, sino solamente por otro miembro de su coalición que debería continuar con el mismo programa de Gobierno. En caso de no darse esta situación o en caso de que también este segundo intento fracasara, el jefe del Estado —es decir, el presidente de la República— estaría obligado a convocar nuevas elecciones, perdiendo su prerrogativa de sondear a los partidos para formar posibles mayorías alternativas, junto a otras como la de nombrar a los ministros. Formalmente, el premierato es un presidencialismo escondido, ya que seguiría existiendo un jefe del Estado, pero este perdería su rol de garante de la Carta Magna y los valores constitucionales: sería simplemente un figurante en manos del presidente del Gobierno. Cabe subrayar que el presidencialismo había sido la bandera del MSI en los años ochenta y se conectaba con el antiparlamentarismo expresado siempre por Almirante, que consideraba la democracia parlamentaria una patología cuyo origen se encontraba en la Constitución italiana de 1948 (Almirante, 1969). No es baladí recordar que el líder neofascista había sido jefe de gabinete del ministerio de Cultura Popular en la República Social Italiana entre 1944 y 1945.

Según los constitucionalistas Claudio De Fiores y Michele Della Morte (2023), la reforma "pretende aumentar aún más los poderes del Ejecutivo, debilitar al Parlamento, marginar las funciones de los órganos de garantía, degradar la representación democrática". Además, en el mismo proyecto se ha incluido una nueva ley electoral que otorga un premio del 55% de los escaños para la

coalición ganadora, convirtiendo las oposiciones en figurantes de la vida política. Otro dato es sintomático de la deriva iliberal de la reforma: la ley electoral se incluiría en la Constitución, lo que implicaría que en el futuro sería muy complicado modificarla. Como resumió el expresidente del Tribunal Constitucional italiano, Gustavo Zagrebelsky[97], el proyecto significa literalmente "el derrocamiento de la democracia participativa y de sus supuestos, en favor de un sistema de autocracia electiva iliberal que de la democracia tiene la cáscara, pero no la sustancia".

A modo de conclusión

Hacer historia del tiempo presente es siempre una tarea complicada, ya que analizamos procesos en curso cuya conclusión aún no conocemos. En lo que aquí nos atañe, es una obviedad afirmar que es una incógnita a día de hoy saber si Meloni conseguirá sus objetivos. Puede que su plan encuentre más resistencias de lo esperado o que naufrague en los próximos años, entre tensiones con sus aliados de Gobierno, errores de una clase dirigente bastante inexperta, reacción de la sociedad civil, giros imprevistos a nivel internacional o problemas económicos. Incluso podría darse una evolución de Fratelli d'Italia que lo convierta en un partido más centrista. Sin embargo, todo esto no obsta para que exista un diseño global con claros rasgos iliberales y que el Ejecutivo presidido por la líder de FdI haya dado pruebas claras de quererlo perseguir. El tiempo nos dirá.

Dicho esto, el análisis de la primera docena de años de vida de la formación liderada por Meloni, así como de sus referencias ideológicas y de las políticas implementadas hasta la fecha desde el Gobierno, nos permiten afirmar, por un lado, que el cordón umbilical con la tradición neofascista jamás se ha querido cortar. Al contrario, se ha evitado condenarla o abjurarla y se ha llegado a reivindicarla orgullosamente, sin atreverse a ensalzarla explícitamente, como pasa en el caso, por ejemplo, de CasaPound Italia o Forza Nuova. Por otro lado, los injertos de otras culturas

políticas en el panteón de FdI, como la que sus impulsores han denominado nacionalconservadora, han servido esencialmente para desdiabolizarse y poder incorporarse en diferentes redes transnacionales ultraderechistas. Por último, sus políticas iliberales y antidemocráticas —parecidas, salvando todas las distancias, a las aplicadas de forma más abrupta y rápida en Budapest y también Varsovia durante los gobiernos del PiS— nos llevan a definir sin ambages el partido de Meloni como una formación de extrema derecha y, más concretamente, como la versión italiana de una gran familia global que va de Milei a Orbán, de Trump a Le Pen, de Wilders a Bolsonaro o de Abascal a Bukele.

Bibliografía

Almirante

, G. (1969): Processo al Parlamento, CEN, Roma.

Benedetti

, F. De (2024): “Las dos caras del Gobierno de Giorgia Meloni”, Nueva Sociedad, nº 312, pp. 130-140.

Berizzi

, P. (2024): Il ritorno della bestia. Como questo governo ha risvegliato il peggio dell’Italia, Rizzoli, Milán.

Boezi

, F. (2020): Fenomeno Meloni. Viaggio nella “Generazione Atreju”, Gondolin, Verona.

Botti

, A. (2016): “La ‘Segunda República’ en Italia: crónica política de una transición sin fin”, Ayer, nº 104, pp. 17-42.

Broder

, D. (2023): I nipoti di Mussolini. Il fascismo nell'Italia contemporanea, Ponte alle Grazie, Milán.

Comisión

Europea

(2024): "2024 Rule of Law Report. Country Chapter on the rule of law situation in Italy", 24 de julio, https://n9.cl/gm1yr.

Donà

, A. (2022): "The Rise of the Radical Right in Italy: The Case of Fratelli d'Italia", Journal of Modern Italian Studies, vol. 27, nº 5, pp. 775-794.

Fasola

, N. y

Lucarelli

, S. (2024): "The 'pragmatic' foreign policy of the Meloni government: between 'Euro-nationalism', Atlanticism and Mediterranean activism", Contemporary Italian Politics, vol. 16, nº 2, pp. 198-213.

Fiores

, C. De y

Morte

, M. Della (2023): "Le insidie del premierato", Rivista Il Mulino, 11 de diciembre.

Forti

, S. (2021): Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla, Siglo XXI, Madrid.

— (2022): "'Prima gli italiani!'. Cambios y continuidades en la ultraderecha italiana: la Lega y Fratelli d'Italia", Revista CIDOB d'Afers Internacionals, nº 132, pp. 25-48.

— (2024a): "De Berlusconi a Meloni. La memoria del fascismo en la Italia de la Segunda República", en R. Martín de la Guardia, J. C. Jiménez Redondo y C. Barreiro Gordillo (eds.), La crisis de las democracias liberales. De la marcha sobre Roma al triunfo de Meloni, Sílex, Madrid, pp. 133-162.

— (2024b): Democracias en extinción. El espectro de las autocracias electorales, Akal, Madrid.

Gallego

, F. (2007): Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia, DeBolsillo, Barcelona.

Galli

, C. (2024): La destra al potere. Rischi per la democrazia?, Raffaello Cortina Editore, Milán.

Geva

, D. (2021): "Orbán's Ordonationalism as Post-Neoliberal Hegemony", Theory, Culture & Society, vol. 38, nº 6, pp. 71-93.

Giubilei

, F. (2020): Giorgia Meloni. La rivoluzione dei conservatori, Giubilei Regnani, Roma-Cesena.

Ignazi

, P. (2023): Il polo escluso. La fiamma che non si spegne: da Almirante a Meloni, Il Mulino, Bolonia.

Mammone

, A. (2018): "'È tempo di patrioti'. Il ritorno (a destra) dei neofascisti", en C. Fumagalli y S. Puttini (eds.), Destra, Fondazione

Giangiacomo Feltrinelli, Milán, pp. 34-46.

Meloni

, G. (2021): Io sono Giorgia. Le mie radici, le mie idee, Rizzoli, Milán.

Mudde

, C. (2021): La ultraderecha hoy, Paidós, Barcelona.

Palacio

Martín

, J. del (2020): “Popolo della Libertà: auge y caída de un partido conservador”, Revista de Estudios Políticos, nº 189, pp. 167-196.

Puleo

, L. y

Piccolino

, G. (2022): “Back to the Post-Fascist Past or Landing in the Populist Radical Right? The Brothers of Italy between Continuity and Change”, South European Society and Politics, vol. 27, nº 3, pp. 359-383.

Sallusti

, A. y

Meloni

, G. (2023): La versione di Giorgia, Rizzoli, Milán.

Sondel

-

Cedarmas

, J. (2022): “Giorgia Meloni’s New Europe: Europe of Sovereign Nations in the Brothers of Italy Party Manifestos”, en J. Sondel-Cedarmas y F. Berti (eds.), The Right-Wing Critique of Europe Nationalist, Sovereignist and Right-Wing Populist Attitudes to the EU, Routledge, Londres, pp. 60-75.

Tarchi

, M. (2023): “Fratelli d’Italia: entre la herencia neofascista, el populismo y el conservadurismo”, Historia del Presente, nº 42, pp. 63-81.

— (2024): Le tre età della fiamma. La destra in Italia da Giorgio Almirante a Giorgia Meloni, Solferino, Milán.

Vampa

, D. (2023): Brothers of Italy. A New Populist Wave in an Unstable Party System, Palgrave Macmillan, Londres.

Vassallo

, S. y

Vignati

, R. (2023): Fratelli di Giorgia. Il partito della destra nazional-conservatrice, Il Mulino, Bolonia.

Ventura

, S. (2022): “Giorgia Meloni e Fratelli d’Italia. Un partito personalizzato tra destra estrema e destra radicale”, Friedrich Ebert Stiftung, https://n9.cl/zak7b.

Capítulo 5

De Fidesz a Tisza. ¿Límites a la consolidación del Estado iliberal en Hungría?

Luis G. Prado

La conversión de Hungría en una 'democracia canibalizada'

Cuando Viktor Orbán volvió a resultar elegido primer ministro de Hungría en 2010, venía con los deberes hechos. Su primer mandato en 1998-2002 certificó en un primer momento el éxito de la transformación emprendida por su partido, Fidesz, desde los postulados liberales de la oposición anticomunista hacia el nacionalismo conservador, populista y, a decir de sus críticos, autoritario. Tras haber pilotado esa transformación y haberse alzado como líder indiscutible de Fidesz (purgando a los elementos liberales del partido), Orbán se convirtió en el primer ministro más joven de Europa en lo que parecía el colofón de una fulgurante carrera política. No obstante, las elecciones de 2002 dieron la victoria por la mínima a una coalición socialista-liberal; al verse desbancado del poder, Orbán espetó: "¡La nación no puede estar en la oposición!". Con el tiempo, Orbán se aseguraría de que la nación, encarnada en su partido, no volviera a perder el Gobierno.

Las elecciones de 2006 volvieron a dar el triunfo a la coalición socialista-liberal, y es señal de lo identificado que estaba Orbán con su partido, Fidesz, el que, tras dos derrotas electorales consecutivas, no hubiera movimientos internos que consiguieran desbancarlo como candidato. Al contrario: la retórica opositora de Orbán, que deslegitimaba al Gobierno elegido en las urnas, reforzaba su posición como líder indiscutible de Fidesz, que, llegado el día, dominaría el Estado con la misma mano de hierro con la que

controlaba su partido. Pronto hizo explícitos sus planes, proponiendo: “Solo tenemos que ganar una vez, pero bien”.

Lo que eso significaba quedó claro tras su triunfo en las elecciones de 2010. Los escándalos del Gobierno socialista-liberal, sumados a una profunda crisis económica que en Hungría comenzó ya en 2006 y enlazó con la crisis financiera global a partir de 2008, auparon a Fidesz al poder con una supermayoría parlamentaria que le permitiría reescribir las reglas del juego sin necesidad de consensuarlas con otras fuerzas políticas y ni siquiera refrendarlas con la ciudadanía. Aunque una medida de tal calado no constaba en su programa electoral, ya en 2011 Fidesz promulgó una nueva Constitución solo con sus propios votos, aprovechando una grieta en el diseño constitucional húngaro que permitía, en última instancia, una reforma completa de esta solo con la supermayoría parlamentaria con la que contaba, sin necesidad de referéndum o de nuevas elecciones. En los siguientes 13 años, la Constitución de Fidesz, de la que anunciaron orgullosamente que estaba “escrita en piedra”, sería reformada en una quincena de ocasiones, en todos los casos solo con los votos de Fidesz (y de su formación satélite, el KDNP, de nula independencia). Para la ideología nacionalpopulista, el haber ganado las elecciones los legitimaba para gobernar sin tener en cuenta a las minorías políticas o sociales, y poco menos que los obligaba a reformar el sistema político para asegurarse de que su mayoría coyuntural se convertía en permanente.

Así, el Gobierno de Fidesz se apresuró a decapitar el sistema judicial, adelantando la edad de jubilación para deshacerse de jueces refractarios y reformando los altos tribunales para llenarlos de otros afines, mientras un nuevo ente administrativo fiscalizaba todos los nuevos nombramientos judiciales. Creó el Comité de Medios, que, con la excusa de garantizar una “cobertura imparcial”, amenazó con multar a los que publicaban opiniones críticas con el Gobierno, al tiempo que se les retiraban selectivamente la publicidad y los apoyos institucionales para ponerlos en aprietos financieros, que se resolvieron con su venta a empresarios afines al Ejecutivo (a menudo financiados con préstamos públicos). Además, se lanzó a una avalancha legislativa para rehacer todas las instituciones del Estado, crear otras nuevas y reorganizar la vida económica del país reforzando el poder y las finanzas de sus

partidarios y despojando de competencias y fondos a las instituciones y empresas no alineadas con el Gobierno.

El resultado fue la creación de la autodenominada nueva clase capitalista nacional: "nacional" en el sentido de "perteneciente a Fidesz, que es la nación". En pocos años, nuevos propietarios de grandes conglomerados dependientes de la merced del Estado amasaron enormes fortunas, y el entorno personal de Orbán, desde su padre hasta su hermano pasando por su yerno, se vio particularmente beneficiado por una corriente continua de fondos públicos a sus empresas. Mientras Orbán declaraba oficialmente unos activos de unos pocos miles de euros, su amigo de infancia y alcalde de su pueblo, un humilde empresario de instalaciones de gas, fue escalando los puestos de los millonarios húngaros hasta convertirse en el hombre más rico del país. Con toda la cachaza, afirmó deber su fortuna "a Dios, a la suerte y a Viktor Orbán". Esta descomunal acumulación de riqueza en manos de un hombre de obvias limitaciones, que prosigue hasta el día de hoy con la atribución a sus empresas de parcelas cada vez mayores de la economía húngara, ha merecido que desde entonces se lo conozca como "el monedero de Orbán".

Para no dejar nada al azar, muy tempranamente, la ley electoral fue reformada en profundidad, reduciendo casi a la mitad los escaños del Parlamento unicameral húngaro y reforzando los rasgos mayoritarios del sistema electoral. El resultado fue sencillamente espectacular desde el punto de vista de la tecnología política: en 2014 Fidesz alcanzó de nuevo la supermayoría parlamentaria que le permitiría hacer y deshacer a su antojo… a pesar de haber obtenido un menor porcentaje de votos que cuando perdió las elecciones de 2006. Pero a esas alturas los datos ya no importaban: la propaganda del Gobierno húngaro y de los medios afines, que poco a poco sumaron la vasta mayoría de todos los de Hungría, afirmaba machaconamente que Fidesz y sus partidarios eran "los dos tercios" del país (por la supermayoría parlamentaria muñida gracias a la reforma electoral): que esos dos tercios de escaños correspondieran a un 40% de los votos emitidos (o sea, todo lo más a un 25% de los votantes) era irrelevante en la triunfal narrativa de la gloriosa nación unida tras su líder.

Es una convención en Hungría describir que en la legislatura de 2010 Fidesz se hizo con el poder político; en la de 2014, con el poder económico y en la de 2018, con la cultura. Esta periodización es artificiosa y no refleja correctamente el ritmo y la sucesión exacta de los pasos que se dieron, pero es útil para ilustrar dos fenómenos: uno, que la fuerza expansiva del Gobierno de Orbán fue continua y ocupó cada vez más espacios de la vida pública húngara, centralizándola de forma irresistible, y dos, que tras 2018 esta acumulación de poder dio un salto cualitativo, convirtiéndose en algo que ya no era una mera democracia en declive, sino un sistema nuevo. Es conocido que ya en 2014 Orbán anunció la creación de lo que llamó el "Estado iliberal"; otros han calificado a la Hungría orbanista de régimen híbrido, autoritarismo electoral o Estado mafioso. El calificativo más pintoresco, pero apropiado, es el de "putinismo goulash": al igual que en los tiempos del Pacto de Varsovia Hungría se caracterizó como "comunismo goulash" por ser una versión más suave de los regímenes de tipo soviético, hoy en día puede ser descrita como una versión más suave del régimen autoritario erigido por Putin en Rusia. Desde el punto de vista institucional, yo prefiero la denominación "democracia canibalizada": las instituciones de una democracia funcional (elecciones, Parlamento, prensa…) siguen ahí, pero todas han sido reordenadas y reorganizadas para servir como piezas de lo que es, en esencia, una dictadura de partido único.

En su relación con la Rusia de Putin, que como vemos ha sido el modelo a imitar por la Hungría iliberal, Orbán protagonizó un viraje espectacular: mientras que estando en la oposición se mostró muy crítico con el acercamiento a Rusia del Gobierno socialista-liberal, condenó inequívocamente la invasión de Georgia en 2008 y se opuso vehementemente a la creciente dependencia energética respecto de Rusia, bastó una sola reunión con Putin en 2009, un año antes de volver al poder, para que diese un bandazo fenomenal, se volviese inquebrantablemente prorruso y arrastrase con él a todos sus partidarios de la derecha húngara, de antiguo muy recelosa con el expansionismo ruso (por buenas razones ilustradas por la historia húngara). Andando el tiempo, Orbán se convertiría en el más fiel aliado de Putin en la Unión Europea, no solo profundizando los lazos con Rusia justo tras la anexión de Crimea en 2014, sino vendiendo caros todos y cada uno de sus apoyos a las

sanciones comunitarias tras la invasión total de Ucrania de 2022. Los feroces nacionalistas húngaros de Fidesz se encontraron anteponiendo una y otra vez los intereses rusos a los intereses nacionales húngaros; eso sí, endulzando la adhesión a dichos intereses foráneos con una buena dosis de corrupción para su beneficio personal.

La consolidación del régimen iliberal

El genio de Orbán ha consistido no tanto en desmantelar eficientemente la democracia húngara para asegurar su propio poder (esto es cosa vista en otros países) o en haberlo hecho negando persistentemente que lo estaba haciendo (esto es habitual en la ultraderecha hasta que se siente fuerte y se muestra abiertamente) como en hacerlo en el seno de la Unión Europea, un club de democracias, y lo que ya es para nota, recibiendo constantemente financiación europea a través de los fondos de cohesión y de la Política Agraria Común, principalmente. De hecho, los fondos europeos han sido tan decisivos para sostener el sistema cleptocrático de Orbán que algunos analistas han achacado a la Unión Europea crear los incentivos para que en países como Hungría se desarrollase una clase política extractiva: sencillamente, captar el dinero europeo era más fácil y rentable que generar riqueza nacional.

Orbán pudo llevar a Hungría al punto de no retorno en su declive democrático porque, aunque hubo voces que lanzaron alertas tempranamente (por ejemplo en el Parlamento Europeo, que aprobó un informe tras otro documentando los desmanes orbanistas), el primer ministro húngaro gozó de la protección de poderosos patrocinadores: Orbán se aseguró de que las empresas automovilísticas alemanas, que cuentan con importantes fábricas en Hungría, recibieran beneficios fiscales y laborales, al tiempo que las eximía de la captura política que tuvo lugar en buena parte de la industria húngara, lo que se tradujo en el apoyo incondicional de los conservadores alemanes de la CSU/CDU y, de rebote, del Partido

Popular Europeo. Además, Orbán se vio sin duda beneficiado por la noción de que Hungría era un país demasiado marginal para suscitar alarma: con nueve millones y medio de habitantes y representando apenas un 0,5% de la economía europea, ¿cuánto daño podía hacer realmente un Gobierno húngaro que ya no jugase al juego de la democracia? Como la Unión Europea descubrió, a su pesar, demasiado tarde, un Estado miembro convertido en socio no fiable, por insignificante que fuese, podía socavar el funcionamiento de sus instituciones.

En efecto, desde 2018, y tras lograr su tercera supermayoría consecutiva (merced a los cambios reiterados en la ley electoral, al bombardeo de propaganda gubernamental a niveles desconocidos en una democracia y a la dependencia cada vez mayor de una parte importante de la población de las dádivas arbitrarias del Estado), Orbán se topó con los límites de la estrategia que había seguido hasta el momento. En su relación con las instituciones europeas, usaba lo que denominaba "pavana": dos pasos hacia delante y uno hacia atrás. Todas las medidas orbanistas incluían elementos particularmente inaceptables para permitir, una vez las críticas se centraban en ellos, eliminarlos y quedarse con las medidas menos escandalosas, pero que, sumadas una tras otra, llevaban a Hungría firmemente por la senda autocrática. (La finura legislativa de Fidesz es legendaria y su gobierno, una revolución de leguleyos). Esta estrategia paulatina había permitido mantener el flujo de los fondos europeos mientras se consolidaba un sistema no democrático.

Sin embargo, las críticas persistían y Orbán cambió su retórica: ya no se mostró acomodaticio, dando por supuesto que los fondos europeos se interrumpirían en el momento en que sus padrinos políticos le retirasen su apoyo, y optó por usar la posición de Hungría en las instituciones europeas a modo de chantaje. Como en las decisiones del Consejo (la institución más poderosa y decisiva) todavía es necesaria la unanimidad en muchas ocasiones, cualquier Estado miembro posee de facto un derecho de veto. Y Orbán procuró que los demás Estados miembros tuvieran ocasión de percatarse de que Hungría usaría este veto como palanca para ablandar las críticas y desbloquear las situaciones peliagudas. La relación del Gobierno orbanista con la Unión Europea tomó un cariz descarnado que aún persiste y, finalmente, el Partido Popular

Europeo, que había cubierto con un capote de respetabilidad conservadora la revolución iliberal orbanista, optó por expulsar de su grupo a los europarlamentarios de Fidesz.

En 2020, la Unión Europea se dotó de un mecanismo de condicionalidad que ligaba el desembolso de los fondos al mantenimiento del Estado de derecho. Este mecanismo estaba hecho a medida para obligar al Estado húngaro (y, en aquel momento, también al polaco) a regresar por la senda democrática. Sin embargo, cuando en primavera de 2022 la Comisión Europea aplicó finalmente este mecanismo a Hungría (lo que supuso, junto con la aplicación de otras sanciones, la suspensión del pago de unos 30.000 millones de euros), el sistema orbanista estaba ya demasiado consolidado. Sin duda, en una economía frágil como la húngara la falta de estos enormes ingresos causó un daño decisivo: Hungría entró en una recesión de la que dos años y medio después aún no se ha recuperado, su inflación alcanzó niveles desconocidos en el resto de Europa, y los servicios públicos, ya infrafinanciados por años de dominio de una clase política extractiva, cayeron en la penuria crónica.

Ahora bien, mientras la anterior recesión, en 2006, causó estragos en la economía húngara y el Gobierno socialista-liberal quedó deslegitimado, produciéndose los disturbios públicos más violentos jamás vistos en la democracia húngara, en la Hungría de 2022 el iliberalismo gobernante había obrado su magia negra política, y la mayoría de la población soportó el castigo económico sin responsabilizar al Gobierno de Orbán. Este tenía tal presa sobre la formación de la opinión pública húngara que se achacaba la crisis a la guerra de Ucrania, a las sanciones impuestas a Rusia, a los enemigos de Hungría en la Unión Europea o a los tejemanejes de malvados financieros internacionales; en definitiva, a cualquiera menos al responsable del desorden fiscal y la corrupción que habían vaciado las arcas públicas o de la descarada política autocrática que había causado la suspensión de los imprescindibles fondos europeos.

Las elecciones legislativas de la primavera de 2022 fueron, en retrospectiva, el momento de mayor triunfo del orbanismo. Frente a una alianza inédita de todos los partidos de la oposición, Orbán

desplegó una nueva reforma de la ley electoral, que impidió maximizar los votos de los partidos opuestos a Fidesz, así como una campaña propagandística inmisericorde que atacó a la oposición por tierra, mar y aire: la ley electoral indujo a los partidos a concurrir en una lista única, mientras la omnipresente propaganda sembraba cizaña entre los votantes de las diferentes formaciones obligadas a unirse. Y frente al hecho incontrovertible de que Orbán era el mayor aliado europeo de la Rusia de Putin que acababa de invadir a sangre y fuego Ucrania, un país vecino de Hungría, la propaganda orbanista convenció a una parte sustancial de la población de que la guerra no iba con ellos, salvo si cometían el error de votar por la oposición, en cuyo caso los soldados húngaros serían inmediatamente enviados a morir a Ucrania, y de que Rusia era una nación amiga y sensata con la que si acaso debían reforzarse los lazos económicos, en concreto el suministro de energía (que los vecinos de Hungría se estaban apresurando a diversificar ante el claro uso de estos lazos como elemento de presión de un nuevo imperialismo ruso): la campaña de Fidesz se desarrolló bajo el eslogan “Hungría no pagará el precio de la guerra”. Fidesz obtuvo su mejor resultado electoral desde el año de gloria de 2010, barrió a la oposición y demostró que el cambio de Gobierno en Hungría por vía electoral era a todas luces prácticamente imposible.

La quiebra de la burbuja informativa

y la aparición de Péter Magyar

Consolidado el régimen autocrático en Hungría, el año 2023 representó la calma chicha estupefacta de un régimen que ya no tenía adversarios internos o externos que pudieran amenazarlo. Orbán celebró su reelección apoteósica del año anterior subiéndose el sueldo (porque quién se lo iba a afear), extendiendo las causas legales para proclamar estados de emergencia que permitieran gobernar por decreto (Hungría ha encadenado estados de emergencia sin solución de continuidad desde 2015) y dedicándose

con espíritu deportivo al interminable juego de fingir ante la Comisión Europea que cumplía los requisitos para liberar los fondos retenidos. En realidad, no tenía la menor intención de desmantelar su complejo sistema de centralización autoritaria del poder político y económico, y en cambio fio la suerte de los dineros europeos pendientes a su demostrada capacidad de chantaje: a finales de 2023, Orbán se anotó el tanto de recibir un tercio de los fondos suspendidos (es decir, 10.000 millones de euros) a cambio de no vetar una de las numerosas decisiones de la Unión Europea relacionadas con Ucrania. El coste político para Orbán de esta cesión fue mínimo, pues se reservaba seguir usando su veto en cualquier ocasión posterior, incluyendo específicamente uno contra la adhesión de Ucrania; pero la credibilidad de la retención de fondos condicional por parte de la Comisión recibió un severo varapalo ante la constatación de que el chantaje orbanista funcionaba.

Como demostración de que Orbán en realidad no tenía ninguna intención de cumplir con los requisitos que se le exigían desde la Unión Europea y que de aplicarse habrían supuesto una moderada redemocratización de Hungría, el primer ministro húngaro puso fin al año creando un nuevo ente, la Oficina para la Protección de la Soberanía, una suerte de Comité de Salvación Pública, ni judicial ni administrativo, cuyo objetivo declarado era, bajo la excusa de examinar las fuentes de financiación extranjeras, someter a un control político a cualquier partido, asociación, empresa, medio de comunicación o Iglesia que no estuviera alineado con el Gobierno. Una innovación institucional de cariz tan transparentemente putinista no podía ser más que una declaración de intenciones sobre el progreso del sistema iliberal en Hungría: ni un paso atrás, ya ni siquiera para fingir cooperar con las autoridades europeas. Y, como ya se ha dicho, la larguísima crisis económica que padecía y padece Hungría no le pasó factura política a Orbán, con su pueblo dividido entre los adictos que padecían las consecuencias económicas de su Gobierno pero al menos se consolaban con que el nacionalpopulismo gobernante mantenía a Hungría libre de inmigrantes y transexuales, y los partidarios de la oposición, totalmente desmoralizados e incapaces de imaginar ya un final pacífico para el orbanismo.

En medio de este plácido y largo invierno iliberal, en febrero de 2024 estalló un escándalo que marcó un súbito límite a la omnipotencia percibida del sistema orbanista, descolocó a la fiel maquinaria propagandística acostumbrada a llevar la iniciativa sobre qué debían pensar y temer los húngaros y puso en marcha una serie de acontecimientos que en la fecha en que escribo han producido resultados francamente sorprendentes y quizá incluso esperanzadores. Aquel mes se hizo público que la presidenta de la República (un cargo que en Hungría no tiene ninguna independencia del Gobierno, pues es nombrado por la mayoría parlamentaria, o sea, por Fidesz) había concedido varios indultos extremadamente cuestionables la primavera anterior, con ocasión de una visita del papa. En Hungría los indultos presidenciales no necesitan justificación formal y ni siquiera comunicación pública; la presidencia elige si los hace públicos o no. Por ejemplo, en este paquete se liberó de la cárcel a un famoso terrorista de ultraderecha que años antes había atentado contra la vida de gitanos y políticos de izquierdas (sin llegar a matar a nadie, pero ganas no le faltaron): este indulto se hizo público no porque la presidenta lo contase, sino porque el terrorista en cuestión abandonó la cárcel montado a caballo (!) y entre los aplausos de los suyos, suscitando el comentario de los expertos de que su liberación pública era un ejemplo de posible privatización de la violencia política al estilo ruso. No obstante, en marcado contraste con el indulto que sí pasó factura política a la presidenta, la liberación del ufano terrorista fue recibida con un encogimiento de hombros por la opinión publica húngara, como digo, ya muy domada o desmoralizada por el orbanismo rampante.

No, el indulto de primavera de 2023, cuya existencia se reveló inesperadamente en febrero de 2024, fue uno que no podía ser ignorado tan fácilmente: años antes, en un orfanato público, el director fue acusado de abuso de menores a su cargo. Condenado por los tribunales, también se halló cómplice al subdirector del orfanato, que había presionado a las víctimas para que retirasen sus acusaciones, convirtiéndose por tanto en encubridor del criminal principal. Fue este subdirector el objeto de un indulto presidencial que, como de costumbre, no se hizo público oficialmente; solo salió a la luz porque un abogado de provincias localizó en la gaceta judicial correspondiente un auto que ponía fin a la apelación del

subdirector contra su sentencia, puesto que el indulto volvía irrelevante dicha apelación. A los observadores de la realidad política húngara no les sorprenderá saber que una de las reacciones del Gobierno húngaro fuese el fulminante cese de la publicación de la gaceta judicial, no fuera que algún otro lector ocioso hallase en ella más documentos oficiales que pudieran ponerle en aprietos. El abogado de provincias envió el documento a uno de los pocos medios online que quedan en Hungría críticos con el Gobierno, y el escándalo estalló de forma brutal en la opinión pública.

Hay que dar algunos datos para entender lo excepcional del caso. Por un lado, los medios públicos y privados controlados por el Gobierno suman, en algunas estimaciones, el 80% de todos los de Hungría. La mayoría de los húngaros, por tanto, recibe sus noticias de medios viciados por una parcialidad pasmosa, cuyo contenido no difiere sustancialmente de la propaganda rusa: matraca constante con la decadencia de Occidente y con la suerte que tienen los húngaros por contar con un Gobierno fuerte que les evita las calamidades de la globalización y el liberalismo imperante (inmigración, políticas de género, etcétera). Los medios críticos con el Gobierno subsisten (a duras penas, pero subsisten) por dos razones principales: una, permiten al Gobierno aducir a las críticas sobre su creciente autoritarismo que ahí están los medios opositores para desmentirlo (aunque poco a poco cada vez haya menos de estos) y dos, desmoralizan a la mitad de la población que no es fan de Orbán, porque publican, semana sí, semana también, noticias sobre escándalos y abusos de poder que harían caer a un Gobierno democrático… y en Hungría no pasa nada. Que una noticia publicada en un medio crítico pudiera romper la burbuja informativa del régimen y llegar a sus partidarios era algo que, a la altura de 2024, parecía ya imposible que sucediera. Y, sin embargo, sucedió.

Sabemos que fue así porque el Gobierno, que habitualmente ignora las noticias críticas por fundadas que estén, se vio forzado a reaccionar. El régimen de Fidesz es profundamente demoscópico: sondea constantemente a la población, para, a continuación, devolverle una versión magnificada de sus miedos y prejuicios. Si acaso, el afianzamiento del poder de Orbán le hizo capaz, al menos desde 2022, de cambiar decisivamente la opinión pública húngara

en lugar de limitarse a seguirla o reforzarla. Pero las herramientas para pulsar la opinión de los suyos siguen ahí y comunicaron al Gobierno que no era posible hacer caso omiso a este escándalo.

La razón esencial por la que el caso traspasó la burbuja informativa es que el orbanismo había convertido la defensa de la familia y la infancia en una de sus banderas. En lugar de inmigración, aplica subsidios a la natalidad (spoiler: ineficaces cuando la economía se hunde, como sucedió); en lugar de políticas de género, acude a una sedicente "ley de protección de la infancia", que equiparaba pornografía y homosexualidad, y creaba regulaciones para evitar que los niños tuvieran contacto con una y otra, lo que conduce a que en Hungría la literatura (incluso los clásicos) que contiene personajes gais deba venderse envuelta en celofán, no sea que un infante la lea por error y aprenda algo sobre diversidad. La propia presidenta de la República, una criatura 100% de Orbán, había sido ministra para la Familia antes de su elevación a la jefatura del Estado. Que este Gobierno y esta presidenta indultaran al cómplice de un pederasta era, sencillamente, inimaginable. Lo que siguió fue un fin de semana de infarto.

Tras comprobar la resonancia del asunto, Orbán decidió, como es su costumbre, ponerse a la cabeza de la manifestación: publicó inmediatamente un vídeo anunciando su intención de promover una reforma constitucional (la enésima) para prohibir los indultos a los culpables de delitos cuyas víctimas fueran menores. ¿Los delitos sexuales? No, cualquier delito. Esta bastedad jurídica debía demostrar la determinación de Orbán de pasar página y, sobre todo, de evitar que el escándalo le implicase personalmente. En primer lugar, porque en un régimen tan centralizado como el húngaro pensar que la presidenta podía indultar a alguien sin el conocimiento y la aprobación de Orbán resultaba del todo inverosímil, por no mencionar que el indulto necesitó el refrendo preceptivo del ministerio correspondiente. En segundo lugar, porque las misteriosas razones que llevaron al indulto (y que nunca fueron aclaradas satisfactoriamente) conducían, por varios hilos, hasta el propio Orbán: el indultado tenía una relación personal con el hermano del primer ministro, y su abogado en el juicio resultó ser un abogado habitual de la familia de Orbán.

Tras la publicación del vídeo, los servicios demoscópicos del Gobierno se pusieron a trabajar y en cuestión de horas tuvieron el resultado: los ciudadanos partidarios de Fidesz no se daban por satisfechos con la reacción del primer ministro. Dicho y hecho, Orbán aplicó un cortafuegos a rajatabla: se ordenó a la presidenta, de viaje oficial al extranjero, acortar la visita y volver urgentemente a Budapest, donde anunció su dimisión inmediata. Para mayor seguridad, a los pocos minutos se anunció que la ministra de Justicia, que había refrendado formalmente el indulto y que en aquel momento había cesado como ministra para encabezar la lista de Fidesz a las elecciones al Parlamento Europeo, abandonaba sus cargos públicos y la política. La decapitación fue implacable y, quizá no por casualidad, se llevó por delante a las únicas dos mujeres con relevancia política en Hungría, figuras elevadas por la maquinaria mediática de Orbán para dar una pátina de modernidad, juventud y diversidad a los muy masculinos Parlamento y Gobierno magiares (su Parlamento nacional es el que tiene menor porcentaje de mujeres de los de la Unión Europea y su Gobierno actual no cuenta con ninguna). Sacrificar a estas figuras simbólicas no debió parecer un precio demasiado alto, a ojos del machismo imperante en Fidesz, para evitar salpicar a Orbán y mantener intacta la extraordinaria popularidad de su Gobierno a pesar de la profunda crisis económica.

Pero la siguiente vuelta de tuerca del escándalo sería, de lejos, la que mayores consecuencias tendría para la política húngara. Minutos después de que la exministra de Justicia abandonase la vida pública, su exmarido, un tal Péter Magyar, del que nadie había oído hablar hasta ese momento, se descolgó con una publicación en Facebook renunciando a sus propios cargos al frente de empresas públicas, criticando que se hubiese cargado el muerto a la presidenta y a su exmujer, y achacando todo el asunto a la profunda corrupción del régimen que, según él, había conducido a que la riqueza húngara estuviera en manos de unas pocas familias. La intervención caída del cielo de Magyar estalló como una bomba en la sobrecalentada opinión pública húngara de aquel fin de semana de febrero: precisamente por ser parte del círculo interno del régimen, su crítica se entendía como fundada e innegable. Al día siguiente, cientos de miles de húngaros asistieron fascinados a la emisión de una entrevista de casi dos horas con Magyar en otro

medio online crítico con el Gobierno. En ella, Magyar se reafirmó en sus críticas y puso el foco en el ministro de la Presidencia, encargado de la propaganda y de los servicios secretos, como muñidor de estas dimisiones que calificaba de profundamente injustas: para salvar a ciertos altos cargos de Fidesz, otros miembros del partido de menor rango, pero probada lealtad, habían sido sacrificados sin reparos. Al cabo de unos días, el vídeo tenía un millón y medio de visualizaciones en un país de nueve millones y medio de habitantes. Crucialmente, eran más que los votos obtenidos por la oposición en las elecciones de 2022. Algunos seguidores de Orbán también estaban prestando atención a lo que Magyar tenía que decir. Había nacido una estrella política de atractivo transversal.

El ascenso de Tisza y la pérdida

de iniciativa de Fidesz

Desde ese momento, un principio que parecía insoslayable en la política húngara se quebró: ya no era el Gobierno el que marcaba los temas que debían preocupar a los húngaros y el que elegía qué campañas de desprestigio contra qué miembros de la oposición, las ONG y la prensa tendrían entretenidas con sus detalles salaces a la opinión pública. De forma creciente, sería Magyar quien marcaría los tiempos y los temas al Gobierno.

El cambio comenzó con el estallido del escándalo del indulto, que claramente se le fue de las manos al Gobierno, pero sin una traducción a la política la indignación podría agotarse pronto. Tras las dimisiones se produjo una enorme manifestación en la plaza de los Héroes de Budapest convocada por influencers y cantantes pop, pero sin la participación de ningún partido político, dado el deterioro de la confianza en la oposición tras su fracaso en 2022. Dicha manifestación no era la primera que mostraba el hartazgo contra el orbanismo en sus muchos años de preeminencia ni sería la última si se quedaba en una mera constatación del malestar. Hacía

falta que alguien la aprovechase para ofrecer una alternativa y ese alguien fue Péter Magyar.

El 15 de marzo, uno de los festivos nacionales húngaros y ocasión de mítines políticos cuando hay elecciones próximas (como pasaba en 2024, con europeas y municipales en junio), Magyar convocó una manifestación que contraprogramaba la habitual de Orbán en esa fecha. Primera sorpresa: la cita de Magyar reunió una multitud mayor que la de Orbán (a pesar de que este se suele traer partidarios de fuera en autocares para suplir la falta de apoyos de Fidesz en Budapest). Segunda conmoción: Magyar, que si no lo había planeado antes sin duda lo tuvo claro a la luz de la popularidad descomunal de su entrevista, declaró su intención de crear un nuevo partido político con el que presentarse a las próximas elecciones y superar la dicotomía entre un Gobierno corrupto y una oposición inoperante. Perfiló un poco más su futuro programa, que esencialmente consistía en los mismos puntos básicos que contenía el de la alianza de la oposición en 2022, pero con una pátina de nacionalismo y populismo. La fórmula pareció convencer a los ciudadanos, particularmente devolviendo la esperanza a los críticos con el Gobierno, que habían quedado desmovilizados previamente. Pero estaba por ver que Magyar sobreviviese a la cruenta campaña de desprestigio que se preparaba en su contra y que su propuesta llegase en alguna medida a los partidarios de Orbán.

En cuanto a la campaña de desprestigio, Magyar contaba con una gran ventaja sobre los anteriores oponentes de Orbán puestos en el brete de lidiar con la prensa amarillista del régimen: él provenía del propio régimen, sabía cómo se las gastaba y conservaba contactos en él. Así, preventivamente, Magyar expuso en una de sus primeras comunicaciones públicas uno por uno los argumentos que la prensa afín a Orbán usaría contra él y acertó milimétricamente. Se le acusó de loco, de soberbio, de violento, de abusador, de comprado, de traidor; se sacó a la palestra a su exmujer, que adujo coacciones y violencia doméstica para responder a unas grabaciones que Magyar publicó en las que esta relataba las poco ejemplarizantes interioridades del régimen. Nada de esto hizo mella en la popularidad de Magyar, al menos entre los ciudadanos críticos con el Gobierno, que según las encuestas abandonaron en masa a los

partidos tradicionales (a los que, todo sea dicho, probablemente ya no pensaban votar, sino abstenerse) y apoyaron a su nuevo partido: el flamante Tisza, acrónimo de Respeto y Libertad, y nombre del segundo río de Hungría, un partido creado tan a la carrera que para llegar a tiempo de participar en las elecciones de junio tuvo que adquirir el nombre de un micropartido previamente existente. Pero ¿y los partidarios de Orbán? Entre ellos, la propaganda contra Magyar parecía funcionar: daban el escándalo del indulto por zanjado con las dimisiones de alto nivel y eran receptivos a los gruesos epítetos que la prensa del régimen le dedicaba. Pero quedaba por ver cómo votarían.

En las elecciones europeas de junio de 2024, primera prueba de los apoyos que podría sumar el nuevo partido Tisza, este obtuvo un 30% de los votos, un resultado inédito en ningún partido húngaro de la oposición. Aun siendo impresionante, lo que este porcentaje representaba era que con seguridad Magyar había conseguido aglutinar tras su marca a una mayoría de los ciudadanos críticos con Orbán que hasta entonces habían estado disgregados entre diferentes partidos opositores. Quedaba por demostrar que hubiera arañado en alguna medida el sólido suelo electoral de Fidesz. Dos datos apuntaban a que sí: por un lado, Fidesz obtuvo menos de un 50% de los votos por primera vez en unas elecciones europeas desde su retorno al poder. Esto era en parte algo esperado, porque el Gobierno húngaro cambió la ley para permitir que en 2024 coincidieran por primera vez el mismo día las elecciones europeas y las municipales (la intención era forzar a la mermada oposición a repartir sus esfuerzos entre varias elecciones y así facilitar la primacía de Fidesz), pero seguramente el partido del Gobierno ya preveía una pequeña reducción en su porcentaje de voto debida a la simple razón matemática de que, al convocar a los ciudadanos para las municipales, que suelen contar con una participación mayor que las europeas, se incrementaría la participación de votantes críticos en estas últimas, por lo tanto disminuyendo la proporción de votos para Fidesz. Frente a una oposición disgregada en partidos que obtuvieran cada uno un 5 o 10% de los votos como mucho, esto no habría tenido mucha importancia. Pero frente a Tisza y su 30%, se interpretó como una ominosa señal para Fidesz. Por otro lado, y de forma mucho más significativa, las encuestas a pie de urna desglosaron el apoyo obtenido por Tisza mostrando un sorprendente

nivel de partidarios en las poblaciones pequeñas de lo que en Hungría se conoce como “el campo”: todo lo que no es Budapest. Y esto sí que suponía el comienzo de un terremoto político, pues en su campaña electoral Magyar había dedicado ingentes esfuerzos a recorrer las poblaciones pequeñas y medianas de Hungría, ofreciendo a sus habitantes un cóctel de retórica nacionalista, referencias patrióticas y denuncias sobre la corrupción del Gobierno. A todas luces, esta oferta era atractiva para algunos habitantes justamente en el hinterland de Fidesz, allí donde este tenía todo bien atado para asegurarse las supermayorías parlamentarias. Si cabe pensar que el entorno de Orbán había tratado inicialmente con displicencia la amenaza de Magyar, apoltronados en su dominio indiscutible ya de una década y media, es de suponer que esto encendió todas las alarmas.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué Magyar había conseguido, siquiera mínimamente, alcanzar a unos votantes férreamente alineados con Fidesz, algo que previamente se había considerado poco menos que imposible? No es difícil entender que una parte de la población húngara, acogotada por una profunda crisis económica, se había dado permiso a sí misma por una vez para expresar su disconformidad con el Gobierno cuando estalló el escándalo del indulto al encubridor del director de orfanato abusador de menores: esos ciudadanos habían aceptado la propaganda orbanista que eximía al Gobierno de la responsabilidad por el hundimiento económico del país, pero les resultaba mucho más difícil hacer caso omiso ante la revelación de unas acciones que retrataban a una élite inmoral absorta en sus propios privilegios y que atentaba contra sus declarados principios conservadores. La narrativa que les presentaba Magyar, según la cual antiguamente Fidesz había representado los valores correctos para Hungría, pero había perdido el rumbo al obtener un poder excesivo que inevitablemente había conducido a la corrupción y a la pérdida de oportunidades de desarrollo, era convincente para una clase de ciudadanos a los que los toques de alarma sobre la destrucción de la democracia y el Estado de derecho en Hungría no habían impresionado lo más mínimo.

Tras la constitución del nuevo Parlamento Europeo, los representantes de Tisza fueron acogidos con los brazos abiertos por

un Partido Popular Europeo que parecía ansioso por hacerse perdonar los muchos años de haber ofrecido su protección e influencia a Fidesz. Orbán, por su parte, haciendo uso de su desproporcionada popularidad entre los ultras europeos, lideró la formación del nuevo grupo de extrema derecha Patriotas por Europa (nada menos que el tercero de la Eurocámara, aunque de influencia casi nula por el eficaz cordón sanitario establecido por conservadores, socialistas y liberales) y aprovechó la presidencia rotatoria húngara del Consejo en el segundo semestre de 2024 para dar lustre a su marca de bucanero de las relaciones internacionales entrevistándose en rápida sucesión con el presidente ucranio Volodímir Zelenski en Kiev, con Vladimir Putin en Moscú, con el presidente chino Xi Jinping en Beijing y con el candidato a la presidencia estadounidense Donald Trump en Mar-a-Lago (apostando, como se ve, a caballo ganador).

Mientras Orbán se dedicaba al teatro político de altos vuelos, Magyar continuó con iniciativas populistas en Hungría, que resultaron muy efectivas para seguir marcando los tiempos al Gobierno internamente. En plena canícula veraniega, y provisto de un termómetro, se dedicó a recorrer los hospitales húngaros para demostrar que las altas temperaturas en estos eran incompatibles con la salud y poco menos que con la vida. En septiembre, tras unas lluvias torrenciales en Europa central que permitían prever la mayor crecida del Danubio en una década, Magyar se arremangó para ayudar a la construcción de diques y le afeó a Orbán no ponerse manos a la obra también. El primer ministro se vio obligado a cancelar sus compromisos internacionales y difundir material propagandístico en el que se enfundaba unas botas de agua para ponerse al frente de la defensa contra las inundaciones. Era realmente una inversión de muchos años de sabiduría convencional en Hungría: ya no era el Gobierno el que actuaba lanzando mensajes provocativos y protagonizando puestas en escena chocantes y la oposición la que respondía como bien podía, sino a la inversa. Esta nueva dinámica era potencialmente letal para Fidesz, que no parecía contar con otras estrategias. El impacto de las acciones propagandísticas de Magyar en la opinión pública húngara era imparable.

En efecto, justo en plenas conmemoraciones del 23 de octubre (otro

gran festivo nacional húngaro, en este caso en memoria del levantamiento antisoviético de 1956), los frutos del trabajo de Magyar se pusieron de manifiesto: para pasmo de los húngaros, varias empresas demoscópicas independientes atribuyeron a su partido Tisza una intención de voto igual o ligeramente superior a la de Fidesz. No era la primera vez que unas encuestas insinuaban un posible vuelco electoral: en los meses anteriores a las elecciones de 2022 también hubo encuestas que dieron una ligera ventaja a la candidatura de la oposición unida, y ya vimos que esta fue eficazmente contrarrestada por Orbán gracias a su dominio de la ley y de la propaganda. Pero aquella ventaja correspondía a la suma aritmética de votantes obligados a reunirse tras una marca electoral, a pesar de sus posiciones políticas, en muchos casos divergentes; la ventaja de Tisza parecía corresponder a una auténtica coalición de votantes hartos del orbanismo, unidos por la creencia básica de que en la persona de Magyar se encarnaba la última buena posibilidad de parar al régimen en las urnas. Y la capacidad de Fidesz y su entorno de virar las tornas, aunque aún considerable, se veía muy mermada por su pérdida de iniciativa mediática. El propio Orbán, que hasta entonces había hecho estudiadamente caso omiso de Magyar, evitando referirse a él, finalmente estalló y dedicó parte de su discurso del 23 de octubre a despotricar contra los traidores apoyados desde el extranjero para cambiar ilegítimamente el Gobierno húngaro, listos para ponerse a las órdenes de Bruselas como antaño las de Moscú o Viena. Todo ello sin efecto aparente. Podría ser que, aunque pareciese mentira, Fidesz no diese con la clave para desarticular la creciente popularidad de Magyar antes de las elecciones legislativas de 2026. Aunque, como se decían los húngaros ya curados de espanto, para eso faltaba mucho y seguro que algo se les ocurriría.

En los meses siguientes, Magyar continuó sus eficaces actividades de denuncia de los males del Estado húngaro visitando orfanatos para poner de relieve su carencia de medios y, naturalmente, para mantener vivo en la memoria el escándalo relacionado con el abuso infantil que le propulsó al estrellato político. Las encuestas independientes han confirmado que sus apoyos están consolidados y si acaso siguen creciendo; los diversos encuestadores a sueldo del Gobierno, naturalmente, dan una gran ventaja a Fidesz en la intención de voto. Pero un terreno que el partido del Ejecutivo creía

sólido debe de haberse vuelto súbitamente movedizo, porque hay insistentes rumores de que se está considerando adelantar las elecciones legislativas a 2025, antes de que la situación se deteriore más. Desde las primeras elecciones democráticas de 1990, en Hungría las legislativas han tenido lugar cada cuatro años como un reloj: un adelanto sería algo completamente inédito y una señal patente de la necesidad de Fidesz de responder de alguna manera, de cualquier manera, al desafío que le está planteando Magyar. El Gobierno húngaro ya ha procedido tempranamente a la tradicional reforma de la ley electoral que acomete sistemáticamente entre elecciones (en esta ocasión redibujando en profundidad los distritos electorales en un despliegue descarado de gerrymandering), cuando en anteriores legislaturas la dejaba para el último momento a fin de descolocar a la oposición e impedirle reaccionar a tiempo, lo que apoyaría la hipótesis del adelanto electoral.

¿Todo cambia para que todo siga igual?

¿Cómo podemos interpretar el vertiginoso ascenso de Péter Magyar en la política húngara? ¿Qué significa para la continuidad del régimen de Orbán? ¿Será Magyar el sucesor de Orbán o el Navalni húngaro?

En primer lugar, hay que destacar que, en la última década, cada vez que se ha planteado una alternativa a Fidesz que ha parecido contar con el apoyo de una parte importante de la ciudadanía húngara, dicha alternativa ha sido progresivamente cada vez más de derechas. En 2017 un nuevo movimiento, Momentum, lanzó una campaña contra la candidatura olímpica de Budapest que recibió el suficiente apoyo como para que el Gobierno de Fidesz la retirase. Momentum se convirtió en partido político; según las encuestas, atrajo al segmento joven y urbano de los votantes conservadores y durante un tiempo llevó la iniciativa en las acciones de la oposición. En 2021, la nueva alianza de los partidos de la oposición celebró unas primarias que dieron como candidato conjunto a Péter Márki-Zay, alcalde de una población mediana y exvotante confeso de

Fidesz, cuyas posiciones políticas estaban claramente a la derecha del grueso de los votantes de la alianza. Y ahora la nueva esperanza contra el orbanismo es un producto del sistema orbanista, Péter Magyar, que en lo esencial se encuentra completamente de acuerdo con los principios y valores nacionalpopulistas y ofrece mantenerlos, pero haciendo una limpieza de los elementos cleptocráticos que han dañado gravemente a Hungría. Las opciones de los votantes húngaros, pues, se ven cada vez más restringidas; en la práctica, en las próximas legislativas votarán o a la ultraderecha encarnada en Fidesz y (de forma todavía más cruda) el partido minoritario Mi Hazánk, o a la derecha nacionalista representada por Tisza. Esto no es del todo nuevo: elecciones anteriores ya demostraron que hasta un 70% de los votantes húngaros preferían diversas opciones de derechas. El 30% restante, de izquierdas, ecologistas o liberales, se encuentra políticamente desamparado, sin representación en su propio país (salvo algunos ayuntamientos, como el de Budapest) e invitado a desesperar de él y al exilio interior o exterior.

En segundo lugar, en un sistema con el poder tan centralizado como el orbanista, y donde el partido del Gobierno ha demostrado repetidamente que no tiene ambages en desmontar instituciones, alterar las leyes y realizar campañas de odio y descrédito para preservar su poder, hasta ahora con mucho éxito, es difícil creer que esté sucediendo lo que a todas luces está pasando: que Fidesz pierda la iniciativa y, con ella, alguna popularidad. Antes que suponer que el sistema pueda verse sacudido de esta forma desde fuera, resulta más convincente la posibilidad de que la alternativa surja desde dentro. Proceder del propio Fidesz parece haber sido esencial para el ascenso de Magyar: le ha proporcionado una total credibilidad en sus críticas a la corrupción, lo ha dotado de una retórica ideal para atajar los ataques del Gobierno y le ha permitido usar sus contactos internos para su beneficio (por ejemplo, en ocasiones ha recibido avisos previos cuando se iniciaba una campaña en su contra).

Así las cosas, no es difícil presumir que Magyar sea producto de una facción del entorno de Fidesz descontenta con Orbán. Después de todo, el Estado mafioso creado por este se basa en el reparto del botín, a cada uno lo suyo y todos contentos; pero, una vez que el enfrentamiento abierto de Hungría con la Unión Europea se tradujo

en la suspensión de 30.000 millones de euros, no sería raro pensar que esto perjudicase a unos leales de Orbán más que a otros, suscitando resentimientos y rencores que tarde o temprano fomentaran la búsqueda de un nuevo acomodo. Si el sistema se basa en los flujos de dinero público a manos privadas, una vez que descendió el nivel de los fondos, cabe pensar que los perjudicados comenzaran a calcular si no sería posible retornar a su lucrativo sistema previo, pero cambiando al dirigente, convertido en una figura tóxica por su sonada asociación con la corrupción, el desmantelamiento de la democracia y el expansionismo neoimperial ruso. Un desafío a Orbán por vía electoral que se tradujese en la pérdida de las elecciones por parte de Fidesz y la formación de un Gobierno del partido Tisza sería celebrado internacionalmente como la vuelta de Hungría a la democracia, liberando los ingentes fondos europeos retenidos que aún no hubieran caducado y permitiendo a sus beneficiarios seguir dándole vueltas a la noria. Todo cambiaría para que todo siguiese igual.

Esta visión cínica del ascenso de Magyar resulta moderadamente plausible, aunque solo el futuro permitirá decir si es pertinente. Por lo pronto, dos importantes factores diferencian claramente a Orbán de su presunto recambio más joven y delgado, pero igualmente nacionalpopulista: uno, a día de hoy, Magyar no parece haber sido captado por el putinismo, y por tanto sus opiniones geopolíticas, sin ser necesariamente opuestas a las de Orbán, sí que son menos declaradamente prorrusas (mientras que la actitud de Orbán respecto a Putin es la de alguien que no puede arriesgarse a contrariar al dirigente ruso); y dos, en caso de ganar las elecciones, Magyar ya ha anunciado que solicitará la incorporación de Hungría a la Fiscalía Europea, de forma que la persecución de los crímenes económicos del orbanismo se realizaría a nivel europeo, sin que la penetración de Fidesz en las estructuras del Estado (vigente incluso tras la pérdida del Gobierno) proteja a Orbán y sus secuaces de las consecuencias legales de su expolio.

Esto permite asumir que Magyar constituye un peligro real, tanto en lo personal como en lo político, para el sistema orbanista, o al menos para la parte de este que no se alinee tras el propio Magyar (como puede suceder en algún momento). Mientras que hasta ahora el Estado iliberal húngaro ha podido construirse con muy poca

violencia abierta, basándose sobre todo en incentivos y castigos legales y económicos, es una cuestión abierta en qué momento Orbán pueda necesitar echar mano de esa otra herramienta putinista: la violencia contra sus oponentes políticos, a ser posible usando elementos criminales que permitan negar la participación del Estado en los atentados. El novísimo partido Tisza no tiene actualmente existencia independiente de su líder: la popularidad de este antecede a la misma creación del partido, y sus cuadros debieron cubrirse apresuradamente de cara a las elecciones municipales y europeas con ciudadanos que no estuvieran alineados ni con Fidesz ni con la oposición tradicional, lo que no dejaba mucho entre lo que escoger. Magyar es la cara, el estandarte y el máximo activo de Tisza. Así pues, el vuelco en los asuntos públicos prometido por Magyar y que ha seducido a una multitud de húngaros depende exclusivamente de un solo hombre, el propio Magyar. No es descabellado plantearse que quienes se sientan amenazados por su ascenso, si no es posible eliminarlo políticamente, decidan eliminarlo físicamente. Sería un acontecimiento tremebundo de consecuencias imprevisibles, por lo que no considero que sea probable (antes se agotarán otros medios de neutralizarlo, como el fraude electoral); pero, de suceder, arrojaría una luz implacable sobre el deplorable sistema que, pieza a pieza, se ha construido en Hungría.

Bibliografía

Lendvai

, P. (2017): Orbán. Europe’s New Strongman, Hurst and Company, Londres.

Madlovics

, B. y

Magyar

, B. (2023): “Hungary’s Dubious Loyalty: Orbán’s Regime Strategy in the Russia-Ukraine War”, en Russia’s Imperial Endeavour and its Geopolitical Consequences, CEU Press, Budapest.

Magyar

, B. (2016): Post-Communist Mafia State. The Case of Hungary, CEU Press, Budapest.

Prado

, L. G. (2021): Crepúsculo en Budapest. Hungría en los tiempos de Orbán, Báltica, Madrid.

— (2022): Vida en un clima iliberal. Despachos húngaros 2020-2022, Alamut, Madrid.

Skytt

, L. (2019): Orbánland. How I Came to Understand Viktor Orbán’s Hungary and the Future of Europe, Europeland, Budapest.

Szelényi

, Z. (2022): Tainted Democracy. Viktor Orbán and the Subversion of Hungary, Hurst and Company, Londres.

Capítulo 6

El auge del ultranacionalismo en la Rusia actual

Tania Domínguez e Iván Igartua

En un momento de sus reflexiones retrospectivas, Vadím Baranov, personaje central de la novela El mago del Kremlin (2023), de Giuliano da Empoli, afirma rotundo que Rusia es "la fabricante de pesadillas de Occidente". Lo fue entre los siglos XIX y XX, cuando en el resto de Europa se soñaba con la revolución, mientras que allí, simplemente, se hizo. Al abrazar de golpe el capitalismo tras 70 años de economía soviética, en cuestión casi de meses Rusia rebasó prácticamente cualquier límite imaginable. Tras el repliegue de las últimas décadas y el retorno al poder autocrático y los afanes imperiales que han echado por tierra cualquier atisbo democrático, ahora vuelve a quitarle el sueño a un Occidente que tal vez llegó incluso a creer en el espejismo de una Rusia integrada en la casa común europea de los países liberales. Vadím Baranov es el trasunto literario apenas disimulado de Vladisláv Surkóv, ex vice primer ministro de la Federación Rusa entre 2011 y 2013, y asesor personal de Putin hasta el año 2020, es decir, alguien que ha participado directamente en la evolución de la doctrina política oficial del Kremlin durante la última década. La orientación creciente hacia un modelo de Gobierno autoritario, nacionalista, marcadamente conservador en lo social y expansionista en política exterior ha desembocado en lo que hoy conocemos como putinismo (Van Herpen, 2013), un régimen cuyos rasgos —al menos algunos de ellos— iremos desgranando y que presenta coincidencias notables con el ideario de la ultraderecha en otros lugares del planeta.

El concepto de "democracia soberana" que manejaba Surkóv y que determinó durante algún tiempo el discurso oficial contenía ya elementos de exaltación de la nación rusa frente a cualquier tipo de injerencia externa (también en el modelo de gobierno), componentes en buena medida prepolíticos y de dudosa ascendencia democrática que han ido consolidándose en los últimos

años a medida que se ha ahondado a su vez en la brecha con el mundo liberal (en primer lugar, europeo). Bajo el mando implacable del Kremlin, Rusia se ha ido alejando decididamente de los tímidos conatos democráticos de los primeros años de Boris Yeltsin para acabar configurando un Estado que, en muchos de sus aspectos, sobre todo desde febrero de 2022, cuando comienza la invasión de Ucrania, es ya plenamente totalitario (Gessen, 2017; Faraldo, 2022) y constituye una amenaza desde luego real para todos los países limítrofes, como así lo han sentido Finlandia o Suecia, que de resultas de ello han acelerado su adhesión a la Alianza Atlántica.

Astolphe-Louis-Léonor (1790-1857), marqués de Custine, escribió en 1839 unas Cartas de Rusia, publicadas en 1843, donde recoge con detalle sus impresiones de aquel viaje de cuatro meses por tierras rusas. Era un conservador monárquico convencido, opuesto a las ideas liberales que se habían extendido en Francia, pero el encuentro frontal con la autocracia y el despotismo ruso lo dejó atónito. Denunció la ausencia de libertad ("el mayor de los males que aflige a Rusia"), la sumisión de las gentes al poder absoluto o la violencia intrínseca del sistema zarista (en tiempos de Nicolás I). Con una particular clarividencia que hoy día sigue sorprendiendo, porque no resulta fácil sustraerse a la impresión de que hay cosas que no han cambiado desde entonces, el marqués de Custine dice en una de sus cartas que "en Francia, la tiranía revolucionaria es un mal transitorio; en Rusia, la tiranía del despotismo es una revolución permanente" (marqués de Custine, 2019: 170). Casi dos siglos después, la sociedad rusa sigue soportando una forma de tiranía, algo distinta en su envoltorio ideológico y sus manifestaciones concretas, pero probablemente muy similar en sus consecuencias.

Apuntes sobre el entramado institucional ruso y los partidos políticos

Al menos sobre el papel, la estructura política de la Rusia actual

descansa sobre la separación de los poderes ejecutivo (el Kremlin), legislativo (la Asamblea Federal, con dos cámaras: el Consejo de la Federación y la Duma o Parlamento) y judicial. Otra cosa muy distinta es la realidad de un régimen en el que todo parece subordinado a los designios del Kremlin. Las elecciones presidenciales se celebran cada seis años y la Asamblea Federal se renueva cada cinco. Los órganos judiciales superiores de Rusia son el Tribunal Constitucional y el Tribunal Supremo. Los jueces de estos tribunales son nombrados por el Consejo de la Federación a propuesta del presidente de Rusia, al igual que los jueces de otros tribunales federales. La duración del cargo es de 12 años y no se puede prorrogar.

En las últimas elecciones presidenciales, celebradas entre el 14 y el 17 de marzo de 2024, Vladimir Putin obtuvo oficialmente el 87,28% de los votos, lo que le garantiza un nuevo mandato —el tercero consecutivo, el quinto en total— que podría prolongarse hasta mediados de 2030. La Comisión Electoral Central únicamente permitió la participación de cuatro candidatos, incluido Putin. De los otros tres, Nikolái Jaritonov, por el Partido Comunista, fue segundo en el escrutinio, con un 4,31% de apoyos; Vladisláv Davankov, líder de Gente Nueva, tercero, con un 3,85% de los votos; y Leonid Slutski, del Partido Liberal-Demócrata (LDPR), cuarto, con el 3,20% restante. Por decisión de la misma comisión, Boris Nadezhdin, candidato a la presidencia por Iniciativa Cívica, que se había mostrado previamente crítico con el Kremlin y en especial con la invasión de Ucrania, fue excluido de la carrera electoral por la presencia de “firmas inválidas” en su candidatura. Nadezhdin fue en tiempos aliado de Boris Nemtsóv, líder opositor asesinado en febrero de 2015 en pleno centro de Moscú, y apoyó los inicios políticos de Mijaíl Jodorkovski (actualmente exiliado en Londres), que quedaron truncados por las primeras sentencias judiciales contra el magnate de Yukos, la principal petrolera rusa hasta su disolución forzosa en 2007. En representación de Iniciativa Cívica había concurrido a las elecciones presidenciales de marzo de 2018 Ksenia Sobchak, que no logró más que el 1,68% de los votos. Desde 2022, año en que obtuvo la nacionalidad israelí, Sobchak ya no puede presentarse a los comicios.

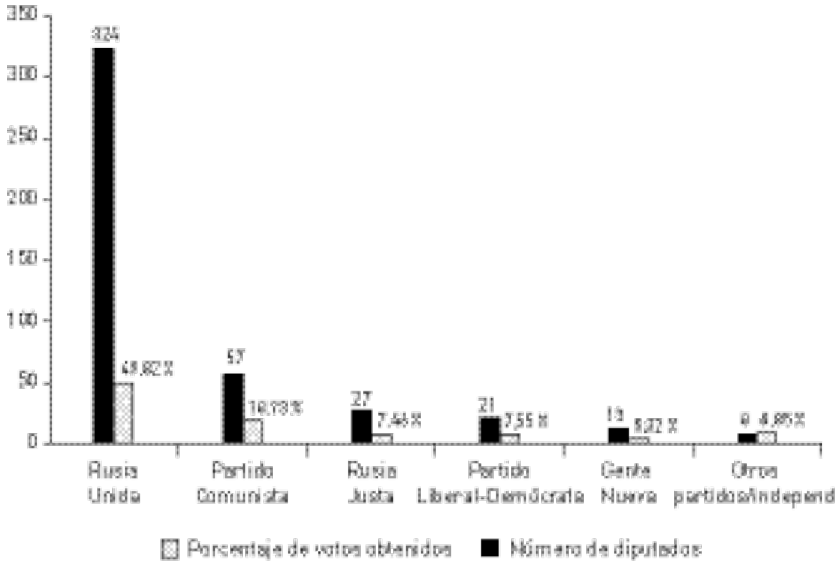
El Consejo de la Federación, la cámara alta de la Asamblea Federal,

está integrado por dos representantes de cada entidad de la Federación de Rusia (un total de 85 sujetos federales, como se denominan las unidades de la división territorial y política de Rusia): uno por parte del poder local legislativo y otro por el órgano ejecutivo correspondiente. En el Consejo no existe división por grupos políticos. Ese órgano del poder legislativo debe, en teoría, reflejar en su actividad el punto de vista y los intereses de todas las regiones de Rusia. Además de generar y aprobar las leyes federales, tiene otras funciones, como la de declarar los estados de guerra y de excepción, el uso de las fuerzas armadas fuera de las fronteras de Rusia o la potestad de fijar el calendario de las elecciones presidenciales. El Consejo de la Federación está compuesto actualmente por 166 miembros (senadores). Entre ellos se encuentran los representantes de la República de Crimea y la ciudad de Sebastopol, cuya anexión a la Federación de Rusia no ha sido reconocida por la mayor parte de la comunidad internacional. En 2024 se han añadido cuatro nuevos sujetos federales: las regiones (óblasti) de Jersón y Zaporiyia, y las repúblicas de Donetsk y Lugansk/Luhansk, todas ellas en territorio ucraniano.

La Duma o cámara baja se creó en tiempos del zar Nicolás II y comenzó su andadura en 1905. En época soviética sus funciones fueron desempeñadas, en diferentes épocas, por el Comité Central Panruso y los Sóviets (consejos populares controlados por los comunistas). Su función ha sido y es fundamentalmente legislativa. Además de la elaboración de leyes, la Duma designa a los empleados públicos de alto rango y aprueba los presupuestos generales. Según la Constitución rusa, para la Duma se eligen cada cinco años 450 diputados (225 por sistema proporcional y otros tantos por mayoritario). La última renovación se produjo en septiembre de 2021 y arrojó los resultados que se recogen en el gráfico 1:

Gráfico 1

Últimas elecciones a la Duma (2021)



Fuente: Elaboración propia a partir del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa.

Un total de ocho partidos o plataformas electorales obtuvieron representación, si bien casi dos tercios de los escaños fueron a parar a Rusia Unida, el partido de Putin, aunque liderado formalmente por Dmitri Medvédev. Los resultados no han variado en exceso en las sucesivas elecciones de los últimos 20 años. En cualquier caso, el número de partidos con representación parlamentaria, que podría dar cierta sensación —al menos superficial— de pluralismo, no deja de ser un mero espejismo. Varias formaciones (Patria [Ródina], Partido del Crecimiento e Iniciativa Cívica) cuentan únicamente con un diputado. En votos ninguna de ellas llegó al 1%, muy lejos del umbral del 5% exigido para obtener escaños por el sistema proporcional. Por otro lado, y como vamos a exponer a continuación, en realidad ninguna de las cuatro formaciones principales de la Duma, descontada Rusia Unida, representa una oposición de mínimo calado a la línea política del Gobierno ruso y del partido oficialista.

El Partido Comunista, el más longevo del arco parlamentario,

hereda el nombre de su predecesor soviético y se refunda en 1993. Pese al punto de partida y la pátina retórica que aún dejan traslucir sus textos programáticos, donde no faltan las apelaciones al marxismo-leninismo, la nacionalización de los sectores estratégicos de la economía y el regreso al "bienestar social" de la época soviética, hoy día su línea ideológica principal, la que representa su secretario general, Guennadi Ziugánov, puede caracterizarse como esencialmente nacionalista, lo que facilita el entendimiento e incluso la colaboración con el resto de grupos, en primer lugar Rusia Unida, aunque no hayan dejado de criticar la corrupción que anida en la maquinaria estatal al servicio del presidente ruso. Por ejemplo, en las elecciones de 2021 se presentaron bajo el lema "Por la tierra nativa y la voluntad popular". Han sido firmes defensores desde un primer momento de la agresión militar en Ucrania, para la que Ziugánov pidió en la Duma una movilización general. Influidos en cierta medida por el pensamiento y los escritos de Lev Gumiliov (1912-1992), uno de los principales exponentes del eurasianismo, perciben una dinámica de conflicto (así lo recogieron en su programa revisado de 2008) entre el nuevo orden mundial (derivado de la caída de la Unión Soviética) y el pueblo ruso, y también una transformación histórica de la lucha de clases en lucha de civilizaciones, en la que, por supuesto, la nación rusa está llamada a desempeñar un papel determinante.

Rusia Justa (Spravedlivaya Rossiya), el tercero de los partidos en número de escaños (no así en porcentaje de voto), se creó en 2006 como resultado de la confluencia de varios grupos (entre ellos, el Partido de los Pensionistas y el del Renacimiento de Rusia, así como parte de Rodina, organización igualmente nacionalista surgida en 2003). Un año después se les sumaron el Partido Unido Socialista de Rusia y el Partido Popular de la Federación Rusa. Pese a considerarse de izquierdas, en sus filas hay miembros de casi todo el abanico político ruso, especialmente nacionalistas, que gozan de una gran transversalidad. La ideología del partido combina el patriotismo con la vindicación de un mayor papel del Estado en la economía. Muy afín, en todo caso, a las políticas del Kremlin, su lema reza: "Rusia Justa, patriotas por la verdad". El partido fue expulsado de la Internacional Socialista por su apoyo público a la invasión de Ucrania.

Prácticamente, se da por hecho que Rusia Justa es otra de las creaciones ad hoc del Kremlin para dotar de diversidad nominal a la Duma, pura pantomima. En un artículo publicado en la revista El Siglo de Europa en abril de 2022, Àlex Sáez Jubero, abogado y exdiputado por el PSC en el Parlamento de Cataluña, rememoraba los inicios políticos de Rusia Justa en estos términos: “Al inicio del congreso fundacional y tras escuchar el himno de la Federación Rusa, se proyectó en las amplias pantallas del palacio de congresos un saludo afectuoso del propio Putin dando la bienvenida a la nueva formación política, que teóricamente había nacido para ejercerle una fuerte oposición en la Duma”[98].

Por su parte, el Partido Liberal-Demócrata de Rusia (LDPR), fundado en 1992, representa una opción política netamente populista y de signo ultranacionalista. Para algunos analistas, se trata de un partido que no es, pese al nombre, ni liberal ni democrático, y que ni siquiera sería un partido (McFaul y Markov, 1993: 244; Colton, 2008: 282; Faraldo, 2022: 75), sino más bien un pseudopartido o estratagema urdida alrededor de la personalidad de Vladímir Zhirinovski (1946-2022), al que no obstante la formación ha sobrevivido. En las primeras elecciones a las que se presentaron, las de junio de 1991, consiguieron el tercer puesto en votos. Una de sus promesas electorales fue bajar el precio del vodka si llegaban al poder. En su programa ultranacionalista tienen presencia destacada la añoranza de la Unión Soviética y la xenofobia. Se han caracterizado estos años por el supremacismo ruso y el desdén, cuando no desprecio, con que se refieren al mundo occidental, en especial a los países y ciudadanos de la Unión Europea. En la propia web del grupo puede leerse que algunos de sus principales propósitos son la reunificación de algunas exrepúblicas soviéticas bajo un solo Estado, el control estatal de todos los sectores económicos estratégicos, el establecimiento del idioma ruso como única lengua oficial y un férreo control de las fronteras apoyado en una política migratoria muy restrictiva. Sobre las bases ideológicas del Partido Liberal-Demócrata hablaremos después.

En las memorias de Aleksandr Yákovlev (destacado miembro del Politburó, fallecido en 2005), tituladas Un siglo de violencia en la Rusia soviética (Yákovlev, 2002), se dice que el Partido Liberal-Demócrata fue creado directamente por el KGB como “partido

instrumental". Yákovlev aseguraba que incluso el nombre del partido fue una sugerencia personal del general Filip Bobkóv, quien fuera el máximo responsable del tristemente conocido como quinto departamento del KGB, al que se le encomendaban las acciones más duras y expeditivas contra los disidentes.

Finalmente, Gente Nueva (Novie Liudi) es un partido de fundación muy reciente (2020), que apoya abiertamente a Putin. Existe más que la sospecha de que se trata de otro proyecto político diseñado y guiado desde el Kremlin. Algunas de sus figuras más destacadas son Alekséi Necháyev, dueño de Faberlic, uno de los mayores fabricantes rusos de productos de cosmética e higiene, y Vladisláv Davankov, socio empresarial de Necháyev en Faberlic y actual vicepresidente de la Duma. El nombre de Necháyev figura en la amplia lista de personas sancionadas por la Unión Europea y Estados Unidos por su apoyo a la invasión de Ucrania.

Gente Nueva se autodefine como de centroderecha liberal y es muy cercano al Kremlin. La mayoría de sus miembros forman parte, a la vez, del Frente Popular Panruso. Por alguna misteriosa razón, fue el único partido de la Duma que no apoyó la incorporación de las regiones ucranianas de Donetsk y Lugansk/Luhansk antes de la invasión de Ucrania. Pese a ello, respaldan sin ningún género de duda la guerra contra ese país. En su web puede leerse actualmente en relación con Ucrania lo siguiente: "Paz y negociaciones, pero en nuestros términos y sin vuelta atrás".

Para encontrar idearios que difieran sustancialmente de la línea oficial del Kremlin, habría que acudir a programas de partidos como Yábloko (Manzana), fundado en 1993 por Grigori Yavlinski, Yuri Bóldyrev y Vladímir Lukin, a partir de cuyas iniciales respectivas (Ya-B-L) se generó el nombre de la formación. Está asociado a la Internacional Liberal y a Demócratas y Liberales por Europa. Su visión es, en este caso sí, compatible con el liberalismo político. Los de Yábloko son (o han sido) europeístas, anticomunistas y defienden posiciones sociales de centro o de centroizquierda moderada. El problema es que el partido prácticamente desapareció de la Duma a partir de las elecciones de 2003, cuando no alcanzó más que el 4,3% de los votos. En comicios posteriores, sus resultados han ido menguando aún más. Actualmente, varios

activistas de la agrupación extraparlamentaria colaboran en labores de apoyo a ciudadanos encarcelados por su oposición a la guerra en Ucrania, aunque estas, en algunos casos, no vayan más allá de mantener comunicación epistolar con los nuevos presos políticos que ha traído la intervención militar.

El actual líder de la formación, Nikolái Rybakóv, se unió a la fracción juvenil de Yábloko con tan solo 16 años. Se dio a conocer públicamente en 2007 como uno de los organizadores de las protestas contra la construcción de un rascacielos (Okhta Center) en el centro histórico de San Petersburgo. También participó como guionista en el documental Novye Aldy: A past that cannot be forgotten (2010), centrado en una masacre cometida por militares rusos durante la segunda guerra de Chechenia (1999-2009), a la que su formación se opuso en su día con firmeza.

En 2020 Rybakóv inició una reforma del partido para permitir una participación más activa de sus miembros en la toma de decisiones. Pese a esta iniciativa, solo un año más tarde declaró en la prensa que cualquier miembro de Yábloko que apoyase las acciones del equipo del líder opositor Alekséi Navalni "sería expulsado de inmediato". También anunció, el 21 de diciembre de 2021, el boicot a la emisora Eco de Moscú, que en esos momentos investigaba un caso de acoso sexual en el que estaba implicado un miembro del partido, Aleksandr Kobrinsky. Eco de Moscú fue uno de los primeros medios de comunicación que sufrieron el cerrojazo informativo decretado por el Kremlin a partir de la invasión de Ucrania.

En tiempos recientes, el proyecto de Navalni, creador en 2011 de la ONG Fundación Anticorrupción, ha sido el único que ha buscado el choque frontal interno contra las políticas autocráticas, antiliberales y mafiosas del Kremlin. Su agrupación fue una de las pocas, si no la única, que se manifestó a favor de la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo. Su objetivo fundamental, en cualquier caso, siempre fue destapar la corrupción orgánica del régimen de Putin para tratar de propiciar un cambio político sustancial. Sin embargo, Navalni nunca tuvo opción real de presentarse a elecciones generales con un mínimo de garantías democráticas. Pese al respaldo de una parte de la ciudadanía,

visibilizado en algunas manifestaciones en las calles, nunca sabremos hasta qué punto estaban los rusos dispuestos a validar su estrategia en las urnas (aunque en las elecciones a la alcaldía de Moscú de 2013 obtuvo el 27,24% de los votos). Navalni sufrió varios intentos de asesinato (el envenenamiento durante un viaje en avión fue el más sonado) hasta que, finalmente, en febrero de 2024 falleció en la prisión IK-3 de Jarp (en la región septentrional de Yamalia-Nenetsia), un centro correccional conocido como Lobo Polar. Su muerte es una de tantas que continuarán sin esclarecer en la Rusia de Putin.

Primer ultranacionalismo en la era postsoviética: los demócratas liberales

Vladímir Vólfovich Zhirinovski, de nacimiento Eidelstein, fundó junto con Vladímir Bogachóv el Partido Liberal-Demócrata de la Unión Soviética (LDPR) en 1989. Tres años después este pasó a llamarse Partido Liberal-Demócrata de Rusia. Licenciado en Derecho y especializado en estudios turcos, asiáticos y africanos en la Universidad Central de Moscú, Zhirinovski fue siempre un político extravagante y extremadamente polémico. Se dio a conocer con declaraciones como aquellas en las que proponía la ocupación militar rusa de todo Oriente Medio y de Alaska. Un elemento asiduo de sus delirantes discursos era el antisemitismo, aspecto llamativo dados sus orígenes (su padre, un judío de Volinia, emigró a Israel siendo Zhirinovski un niño). Protagonizó numerosos escándalos públicos y bravuconadas que dan idea aproximada del personaje, quien en ocasiones presentaba hechuras de histrión o incluso de clown mediático. No dudó en golpear a otros diputados de la Duma críticos con sus ocurrencias sin que le importara mucho que fueran hombres o mujeres. Su misoginia era, de hecho, otra de sus más que dudosas cartas de presentación. Reprendía y amenazaba gravemente a periodistas, sobre todo mujeres, que habían tenido la osadía de formularle preguntas a su juicio incómodas o indiscretas. Un tipo, en fin, poco presentable.

En sus últimos años, apoyó públicamente al independentismo catalán. De hecho, durante el procés llegó a proponer a Carles Puigdemont que pidiera asilo político en Rusia (Marginedas, 2019). En su cruzada antioccidental, alentó el uso de armas nucleares contra los países europeos, enfangados según él en la decadencia moral, pero siempre suspicaces, cuando no displicentes, con respecto a la Madre Rusia. Un detalle que no deja de ser elocuente: en las fotografías de su despacho en la sede del partido en Moscú se podía apreciar un busto de Julio César y una fotografía de Jean-Marie Le Pen.

En el mensaje de condolencia por el fallecimiento de Zhirinovski (retransmitido por la televisión estatal rusa y publicado en la web estatal de Presidencia), Putin lo calificó en abril de 2022 como “un orador brillante y polemista que siempre, ante cualquier auditorio, defendió la posición patriótica, los intereses de Rusia”. Antes, por su 75 cumpleaños el presidente ruso lo había condecorado con la Orden al Mérito (en primer grado) ante la patria “por su gran aportación al fortalecimiento del Estado, el desarrollo del parlamentarismo y la actividad legislativa”.

Si es cierto, como parece, que el partido que lideró durante más de 30 años Zhirinovski fue una creación del KGB (y, por extensión, del Kremlin), el objetivo pudo ser claro desde un inicio: canalizar convenientemente el desencanto político y la inquietud por un futuro incierto tras el hundimiento de la Unión Soviética a través de una formación que se integrara desde un principio en el sistema pluripartidista, es decir, que no quedara peligrosamente al margen de él, en un espacio que pudiera tender a un enfrentamiento, inicialmente subrepticio y después manifiesto, con el propio sistema. La fórmula para sublimar ese desencanto y esos temores y convertirlos en bagaje político se valió esencialmente de la apelación al ultranacionalismo y la defensa de la nación rusa (González Uresti, 1997), algo que no solo conectaba con facilidad con las pulsiones políticas de los sectores más nostálgicos del imperio (tanto del soviético como del zarista), sino que también podía pescar con éxito en el ambiente de desorientación, desorden general e incertidumbre económica en que vivía una parte amplia de la sociedad rusa, especialmente tras la monumental crisis financiera de 1998. Carmen Claudín lo expresaba así a la altura de

2002:

Se pasa de un mundo en el que todo está asegurado, independientemente del comportamiento laboral de uno, a otro en el que de repente, sin preparación alguna, las reglas del juego han cambiado y en el que la capacidad de iniciativa propia marca una verdadera diferencia. Ciertamente, esa vida de un pasado no tan lejano era gris, acotada, a veces plácida, a menudo espantosa y siempre llena de carencias y de autocensura. […] Pero, a cambio, no existía ni la angustia ni el esfuerzo de preocuparse por el trabajo, la vivienda o el futuro en general, más que en los estrechos límites de las variables del sistema: una vida predecible basada en reglas no escritas, por todos interiorizadas, que solo requería conformismo social, al menos aparente.

Los buenos resultados obtenidos por la formación en las sucesivas elecciones parlamentarias —llegó a ser el partido más votado a mediados de los noventa— avalaron esa estrategia de integración en el sistema, de la que quedaron fuera movimientos declaradamente fascistas y antisemitas como Pamiat (Memoria) o las refundadas Centurias Negras. Aunque, dadas las posiciones ideológicas de Rusia Unida, el partido putinista por excelencia, la lectura podría incluso ser otra, casi la inversa. El auge del ultranacionalismo —pudieron pensar en algún momento los estrategas del Kremlin— hacía necesario que la principal plataforma de apoyo al presidente ruso incorporara esos elementos en su discurso, para no quedarse al margen de la ola ascendente. De ahí, quizá, que el nacionalismo exacerbado, unido a la agresividad verbal contra Occidente y un conservadurismo cada vez más pronunciado en lo social, hayan acabado por ser las señas de identidad de Rusia Unida.

El sucesor de Zhirinovski al frente del LDPR es el ya mencionado Leonid Slutski, un tipo con credenciales poco recomendables. Fue decano de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad Estatal de Economía, Información y Estadística de Moscú. En 2018 protagonizó el primer escándalo sexual de la historia de la Duma. En febrero de ese año, varias mujeres (entre

ellas, las periodistas Anastasia Karímova, Ekaterina Kotrikadze y Farida Rustámova) lo acusaron en la BBC de acoso sexual. Tras varias semanas de declaraciones en las que negó sistemáticamente los hechos, el día de la mujer, el 8 de marzo de ese año, Slutski publicó en su cuenta de Facebook una disculpa a aquellas mujeres "a las que voluntaria o involuntariamente les hubiera podido causar algún tipo de estrés emocional".

Slutski encabeza la Fundación Rusa por la Paz, investigada en su día por la Fundación Anticorrupción de Alekséi Navalni por la opacidad de sus cuentas. Ha sido uno de los primeros políticos rusos incluidos en las sanciones económicas impuestas por Estados Unidos. También respalda con entusiasmo la invasión de Ucrania, que considera "una lucha crucial contra el nazismo".

El revival del eurasianismo

En la historia del pensamiento ruso, la autopercepción en torno al papel de Rusia y su destino en el ámbito internacional (en especial, con respecto a los países del occidente europeo) ha ocupado casi siempre un lugar destacado. En el siglo XIX la pugna se estableció entre los occidentalistas (muchos de ellos galómanos), partidarios de un acercamiento político y cultural a Europa, y los eslavófilos, quienes apostaban por atender exclusivamente a las tradiciones y las costumbres autóctonas (la esencia de "lo ruso") y rechazaban al mismo tiempo toda influencia que pudiera llegar de la Europa liberal. Entre las filas de los primeros estuvieron los decembristas (conocidos así por su levantamiento contra la coronación de Nicolás I el 14 de diciembre de 1825), con Ryléyev, Péstel y Volkonski a la cabeza, y también escritores y filósofos como Chaadáyev, Pushkin, Herzen o Turguéniev. En el campo eslavófilo militaban, en cambio, autores como Kireyévski, los Aksákov, Stásov, Gógol o Danilevski. Una corriente ideológica que deriva en cierta medida de estos últimos es la que adoptan los llamados póchvenniki (algo así como los terruñeros) a partir de mediados del siglo XIX. Además de Apollón Grigóriev y Nikolái Strájov, la figura intelectual que mejor

representa esta tendencia es el gran novelista Fiódor M. Dostoievski. Los póchvenniki creían en el destino particular de Rusia, país que debía desarrollarse al margen (y en contra) de los vicios occidentales, singularmente del materialismo, del utilitarismo y del individualismo, fuente todos ellos de la decadencia espiritual y moral de Europa. En el Diario de un escritor (1881), Dostoievski era muy explícito a este respecto (Paschenko, 2000: 119-122):

Rusia no se encuentra solamente en Europa, sino también en Asia […] Debemos hacer a un lado nuestros serviles temores de que Europa nos llame bárbaros asiáticos y proclamar que somos más asiáticos que europeos […]. Esa visión errónea de nosotros mismos como exclusivamente europeos y no asiáticos (aunque jamás hayamos dejado de ser esto último) nos ha costado muy cara en estos dos siglos y hemos pagado por ello con la pérdida de nuestra independencia espiritual.

En otro pasaje, imbuido de cierto mesianismo y un incipiente afán de dominio sobre el espacio asiático, señalaba lo siguiente:

Es difícil apartarnos de nuestra ventana a Europa; pero lo que se juega es nuestro destino […]. Con nuestro empuje hacia Asia resurgirán nuestro ánimo y nuestra fuerza […]. En Europa éramos parásitos y esclavos, mientras que en Asia seremos los amos. En Europa éramos tártaros, mientras que en Asia podemos ser europeos. Nuestra misión, nuestra civilizadora misión en Asia, alentará nuestro ánimo y nos impulsará.

En 1928, el príncipe Nikolái S. Trubetzkoy, uno de los padres del estructuralismo lingüístico, publicó en Sofía el ensayo Europa y la humanidad, que se convertiría en uno de los textos fundacionales del eurasianismo del siglo XX. En él, Trubetzkoy buscaba demostrar que la influencia europea occidental (vinculada a lo que denomina

chovinismo romanogermánico, en la línea de autores anteriores como Danilevski) ha sido nociva para el desarrollo cultural de Rusia y, en general, de todos aquellos países que no pertenecen a esa "civilización". La humanidad no tiene por qué seguir, en su opinión, los designios políticos de Europa, por dominantes que sean, entre otras cosas porque estos responden al interés exclusivo de unos grupos étnicos determinados. De ahí que establezca una dicotomía prácticamente irreductible entre el conglomerado romanogermánico y el resto del género humano, dentro de la cual asigna una función prominente a los eslavos y los turanios (poblaciones asiáticas). Su condena de los procesos históricos de europeización, que rebaja a la condición de mimetismos esnobistas y hasta irracionales, se combina con la negación de la supuesta universalidad de los valores de esa civilización, de la que Rusia ha de alejarse como de la peste si quiere finalmente abrazar su propio destino.

De esta manera, Trubetzkoy sentaba las bases para la formulación posterior del eurasianismo como ingrediente central de la visión geoestratégica de Rusia en trabajos como los de Aleksandr Duguin, vocero mayor del antioccidentalismo en tiempos de Putin y adalid de la reimperialización de Rusia a través de lo que, en un libro de 2014, llamó "la revancha eurasiática", un concepto que deja traslucir claramente los efectos del resentimiento político. Para encontrar (o construir) su identidad, Rusia debe dejar de mirarse en el espejo deformante de Europa para buscar alianzas en el este, por más que tampoco se identifique del todo con Asia (pese a Dostoievski, que apostaba indudablemente por ella; véase Paschenko, 2000: 122). El predominio de lo oriental sobre lo occidental en la cultura y cotidianeidad rusas ha sido un lugar común entre los observadores extranjeros. Al margen de lo que podía representar San Petersburgo, isla europeizante en el océano eslavo, en palabras del marqués de Custine (2019 [1843]: 136): "Moscovia siempre será más asiática que europea. El genio de Oriente planea sobre Rusia, que renuncia a sí misma cuando se pone a seguir los pasos de Occidente". En el marco mental eurasianista, la reorientación geopolítica se construye sobre la negación falaz de los lazos históricos y culturales de Rusia con Europa, alentada por cierto complejo de inferioridad y una supuesta humillación secular que acaban transformándose en animadversión.

En un periodo intermedio de la construcción intelectual del eurasianismo se encuentran figuras como el filósofo Iván Ilyín (1883-1954), uno de los autores de cabecera de Putin (Snyder, 2018; Faraldo, 2023b). Monárquico conservador, su pensamiento se inscribe en la tradición eslavófila, lo que explica su ascendencia sobre toda clase de nacionalistas rusos posteriores (desde Aleksandr Solzhenitsyn, premio nobel de literatura en 1970, hasta el director de cine Nikita Mijalkóv, autor de películas memorables, como Quemados por el sol, de 1994, que bucea en el siniestro pasado soviético, y también de cintas panfletarias). Ilyín abogaba por una forma de Gobierno específica y propia de Rusia, alejada tanto del totalitarismo revolucionario como de la "democracia formal", equidistancia que a la postre suele desembocar en un blanqueamiento, cuando no promoción, de las formas autoritarias de ejercer el poder.

Por su parte, Lev Gumiliov, hijo de Anna Ajmátova y de Nikolái Gumiliov —poeta (como Ajmátova) acmeísta, fusilado por los bolcheviques en 1921—, que ha dado nombre a la Universidad Nacional Eurasiática, creada en Almaty (Kazajistán) en 1996, ocupa una posición peculiar dentro del desarrollo del ideario eurasianista (Laruelle, 2015) debido a una combinación un tanto estrafalaria de teorías historiosóficas y propuestas etnogenéticas acerca de los ciclos vitales de los pueblos (Gumiliov, 1990). En cualquier caso, sus trabajos se centran en el papel primordial de las culturas asiáticas en el proceso de etnogénesis de los eslavos orientales (Gumiliov, 1989 y 1992; Titov, 2005). No hay que olvidar a este respecto la profunda impronta que dejó, tanto en lo cultural y lingüístico como en lo político, la invasión mongola de los principados rusos entre los siglos XIII y XV (Paschenko, 2000).

A comienzos de este siglo, el impulso al proyecto de convergencia eurasiática llegó de la mano de personalidades como el politólogo Ígor Panarin, que propuso nombrar a Putin primer príncipe de la Rus Eurasiática, posteriormente renombrada como Unión Eurasiática, una de cuyas iniciativas fue precisamente la fundación de la Universidad Nacional Eurasiática L. N. Gumiliov. En cualquier caso, el desarrollo reciente de las ideas vinculadas al eurasianismo se debe al filósofo Aleksandr Duguin, mencionado arriba y considerado la principal inspiración actual de un Kremlin cada vez

más agresivo en política exterior (Elorza, 2022; Igartua, 2022a). Autor de una obra extensísima y compleja —Laruelle (2019: 95) la tilda de "camaleónica"—, Duguin se ha encargado en los últimos años de agitar el fantasma de una Rusia cercada por potencias hostiles que anhelan únicamente su destrucción, discurso en el que se ha instalado Putin y que ha servido, entre otras cosas, para presentar cualquier agresión rusa —y ya van unas cuantas— como defensa propia (Faraldo, 2023a).

La victimización previa, casi siempre imaginaria, de quien en realidad es agresor da pie a la justificación, por burda que sea, de cualquier tropelía o crimen. Según destacan algunos analistas (Backman, 2019; Laruelle, 2019), Duguin ha dado cuerpo doctrinal (y doctrinario) a un modelo geopolítico posliberal de corte netamente conservador —con componentes racistas y neofascistas— que cuestiona y discute la hegemonía occidental y las bases políticas sobre las que se asienta. En ese marco, Rusia "está destinada a liderar una nueva alternativa planetaria (eurasiática) a la versión occidental de las relaciones globales (o globalismo unipolar)", como augura el propio Duguin (2002) en Evraziiski vzgliad (La mirada eurasiática). Después de un tiempo desnortada, Rusia vuelve a tener una misión a la altura de sus aspiraciones y un camino que seguir, el suyo propio, el de la "tercera vía", ni europeo ni netamente asiático (Faraldo, 2020), aunque entre ambos polos tienda a inclinarse más por el segundo.

La aversión hacia la democracia liberal que distingue a los neoeurasianistas, que suele estar teñida de antieuropeísmo radical, homofobia y no pocos tics antisemitas (todo un dechado de modernidad), no es en el fondo sino la vía para la justificación de formas de gobierno autoritarias y autocráticas, cuando no directamente totalitarias, que están tratando además de ampliar su ámbito de influencia política —¿dónde quedó el fin de la historia? — conquistando para la causa nuevos territorios. Muchos de esos rasgos ideológicos integran hoy el discurso oficial del Kremlin. El eurasianismo de última generación, aunque venía ya prefigurado en sus orígenes, se ha convertido así en un pilar central más de la deriva ultranacionalista y neoimperialista que caracteriza hoy día a la Rusia de Putin.

De Rusia Unida a la Gran Rusia

y el nuevo irredentismo

El partido putinista surgió a finales de 2001 de la fusión de tres grupos parlamentarios, Unidad (Edinstvo), Toda Rusia (Vsia Rossiya) y Patria (Otechestvo). Las diferencias entre ellos, como delatan sus nombres, eran más bien escasas. Rusia Unida forma coalición con el Frente Popular Panruso (Obscherossiiski Narodni Front), impulsado por el propio Putin y fundado en 2011. El Consejo de Ministros de Putin suele nutrirse principalmente de miembros de Rusia Unida.

Es una formación hoy en día esencialmente nacionalista, que basa su ideología en lo que sus dirigentes consideran valores tradicionales rusos, la noción de la identidad única e inamovible de Rusia y la añoranza de su antigua condición de superpotencia mundial, que buscan recuperar a toda costa. En noviembre de 2009 adoptó un nuevo programa, en el que la posición ideológica del partido se definía como conservadurismo ruso (rossiiski konservatizm). En lo social, han apostado por la restricción de derechos de los ciudadanos homosexuales, que por alguna razón (u obsesión) han convertido en la principal pelea por salvaguardar algunos de esos valores tradicionales, que orbitan en este caso en torno a un modelo único de relaciones interpersonales o familiares.

Existe una rama juvenil de Rusia Unida denominada la Joven Guardia (Molodaya Gvardia), en un claro guiño a los grupos de resistencia que se enfrentaron trágicamente (no sobrevivió ninguno de sus miembros) a la ocupación nazi en Krasnodar, en el suroeste de Rusia. Algunos de sus dirigentes, entre los que han destacado Aliona Arshinova (hoy día diputada por Rusia Unida) o Timur Prokopénko, se caracterizan, entre otras cosas, por su declarada admiración por formaciones políticas como el Frente Nacional de Francia.

Rusia Unida, al igual que otras formaciones en la esfera del Kremlin, es un poderoso instrumento al servicio de las políticas de Putin, dado que, entre otras cosas, lleva controlando la Duma con amplia mayoría absoluta desde hace casi 20 años. Apoya sin fisuras de ninguna clase las estrategias de monopolización política que despliega el Kremlin, el amordazamiento —cuando no la aniquilación— de las voces realmente opositoras en Rusia, el autoritarismo rampante, la desvirtuación sistemática y grosera de la separación de poderes, el gansterismo estatal y la agresividad política frente a las democracias occidentales, todo ello dentro del marco de lo que algunos analistas (Kuzio, 2016) han conceptualizado como "síndrome de fortaleza asediada" (Laruelle, 2017). Se pretende presentar a Rusia como un bastión sitiado por potencias extranjeras hostiles que anhelan su destrucción y por disidentes internos a los que no hay más remedio que expulsar del campo político. Tarea a la que Moscú se aplica con tesón. En palabras de Cécile Alduy y Stéphane Wahnich, autores del libro Marine Le Pen prise aux mots: décryptage du nouveau discours frontiste (2015): "El régimen de Putin y el Frente Nacional comparten el nacionalismo, el autoritarismo, la primacía de la soberanía nacional o el conservadurismo en las cuestiones sociales (la familia, oposición a los derechos de los homosexuales, rechazo a tomar en cuenta a las minorías étnicas o religiosas)" (según recoge Marginedas, 2016).

Este tipo de discurso y de práctica política ha ido ganando terreno en los últimos diez años hasta cristalizar en una ideología oficial que gira en torno a un núcleo duro basado en el ultranacionalismo, el militarismo (la pujanza de los silovikí) y el neoimperialismo, lo que a juicio de algunos autores coloca a la Rusia actual en el campo de los regímenes populistas e incluso neofascistas (Van Herpen, 2013). Esos tres ingredientes se han combinado de manera explosiva en el salto que va de las proclamas ideológicas a la praxis política y militar, si es que estas dos pueden deslindarse. El primer paso, o uno de los primeros, fue la anexión rusa de Crimea en 2014 y la simultánea ocupación parcial de algunos territorios del este de Ucrania (Dombás). Ocho años después, llegó el intento de invasión a gran escala de Ucrania, mediante la que se pretendía inicialmente acabar con el Gobierno de Volodímir Zelenski, tachado de nazi, e instaurar un régimen servil a Moscú. La guerra que desató ya ha

entrado en su tercer año.

De la defensa de la unidad de Rusia (proclamada en el propio nombre de la formación Rusia Unida) se ha producido un claro desplazamiento hacia la reivindicación de nuevos territorios, en su día integrados en el espacio soviético controlado por Moscú. El objetivo ya no es tanto la unidad territorial y la preservación de la soberanía actual de Rusia, que no están en riesgo, sino la expansión del ámbito de influencia del Kremlin hacia aquellos territorios con presencia rusa y que geopolíticamente resultan de importancia (lo primero sería más bien la excusa para lo segundo). El sueño de la Gran Rusia abarca zonas de Asia central (sobre todo Kazajistán), los países bálticos, Transnistria en Moldavia, Georgia y el Cáucaso en general, por descontado Bielorrusia y por supuesto Ucrania, cuyas gentes Putin ha asimilado casi por decreto al continuum étnico ruso (Pirchner, 2005). Puede leerse, aunque se necesiten buenas tragaderas, su artículo del 12 de julio de 2021, titulado precisamente "Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos"[99], donde propugna que unos y otros, además de los bielorrusos, conforman una sola nación o pueblo, en lo que es un caso paradigmático de revisionismo histórico (Milosevich, 2024). Desde la anexión de Crimea y las operaciones en el este de Ucrania, el irredentismo ruso (neoimperialismo o como se quiera llamar) ha vuelto a la palestra de modo ostensible y tiene ahora su plasmación bélica en un conflicto prolongado que amenaza con socavar los precarios equilibrios del orden mundial.

El irredentismo ruso del siglo XXI parece requerir el sostén de una nueva identidad nacional, que se ha ido construyendo en estos años a base de un patriotismo que resucita viejos anhelos imperiales, la noción de pueblo depositario de las esencias morales de la humanidad frente a la decadencia de valores que aqueja a Occidente y la identificación estratégica con la Iglesia ortodoxa rusa, cuyo patriarca actual, Cirilo de Moscú, trabajó en la década de 1970 para los servicios secretos soviéticos (allí se le conocía, al parecer, como el agente Mijailov). Se trata, en realidad, de una construcción identitaria que tiene muy poco de novedosa, puesto que responde casi fielmente a la tríada de Serguéi Uvárov (base del nacionalismo oficial en época zarista): autocracia, ortodoxia y nacionalidad (Whittaker, 1978). La autocracia, en la actualidad,

está firmemente asentada en el putinismo, que ha recuperado las estructuras y los mecanismos despóticos y represivos tanto del zarismo como del estalinismo.

Para la doctrina oficial, la clave en la definición de la identidad nacional tiene que ver con la promoción de lo russki frente a lo rossiiski. El segundo término alcanzó notable circulación en tiempos de Yeltsin (Faraldo, 2023b). Ambos pueden traducirse al español —o a cualquier otro idioma— como "ruso", pero la connotación de cada uno de ellos es distinta. El primero tiene un sentido nacional mientras que el segundo presenta un carácter supranacional. El adjetivo russki parte de la raíz Rus, denominación tradicional de las tierras habitadas por los eslavos orientales (no solamente rusos) en la Alta Edad Media (al menos desde los siglos IX-X), mientras que rossiiski es una derivación del término moderno Rossiya, que designa Rusia o la Federación Rusa. El nombre genérico de Rus se aplicaba a distintos territorios, que hoy forman parte tanto de Rusia como de Ucrania o de Bielorrusia. La Rus de Kiev, heredera en cierta medida de la de Nóvgorod, fue, por ejemplo, uno de los principados que más influyó en las primeras etapas del desarrollo político, religioso y cultural de los eslavos orientales (Igartua, 2022b). En la actualidad, lo russki trasciende las fronteras entre países, dado que hay comunidades rusas más allá de la propia Rusia, en tanto que lo rossiiski engloba todo lo existente dentro del país, se consideren o no sus ciudadanos étnicamente rusos.

Por ello, para autores como Tsipkó (1992), Rusia tiene una identidad ciudadana común que no debe asociarse a lo russki, sino a lo rossiiski. En estos momentos, es una distinción crucial para los habitantes de la Federación Rusa de origen no eslavo, puesto que estos no se identifican con lo russki, pero sí con lo rossiiski. Alexander Tsipkó, que fue en su día miembro del equipo de Mijaíl Gorbachov, advierte de los riesgos que entraña la base monoétnica en la que se sustenta el nuevo nacionalismo ruso.

La idea de la Gran Rusia y el expansionismo territorial que lleva aparejado se fundamentan en una concepción mayormente étnica de lo russki. Putin lo ha manifestado en múltiples ocasiones: en el marco del russki mir o mundo ruso, que integra también a las comunidades de la diáspora reciente, Rusia defenderá a los rusos

dondequiera que estos vivan (y quieran ser defendidos o no), lo que vale por el derecho que se arroga Moscú a intervenir en los asuntos de otros países, e incluso a violar su soberanía nacional, en la medida en que allí resida población rusa. Los casos de Crimea, Georgia, Kazajistán, Moldavia y, de manera especialmente dramática, Ucrania en su conjunto (pero especialmente las regiones orientales, eso que algunos denominan Novorossiya o la Nueva Rusia) suponen la materialización de ese discurso, que es, desde hace ya un tiempo, un programa político en toda regla, una misión histórica irrenunciable que solo puede llevarse íntegramente a cabo —hay quien no se deja manipular o invadir dócilmente— mediante el recurso a la guerra. El nacionalismo identitario y un neoimperialismo resentido de tintes revanchistas se han dado peligrosamente la mano y campan ahora por sus respetos.

Conclusión

En un espacio relativamente breve de tiempo, la doctrina oficial de Moscú ha hecho del nacionalismo etnicista una de sus señas de identidad, tal vez la fundamental. El patrioterismo ha encontrado fácil acomodo y una oportunidad de medrar a la sombra nutricia del victimismo preventivo, pretexto fácil y fecundo donde los haya. La imagen de fortaleza asediada, salvaguarda de las esencias rusas, se ha instalado sin remisión en el Kremlin (valga la redundancia: kreml vale por 'fortaleza') como dispositivo de defensa frente a cualquier influencia foránea que pueda poner en riesgo no la integridad del país, sino la continuidad del régimen, que es lo que verdaderamente importa. La reciente expansión de la OTAN a países próximos a Rusia ha sido la coartada perfecta para alimentar ese imaginario, que hoy se concreta en una agresividad creciente contra los territorios en su día soviéticos (es decir, controlados por Rusia), pero que desde 1991 han tratado de zafarse, con más o menos éxito, de esa sumisión. El nacionalismo, a golpe de radicalidad y exaltación, se ha trocado en jingoísmo (como se habría dicho, seguramente, en tiempos de Unamuno). Recuperar la capacidad de influencia geopolítica alterando el orden mundial se ha convertido

en una de las aspiraciones centrales del régimen de Putin, objetivo que lleva aparejado un modelo político y social —el del nuevo conservadurismo reaccionario basado en valores supuestamente tradicionales, en esencia iliberales y antimodernos— que entronca con las expresiones probablemente más extremas y sediciosas de la ultraderecha internacional, a la que la posición ideológica del Kremlin se asemeja cada vez más. El panorama tiene poco de halagüeño.

Bibliografía

Backman

, J. (2019): “A Russian radical conservative challenge to the liberal global order: Aleksandr Dugin”, en M. Lehti, H.-R. Pennanen y J. Jouhki (eds.), Contestations of Liberal Order: The West in Crisis?, Palgrave Macmillan, Londres, pp. 289-314.

Claudín

, C. (2002): “La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad”, Revista CIDOB d’Afers Internacionals, nº 59, pp. 7-11.

Colton

, T. J. (2008): Yeltsin: A Life, Basic Books, Nueva York.

Custine

, marqués de (2019 [1843]): Cartas de Rusia, Acantilado, Barcelona.

Duguin

, A. (2002): Evraziizki vzgliad [La mirada eurasiática], Evrazia, Moscú.

— (2014): Evraziiski revansh Rossii [La revancha eurasiática de Rusia], Algoritm, Moscú.

Elorza

, A. (2022): “Aleksandr Dugin, el pensador que inspira a Putin”, El País, 11 de febrero.

Empoli

, G. da (2023): El mago del Kremlin, Seix Barral, Barcelona.

Faraldo

, J. M. (2020): El nacionalismo ruso moderno, Báltica, Madrid.

— (2022): Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin, Báltica, Madrid.

— (2023a): “El nacionalismo ruso de Putin. ¿Un legado soviético?”, Política y Sociedad, vol. 60, nº 3, https://lc.cx/teLoEw.

— (2023b): Rusofobia. Ensayo sobre prejuicios y propaganda, Los Libros de la Catarata, Madrid.

Gessen

, M. (2017): The Future is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia, Riverhead Books, Nueva York.

González

Uresti

, L. (1997): “La extrema derecha en Rusia. ¿Resurgimiento?”, Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey, nº 2, pp. 157-174.

Gumiliov

, L. N. (1989): Drevniaya Rus’ i Velikaya Step’ [La Rusia antigua y la gran estepa], Mysl’, Moscú.

— (1990): Ètnogenez i biosfera zemli [Etnogénesis y la biosfera de la tierra], Gidrometeoizdat, Leningrado.

— (1992): Ot Rusi k Rossii: ocherki etnicheskoi istorii [De Rus a

Rusia: estudios de historia étnica], Progress, Moscú.

Herpen

, M. H. van (2013): Putinism: The Slow Rise of a Radical Right Regime in Russia, Palgrave Macmillan, Londres.

Igartua

, I. (2022a): “Un ideólogo para el zar de la guerra”, El Correo, 4 de abril.

— (2022b): “Armas en los labios: Putin y la insoportable tergiversación de la historia”, Campusa, 3 de marzo, https://n9.cl/0xy9gg.

Kuzio

, T. (2016): “Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue”, Communist and Post-Communist Studies, nº 49, pp. 1-11.

Laruelle

, M. (ed.) (2015): Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.

— (2017): “Putinizm kak gollizm” [“El putinismo como gaullismo”], Inosmi, 28 de febrero, https://n9.cl/xrw2c.

— (2019): Russian Nationalism: Imagineries, Doctrines, and Political Battlefields, Routledge, Londres.

Marginedas

, M. (2016): “Putin, el zar de la extrema derecha europea”, El Periódico, 19 de abril.

— (2019): “El líder de los ultranacionalistas rusos ofrece asilo a Puigdemont”, El Periódico, 14 de noviembre.

McFaul

, M. y

Markov

, S. (1993): The Troubled Birth of Russian Democracy: Parties, Personalities, and Programs, Hoover Press, Stanford.

Milosevich

, M. (2024): El imperio zombi. Rusia y el orden mundial, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Paschenko

, V. Y. (2000): Ideologiya evraziistva [La ideología del eurasianismo], Izdatel'stvo Moskovskogo universiteta, Moscú.

Pirchner

, H. Jr. (2005): Reviving Greater Russia? The Future of Russia's Borders and Belarus, Georgia, Kazakhstan, Moldova and Ukraine, Lanham, University Press of America, Maryland.

Snyder

, T. (2018): The Road to Unfreedom. Russia, Europe, America, Tim Duggan Books, Nueva York.

Titov

, A. S. (2005): "Lev Gumilev, Ethnogenesis and Eurasianism", tesis doctoral, University College, Londres.

Trubetzkoy

, N. S. (1920): Evropa i chelovechestvo [Europa y la humanidad], Sofía: Rossiisko-Bolgarskoe knigoizdatel'stvo (Istoriya. Kult'tura. Jazyk [Historia. Cultura. Lengua]), Progress-Univers, Moscú, pp. 55-104.

Tsipkó

, A. (1992): “La crisis del comunismo y el destino histórico de Rusia”, en P. Martín-Aceña, S. Juliá y M. Cabrera (eds.), Europa 1945-1990, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, pp. 175-188.

Whittaker

, C. H. (1978): “The ideology of Sergei Uvarov: An interpretive essay”, The Russian Review, vol. 37, nº 2, pp. 158-176.

Yákovlev

, A. N. (2002): A Century of Violence in Soviet Russia, Yale University Press, New Haven.

Capítulo 7

Latinoamérica: entre el bolsonarismo

y la irrupción de Milei

[100]Maximiliano Fuentes Codera*

Introducción

En noviembre de 2016, la elección de Donald Trump como cuadragésimo quinto presidente de Estados Unidos provocó un seísmo político mayúsculo. El mismo año, el Brexit dio lugar a otra gran convulsión. En las elecciones francesas de abril de 2017 Marine Le Pen obtuvo el 34% de los votos en segunda vuelta. La noche del 2 de diciembre de 2018 Vox emergió como la nueva fuerza política española: era la primera vez desde 1982 que la ultraderecha llegaba a las Cortes. En la primavera de 2019, la Lega de Matteo Salvini formó Gobierno de coalición con el Movimiento Cinco Estrellas. En las elecciones europeas de mayo de aquel año los partidos ultraderechistas obtuvieron sus mejores resultados en votos y escaños. En cinco países (Francia, Italia, Polonia, Gran Bretaña y Hungría) fueron los partidos más votados. A finales de ese año, a excepción de Irlanda y Malta, la ultraderecha tenía escaños en todos los Parlamentos nacionales en Europa.

A la vez, Narendra Modi, líder del partido ultranacionalista Bharatiya Janata Party, lograba mayoría absoluta en el segundo país más poblado del mundo. Tres de los cinco países más grandes del mundo tenían un líder ultraderechista. En la Unión Europea los Gobiernos de Hungría y Polonia estaban controlados por la derecha radical, otros cuatro (Bulgaria, Estonia, Italia y Eslovaquia) incluían ministros de partidos de esa tendencia y dos se sostenían gracias a su apoyo parlamentario, Dinamarca y Reino Unido. Los años posteriores no han hecho más que profundizar esta situación. En Hungría, a pesar de sus estrechas relaciones con Putin y en medio

de una fuerte condena a la brutal invasión rusa de Ucrania, Viktor Orbán ganó su cuarta elección consecutiva en abril de 2022 con el 54% de los votos.

En las elecciones presidenciales francesas de ese mismo mes, Marine Le Pen mejoró sus resultados de las elecciones de 2017, accediendo a la segunda vuelta con más de ocho millones de votos. A pesar del triunfo de Emmanuel Macron, si se sumaban los votos de la candidata de Agrupación Nacional y los de Éric Zemmour en la primera vuelta, la ultraderecha alcanzaba más del 30% de los sufragios, muy por encima de las cifras obtenidas por el actual presidente francés. La victoria de Giorgia Meloni en septiembre de 2022, el triunfo del paleolibertario Javier Milei en las elecciones primarias argentinas de agosto y el intento de golpe de Estado tras la derrota electoral de Bolsonaro en Brasil a finales de año demostraron que, lejos de detenerse, esta cuarta ola de la ultraderecha global iba in crescendo. La victoria de Javier Milei en las elecciones en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales argentinas en noviembre de 2023 y el triunfo de Donald Trump un año más tarde no han dejado dudas de su vigencia y de su fortaleza.

En este proceso, los planteamientos radicales se han normalizado y han sido aplicados por muchos partidos de la derecha tradicional, que han incluido en sus programas posiciones críticas frente a la llamada "corrección política". A pesar de que existen continuidades con la derecha radical de las décadas de 1980 y 1990 en esta cuarta ola de la ultraderecha y la derecha radical global —sigo aquí los planteamientos de Cas Mudde (2021)—, se observan factores que han cobrado una especial relevancia en los últimos años. Uno de ellos es el nativismo. "España para los españoles" y "Primero los de casa" (Vox) son equivalentes al "Queremos recuperar nuestro país" de Nigel Farage, el "America First" de Donald Trump o el "Austria primero" del Partido de la Libertad. Todos estos slogans expresan la proyección de los planteamientos de la chauvinista teoría del "gran reemplazo" defendida en Francia por Éric Zemmour. El segundo es el autoritarismo, que tiende a expresarse a través de la apelación a la seguridad frente a los riesgos de la inestabilidad y el desorden representados por la inmigración y el terrorismo, la preservación de los valores "tradicionales" de la comunidad y la obediencia a líderes fuertes para proteger al grupo y sus costumbres (Norris y Inglehart,

2019). El tercer elemento característico es el populismo: una respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático. La teoría populista se sostiene sobre tres elementos: la preferencia por la democracia directa, una visión polarizada e hiperelectoralista de la soberanía popular que rechaza los cuerpos intermedios modernos (partidos, sindicatos…) y una apropiación de la voluntad general en cuanto esta es susceptible de ser expresada de manera espontánea (Rosanvallon, 2020; Müller, 2017). En líneas generales, se observa un extendido consenso académico alrededor de la idea de que estos planteamientos de la ultraderecha europea y americana se han articulado como una reacción contra la expansión de los valores culturales progresistas de las últimas décadas y han sido parcialmente adoptados por la derecha convencional. En este marco, ¿qué ha sucedido en América Latina?

Hasta hace no mucho tiempo, el tema de la ultraderecha era contemplado desde América Latina como un fenómeno lejano, como algo que acontecía en Europa y obedecía a las problemáticas propias de ese continente. Por ejemplo, la literatura académica había establecido que no podía apreciarse la influencia de la inmigración en el caso americano porque este factor es comparativamente escaso respecto de Europa y limitaba sensiblemente el éxito de una parte central de los planteamientos de la ultraderecha. Sin embargo, algunos habían advertido ya que este argumento podía presentar algunos problemas, pues la mayor parte de los países de Europa del Este no habían recibido un gran número de migrantes y, sin embargo, los partidos de ultraderecha habían comenzado a obtener un evidente crecimiento electoral, especialmente tras la crisis de 2008.

Finalmente, desde 2016 parece que no caben dudas de que la ultraderecha aterrizó en América Latina. El punto de inflexión fue la irrupción de Donald Trump en 2016 y tras él el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil dos años más tarde. Ambos líderes realizaron un pésimo manejo de la pandemia de COVID-19 y sus respectivos Gobiernos tuvieron un balance económico que estuvo lejos de ser maravilloso. Mientras ellos gobernaban, bajo su impulso y el de la ola ultraderechista europea, fuerzas más o menos homologables comenzaron a ganar terreno en distintos países del continente, siendo representativos los casos de Nayib Bukele (Nuevas Ideas) en

El Salvador, José Antonio Kast (Partido Republicano) en Chile, Rafael López-Aliaga (Renovación Popular) en Perú y Guido Manini Ríos (Cabildo Abierto) en Uruguay. Por supuesto, todo este proceso es fundamental para explicar el triunfo de Javier Milei y su partido, La Libertad Avanza, en Argentina (Rovira Kaltwasser, 2023). Por otra parte, si bien es cierto que uno de los elementos característicos de la ultraderecha europea y americana es la defensa de posturas xenófobas, resulta reduccionista pensar que este sea su único rasgo definitorio.

¿Cómo se llegó hasta aquí? Tras los neoliberales y populistas años noventa, los de Carlos Menem, Alberto Fujimori y Fernando Collor de Mello, la primera década del siglo XXI fue en cierto sentido una época dorada para la izquierda en América Latina. Los elevados niveles de desigualdad socioeconómica imperantes en la región permitían pensar que la izquierda contaba con una cierta ventaja comparativa sobre la derecha en términos electorales. Era difícil imaginar que la derecha pudiera ganar elecciones si mantenía una oferta centrada en la idea de que la mano invisible del libre mercado podía solucionar por sí sola los omnipresentes problemas de pobreza e inequidad. Sin embargo, para hacer frente a ello y al compás de las reflexiones de las nuevas derechas radicales europeas —significativamente, las aportaciones de Alain de Benoist y la Nouvelle Droite—, nuevos grupos y líderes comenzaron a articular sus propuestas mediante el desarrollo de temas socioculturales que los ayudaron a activar demandas latentes de la ciudadanía en torno a cuestiones como el aborto, el matrimonio igualitario o los pueblos indígenas.

En efecto, lo propio de las “nuevas derechas” latinoamericanas es que buscaron distinguirse tanto de la izquierda como de la derecha convencional por su deliberado ataque a la corrección política y a la crítica de ideas consideradas progresistas (Stefanoni, 2023). Así, dieron forma a nuevos proyectos políticos definidos a partir de una movilización colectiva institucional y extrainstitucional que tiene como propósito revertir derechos promovidos por comunidades y grupos previamente marginalizados —el aborto y la educación sexual en los colegios, entre muchas otras cosas— y restaurar y promover derechos políticos, sociales, económicos y culturales supuestamente tradicionales (Payne, Zulver y Escoffier, 2023). De

esta manera, se proponen mantener jerarquías sociales percibidas como naturales o "nacionales", lo que incluye el patriarcado y la subordinación de individuos LGBTIQ+ e indígenas, entre otras cosas (Mayka y Smith, 2021). En otras palabras, lo propio de esta "nueva derecha", mucho más que la cuestión migratoria, es la politización de la dimensión sociocultural sobre la socioeconómica. Con ello pretende conseguir el apoyo de sectores populares que profesan ideas conservadoras frente a los temas morales; particularmente relevante es esta cuestión si se considera el peso de la población evangélica en varios países latinoamericanos.

La emergencia de Jair Bolsonaro

Como muchos países latinoamericanos, Brasil ha sufrido diversos episodios consecutivos de crisis económica desde la caída de Collor de Mello a finales de 1992. Sin embargo, la inestabilidad política no fue un elemento determinante hasta el final del segundo mandato de Luiz Inácio Lula da Silva, en diciembre de 2010. Tras completar un primer periodo como presidenta, Dilma Rousseff, sucesora de Lula, del Partido de los Trabajadores (PT), fue destituida en agosto de 2016. Aécio Neves, presidente del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), que había estado a punto de derrotar a Rousseff en las urnas, se vio implicado en escándalos de corrupción. Lo mismo ocurrió con el vicepresidente Michel Temer, del Movimiento Democrático Brasileño, que asumió el cargo tras la destitución de la sucesora de Lula. En este marco, tanto Neves como Temer fueron descartados prematuramente de las elecciones presidenciales de 2018 por estar atrapados en el torbellino de la operación Lava Jato: una investigación policial de corrupción de proporciones gigantescas. Con todo ello, se produjo una situación de vacío que propició el éxito de un outsider de la política. Con una retórica populista marcada por un discurso que enfrentaba "nosotros" contra "ellos", Jair Bolsonaro aprovechó la situación y lanzó su candidatura a la presidencia. El fracaso de la derecha tradicional a la hora de atenuar los problemas económicos que condujeron a la destitución de Rousseff y su participación en

escándalos de corrupción fueron determinantes en el ascenso de la ultraderecha en Brasil.

A pesar de que a mediados de 2017 estaba muy bien posicionado en las encuestas, aún no era tomado en serio por sus competidores. Sin partido político que lo respaldara, Bolsonaro estaba desprovisto de los recursos electorales más importantes. No obstante, consiguió ganar las elecciones de 2018 con una retórica sólida y coherente, un uso inteligente de las redes sociales y el apoyo entusiasta y firme de un creciente grupo de seguidores. Se estableció como la ultraderecha en Brasil, basándose en posiciones ideológicas muy conservadoras y aprovechando el rechazo y el resentimiento contra todos los principales partidos políticos, especialmente, el PT y la izquierda, imprecisamente denunciados como "comunistas". Bolsonaro, un capitán del Ejército que comenzó su carrera en la política tras ser juzgado (y absuelto) por la justicia militar por planear actos terroristas como medida de presión para conseguir un aumento de sueldo, se convirtió en el sucesor de Michel Temer.

En cierta medida, el Brasil de Bolsonaro fue el resultado de la amnistía que se concedió a los militares que secuestraron, torturaron y ejecutaron durante la dictadura que gobernó el país entre 1964 a 1985. Una vez en el poder, impulsó una agenda muy conservadora a nivel nacional, incorporando distintas dimensiones políticas simultáneamente. En línea con las tendencias globales de la ultraderecha, abogó por el rechazo a las posiciones culturales progresistas, una agenda económica favorable a la reducción de la intervención del Estado, una oposición tajante a cualquier discriminación positiva a favor de la población negra y una dura política de "mano dura" y tolerancia cero frente al crimen y la corrupción. En paralelo, desplegó otras políticas sociales de tipo nativista, como los programas de transferencias monetarias condicionadas. Su propuesta retórica de ultraderecha tuvo eco en parte de la opinión pública: sus posturas sobre el aborto, los derechos de los homosexuales y una violenta oposición de la delincuencia —su símbolo de campaña era una pistola con el dedo índice apuntando recto y el pulgar hacia arriba— fueron fundamentales para articular un creciente apoyo social (Power y Hunter, 2019).

Uno de los temas más polémicos y constantes en la agenda de Bolsonaro fue su lucha contra la igualdad de género y LGBTIQ+. En repetidas oportunidades relacionó la homosexualidad con una enfermedad que podía curarse mediante una estricta disciplina por parte del padre, una figura masculina fuerte. También adoptó posturas que fueron claramente en detrimento de los derechos de la mujer en el mercado laboral y se opuso rotundamente a la legalización del aborto. En estos aspectos, la dimensión sociocultural de su agenda lo diferenció claramente de la derecha tradicional.

Otro rasgo definitorio del bolsonarismo fue la retórica contraria al Partido de los Trabajadores y contra la izquierda en general. Bolsonaro asoció esto con el anticomunismo para glorificar las Fuerzas Armadas de Brasil, especialmente al Ejército y al golpe de 1964. Desde su punto de vista, los militares habían sido los responsables de evitar la toma de Brasil por las fuerzas comunistas. Además, su anticomunismo mostró una evidente connotación religiosa, ya que se encontraba directamente vinculado a la defensa de la familia tradicional y de Dios. Estos fueron los pilares de su visión política y cultural (Goldstein, 2019).

De manera parcialmente sobrevenida y en directa relación con una ola global, durante su presidencia incorporó un fuerte negacionismo científico que se convirtió —como en el caso de Trump o de Milei— en una de sus señas de identidad tras el estallido de la pandemia de COVID-19 en marzo de 2020 (Finchelstein, 2023). Defendió tratamientos alternativos, estuvo en contra del distanciamiento social, del uso de la mascarilla y de los encierros, y participó activamente en manifestaciones ilegales durante el confinamiento. Su actitud fue tan radical que llegó a ser multado en el estado de São Paulo por no utilizar mascarillas en locales públicos. Politizar la pandemia fue para Bolsonaro una forma de mantener el conflicto como parte activa de su estilo político. Fue una parte central de su retórica populista de confrontación contra un supuesto establishment progresista global. Aun así, cuando la cuarta y quinta oleada de la pandemia golpearon duramente el país a principios de 2021, el desastre provocado por sus medidas provocó una fuerte caída en su popularidad y dañó su imagen, afectando sensiblemente a su popularidad. Con una posible derrota electoral asomando en el

horizonte, la tentación autoritaria pareció irresistible. Desde entonces, se volvió cada vez más propenso a promover soluciones autoritarias.

A pesar de que durante todo su mandato había oscilado entre la derecha populista radical y la extrema derecha, a medida que avanzó y la amenaza de perder la reelección y ser llevado a juicio por diversas impugnaciones a la ley durante su mandato crecieron, Bolsonaro se fue acercando cada vez más a la extrema derecha. Fue este sentimiento de profunda crisis democrática el que marcó las elecciones brasileñas de 2022, cuando la defensa y el ataque al régimen se convirtieron en una cuestión electoral. Otra vez, la retórica autoexcluyente de amigos y enemigos. Desde su derrota electoral frente a Lula en octubre de 2022, los acontecimientos han sido desfavorables para Bolsonaro.

Guardó silencio sobre los ataques al edificio de la Policía Federal, en el centro de Brasilia, el 12 de diciembre de 2022, cuando los representantes electos recibieron sus diplomas ratificatorios. Huyó de Brasil a Miami el 30 de diciembre para evitar transferir el poder a Lula. Finalmente, tuvo que defenderse en reiteradas ocasiones de su participación en el asalto a la plaza de los Tres Poderes de Brasilia que tuvo lugar el 8 de enero de 2023. Estos hechos marcaron el punto más bajo de la democracia brasileña desde el golpe de 1964. A pesar de que el líder ha sido juzgado y condenado por abuso de poder político por el Tribunal Superior Electoral y no podrá presentarse a las elecciones hasta 2030, el bolsonarismo está lejos de haberse convertido en un pasado más o menos remoto. Forma parte de la política brasileña, no solamente porque Bolsonaro consiguió el 43,2% de los votos en la primera vuelta y el 49,1% en la segunda —la votación más alta de cualquier candidato derrotado en la historia de Brasil—, sino también porque su partido, el Liberal, es el que tiene mayor representación en la Cámara de Diputados y gobierna varios estados.

El populismo libertario: Javier Milei

Cuando Bolsonaro se hundía en Brasil, emergió Javier Milei en Argentina. Tenían muchos puntos en contacto y algunas diferencias, pero a nadie se le ocurriría pretender comprenderlos sin situarlos en el campo de una ola de ultraderecha global.

Tras una década de dominio de un peronismo de izquierdas expresado en el liderazgo de Néstor Kirchner y su mujer Cristina, comenzó a gestarse durante el Gobierno de la segunda una ideología y una cultura más o menos popular de derechas. Empezó con el triunfo de Cambiemos, una heterogénea coalición liderada por el derechista Francisco Macri, en las elecciones de 2015. Se trató de un fenómeno que fue parcialmente eclipsado por la victoria del Frente de Todos en las elecciones de 2019. Sin embargo, el retorno del peronismo al Gobierno, esta vez con Alberto Fernández al frente, estuvo lejos de parecerse al primer periodo de Néstor Kirchner. Rápidamente fue degradando como resultado de diversos factores: la pandemia, la sequía que afectó al sector agrario, productor de la mayoría de las exportaciones del país, y una fuerte especulación de los grupos de empresarios. Todo esto se tradujo en una situación marcada por un exponencial incremento de la pobreza y una tasa de inflación que superó el 130% anual.

Con un sorprendente 55% de los votos, la victoria del libertario de extrema derecha Javier Milei en la segunda vuelta de las elecciones del 19 de noviembre de 2023 constituyó un fuerte seísmo político en un país donde un outsider nunca había llegado a la presidencia. El candidato libertario, que había obtenido en 2021 el acta como diputado a la ciudad de Buenos Aires en el marco del recién creado movimiento La Libertad Avanza, consiguió superar los límites socioeconómicos del voto a la derecha y llegó a las capas bajas de la sociedad; también alteró fuertemente la geografía electoral del país: si la oposición de centroderecha había sido tradicionalmente fuerte en el “centro” agroindustrial del país —lo cual le había permitido construir la oposición entre un país “productivo” y otro dependiente de la asistencia del Gobierno—, Milei ganó en 21 de las 24 provincias, incluidas las del norte y las del sur. Arrasó en Córdoba, la segunda más poblada, con casi el 75% de los votos, pero también ganó en Jujuy y Salta, en la frontera con Bolivia, con el 59%, y en la patagónica Santa Cruz, la región de Néstor y Cristina Kirchner, con porcentajes similares.

¿Por qué consiguió hacerse con el poder? Porque, como han explicado Pablo Semán y Nicolás Welschinger (2023), consiguió generar "un pueblo". Este fue el elemento central. Conquistó votantes en los sectores populares porque el discurso anticasta y promercado, dirigido contra los dos grandes partidos, tuvo un impacto profundo entre las juventudes y en una multiplicidad de sujetos, desde un sector formado por dogmáticos antiprogresistas similares a las fuerzas de la derecha radical global hasta otro surgido de la derrota de Macri, la pandemia y la aceleración del proceso inflacionario que se consolidó en la calle y en las redes. En muchos sentidos, el antiestatismo dogmático de Milei consiguió convertirse en movimiento político como resultado de la desconfianza y la frustración con el Estado argentino por sus desempeños en salud, educación, seguridad y economía. En el proceso de crecimiento de su movimiento se sumaron los decepcionados por Cambiemos, exvotantes del Frente de Todos y sobre todo aquellos jóvenes que votaron por primera vez luego de la crisis pandémica y creyeron ver en el Estado un enemigo que cercenaba su libertad individual.

En este marco, la identificación con la derecha se fue construyendo en confrontación abierta con un estado de las cosas decadente asociado con las izquierdas y la "casta". Consiguió la unificación de diversos elementos contradictorios a partir de ponerlos todos juntos contra un único responsable y de forjar un "populismo de la libertad" anudando su prédica con las experiencias de aquellos para los que la dicotomía "la derecha o los derechos" había perdido sentido porque consideraban que no había derechos que los asistieran. En muchos sentidos, como en el caso de Trump, Milei atrajo tanto por aquello que decía como por la manera en que se expresaba. Su performance rupturista fue central para dar forma a un desplazamiento de la indignación a la esperanza y de la bronca crítica a la adhesión apasionada (Semán y Welschinger, 2023).

El pueblo creado por Milei estuvo formado por diversas capas, desde una antiperonista hasta otra abiertamente conservadora y nacionalista que tiene en la lucha contra el aborto y la Ley de Educación Sexual Integral dos de sus ejes centrales. A esto se sumó, como se ha apuntado, otra fracción juvenil surgida de la confrontación con el Estado durante la pandemia y en combinación

con la emergencia de una nueva estructura laboral precarizada y ultraneoliberal. Este pueblo es el único y el resto es antipueblo. La narrativa anticasta que lo llevó al poder persistió tras la victoria electoral a través de gestos que incluyeron, por ejemplo, dar la espalda a la cámara legislativa, apuntar al sector público y postular una identidad que no incluye a todos los argentinos, sino solo a "los de bien" durante su discurso de investidura (Lambertucci, 2023).

Las excentricidades de Milei no deben ocultarnos sus influencias, señaladas por el paleolibertarismo, que combina antiestatismo y reaccionarismo con los tópicos de la alt-right, desde la negación del cambio climático y la violencia de género hasta la supuesta existencia de un dominante marxismo cultural. No son ideas nuevas. No lo es la apelación a los fantasmas del comunismo y a sus defensores locales que pretenden destruir la civilización occidental ni la invención de un pasado glorioso. Como toda la ultraderecha global, Milei proyecta una lectura historicista, en busca de un "paraíso perdido" que lo lleva a quedarse con el último Juan Bautista Alberdi —el de "la omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual"— y olvidar que el papel de este es básico como firme defensor de los derechos colectivos e impulsor de la educación pública financiada con recursos fiscales.

Tampoco hay nada desconocido en su paleolibertarismo enraizado en las ideas del economista estadounidense Murray Rothbard —no por casualidad uno de sus cuatros perros se llama Murray—, que llegó a inspirar al Libertarian Party en Estados Unidos durante los años de Richard Nixon y que hoy como ayer representa una combinación de antiestatismo, anarcocapitalismo, ultrapropietarismo y reaccionarismo. Ni siquiera son rupturistas su retórica populista —sus "argentinos de bien" y los otros, la "casta"— y su apelación a una especie de doctrina del shock —el "no hay plata" de las camisetas de los partidarios de Milei— plagada de referencias religiosas y providencialistas (Morresi y Ramos, 2023). En este marco, su denuncia de un siempre acechante "socialismo" se convierte en su lenguaje populista en una peligrosa entelequia que representa el "antipueblo" y que abre la puerta a su potencial exclusión de la comunidad política. Ahí, la vicepresidenta, Victoria Villarroel, ha reivindicado en diversas oportunidades la dictadura militar que tuvo lugar entre 1976 y 1983. Con ello abrió

la puerta también a la ruptura del consenso democrático característico del país desde mediados de los años ochenta (Boholavsky y Franco, 2024).

Tras llegar al Gobierno, sin un partido, sin cuadros ni equipos técnicos y sin alcaldes ni gobernadores que le dieran estructura territorial, con un discurso cada vez más mesiánico y una reivindicación de un capitalismo épico como puede encontrarse en novelas como La rebelión de Atlas (1957), de Ayn Rand, comenzó a buscar el sottogoverno en el macrismo, los gerentes de grandes empresas que conoció en el sector privado y en el peronismo no kirchnerista, incluidos exfuncionarios del Gobierno de Carlos Menem. La incógnita, tras su primer año en el Gobierno, es cómo conseguirá mantener un discurso y unas políticas libertarias y ultraliberales en un contexto de relativa inestabilidad política interna y un escaso poder en el Congreso y el Senado. A pesar de que los indicadores de inflación parecen darle un respiro y su popularidad no ha bajado ostensiblemente, la caída productiva del país, el empobrecimiento general de la población y la gran cantidad de frentes de conflicto internos y externos abiertos auguran muchos problemas al presidente libertario. La respuesta a todo ello no está clara. Sin embargo, se observa de manera cada vez más evidente una tendencia creciente hacia el autoritarismo y la represión. El lanzamiento de las Fuerzas del Cielo, presentado como el "brazo armado" de La Libertad Avanza en noviembre de 2024, va en este sentido.

Conclusiones

La hegemonía de las fuerzas de izquierda durante la década de 2000 llegó a su fin como producto de una combinación de factores entre los que destacan el fin del auge del precio de las materias primas y la politización de escándalos de corrupción que les afectaron seriamente en su credibilidad. El agotamiento de muchos de los Gobiernos de izquierda abrió el camino para su derrota en las urnas y el crecimiento de actores tanto de derecha tradicional —Macri en

Argentina— como de ultraderecha —Bolsonaro en Brasil—. Sin embargo, el ascenso de Milei ha puesto de relieve también el agotamiento de los proyectos de derecha tradicional y la emergencia de un vacío de representación que fue utilizado por nuevas fuerzas de ultraderecha que no solo criticaron a las izquierdas, sino que también se han propuesto trascender a la derecha convencional. Esta ultraderecha, además, se ha beneficiado del crecimiento global de otras fuerzas próximas a sus postulados, de Trump a Abascal, de Orbán a Meloni.

Lo de Milei es nuevo y no tanto. Una de sus medidas estrella, la creación de un Ministerio de Capital Humano ya había sido llevada a la práctica por Viktor Orbán en 2010. Sin embargo, como Bolsonaro o Trump, sus políticas de reducción del Estado y sus alineamientos permiten ilustrar una divergencia entre América y Europa que resulta especialmente interesante. La radicalidad de los cuestionamientos a los Parlamentos, la estructura de los Estados y la propia democracia liberal han marcado el devenir del trumpismo, el bolsonarismo y el actual desarrollo del Gobierno de Milei, responsables de los dos intentos más importantes de acabar con los regímenes democráticos de dos de los principales países de sus continentes en lo que va de siglo y, en el caso de Estados Unidos, de su historia contemporánea. Ambos intentos de golpe de Estado mostraron una evolución violenta de la derecha radical que es diferente de la que observamos en Europa. La negación de la democracia liberal y su sustitución por un estado de excepción semipermanente está en la base del "populismo punitivo" de Nayib Bukele y de la influencia de su modelo en Ecuador —a pesar de la derrota en las recientes elecciones de Jan Topic—, Brasil, Chile y Colombia, donde destaca Diego Molano, ahijado político del expresidente Álvaro Uribe. Javier Milei es parte de esta evolución y combina un paleolibertarismo de matriz norteamericana con apelaciones represivas que pueden mirar hacia El Salvador.

El desarrollo actual de la derecha radical europea muestra unos patrones diferentes, tal como se observa, por ejemplo, en la evolución del Gobierno de Giorgia Meloni desde su llegada al poder en Italia o en el desarrollo seguido por la actual Agrupación Nacional francesa en la última década, y eso mismo puede afirmarse respecto a Vox. Incluso es interesante en este sentido analizar los

casos de Polonia o Hungría. En todos ellos, la normalización de la derecha radical y la potencialidad destructiva de sus políticas para la democracia liberal han estado parcialmente limitadas por tres factores. Por un lado, la presencia de un Estado social heredado en la Europa occidental de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esto ha hecho que las crecientes desigualdades sociales desde la década de 1980 fuesen menores que en América y que los Estados resultaran fortalecidos. En segundo lugar, la presencia de unas culturas políticas —la socialdemocracia, el comunismo y la democracia cristiana—, que dominaron los sistemas políticos occidentales hasta su implosión tras la Gran Recesión de 2008 y que no pusieron en duda en lo fundamental la necesidad de mantener el Estado social. Mientras tanto, en América Central y del Sur la evolución política estuvo marcada por los populismos, las dictaduras militares, la aplicación radical de los postulados friedmanianos y el consecuente debilitamiento de sus Estados. Finalmente, el tercer factor que explica la contención de la derecha radical está directamente relacionado con la articulación de un proyecto europeo común.

A pesar de que los contextos históricos de América Latina y de Europa y de sus sociedades son diferentes, tanto Bolsonaro como Milei forman parte de la evolución de una derecha radical y de una ultraderecha que cuenta con cada vez más influencia y que ya está normalizada en los contextos locales. Es el resultado, entre muchas otras cosas, de lo que Cas Mudde (2023) calificó como una "respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático". En este sentido, forman parte de la cuarta ola de la derecha radical en la cual conviven tradiciones conservadoras, anarcolibertarias, liberales clásicos y nacionalistas. Así de diverso se expresó el público que se congregó en el acto de investidura de Milei a finales de 2023: bolsonaristas, expresiones religiosas variadas, personas con bandera arcoíris, plebeyistas contra la casta, meritócratas, trabajadores precarios, jóvenes alternativos con sus brazos tatuados, pieles claras y pieles oscuras en busca de un líder mesiánico. Cuando Milei anunció allí un ajuste fiscal de cinco puntos del PBI y prometió un recorte durísimo del Estado, la respuesta desde la calle fue "mo-to-sie-rra, mo-to-sie-rra". Sin embargo, probablemente todo esto nos hable mucho más de resignación que de un nuevo futuro de esperanza. Mucho más de una crisis profunda del modelo de la

democracia liberal que de expectativa en un horizonte de progreso.

El consenso sobre la democracia establecido en los años ochenta en América Latina parece haberse roto. Se trata de un fenómeno mundial que tiene derivadas regionales, tal como expresa José Antonio Kast, quien ha dado vida al Partido Republicano en Chile, un proyecto de ultraderecha que debe ser comprendido como una escisión de la derecha convencional. En otro sentido, también expresa esta ruptura el caso de Nayib Bukele en El Salvador, quien, a diferencia de Kast —derrotado por Boric en la segunda vuelta de 2021—, ha logrado acceder al poder ejecutivo y ha desarrollado una agenda programática con un marcado tinte conservador en cuestiones morales y una abierta confrontación de la delincuencia que cuestiona diversos aspectos del Estado de derecho y del andamiaje liberal del sistema democrático. La victoria de Milei en 2023, la amenazante presencia del bolsonarismo en Brasil y el regreso de Donald Trump al poder en Estados Unidos nos muestran que el inesperado y rápido ascenso de la ultraderecha está lejos de ser coyuntural o episódico y que la profunda crisis de la democracia liberal a nivel global tiene una expresión regional en América Latina que está lejos de haberse concluido.

Bibliografía

Boholavsky

, E. y

Franco

, M. (2024): “El fantasma rojo que acecha a Milei”, Anfibia, 24 de septiembre, https://n9.cl/9bi7a.

Finchelstein

, F. (2023): “Fascismo, populismo y enfermedad. De las huellas de la gripe de 1918 al COVID-19”, en M. Fuentes Codera (ed.), La gripe de 1918. Una aproximación política y cultural tras la pandemia de

COVID-19, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, pp. 225-24.

Goldstein

, A. A. (2019): “The New Far Right in Brazil and the Construction of a Right- Wing Order”, Latin American Perspectives, vol. 46, nº 4, pp. 245-262.

Lambertucci

, C. (2023): “Las propuestas de Milei para Argentina: dolarizar la economía, prohibir el aborto, desmantelar el Estado social”, El País, 20 de noviembre.

Mayka

, L. y

Smith

, A. E. (2021): “Introduction. The Grassroots Right in Latin America: Patterns, Causes and Consequences”, Latin America Politics & Society, vol. 63, nº 3, pp. 1-20.

Morresi

, S. D. y

Ramos

, H. (2023): “Apuntes sobre el desarrollo de la derecha radical en Argentina: el caso de ‘La Libertad Avanza’”, Caderno CRH, vol. 36, pp. 1-18.

Mudde

, C. (2021): La ultraderecha hoy, Paidós, Madrid.

— (2023): “Populismo en Europa: una respuesta democrática iliberal al liberalismo antidemocrático”, REG. Revista de Estudios Globales, vol. 2, nº 4, pp. 15-42.

Müller

, J.-W. (2017): ¿Qué es el populismo?, Grano de Sal, Ciudad de México.

Norris

, P. e

Inglehart

, R. (2019): Cultural Backlash: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism, Cambridge University Press, Cambridge.

Payne

, L.;

Zulver

, J. y

Escoffier

S. (eds.) (2023): The Right against Rights in Latin America, Oxford University Press, Oxford.

Power

, T. J. y

Hunter

, W. (2019): “Bolsonaro and Brazil’s Illiberal Backlash”, Journal of Democracy, vol. 30, nº 1, pp. 68-82.

Rosanvallon

, P. (2020): El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica, Galaxia Gutenberg, Barcelona.

Rovira

Kaltwasser

, C. (2023): “El ascenso de la ultraderecha en América Latina: inesperado, rápido y duradero”, Forum, vol. 54, nº 4, pp. 9-15.

Semán

, P. y

Welschinger

, N. (2023): “11 tesis sobre Milei”, Anfibia, 18 de agosto, https://n9.cl/ydj5jo.

Stefanoni

, P. (2023): La rebeldía se volvió de derechas, Siglo XXI, Madrid.

Capítulo 8

Estados Unidos en la era de los 'líderes fuertes'*

Virginia López de Maturana

El 30 de abril de 2011 se celebró en el hotel Washington Hilton la tradicional cena de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca (WHCA). En su intervención, el presidente Barack Obama hizo alusión —en clave humorística— al Birther Movement, una corriente que, por un lado, ponía en duda su americanidad y, por otro, difundió el bulo de que había nacido en Kenia, además de profesar la religión musulmana. De esta suerte, planteaban que su liderazgo al frente de la Administración estadounidense no era legítimo, tal y como establece la Constitución del país en su segundo artículo. Al parecer, el rumor había comenzado a difundirse entre algunos seguidores de Hillary Clinton durante las elecciones primarias presidenciales del Partido Demócrata en 2008, cuando advirtieron que su contrincante tomaba ventaja. Sin embargo, ni ella ni su aparato de campaña tuvieron implicación en la difusión de este infundio. También algunos simpatizantes del Partido Republicano aprovecharon la circunstancia para aventajarse, pero, nuevamente, ni el candidato John McCain ni su equipo alimentaron la calumnia[101].

No obstante, el rumor continuó presente en el entorno político estadounidense, avivado por uno de los invitados a la mencionada cena de corresponsales en 2011, el empresario Donald J. Trump. Obama intervino en la velada cómicamente, haciendo referencia a los bulos que el magnate neoyorkino había difundido sobre su lugar de nacimiento, así como sobre su supuesta pretensión de presentar su candidatura a la Casa Blanca:

Nadie está más orgulloso de poner fin a este asunto del certificado de nacimiento que Donald. Y eso es porque por fin puede volver a los temas que importan, como ¿falsificamos el alunizaje? ¿Qué

ocurrió realmente en Roswell? ¿Y dónde están Biggie y Tupac? […] Todos conocemos sus credenciales y su amplia experiencia. Por ejemplo —no, en serio— hace poco, en un episodio de Celebrity Apprentice […]. Digan lo que digan del Sr. Trump, sin duda traería algún cambio a la Casa Blanca. Veamos qué tenemos ahí arriba (Schulman, 2011)[102].

A continuación, Obama mostró una imagen distorsionada de la residencia presidencial, emulando el estilo kitsch de los resorts y casinos propiedad de Trump, lo que provocó las risas del público. Sin embargo, el gesto del empresario mostró tal incomodidad que, según indican algunos medios, fue el momento en el que decidió presentar su candidatura a la Casa Blanca[103]. No obstante, a Trump aún le restaba un lustro para que esto sucediera.

La reacción antiestablishment

Antes existió otro movimiento ultraconservador y populista que, igualmente, espoleó la "birther" conspiracy con el objetivo de atacar las políticas económicas y de bienestar social del demócrata (Rae, 2011). Así, el movimiento Tea Party nació a comienzos de 2009, en el contexto de la Gran Recesión, que, desde un par de años antes, trajo consigo una caída de los precios de la vivienda, el colapso de importantes instituciones financieras y una contracción económica significativa (Aguado y Rodríguez, 2013). Tomó su nombre del incidente sucedido en Boston el 16 de diciembre de 1773 y que fue la chispa que prendió la mecha de la Guerra de la Independencia de 1775-1783 (Hook, 2021). El movimiento Tea Party fue la respuesta ultraconservadora y populista ante el colapso del Partido Republicano de George W. Bush, que al final de su mandato firmó la Emergency Economic Stabilization Act (2008), una ley de carácter intervencionista que permitió rescatar a las instituciones financieras con el objetivo de evitar que entrasen en bancarrota (Meckler y Martin, 2012). Unos meses más tarde, su

sucesor al frente de la presidencia, el demócrata Obama, aprobó la American Recovery and Reinvestment Act —Ley de Reinversión y de Recuperación de 2009 (ARRA)—, un plan de estímulo económico que impulsó medidas para modernizar las infraestructuras del país, mejorar la independencia energética, extender las oportunidades en el ámbito educativo, fomentar una atención médica accesible y proporcionar alivio fiscal a los ciudadanos estadounidenses (Feyrer y Sacerdote, 2011). Según indica Rae (2011), se trató de "la mayor expansión del papel del Gobierno federal en la atención sanitaria desde la década de 1960".

Fue precisamente este robustecimiento de la Administración federal —que retrotraía a los tiempos de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson (Dallek, 2013-2014)— lo que hizo crecer y ganar influencia a este movimiento en el seno del Partido Republicano. Así, el Tea Party se movilizó para pedir la reducción del presupuesto federal y de la deuda externa, congregó a sus seguidores para manifestarse contra la Affordable Care Act (la Ley del Cuidado de Salud a Bajo Precio, que, aprobada en noviembre de 2009, fue popularmente conocida como Obamacare) y, paulatinamente, ganó fuerza entre los suyos con posturas socialmente muy conservadoras en respuesta a las políticas progresistas del Gobierno demócrata.

El movimiento tomó fuerza en las elecciones de medio mandato en 2010, cuando triunfaron figuras como Rand Paul, Marco Rubio o Michele Bachmann, que consiguieron tener presencia tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado. Por su parte, el candidato republicano a las elecciones presidenciales de 2012, Mitt Romney, eligió como compañero de fórmula a una de las figuras más reconocidas del Tea Party, Paul Ryan, congresista por Wisconsin desde 1999. Sin embargo, el resultado de estas elecciones, en las que Obama repitió como ganador, hizo perder fuelle al movimiento. No obstante, algunos expertos interpretaron que la victoria de Trump en las siguientes elecciones de 2016 fue precisamente fruto del desarrollo natural del movimiento Tea Party. De hecho, el propio magnate se declaró su seguidor en 2011: "Estoy muy orgulloso de algunas ideas que han propuesto. Ellos quieren parar este ridículo y fatal gasto [público] que tenemos. Lo que pasa en este país, en el que gastamos dinero como marineros borrachos,

es que estamos destruyendo nuestra libertad”[104].

Tal y como revelan estas líneas, Trump recoge algunas de las ideas del Tea Party, a las que añadirá una mezcla del sentimiento antiestablishment, antiglobalización y xenófobo, con el que se ha visto reflejada en los últimos años parte de la población estadounidense. Y es que los especialistas coinciden en afirmar que la llegada del magnate inmobiliario a la presidencia se debe a una serie de factores que no solo afectan al país norteamericano, sino a todo el mundo occidental. Desde los inicios del siglo XXI, Estados Unidos, Europa y Occidente en general no son los grandes referentes, sino que se ha dado paso a otras potencias, como China, Rusia o la India, que también ejercen su influencia en clave política, económica y cultural, fruto de la globalización (Sassen, 1998). Así, el impacto del cambio de paradigma ha traído consigo un descontento generalizado entre los ciudadanos de los países occidentales con las élites, el denominado establishment, consecuencia de la progresiva precarización laboral, de la incertidumbre económica y de la inmigración irregular hacia estos países, que ha terminado suscitando tensiones raciales o sociales. Ese descontento se ha traducido, pues, en el surgimiento de “líderes fuertes” que, frente a los adversos efectos de la globalización, responden con recetas nacionalistas y conservadoras, líderes “con escasa tolerancia hacia las minorías, la discrepancia o los intereses de los extranjeros. En su país aseguran defender al hombre corriente ante las élites ‘globalistas’. En el extranjero se presentan como la personificación de sus naciones. Y, allá donde vayan, fomentan un culto a la personalidad” (Rachman, 2022). En el caso de Estados Unidos, todas estas características son encarnadas por Donald Trump.

Las elecciones de 2016

Las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos fueron históricas en varios sentidos. Por un lado, porque, por vez primera, una mujer era candidata a la elección. En efecto, Hillary Clinton,

una política con prolongada experiencia —primera dama durante la presidencia de su esposo Bill Clinton (1993-2001), senadora por Nueva York (2001-2009) y secretaria de Estado bajo la primera Administración Obama (2009-2013)— ganó las primarias del Partido Demócrata y fue nominada —junto con su compañero de candidatura, el senador por Virginia, Tim Kaine— en la Convención celebrada en Filadelfia a finales de julio de 2016. Por otro lado, también históricas, porque el Partido Republicano celebró las que, hasta ese momento, habían sido las primarias presidenciales más concurridas de la historia del país: se presentaron nada menos que 17 candidatos, si bien solo diez se enfrentaron en el primer debate, que fue organizado el jueves 6 de agosto de 2015 por la cadena Fox News[105]. Una pugna entre los distintos candidatos que ya dispuso a Trump a ser el centro de la polémica desde un primer momento, con su discurso agresivo y provocador. Así, por ejemplo, quedó en evidencia por su deslealtad al Partido Republicano cuando declaró que no respaldaría al candidato que ganase la nominación para las elecciones presidenciales de no ser él el vencedor, además de no descartar una hipotética candidatura independiente, si bien reculó un mes más tarde. Igualmente, fueron ya entonces evidentes sus maneras populistas y xenófobas desde este primer debate, haciendo especial hincapié en la defensa de la construcción de un muro que dividiera México y Estados Unidos con el fin frenar el flujo de inmigrantes llegados desde el país azteca. Intervino en el debate con un continuo tono acusador hacia el resto de sus contrincantes, indicando que "si no fuese por mí, no estarían ni siquiera hablando de la inmigración ilegal"[106].

Para entonces, Trump ya lideraba todas las encuestas, a pesar de adolecer de "una base de apoyo político estructurada con mucha antelación", como sí tenían algunos de sus contrincantes, como Marco Rubio o Ted Cruz (Ayala, 2017). De hecho, según las encuestas, aventajaba ya en el primer debate a quien hasta el momento había sido el favorito para la nominación, Jeb Bush, antiguo gobernador por el estado de Florida y hermano e hijo de expresidentes. El magnate neoyorquino acaparó, asimismo, la atención de los principales medios de comunicación "gracias a una verborrea incontrolable", mientras los demás candidatos "luchan por respirar", a pesar de que ni siquiera la prensa conservadora considerara su candidatura mínimamente viable[107]. Así lo deja ver,

por ejemplo, Gideon Rachman (2022), columnista jefe de asuntos exteriores del prestigioso periódico británico Financial Times, quien escribe que en su visita a Washington D. C. a finales de 2015:

Ni siquiera en los gabinetes estratégicos de derechas pude encontrar a nadie que creyera que Trump iba a conseguir la nominación, y menos aún la presidencia. Ninguno de mis contactos republicanos se había ofrecido a trabajar en la campaña de Trump, lo cual, en una ciudad llena de gente ambiciosa, era una llamativa confirmación de que lo consideraban un perdedor.

Es más, Ayala Sánchez (2017) señala que, "desde el principio de la campaña, quien decidía apoyar a Trump era generalmente criticado, y dicha crítica iba desde el insulto sutil (se los llamaba desinformados, ignorantes o tontos) hasta la descalificación personal (racistas, xenófobos o antiamericanos)". Sin embargo, contra todo pronóstico, y después de arrasar frente a sus contrincantes, Trump fue nominado en la Convención Nacional Republicana celebrada del 18 al 21 de julio de 2016 en Cleveland (Ohio).

Como compañero de fórmula, el empresario optó por Mike Pence, gobernador de Indiana (2013-2017), que había servido como congresista por ese mismo Estado durante seis mandatos (2001-2013). Pence se presentaba como el contrapeso ideal a Donald Trump, esto es, un político de prolongada experiencia, con un mesurado carácter que representaba al ala más conservadora del partido, sobre todo en clave religiosa, en clara conexión ideológica con el Tea Party[108]. Así, por ejemplo, durante su mandato como gobernador de Indiana, Pence había aprobado la Religious Freedom Restoration Act (Ley de Restauración de Libertad Religiosa, 2015), que daba pie a empresarios o propietarios de negocios para discriminar a determinadas personas apoyándose en su libertad religiosa. Este tipo de leyes se entienden como producto de la extensión de la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en el país.

De este modo, muchos estados aprobaron otras leyes que legitimaban la discriminación hacia el colectivo LGBTIQ+ basándose en la "objeción de conciencia" de cada individuo, si bien dicha exclusión también podía extenderse hacia personas de otras religiones o culturas. Comerciantes, directivos de grandes empresas (como Tim Cook, jefe ejecutivo de Apple) o diversas autoridades locales, como el alcalde de Indianápolis (el republicano Gregory Ballard) se apresuraron a criticarla, en parte por un posible impacto económico negativo de la ley: "Indianápolis se esfuerza por ser un lugar acogedor que atraiga a las empresas, los convenios, los visitantes y los residentes" (Reid, 2015). En respuesta a la amplia polémica, Pence expuso que "esto no se trata de discriminación, se trata de capacitar a las personas para hacer frente a la extralimitación del Gobierno", en clara línea con los sectores que históricamente han defendido una menor interferencia de la Administración federal (Márquez-Padilla y Castro, 2000)[109].

Junto a Pence, y bajo el lema "Make America Great Again" (MAGA) ("Hacer Estados Unidos grande otra vez"), en estos últimos meses de la carrera electoral, Trump nombró jefe de campaña a Steve Bannon, un magnate de medios de comunicación y estratega político a quien siempre han unido fuertes vínculos con partidos y movimientos políticos de extrema derecha en todo el mundo —al igual que sucede con su actual asesor, el empresario Elon Musk— y que contribuyó a alimentar "las ideas iliberales, nacionalistas y antidemocráticas [que] se han adueñado de la derecha estadounidense y han viajado a Europa" (Rachman, 2022)[110].

A Trump le restaban seis meses para preparar su camino hacia la elección, enfrentándose a la candidata demócrata, Hillary Clinton, en tres debates televisivos que, según algunos medios, representaban "la vieja política" contra "la nueva política"[111]. Fueron tres debates con discursos muy beligerantes por ambas partes. El candidato republicano centró buena parte de su turno de palabra en la construcción del muro entre México y Estados Unidos. Aludiendo al recurso nativista, argumentaba que muchos trabajadores estadounidenses habían perdido sus puestos de trabajo como consecuencia de la llegada de inmigrantes. Este mensaje caló muy significativamente entre los hombres blancos de las zonas industriales depauperadas de los estados que abarcaban la cordillera

de los Apalaches. Son los denominados hillbillies, la “escoria blanca”, que —víctimas de la globalización— “se sentían económicamente o socialmente inseguros” y “achacaban su situación a las minorías étnicas” (Vance, 2016; Isenberg, 2020; Rachman, 2022: 147). Por su parte, la candidata demócrata sacó a relucir los escándalos sexuales del republicano, su desprecio hacia las mujeres y hacia las minorías raciales, así como su presunta falta de capacidad para dirigir el país —tomando como referencia el fiasco en algunos de sus negocios— y su resistencia a la hora de hacer públicas sus cuentas ante el fisco.

Por fin, el 8 de noviembre de 2016 se celebró la jornada electoral que, en principio, parecía dar como ganadora a la candidata demócrata. No obstante, el recuento dio una sorpresa: si bien Clinton ganó el voto popular (65.853.514 votos frente a los 62.984.829 del candidato republicano), Trump ganó en votos electorales, esto es, obtuvo 306 (de los 270 necesarios) frente a los 232 de la candidata demócrata. Lo mismo sucedió en el Congreso, donde los republicanos obtuvieron ventaja en ambas Cámaras: ganaron el Senado por 51 representantes frente a los 48 del Partido Demócrata, así como la Cámara de Representantes por 239 frente a 193. Donald Trump, “un aventurero de la política” (Tatay Nieto: 145), el outsider que había llegado a ser candidato del Partido Republicano sin que nadie confiara en ello, había ganado la presidencia del país de la misma manera, contando con un amplio poder en las dos Cámaras federales.

El primer periodo presidencial de Donald Trump (2017-2021)

Como viene siendo costumbre en Estados Unidos desde la ratificación de la Vigésima Enmienda en 1933, la ceremonia de la inauguración presidencial de Donald Trump tuvo lugar el 20 de enero de 2017. El discurso de toma de posesión estuvo plagado de referencias a la nueva era que, según dijo el presidente, nacía ese mismo día. Un nuevo tiempo en el que “solo Estados Unidos será la prioridad”, haciendo de este modo alusión a su lema de campaña,

“Make America Great Again” (MAGA), que, a juicio de Philip Stephens (director del consejo editorial del Financial Times), no era sino “un batiburrillo de instintos, prejuicios e impulsos”, una serie de ideas que le conectaban emocionalmente con su electorado necesitado de escuchar consignas que rompieran con todo el legado de Obama[112]. Así, por ejemplo, dirigió sus primeras palabras contra las élites políticas washingtonianas que, desde su óptica, se habían mantenido alejadas de la realidad del ciudadano medio estadounidense, cuya vida se había ido deteriorando progresivamente en un contexto de globalización que no había hecho más que perjudicar a la economía del país.

La ceremonia de hoy tiene un significado muy especial. Porque no solo estamos transfiriendo el poder de una Administración a otra o de un partido a otro, sino que estamos transfiriendo el poder de Washington y se lo estamos devolviendo a ustedes, el pueblo.

Durante demasiado tiempo, un pequeño grupo de la capital de nuestra nación ha cosechado las recompensas del Gobierno mientras que el pueblo ha pagado los costos. Washington floreció, pero no compartió su riqueza.

Los políticos prosperaron, pero los empleos se acabaron y las fábricas cerraron. La élite se protegió, pero no cuidó a los ciudadanos de nuestro país. Sus victorias no han sido tus victorias. Sus triunfos no han sido tus triunfos y, mientras ellos celebraban en la capital de nuestro país, las familias en dificultades no tenían nada que celebrar[113].

Trump se presentaba a sí mismo como un ciudadano que surge de ese “pueblo” al que dirigía su mensaje y que, en parte, le había apoyado, distanciándose así del establishment político que administraba el país desde Washington, sin tener en cuenta que él mismo era parte de la élite estadounidense. Si bien no de la élite política —de hecho, se trataba del primer presidente en la historia de Estados Unidos que no había ocupado ningún cargo público, además de no tener antecedentes militares—, sí formaba parte de

una exclusiva élite económica que poco tenía que ver con el público que lo aclamaba. Sin embargo, su discurso daba la impresión de contener las recetas que terminarían con todos los males del pueblo estadounidense, derivados de las erráticas políticas puestas en marcha por sus predecesores en el cargo, independientemente de su adscripción política. De este modo, con Trump, comenzaba un nuevo tiempo en el que "el pueblo [volverá a] gobernar este país".

Asimismo, tal y como había repetido incesantemente durante su campaña electoral, en su discurso inaugural se comprometió a priorizar políticas económicas proteccionistas, así como a preservar las fronteras estadounidenses con el supuesto objetivo de crear empleo para todos aquellos perjudicados por las políticas globalistas llevadas a cabo por las anteriores Administraciones:

Cada decisión en torno al comercio, los impuestos, la inmigración y los asuntos exteriores se tomará para beneficiar a los trabajadores y las familias estadounidenses. Debemos proteger nuestras fronteras de la devastación de otros países que fabrican nuestros productos, que roban nuestras industrias y acaban con nuestros empleos. La protección nos brindará una gran fuerza y prosperidad […].

Volveremos a traer nuestros empleos. Volveremos a tener nuestras fronteras. Volveremos a tener nuestra salud. Y volveremos a tener nuestros sueños.

Construiremos nuevas carreteras, autopistas, puentes, aeropuertos, túneles y vías férreas en toda nuestra maravillosa nación. Haremos que la gente no tenga que recibir bonos sociales y volverán a trabajar para reconstruir nuestro país con las manos y el trabajo de los estadounidenses.

Seguiremos dos simples reglas: comprar en Estados Unidos y contratar en Estados Unidos. Buscaremos lazos de amistad y buena voluntad con las naciones del mundo, pero lo haremos bajo la comprensión de que todos los países tienen el derecho a priorizar sus intereses[114].

El nuevo presidente dejaba claras en este primer discurso las líneas que marcarían las políticas a seguir por su Gobierno: regreso al bilateralismo en las relaciones internacionales y fin del multilateralismo impulsado por Obama, proteccionismo económico, control migratorio y límite a las políticas sociales puestas en marcha por su predecesor. Todo ello sería dirigido por una primera Administración Trump que destacaría en su composición por su escasa diversidad, al estar constituida principalmente por hombres blancos y que, significativamente, rotarían con una especial rapidez —como si de una de sus empresas se tratase— en contraste con sus predecesoras. De hecho, buena parte de sus integrantes serían destituidos un año después de tomar posesión de sus cargos. Tal fue el caso del secretario de Estado Rex Tillerson, quien carecía de "experiencia previa en acción política, proveniente de la gran empresa petrolífera Exxon Mobil, y cercano a Vladimir Putin", quien ya venía mostrando reiterados roces con el presidente (Tatay, 2018). Tras su destitución en marzo de 2018, Trump le mencionó en un mensaje especialmente ofensivo a través de las redes sociales, a la vez que aplaudía la labor de su sucesor en el cargo: "Mike Pompeo está haciendo un gran trabajo, estoy muy orgulloso de él. Su predecesor, Rex Tillerson, no tenía la capacidad mental necesaria. Era tonto como una piedra y no pude deshacerme de él lo bastante rápido. Era un vago de narices. Ahora es un juego completamente nuevo, ¡un gran espíritu en el Estado!"[115].

Se trata de un buen ejemplo del modo en que Donald Trump entendía su labor al frente del Gobierno, dirigiendo el país a golpe de Twitter e insultando a sus antiguos colaboradores, así como a sus adversarios, dejando en evidencia su manera populista, grosera y facilona de hacer política. Y es que Trump, al fin y al cabo, no es un político profesional, sino un empresario sin experiencia previa que se encuentra al frente de la Administración de una de las grandes potencias mundiales. No en vano, es revelador de su tosquedad y de sus verdaderas intenciones políticas un detalle en el plano de lo simbólico. Tras llegar a la Casa Blanca, redecoró el despacho oval —como viene siendo habitual entre los nuevos inquilinos—, eliminando todas las referencias históricas que su predecesor en el cargo había querido destacar (Abraham Lincoln, Martin Luther King o Alma Thomas, entre otras), para situar, en este caso junto a la mesa central de la oficina presidencial, un retrato de Andrew

Jackson, presidente de Estados Unidos entre 1829 y1837. Fundador del Partido Demócrata en 1828, Jackson destacó por llegar al Gobierno con un discurso populista tras criticar el elitismo de sus adversarios políticos, así como por ordenar el desplazamiento forzoso de los nativos americanos, que fueron trasladados manu militari hacia el oeste, en un claro paralelismo de las políticas que Trump pretendía llevar a cabo con la inmigración procedente de países latinoamericanos (Meacham, 2008). Ese era el subliminal mensaje que el nuevo presidente dirigía a la nación a través de su espacio de trabajo.

No obstante, Tillerson no fue el único: sus mismos pasos siguieron el Fiscal General, Jeff Sessions —obligado a renunciar por el propio mandatario tras haber puesto trabas a la investigación de la trama rusa que supuestamente habría llevado a ganar a Trump las elecciones presidenciales—, o Scott Pruitt, un negacionista del cambio climático que había sido designado administrador de la Agencia de Protección Ambiental, que se vio forzado a dimitir tras haber sido acusado de nepotismo y de derrochar fondos públicos.

En sus primeros días como presidente, Donald Trump centró sus energías en anular todas las políticas aprobadas por su predecesor en el cargo. Así, trató, sin éxito, de derogar la Ley del Cuidado de Salud a Bajo Precio promovida por Obama, si bien puso en marcha un buen número de medidas con el objetivo de impedir su correcto funcionamiento (Zelizer, 2022). En política exterior, impulsó un claro repliegue de su país, siguiendo la estela del Partido Republicano en tiempos previos a la Guerra Fría (Bastos, 2005). Sin embargo, a su vez, Trump exigió a los socios de la OTAN incrementar el gasto en defensa ante un Putin que tensaba la cuerda para dirigir al mundo hacia una nueva Guerra Fría, mientras que la China de Xi Jinping concentraba sus esfuerzos en convertirse en una superpotencia militar y económica, en plena guerra comercial con Estados Unidos (Sanz Díaz y Sáenz-Rotko, 2022; Fornillo, 2017; Rachman, 2022).

Precisamente, fue en China donde surgió el primer brote de COVID-19 en diciembre de 2019. Una enfermedad que rápidamente se expandió por todo el mundo, a tal punto que la Organización Mundial de la Salud (OMS) la reconoció como pandemia el 11 de

marzo de 2020, declarando la emergencia sanitaria internacional[116]. El primer caso en Estados Unidos fue anunciado el 21 de enero de ese mismo año. Sin embargo, la Administración Trump tardó en dar respuesta a tan excepcional situación (Parker y Stern, 2022). En un principio, el presidente se limitó a prohibir la entrada al país de viajeros procedentes de la ciudad china de Wuhan, epicentro de la pandemia. Sin embargo, ante la gravedad de la situación, progresivamente tuvo que tomar decisiones como la suspensión de vuelos procedentes de la Unión Europea —donde la enfermedad se estaba expandiendo a un ritmo espectacular en países como Italia, España o Reino Unido— y declarar el estado de emergencia nacional el 13 de marzo de 2020. A la vez que aprobó un paquete de ayudas de 2,2 billones de dólares —"una inversión de nivel de tiempos de guerra", como la definió el republicano Addison Mitchell McConnell—, con el fin de estimular una economía que caía progresivamente en picado, el presidente hacía provocadoras declaraciones que dejaban noqueadas a las autoridades sanitarias[117]. Así, por ejemplo, planteó la idea de que acciones como inyectar desinfectante o irradiar con luz ultravioleta podían servir como tratamiento efectivo para sanar a los pacientes de esta enfermedad[118]. A través de Twitter lanzó mensajes como que "por todo el mundo avanza el coronavirus, un 'regalo' muy malo de China. No es bueno", que, sin duda, no ayudaron a destensar las relaciones con el gigante asiático[119].

En este contexto comenzó la campaña electoral para acceder a la presidencia. La coyuntura, así como la errática gestión de la pandemia, no favorecieron a un Donald Trump que se enfrentaría en las elecciones de noviembre de 2020 a un veterano demócrata, Joe Biden, que terminaría ganando las elecciones.

El asalto al Capitolio

Joseph R. Biden era un curtido político cuando accedió a la candidatura a la presidencia por el Partido Demócrata en 2019. Había servido como senador por Delaware entre 1973 y enero de

2009, momento en el que juró como vicepresidente de la Administración Obama, cargo que ocupó hasta 2017. En su campaña a la presidencia eligió a Kamala Harris como compañera de fórmula, la primera vez que una mujer —además, afroamericana y de ascendencia india— acompañaba a un candidato presidencial en su carrera hacia la Casa Blanca. La pandemia, los exabruptos y la mala gestión de Donald Trump fueron factores que llevaron a los demócratas a ganar las elecciones. Así, Biden ganó tanto en votos electorales (306 frente a los 232 del republicano) como en el voto popular (79.819.502 frente a los 73.789.238 de Donald Trump), cifras históricas de participación que dejaban en evidencia la polarización política del país. Los resultados fueron más ajustados en el Congreso: los republicanos obtuvieron 50 representantes frente a los 48 de los demócratas en el Senado, mientras que en la Cámara de Representantes ganaron los demócratas por un escaso margen de 223 frente a los 212 de los republicanos.

Sin embargo, Trump no aceptó el resultado electoral, acusando a los demócratas de haber cometido fraude con las papeletas del voto por correo. Efectivamente, la pandemia estimuló este tipo de voto, cuyo recuento fue más complicado, al tener cada Estado un sistema diferente para proceder a él. El candidato republicano presionó a funcionarios locales y estatales para que amañaran el resultado electoral, sin éxito. Finalmente, el 7 de noviembre, el candidato demócrata fue declarado vencedor de las elecciones, a pesar de los intentos de Trump por frustrar su victoria.

Trump mantuvo la tensión, dificultando el periodo de transición y anunciando que no asistiría a la ceremonia de investidura de su sucesor. Sin embargo, el acontecimiento de mayor gravedad tuvo lugar el 6 de enero de 2021, cuando una turba de sus seguidores asaltó el Capitolio en Washington, en plena reunión conjunta del poder legislativo, que estaba procediendo al recuento de voto electoral y a la definitiva proclamación de la victoria electoral de Biden. Cinco personas fallecieron y decenas de ellas resultaron heridas en el ataque que pretendía anular el resultado de las elecciones de noviembre de 2020 para favorecer la continuidad del republicano al frente de la Casa Blanca (Short, 2024). Trump, que había agitado previamente a los asaltantes, acusó a su vicepresidente, Pence, de no paralizar el recuento de votos. En un

tuit que más tarde fue eliminado de la red social, lo acusó de "no ser valiente para hacer lo que debería haber hecho para proteger a nuestro país y a nuestra Constitución". Tras recibir múltiples presiones, el vicepresidente terminó dirigiéndose al Congreso en una carta en la que señaló: "Mi juramento de apoyar y defender la Constitución me impide reclamar autoridad unilateral para determinar qué votos electorales deben contarse y cuáles no"[120].

Ante las presiones y la deriva violenta de la situación, Trump pidió a sus partidarios que se retiraran. Sus cuentas en Twitter y Facebook fueron bloqueadas con el objetivo de que el presidente no agitara a sus seguidores para llevar a cabo un nuevo ataque violento. Joe Biden fue finalmente investido presidente el 20 de enero de 2021. Sin embargo, la sombra de Trump lo persiguió durante toda su legislatura, prometiendo regresar para recuperar una presidencia que siempre pensó que le había sido arrebatada por un fraude electoral.

Conclusiones

Donald Trump arrasó frente a los demás candidatos republicanos en las elecciones primarias de su partido en 2024. Fue proclamado en la Convención Nacional Republicana celebrada en julio de ese año en Milwaukee, junto con su compañero de fórmula, James D. Vance, quien unos años antes había triunfado con su autobiografía, Hillbilly Elegy, narrando su historia personal como una víctima más de los adversos efectos de la globalización. Su candidatura venció claramente en las elecciones presidenciales celebradas el 5 de noviembre de 2024 a la compuesta por los demócratas Kamala Harris y Tim Walz.

Trump fue víctima de varios atentados contra su vida durante una campaña electoral en la que, a pesar de su tono grosero y de los continuos bulos, supo recoger el voto de todos aquellos ciudadanos descontentos con las políticas progresistas puestas en marcha por los demócratas, que perdieron casi seis millones de votos respecto

de la anterior elección en 2020. Una vez más, Trump centró su campaña en los supuestos problemas que traía la inmigración ilegal a Estados Unidos, argumentándolo de una manera absolutamente burda y retomando su idea de la construcción de un muro que separase México de Estados Unidos. Así, en el debate frente a su adversaria demócrata llegó a declarar que “en Springfield [los inmigrantes] se están comiendo a los perros, la gente que ha llegado, se está comiendo a los gatos, se está comiendo a las mascotas de la gente que vive allí”. En esa misma línea, un invitado a uno de sus mítines, el humorista Tony Hinchcliffe, definió a Puerto Rico como “una isla flotante de basura”. Un discurso xenófobo que, sin embargo, lograba agitar a parte de la sociedad estadounidense que se sentía agraviada.

La víspera de las elecciones volvió a agitar el fantasma del fraude electoral, hasta que vio clara su victoria. Su toma de posesión fue toda una declaración de intenciones, además de una innecesaria humillación pública a su predecesor, Joe Biden. Un agitador, un empresario que ha llegado a ser presidente de Estados Unidos en dos ocasiones pese a haber sido declarado culpable por cometer 34 delitos; que a pesar de su discurso racista, xenófobo y machista, y pese a fomentar una intensa polarización política, sigue levantando pasiones entre sus seguidores.

Bibliografía

Aguado

, S. y

Rodríguez

, G. (2013): La crisis financiera y la Gran Recesión en Estados Unidos. De los orígenes al abismo fiscal, Universidad de Alcalá, Alcalá.

Ayala

Sánchez

, A. (2017): “Análisis de la campaña electoral de Trump desde el enfoque de la teoría democrática”, Justicia Electoral, vol. 1, nº 20, pp. 335-374.

Bastos

Boubeta

, M. A. (2005): “Antiimperialismo de derechos: la tradición política del aislacionismo norteamericano”, RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, vol. 4, nº 1, pp. 97-113.

Dallek

, R. (2013-2014): “LBJ and the Great Society: Preludes to the Obama Presidency and Obamacare”, Drake Law Review, vol. 62, nº 4, pp. 919-928.

Fornillo

, B. (2017): “Geopolítica, militarismo y economía. La China de Xi Jinping y el EE UU de Trump”, XVI Jornadas Interescuelas, Departamento de Historia, Universidad Nacional, Mar del Plata.

Hook

, H. (2021): Las cicatrices de la independencia. El violento nacimiento de Estados Unidos, Desperta Ferro, Madrid.

Feyrer

, J. y

Sacerdote

, B. (2011): “Did the Stimulus Stimulate? Real Time Estimates of the Effects of the American Recovery and Reinvestment Act”, National Bureau of Economic Research, Working Paper 16759.

Isenberg

, N. (2020): White Trash [Escoria blanca]. Los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses, Capitán Swing, Madrid.

Márquez

-

Padilla

, P. y

Castro

, J. (coords.) (2000): El nuevo federalismo en América del Norte, CISAN-UNAM, Ciudad de México.

Meacham

, J. (2008): American Lion. Andrew Jackson in the White House, Random House, Nueva York.

Meckler

, M. y

Martin

, J. B. (2012): Tea Party Patriots. The Second American Revolution, Henry Holt and Co, Nueva York.

Ortega

Ortiz

, R. y

Pacheco

Muñoz

, M. E. (2021): “Las elecciones presidenciales en EE UU 2012-2016. Un estudio comparativo desde una perspectiva estatal e individual”,

Norteamérica. Revista Académica del CISAN-UNAM, vol. 16, nº 1, pp. 191-221.

Parker

, C. F. y

Stern

, E. (2022): “The Trump Administration and the COVID-19 Crisis. Exploring the Warning-Response. Problems and Missed Opportunities of a Public Health Emergency”, Public Administration, nº 100, pp. 616-632.

Rachman

, G. (2022): La era de los líderes autoritarios. Cómo el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo, Crítica, Barcelona.

Rae

, N. C. (2011): “The Return of Conservative Populism: The Rise of the Tea Party and its Impact on American Politics”, American Political Science Association Conference, pp. 1-29.

Rafall

, P. y

Mccarthy

, J. D. (2023): The Rise, Fall and Influence of the Tea Party Insurgency, Cambridge University Press, Cambridge.

Reid

, G (2015): “¿Libertad para la discriminación en Indiana?”, https://n9.cl/zbgu4.

Sanz Díaz, C.

y

Sáenz-Rotko,

J. M. (2022): “¿Segunda Guerra Fría? Un análisis desde la Historia y las Relaciones Internacionales”, Relaciones Internacionales, nº 51, pp. 167-184.

Sassen

, S. (1998): Globalization and its Discontents, The New York Press, Nueva York.

Schulman

, K. (2011): “‘The President’s Speech’ at the White House Correspondents’ Dinner”, https://n9.cl/dpap7a, 1 de mayo de 2011.

Short

, J. R. (2024): Insurrection. What the January 6 Assault on the Capitol Reveals about America and Democracy, Reaktion Books, Londres.

Tatay Nieto

, J. (2018): “Donald Trump, primer año de un presidente inclasificable”, Razón y Fe, vol. 277, nº 1432, pp. 145-151.

Vance

, J. D. (2016): Hillbilly Elegy. A Memoir of a Family and Culture in Crisis, William Collins, Londres.

Zelizer

, J. (ed.) (2022): The Presidency of Donald Trump. A First Historical Assessment, University Press, Princeton.

Capítulo 9

Más allá de Occidente:

la RSS y el nacionalismo étnico hindú

Eva Borreguero Sancho

Desde que el Bharatiya Janata Party (BJP) alcanzara el poder por primera vez tras las elecciones generales de la India en 1998, el nacionalismo hindú ha evolucionado hasta consolidarse como una fuerza central en la democracia de la India. Este fenómeno político, que experimentó un nuevo auge en las elecciones de 2024 con la reelección de Narendra Modi como primer ministro, refleja la persistencia de una dinámica política compleja. Aunque en esas elecciones el partido Bharatiya obtuvo un porcentaje de votos inferior al esperado, el liderazgo de Modi sigue siendo un pilar fundamental en la articulación del proyecto nacionalista hindú.

Con frecuencia se compara a Narendra Modi con otras figuras contemporáneas como los dirigentes Recep Tayyip Erdoğan en Turquía o Viktor Orbán en Hungría. Sin embargo, el nacionalismo hindú presenta una serie de características que lo distinguen de otros movimientos y líderes etnonacionalistas como los citados. A diferencia de estos, donde el carisma del líder es el eje vertebrador del proyecto político y sin desmerecer el reclamo de Modi sobre sus seguidores, en la India, el nacionalismo hindú se inserta en un movimiento histórico de construcción nacional con raíces que se extienden más de un siglo atrás. Este rasgo dota al proyecto hindutva de una profundidad histórica y social que trasciende las coyunturas políticas y los liderazgos individuales.

Otro elemento que distingue al fenómeno del nacionalismo en la India es su excepcional diversidad social y cultural. En términos lingüísticos, el país cuenta con 22 lenguas oficiales y al menos 38 más que aspiran a alcanzar este estatus. La diversidad étnica y religiosa también es notable, al igual que el sistema de castas, que fragmenta la sociedad en miles de grupos y subgrupos identitarios.

Esta complejidad social se entrelaza con un legado histórico marcado por múltiples invasiones y migraciones: desde los arios en los milenios anteriores a nuestra era, pasando por los persas aqueménidas, griegos, seleúcidas, árabes, turcos, mongoles, mogoles, hasta llegar a los europeos, incluidos portugueses, franceses y británicos (Borreguero, 2022). Algunos de estos pueblos se asentaron y dejaron huellas profundas en la cultura india, mientras que otros solo tuvieron un impacto transitorio.

La extraordinaria diversidad social, religiosa y étnica de la India plantea tanto desafíos como oportunidades para la construcción de una comunidad nacional. En este proceso, la Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) ha desempeñado un papel crucial. Fundada en 1925, esta organización ha sido el núcleo ideológico y operativo del nacionalismo hindú, promoviendo una visión de la India como una civilización unificada bajo la hegemonía cultural hindú. Su influencia no solo se ha visto reflejada en la política, sino también en la educación, la cultura y otras esferas clave de la sociedad.

Por lo tanto, el nacionalismo hindú debe entenderse no como un fenómeno reciente, sino como el resultado de un proceso histórico complejo que se nutre de las tensiones entre la diversidad y la aspiración de unidad, y cuya manifestación contemporánea encuentra en el BJP y en la RSS sus principales vehículos de expresión.

Los orígenes

El debate sobre la representación y la construcción de la nación en la India británica adquirió un nuevo matiz con la fundación de la Asociación de Voluntarios Nacionales, la Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) en 1925 por Keshav Baliram Hedgewar. Proveniente de una familia brahmín de Maharashtra venida a menos, Hedgewar había estado involucrado desde joven en actividades nacionalistas, influido por pensadores como Bal Gangadhar Tilak y la

organización del Congreso Nacional Indio. Su temprana afiliación al grupo terrorista Anusheelan Samiti, que tomaba votos en templos dedicados a la diosa Kali, refleja el ambiente radical de su formación política inicial.

En su etapa de formación política, Hedgewar identificó lo que consideraba una debilidad inherente en la sociedad hindú, particularmente en su relación con la comunidad musulmana. Observaba con preocupación que, a pesar de ser mayoría, los hindúes carecían de la fuerza y la organización necesarias para protegerse frente a los ataques de los musulmanes, que, aunque numéricamente inferiores, parecían actuar con mayor confianza. Esta percepción lo llevó a reflexionar sobre las causas de esta aparente vulnerabilidad, que atribuía a la falta de disciplina, unidad y cohesión en la sociedad hindú, frente a una comunidad musulmana a la que consideraba mejor organizada.

Convencido de que la regeneración de la sociedad hindú era esencial para construir una nación fuerte, Hedgewar fundó la RSS en la ciudad de Nagpur con un propósito claro: unir a los hindúes superando las dinámicas de desintegración interna. Durante la década de 1920, surgieron movimientos sociales contrarios a los intereses de las castas altas (en concreto, de la casta sacerdotal e intelectual) y los brahmanes buscaron una estrategia de cooperación en el estado de Maharashtra (Bhatt, 2001: 116). Entre los objetivos centrales de la organización se encontraba la erradicación de las divisiones basadas en religión, secta, casta, política, economía, lengua y región. Además, buscaba fomentar un sentido de orgullo por el pasado glorioso de la civilización hindú, inculcar un espíritu de servicio y devoción a la sociedad, promover una vida disciplinada y organizada, y, en última instancia, lograr la regeneración de la comunidad hindú. Para Hedgewar, la nación debía concebirse como una “gran familia” o fraternidad de hindúes, igualitaria y cohesionada. Este ideal implicaba un proceso de transformación social que trascendiese las diferencias internas y condujese a la construcción de una nación hindú unificada. Su visión no solo respondía a las tensiones intercomunitarias del periodo colonial, sino que también buscaba proponer un modelo regeneracionista capaz de superar las fracturas internas y afirmar la identidad hindú como núcleo de la nación india. Desde su

fundación, la RSS se presentó a sí misma como una “fuerza de orden y organización en el contexto de las reuniones públicas” (Zavos, 2001: 185), una combinación de trabajo organizativo con servicio social que ha mantenido hasta la actualidad.

La organización

La formación de los jóvenes entre los 12 y los 15 años ha sido una prioridad central en la estrategia de la Rashtriya Swayamsevak Sangh, que concibe esta etapa de la vida como periodo clave en la formación de una identidad común. Desde este enfoque se busca que los jóvenes crezcan juntos, vinculados por un conjunto de recuerdos compartidos que los acompañarán a lo largo de sus vidas. La cohesión generada en los grupos de la RSS no solo fomenta un alto grado de solidaridad interna, sino que también fortalece en sus miembros la sensación de pertenencia a un cuerpo de élite, un grupo distinto que se concibe como la vanguardia del nacionalismo hindú.

Este sentido de unidad queda reflejado en este testimonio de un joven voluntario: “Aquellos que asisten a la shaka son ‘uno’ […] y el resto está dividido en castas y clases” (Andersen y Damle, 1987: 96). Este sentimiento de hermandad contrasta con las divisiones tradicionales de la sociedad hindú y resalta el esfuerzo de la RSS por superar las fracturas sociales y religiosas a través de una identidad colectiva basada en el hinduismo. La cohesión que proporcionan la participación en las shakas no solo se construye a través de actividades físicas y espirituales, sino también mediante la creación de un imaginario compartido que alimenta la noción de una comunidad hindú unificada.

Un principio clave en las prácticas de la RSS es la fuerza que emana de la unión en la oración colectiva, una idea inspirada por la activista Sister Nivedita y adoptada por Hedgewar. Según él, si el pueblo hindú se reuniese diariamente, aunque solo fuera por diez minutos, en un lugar y hora fija para rezar, generaría una inmensa

cantidad de fuerza y energía. Esta visión, que la organización describe como la producción de una energía espiritual colectiva, apunta a la creación de una supraconciencia nacional, un sentido profundo de pertenencia a una comunidad imaginada. Este concepto, que encuentra eco en las teorías de Benedict Anderson sobre las comunidades imaginadas, subraya el papel central de la RSS en la articulación de un nacionalismo hindú que aspira a trascender las divisiones tradicionales y a proyectar una identidad nacional homogénea.

Inicialmente, la doctrina de la RSS se construyó sobre la visión pragmática de Hedgewar, quien, aunque no era pensador o filósofo, demostró una extraordinaria capacidad organizativa. La doctrina de la RSS parte de principios fundamentales que subrayan la centralidad del hinduismo en la definición de la nación india. Según esta visión, los hindúes han habitado la India desde tiempos inmemoriales y constituyen la esencia de la nación, ya que son los únicos que han contribuido a la creación de la cultura, civilización y vida del país. En este marco, los no hindúes son concebidos como invasores o invitados que solo pueden ser aceptados como iguales si adoptan las tradiciones y la cultura hindúes.

Esta percepción excluyente se intensifica frente a las comunidades musulmana y cristiana, consideradas por la doctrina como enemigos históricos de la cultura hindú y, por tanto, una amenaza constante. Hedgewar identificaba una urgente necesidad de unir y consolidar a los hindúes, rodeados según su discurso por enemigos externos e internos. En esta lógica, la desunión se interpreta como la raíz de todos los problemas de la comunidad hindú, y la RSS se presenta como una organización nacida con la misión divina de alcanzar esa unidad necesaria para fortalecer a la nación.

La estructura básica de la RSS descansa en las shakkas, pequeñas células reproducidas de manera uniforme en todo el territorio. Estas shakkas forman una vasta red supervisada por los pracharaks, voluntarios que actúan como un cuerpo de élite encargado de expandir y consolidar la organización. Los pracharaks no solo coordinan las actividades locales, sino que también establecen nuevas células que se adhieren a la red como filiales o subfiliales. El proceso de expansión implica un primer contacto con la población

para identificar sus problemas y necesidades inmediatas. Posteriormente, los jóvenes captados organizan grupos de servicio que asumen la tarea de “educar” a las comunidades locales. Las actividades abarcan tanto el ámbito social —combatiendo el alcoholismo y el juego— como el cultural, con la celebración de ceremonias religiosas y el acondicionamiento de templos.

La shakka, unidad de trabajo fundamental de la RSS, opera con un programa diario que exige la participación activa de sus miembros, conocidos como swayamsevaks. Se espera que cada uno de ellos dedique al menos una hora diaria para asistir a las actividades del centro, que tienen lugar siempre a la misma hora y en un lugar fijo. Este rigor organizativo y la regularidad de las reuniones refuerzan la disciplina y el sentido de pertenencia a una comunidad estructurada y orientada hacia un propósito común. De este modo, la RSS no solo organiza a sus miembros en torno a una doctrina nacionalista hindú, sino que también se posiciona como un movimiento profundamente arraigado en la vida cotidiana de las comunidades, ofreciendo respuestas tanto sociales como culturales a las tensiones inherentes a la diversidad india.

Las actividades que se llevan a cabo en estos centros reflejan un equilibrio cuidadosamente diseñado entre los rituales espirituales, el entrenamiento físico y el adoctrinamiento ideológico. La jornada en una shakka comienza con el recitado de mantras en sánscrito, una práctica que se repite varias veces al día, reforzando el vínculo espiritual de los voluntarios con la tradición hindú. A estas oraciones las siguen entrenamientos físicos y sesiones educativas sobre temas de interés nacional, culminando con el canto del himno Vande Mataram (saludo a la madre) de Bankim Chandra Chattopadhyay, una evocación de la indivisa Akhand Bharat (la India unida). También se imparten semanalmente clases de mitología e historia. De modo adicional, se organizan campamentos de verano que cuentan con programas de un mes de duración en los que se refuerza el espíritu de pertenencia y la disciplina en los participantes.

El ejercicio físico desempeña un papel central en la filosofía de la RSS, que asocia el vigor físico con la fuerza nacional. Hedgewar consideraba que el patriotismo debía comenzar con el

entrenamiento del cuerpo, y esta visión se refleja en un programa de ejercicios físicos y rituales que los seguidores realizan simultáneamente en todas las shakkas. La práctica física también está vinculada a una tradición marcial inspirada en la lucha libre de los akharas del norte de la India. Estos espacios, que originalmente funcionaban como monasterios de ascetas guerreros dedicados a Hanuman (dios asceta, célibe y guerrero), se transformaron en gimnasios de lucha libre. La estética marcial de la RSS se refuerza con el uniforme de los swayamsevaks: pantalones cortos de color caqui, camisa blanca y una vara de madera (lathi), símbolo de disciplina y vocación castrense. Paradójicamente, este último elemento está inspirado en la policía colonial británica y, en general, evoca tanto a los Boy Scouts de Robert Baden-Powell como a los grupos fascistas europeos.

La estructura organizativa de la RSS es esencialmente piramidal. En la cúspide se encuentra el sarsanghchalak, líder supremo elegido de por vida por su predecesor, seguido por el secretario general (sarkaryavahak), el jefe organizador (prachar pramukh) y los pracharaks, principales agentes de la organización. Los pracharaks, voluntarios dedicados exclusivamente a la comunidad, viven en las shakkas, se encargan de coordinar las actividades y, por lo general, son solteros y célibes, aspecto que les otorga un aura de santidad apreciada en la cultura popular india por su asociación con las cualidades ascéticas. El celibato también caracteriza a figuras prominentes como Narendra Modi, a quien sus padres concertaron un matrimonio que no llegó a consumar al abandonar el hogar en la fecha prevista para retirarse a meditar en las montañas.

El swayamsevak, por otro lado, es el voluntario común, alguien que combina sus responsabilidades familiares y laborales con la participación diaria en las actividades de las shakkas. En estos espacios, los voluntarios comparten tareas como servir comida y limpiar letrinas, desafiando las normas tradicionales de casta y promoviendo una visión de “familia igualitaria” inspirada en la obra del pensador y dirigente del BJP, Deendayal Upadhyaya.

La RSS también concede un valor central a la bandera Bhagwa Dhwaj, un estandarte azafrán que actúa como “gurú simbólico” de la organización (Ranga Hari, 2012). El color azafrán, asociado con

los hombres santos hindúes y el fuego sagrado del sacrificio, simboliza tanto la grandeza espiritual como el legado militar del pueblo hindú. Vinculada a figuras históricas como Rama y Shivaji, la bandera representa el espíritu del nacionalismo hindú. En la actualidad, ondea no solo en las áreas hindúes, sino también sobre mezquitas en un gesto de afirmación del dominio hindú.

La doctrina de la Rashtriya Swayamsevak Sangh se fundamenta en un ideal unificador, como expresó Golwalkar (1996: 9): “Fraguar, como primer paso, los elementos actualmente dispersos de la sociedad hindú, en una fuerza organizada e invencible en el plano de la vida material y del espíritu”. Este principio básico, encapsulado en la fórmula “hinduismo es nacionalismo”, conecta la identidad nacional con una tradición cultural y espiritual que encuentra su raíz en el hinduismo. Esta visión del pueblo hindú se sitúa en el marco de un mito histórico fundacional: una edad de oro en la que los hindúes, favorecidos por los dioses, gobernaban con prosperidad hasta que la complacencia permitió la entrada de invasores extranjeros, incluidos los británicos, debilitando así la fortaleza de la raza hindú. Como doctrina de acción, la RSS adopta el principio de karma yoga, identificando a sus pracharaks como karma yoguis, adherentes a una secta hindú que enfatiza la acción como un camino de realización espiritual. Este enfoque refuerza la dimensión igualitaria e individualista de su estructura, aunque sin romper los límites marcados por las jerarquías tradicionales del hinduismo.

En 1940, tras la muerte de Hedgewar, Madhavrao Golwalkar asumió el liderazgo de la RSS. Nacido en 1906 en Nagpur, Golwalkar destacaba por su prodigiosa habilidad para los idiomas y su temprana fascinación por la literatura. Su encuentro con la RSS durante sus años universitarios marcó el inicio de una relación duradera con la organización, interrumpida brevemente por su retiro como renunciante en un monasterio en Bengala. A su regreso, tras la muerte de su gurú, Golwalkar se reincorporó a la RSS, consolidándose como su principal ideólogo.

Entre sus principales contribuciones al pensamiento doctrinario de la RSS se encuentran las obras We or Our Nationhood Defined (1938) y Bunch of Thoughts (1966). Ambas se apoyan en los

postulados hindutva, la concepción del nacionalismo hindú formulada por Savarkar y que, en palabras del ideólogo Swaminathan Gurumurthy, representa el hinduismo en acción como mecanismo de compensación por las agresiones padecidas a manos de las religiones abrahamánicas proselitistas: el cristianismo y el islam (Gurumurthy, citado en Dasgupta, 2019). Según esta visión, la Hindu Rashtra (nación hindú) se define como una unidad orgánica derivada del hinduismo, cohesionada por la fe en una cultura ancestral (el dharma) y con figuras icónicas como Rama y Krishna. Esta concepción de la nación desplaza cualquier tensión o conflicto hacia el "otro", encarnado en musulmanes y cristianos, considerados elementos externos y potencialmente desestabilizadores.

El término dharma ocupa un lugar central en la visión de Golwalkar, quien lo describe como un orden cósmico que abarca todos los niveles de existencia, desde el individuo hasta la nación, culminando en la divinidad absoluta. Según la RSS, el dharma actúa como un principio cohesionador que permite integrar la diversidad cultural de la India sin necesidad de suprimirla. Aunque la organización se define como una institución cultural y no religiosa, la naturaleza totalizadora del dharma inevitablemente extiende su influencia al ámbito político y social.

La posición de la RSS frente a las castas ha sido históricamente ambivalente. Si bien la organización aboga por la eliminación de la intocabilidad[121] y las injusticias sociales, no propone la abolición del sistema de castas. En cambio, confía en que la devoción a la madre tierra y el dharma acabarán diluyendo estas diferencias. Este enfoque refleja la tensión que existe entre la igualdad promovida desde el discurso oficial y la realidad jerárquica inherente al sistema de castas. La dimensión militar de la RSS, por otro lado, se justifica como una necesidad defensiva. Golwalkar creía que la debilidad histórica del pueblo hindú lo había vuelto vulnerable a las agresiones externas y que la prevención de futuros ataques requería fortalecer la sociedad. El relato victimista, combinado con la exaltación de la disciplina marcial, ha sido clave en la movilización de los seguidores.

En cuanto a las minorías, la RSS percibe a musulmanes y cristianos

como amenazas internas. Estas comunidades, consideradas descendientes de hindúes convertidos bajo coerción, son vistas como traidoras a la nación. Sin embargo, Golwalkar introdujo la idea de integración bajo términos estrictos: los “elementos extranjeros” podían aceptar la cultura hindú y ser absorbidos, o vivir en condiciones de subordinación. Aunque en sus primeras etapas Golwalkar expresó admiración por los movimientos fascistas europeos, posteriormente moderó su posición, afirmando que todas las religiones tenían derecho a coexistir siempre que se subordinasen a la cultura nacional hindú.

Lo hindutva, en este contexto, actúa como una categoría ambigua y expansiva. No se define de manera precisa, sino que se presenta como un principio englobador, el dharma que todo lo abarca. Esta amplitud permite a la RSS integrar diversas corrientes bajo una identidad nacional hindú sin perder su carácter excluyente. Para líderes como Mohan Bhagwat, el actual alto mando de la RSS, la lealtad a la nación implica no solo abrazar la cultura hindú, sino también comprometerse con problemas contemporáneos como el medioambiente, la pobreza y la discriminación.

La evolución

El crecimiento y la evolución de la RSS están estrechamente vinculados a los momentos de crisis y transformación política de la India contemporánea. Durante la década de 1940, en un contexto marcado por el auge del comunalismo y el creciente secesionismo musulmán, el discurso de la RSS encontró terreno fértil para sus ideas. La partición del subcontinente y la creación de Pakistán proporcionaron una confirmación contundente de los temores alimentados por la retórica nacionalista hindú. En este periodo, la organización desempeñó un papel destacado, particularmente en la ayuda a los refugiados hindúes que huían de los disturbios comunales en el recién creado Estado pakistaní.

El crecimiento y la popularidad de la RSS durante esos años, sin

embargo, sufrieron un brusco revés con el asesinato de Mahatma Gandhi el 30 de enero de 1948 a manos de Nathuram Godse, un antiguo y activo miembro de la organización. Aunque no se pudo demostrar una conexión directa entre el acto de Godse y las instrucciones de la RSS, el evento manchó irrevocablemente la reputación de la organización. El Gobierno de la India respondió declarando ilegal a la RSS, lo que marcó un periodo de repliegue para el movimiento. La ilegalización fue levantada en julio de 1949, pero las consecuencias del asesinato de Gandhi dejaron una sombra duradera sobre la organización. Los nacionalistas hindúes quedaron asociados a un episodio que los convirtió en figuras impopulares en el panorama político del país. Durante décadas, la RSS se mantuvo en la periferia de la política india, esperando un cambio en el equilibrio de poder que le permitiera recuperar protagonismo.

El declive del Congreso Nacional Indio, junto con las acciones autoritarias de Indira Gandhi durante la declaración del estado de emergencia en 1975, ofrecieron a la RSS una oportunidad histórica. Por primera vez, miembros de la organización ocuparon posiciones ministeriales, marcando un punto de inflexión en su evolución. Este nuevo protagonismo político sirvió como trampolín para el fortalecimiento de su influencia en las décadas siguientes. En los años ochenta, el movimiento Ram Janmabhoomi, centrado en la reivindicación del lugar de nacimiento de la deidad Rama en Ayodhya, marcó el comienzo de una nueva etapa de expansión y consolidación para la RSS. Esta campaña no solo reforzó su presencia en el ámbito cultural y religioso, sino que también abrió el camino para su transformación en una fuerza política decisiva a través de su afiliación con el Bharatiya Janata Party. Desde entonces, la RSS ha continuado ampliando su alcance e influencia, consolidándose como un actor clave en la política y la sociedad india contemporánea.

Las organizaciones afiliadas

y la Sangh Parivar: la ‘familia’

El crecimiento de la RSS ha dado lugar a la creación de numerosas entidades afiliadas que, aunque financieramente independientes, mantienen una relación de subordinación ideológica y normativa con la "organización madre". Este modelo se basa en una estructura de autonomía relativa, pero inserta en un ordenamiento vertical tácito que sitúa a la RSS en la cúspide de la toma de decisiones. En 2015, la Sangh Parivar estaba compuesta por 36 organizaciones afiliadas, que incluían a la Bharatiya Majdoor Sangh (BMS) (Unión de Trabajadores Indios), principal sindicato de la India; el Akhil Bharatiya Vidyarthi Parishad (ABVP) (Consejo de Estudiantes de Toda la India), la mayor organización estudiantil del mundo; y el Bharatiya Janata Party (BJP), el partido gobernante.

Entre las primeras unidades afiliadas en 1936 surgió el Rashtra Sevika Samiti (Comité Nacional de Mujeres Voluntarias), rama femenina de la RSS. Ideado bajo la premisa de mantener separados los dominios masculino y femenino, esta organización ha evolucionado con el tiempo, pasando de un modelo que asignaba a la mujer un papel doméstico a otro que le reconoce roles más activos y asertivos. Apela a figuras históricas como Sister Nivedita[122] y Lakshmibai, la rani de Jhansi[123], como referentes de inspiración. El Samiti ha defendido la igualdad de género en la práctica religiosa, abogando por la eliminación de restricciones que impiden la entrada de mujeres a los templos hindúes.

El Akhil Bharatiya Vidyarthi Parishad, con más de cinco millones de miembros, ha sido clave en la estrategia de la RSS para contrarrestar la influencia comunista en los campus universitarios. La asociación de estudiantes promueve valores como la gobernanza inclusiva, inspirada en Shivaji, y el empoderamiento femenino, además de actuar como cantera para los cuadros políticos del BJP. En el ámbito de la enseñanza, el Vidya Bharati —la rama educativa de la RSS— gestiona la red privada de escuelas más grande de la India. Con 12.000 centros y 3,2 millones de estudiantes, integra en sus programas un enfoque que refuerza la identidad cultural hindú.

En el ámbito de las comunidades tribales se encuentra el Akhil Bharatiya Vanvasi Kalyan Ashram (ABVKA) (Monasterio del Bienestar Tribal de Toda la India), que trabaja con estas comunidades, históricamente marginadas, reinterpretando sus

deidades como reencarnaciones hindúes. Este enfoque refleja el esfuerzo de la RSS por integrar a estos grupos dentro del marco del hinduismo a través de un mecanismo de monolatría. El Vishva Hindu Parishad (VHP) (Consejo Mundial Hindú), por su parte, busca fomentar la unidad panhindú y combatir las conversiones masivas al islam y al cristianismo. Aunque en sus inicios atrajo a figuras moderadas, en años recientes ha enfrentado tensiones internas, alejándose de líderes radicales como Pravin Togadia en favor de un liderazgo más moderado.

Las organizaciones juveniles como la Bajrang Dal (Brigada de Bajrangbali) y el Durga Vahini (Batallón de Durga) representan las facciones más intolerantes del ecosistema de la Sangh Parivar. Sus agendas incluyen la protección de las vacas, la censura a festividades como San Valentín y la oposición a la migración ilegal. Mientras tanto, la Bharatiya Majdoor Sangh (BMS) (Unión de Trabajadores) y la Bharatiya Kisan Sangh (BKS) (Unión de Agricultores Indios) actúan como sindicatos de trabajadores y agricultores, respectivamente, con posturas independientes a menudo críticas con las políticas del BJP, especialmente aquellas relacionadas con la liberalización económica y los cultivos genéticamente modificados.

A nivel internacional, la Hindu Swayamsevak Sangh (HSS) (Asociación de Voluntarios Hindúes) extiende la influencia de la RSS a más de 30 países, en algunos de los cuales llegan a intervenir presionando por políticas favorables a los intereses nacionales. Este fue el caso del acuerdo nuclear entre la India y Estados Unidos. Este trabajo se complementa con las ramas internacionales del Vishva Hindu Parishad, que promueve la educación en el hinduismo y la identidad cultural india en el extranjero.

La inclusión de minorías

La relación de la RSS con las minorías musulmanas y cristianas refleja una mezcla de pragmatismo y desconfianza. En 2002 se creó

el Muslim Rashtriya Manch (MRM) (Foro Nacional Musulmán) para tender puentes con la comunidad musulmana. Aunque el MRM no es oficialmente parte de la RSS, cuenta con su respaldo y aborda temas como la prohibición del sacrificio de vacas, la educación femenina y la lucha contra la pobreza. Sin embargo, persiste una narrativa histórica de victimización, en la que los musulmanes son presentados como descendientes de conquistadores y, por tanto, una amenaza interna. La idea de Akhand Bharat (la India unida), un subcontinente unificado que incluye a Pakistán, se entrelaza con un deseo de "reconquistar" a los musulmanes como hindúes de nacionalidad.

La cohesión de esta vasta red se logra mediante el sistema de sangathan mantri (secretarios de organización), que sitúa a los pracharaks de la RSS en puestos clave dentro de sus organizaciones afiliadas. Estos voluntarios, mayoritariamente solteros y desprovistos de bienes materiales, actúan como intermediarios ideológicos y administrativos, asegurando la unidad doctrinal. Sus votos de dedicación de por vida y su formación académica refuerzan su legitimidad como líderes en el seno de la Sangh Parivar.

La RSS hoy y su relación con Narendra Modi

En la actualidad, la RSS es una de las organizaciones más influyentes de la India, con una estructura que se extiende a lo largo de todo el país. Según su página web, en 2017 la organización contaba con 57.185 encuentros locales diarios celebrados en 36.729 localidades o shakhas, más de 14.000 encuentros semanales y 7.594 mensuales. Aproximadamente, seis millones de voluntarios están afiliados a la RSS, mientras que dos millones participan de forma habitual en sus actividades. Este crecimiento refleja no solo el éxito del BJP, partido al que está vinculado ideológicamente, sino también una capacidad de adaptación y evolución que ha permitido a la RSS mantener su relevancia en un país en rápida transformación.

El desarrollo social y económico de la India ha contribuido a la expansión de las shakhas, que ofrecen un modelo de comunidad y familia atractivo para aquellos que se sienten desarraigados en el contexto de la modernidad cambiante. Para muchos, las instituciones tradicionales que definían su posición en la sociedad han sido cuestionadas, y la RSS emerge como un sólido refugio. El mensaje hindutva, de unidad y orden, resuena especialmente entre aquellos que experimentan crisis de identidad o buscan estabilidad en un mundo tumultuoso. En este contexto, la RSS se presenta como el guardián del dharma, el ideal hindú de deber y conducta justa.

A lo largo del tiempo, la RSS ha mostrado una notable flexibilidad en su estrategia para integrar a diversos sectores de la sociedad. Ha relativizado enfoques tradicionales con carácter de dogma, como la insistencia en formalizar el hindi como lengua nacional, y ha aceptado prácticas que antes eran controvertidas, como permitir la incorporación de miembros que consumen carne de vaca. Aunque mantiene un discurso crítico hacia la “occidentalización”, ha sido capaz de adoptar la narrativa para incorporar tradiciones locales dentro del marco cultural hindú. Por ejemplo, se han reinterpretado los dioses locales y tribales como reencarnaciones de deidades hindúes mayores, reforzando así un sentido de unidad cultural.

Otro ajuste ha sido la incorporación del crecimiento económico como un aspecto central de su estrategia. Este enfoque permite desplazar parcialmente las cuestiones identitarias hacia objetivos como el desarrollo económico, la mejora del nivel de vida y la unidad social. Así, la propuesta hindutva se posiciona como un proyecto no solo cultural, sino también socioeconómico, que busca trascender las tensiones comunales y abrazar una visión de progreso nacional contribuyendo a alejar a la organización de una dicotomía nosotros-ellos de carácter xenófobo.

Entre las transformaciones más destacadas de la RSS en su evolución se encuentran las siguientes:

La transición de entidad política marginada y bajo la amenaza de ser prohibida a convertirse en una organización más transparente y aceptada.

Un rápido crecimiento de sus grupos afiliados, que en la actualidad penetran en todos los sectores de la sociedad.

La incorporación de nuevos afiliados que trabajan en áreas de impacto público, lo que ha llevado a la RSS a interesarse más activamente en la toma de decisiones gubernamentales.

La expansión hacia nuevos grupos demográficos, incluyendo agricultores, comunidades tribales y dalits.

Con el tiempo, la definición de "hindú" propuesta por la RSS se ha vuelto más inclusiva, al incorporar a cristianos y musulmanes siempre y cuando estos acepten la noción de "alma nacional" formulada por Deendayal Upadhyaya, un concepto que, aunque ambiguo, permite cierta flexibilidad para integrar a minorías bajo el paraguas cultural hindutva.

La relación de la RSS con el Bharatiya Janata Party (BJP) se ha estrechado significativamente en las últimas décadas. En las elecciones generales de 2014, decenas de miles de voluntarios de la RSS participaron activamente en la campaña, distribuyendo material y elaborando análisis electorales sofisticados con la ayuda de especialistas en tecnologías de la información, tanto de la India como del extranjero. Una estrategia de personalización del poder en torno a su figura, Moditva, que ha saturado el espacio público con su imagen en un estado de "movilización cuasipermanente" (Jaffrelot, 2021: 44.) La colaboración de la RSS, junto con los errores del líder del partido de la oposición, Rahul Gandhi (Sardesai, 2014) dieron unos resultados contundentes: Narendra Modi, un antiguo pracharak de la RSS, se convirtió en primer ministro y muchos cargos políticos clave en su Administración provienen de la organización.

El éxito político del BJP ha reforzado la posición de la RSS, que ya no es vista como un paria político, sino como un actor legítimo y transparente. Con una creciente influencia en sectores clave como la agricultura, los grupos tribales y las castas bajas, la RSS ha logrado penetrar en ámbitos que históricamente habían estado fuera de su alcance. El primer ministro indio, Narendra Modi, representa la

culminación de esta estrategia de evolución y adaptación. Su experiencia como pracharak de la RSS le ha permitido consolidar una relación simbiótica con la organización. Bajo su liderazgo, el BJP ha fortalecido su capacidad de movilización y ha utilizado la infraestructura de la RSS para amplificar su alcance electoral. A su vez, el éxito político del BJP retroalimenta la legitimidad de la RSS, que ahora ejerce una influencia considerable en la toma de decisiones del Gobierno. En este contexto, la RSS se presenta no solo como un movimiento cultural, sino como un arquitecto clave del proyecto político y social de la India contemporánea. A través de su red de afiliados, su mensaje de unidad y su capacidad para adaptarse a los desafíos de la modernidad, ha logrado mantenerse en el centro del escenario político, consolidando su visión de una Hindu Rashtra en el siglo XXI.

Conclusión

El nacionalismo hindú, representado por la Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS) y su partido político afiliado, el Bharatiya Janata Party (BJP), se ha consolidado como una de las fuerzas más influyentes en la India contemporánea. Este fenómeno, lejos de ser un producto reciente, hunde sus raíces en una tradición histórica que busca unificar la nación india bajo una identidad cultural hindú. La relevancia de la RSS radica en su capacidad para adaptarse a lo largo del tiempo, evolucionando desde sus comienzos como un movimiento marginal hasta convertirse en un actor central en el ámbito político, social y cultural del país.

Desde su fundación en 1925, se centró en fomentar la cohesión social entre los hindúes y en superar las divisiones tradicionales propiciadas por el sistema de castas, la diversidad de creencias religiosas y las diferencias lingüísticas. Su doctrina se basa en la concepción del hinduismo como la esencia de la nación india, promoviendo una visión de unidad cultural que ha sido criticada por excluir a las minorías musulmana y cristiana. A través de sus centros o shakhas y de la formación de jóvenes, la RSS ha inculcado

una identidad colectiva fundamentada en el hinduismo, integrando actividades físicas, espirituales y culturales que refuerzan esta narrativa.

La relación simbiótica entre la RSS y el BJP, liderado actualmente por el primer ministro Narendra Modi, ha permitido al nacionalismo hindú expandir su influencia. Modi, con una trayectoria como pracharak de la RSS, ha utilizado las estructuras organizativas y la ideología del movimiento para consolidar su liderazgo y el del BJP. Este vínculo ha impulsado la penetración del nacionalismo hindú en diversos sectores, incluidos grupos tradicionalmente marginados como las comunidades tribales, los agricultores y las castas bajas, ampliando su base de apoyo. La RSS ha demostrado una notable flexibilidad estratégica, integrando en su narrativa elementos modernos, como el desarrollo económico, mientras mantiene su esencia cultural y simbólica. Aunque su discurso busca proyectar unidad, persiste una tensión entre su visión de inclusión y su enfoque excluyente hacia las minorías. En síntesis, la RSS y el BJP representan la culminación de un proyecto nacionalista que combina tradición y modernidad. Este movimiento ha transformado el panorama político indio, posicionando el nacionalismo hindú como una fuerza central en la construcción de la India del siglo XXI, con un impacto que trasciende lo político para abarcar lo social y cultural.

Bibliografía

Andersen

, W. y

Damle

, S. (1987): The Brotherhood in Saffron, Vistaar Publications, Nueva Delhi.

— (2018): The RSS. A View to the Inside, Penguin Random House,

Nueva Delhi.

Ashutosh

(2019): Hindu Rashtra, Context, Chennai.

Bhatt

, C. (2001): Hindu Nationalism, Berg, Oxford.

Borreguero

, E. (2004): Hindú. Nacionalismo religioso y política en la India contemporánea, Los Libros de la Catarata, Madrid.

— (2022): India. Historia de una civilización, Shackleton, Barcelona.

Dasgupta

, S. (2019): Awakening Bharat Mata. The Political Beliefs of the Indian Right, Penguin Random House, Gurgaon.

Golwalkar

, M. S. (1996): Bunch of Thoughts, Sahitya Sindhu Prakashana, Bangalore.

Jaffrelot

, C. (2021): Modi's India, Princeton University Press, Chennai.

Kulke

, H. y

Rothermund

, D. (1998): History of India, Routledge, Londres.

Mitter

, P. (1994): Art and Nationalism in Colonial India 1850-1922,

Cambridge University Press, Cambridge.

RSS (2017): “Basic FAQ on RSS”, https://n9.cl/mduco.

Sardesai

, R. (2014): The Election that Changed India, Penguin, Nueva Delhi.

Ranga

Hari

, S. (2012): Organiser, https://n9.cl/jwbk2.

Zavos

, J. (2001): The Emergence of Hindu Nationalism in India, Oxford University Press, Nueva Delhi.

Capítulo 10

‘A tu descendencia daré esta tierra’:

la ultraderecha mesiánica y supremacista

judía en Israel*[124]

Víctor Manuel Amado Castro

Fundamentalismo sionista, sionismo redencionista o mesianismo político son términos que la literatura académica utiliza para denominar una realidad que ha experimentado un crecimiento y un notable aumento de su influencia política y social en los últimos 25 años en Israel. El presente capítulo aborda el origen, así como la evolución y los rasgos fundamentales, de este fenómeno, que incluso ha dado lugar en la actualidad a la existencia de un supremacismo judío. El común denominador de todas estas expresiones políticas es doble. De una parte, su ultranacionalismo judío, o lo que podríamos denominar como ultrasionismo del Gran Israel (Eretz Israel), es decir, la presencia exclusiva de población judía en la tierra del Israel bíblico, y de otra, una estricta observancia de la Halajá o ley (religiosa) judía. Este fenómeno político iría más allá de las otras dos expresiones ultraortodoxas judías como son el Shaas, representante de la comunidad sefardí, y Yahadut HaTorah (UTJ, Unión Judía por la Torá), que representaría a los jaredim (los que tiemblan ante Dios), mayoritariamente askenazíes. En definitiva, abordar esta temática nos lleva de manera inevitable a dos de los ejes fundamentales que han determinado la evolución política de Israel desde su nacimiento en mayo de 1948: el papel de lo religioso, en concreto del hecho religioso judío en la escena pública, y el conflicto árabe-palestino-israelí.

Desde el nacimiento del sionismo político en el congreso de Basilea en los últimos días de agosto de 1897 con el objetivo de crear el “hogar nacional judío”, este movimiento quiso huir de las interpretaciones e influencias metafísicas o teológicas. El sionismo se constituyó en sus orígenes como un movimiento político

eminentemente laico y fue esta realidad la que provocó que la ortodoxia religiosa judía recelara, cuando no se opusiera, a esta expresión política moderna, a la que acusaba de querer cambiar la historia al pretender redimir al pueblo judío a través de la acción (política) humana.

Para los defensores de la estricta observancia religiosa, el exilio del pueblo judío iniciado después de la destrucción del segundo templo en el año 70 de nuestra era había sido un designio divino y, por tanto, querer alterar aquel hecho mediante cualquier acción humana era una blasfemia. Esta actitud hostil de la ultraortodoxia religiosa judía frente al sionismo político empezó a cambiar tras la Segunda Guerra Mundial debido, principalmente, a que buena parte de los miembros de estas comunidades fueron exterminados en la Shoá. Un número pequeño de ellos consiguió instalarse en Palestina y se encuadró en sus dos organizaciones más importantes: Agudat Israel y el movimiento denominado Mizrahi, que en 1948 respaldaron el nacimiento del Estado de Israel. El apoyo de estos representantes a los Gobiernos liderados por la todopoderosa formación laborista del Mapai fue producto de un acuerdo político cuyo hecho más sobresaliente fue que la discusión sobre el estatus de la religión judía en el nuevo Estado se fijaría cuando Israel tuviera una Constitución cerrada.

Hoy en día, el sistema constitucional israelí sigue asentándose sobre una serie de leyes fundamentales, un total de 14, que no conforman un texto cerrado. A cambio de este plazo, el laborismo sionista cedía al control a los rabinos ortodoxos, es decir, se dejaba en manos de la jurisdicción religiosa los denominados aspectos de la vida privada y familiar (el matrimonio, el divorcio y la adopción). Además de esto, el nuevo Estado judío honraría el sábado (shabat) y obligaría a que hubiera comida kosher en las instituciones estatales. A pesar de todo, la ultraortodoxia judía siguió oponiéndose al sionismo por razones teológicas y tampoco se integró en la Organización Sionista Mundial (Vital, 1982: 209-210). Fue en ese contexto cuando en 1956 se constituyó el Partido Nacional Religioso o Mafdal, que unía el ultranacionalismo sionista y la ortodoxia religiosa judía dando lugar al mesianismo político.

El sionismo redencionista:

‘la tierra de Israel para el pueblo de Israel’

La guerra de los Seis Días de junio de 1967 supuso no solo una victoria militar del Ejército israelí, sino que, tal y como apunta Shlomo Ben Ami (1981), conllevó también un cambio en la conciencia política de su sociedad. Desde la perspectiva sionista, la “recuperación” de la ciudad vieja de Jerusalén, su parte oriental, animó la idea en gran parte de su ciudadanía de que era posible el proyecto del gran Israel. Esto significaba que tanto Gaza como Cisjordania, esta última denominada bíblicamente como Judea y Samaria, formarían parte de Israel de manera permanente. Además, tras esta guerra, comenzaron las políticas gubernamentales de ocupación de esos dos territorios mediante la puesta en marcha de asentamientos habitados por población judía, más conocidos como colonias[125]. Esta política de ocupación fue diseñada en un primer momento bajo el denominado plan Allon, cuya idea inicial era que Israel tenía que ocupar todos los territorios ganados en dicha guerra para garantizar su seguridad y que estos solo serían devueltos cuando hubiera un acuerdo de paz definitivo con los países árabes y reconocieran la existencia del Estado judío de Israel (Shindler, 2008: 137-140).

Ya en 1973, un conjunto de destacados dirigentes del denominado mesianismo político fundó en la franja de Cisjordania la colonia de Elon Moreh, uno de los primeros asentamientos puestos en marcha por este colectivo, cuyo eslogan era “La tierra de Israel para el pueblo de Israel como indica la Torá de Israel” (Lustik, 1988: 4). Pero no fue hasta después de la guerra del Yom Kippur de octubre de 1973 cuando esta corriente de pensamiento representante del mesianismo político decidió constituirse como un grupo. La reunión fundacional del movimiento Gush Emunim (el bloque de los creyentes) se celebró en el kibbutz de Kfar Etzion situado en Cisjordania en marzo de 1974. En un primer momento este movimiento fue una corriente interna dentro del Partido Nacional Religioso Mafdal, pero pronto dejaron esta formación por desavenencias con las políticas a realizar en Judea y Samaria.

Así, Gush Emunim se convirtió en un movimiento ciudadano que construyó un discurso en el que reivindicaba el Israel bíblico o Gran Israel (Eretz Israel). Sus miembros eran principalmente graduados de las yeshivas, o escuelas rabínicas, rabinos y profesores de dichas escuelas, así como su facción juvenil Bnei Akiva y una red de formaciones paramilitares conocidas como Yeshivot Hesder. De este modo, y durante el gobierno del laborista Rabin (1974-1977), esta organización mantuvo tres grandes líneas de actuación: protestar contra los acuerdos interinos que Israel había firmado con Egipto y Siria, organizar manifestaciones en Judea y Samaria reivindicando la pertenencia de estos territorios a Israel, y llevar a cabo una serie de ocupaciones, ilegales desde el punto de vista de la legislación israelí, con colonos en los territorios ocupados.

Uno de los rasgos principales que caracteriza este fenómeno es el que tiene que ver con el concepto de redención. Tal y como proclamaba el que fuera rabino-jefe de Israel, Yitzhak Ha-Cohen Kook, la redención del pueblo judío había comenzado con el nacimiento del sionismo, marcando por lo tanto una clara distancia con aquella ortodoxia judía que, a finales del XIX, recelaba del incipiente movimiento fundado por Theodor Herzl. Además, esta interpretación fue defendida en aquellos años por el hijo del propio Kook, Yehuda, quien como líder espiritual de este movimiento definió al Estado de Israel como el reino del Halajá, es decir, el reino del cielo en la tierra. Para los participantes del mesianismo político esto significaba que el tiempo de la reconstrucción del tercer templo había comenzado y que, por tanto, el pueblo judío alcanzaría su redención cuando la tierra de lo que ellos consideraban Israel, muy especialmente Judea y Samaria (Cisjordania), no estuviera poblada por gentiles. De ahí su manera de referirse a la ocupación con población judía de estos territorios como el hecho de “redimir la tierra”.

Otro rasgo ideológico que caracterizó a este sionismo redencionista y que conformará una de las bases del mesianismo político israelí es el carácter sacro e incluso celestial que otorgan a la tierra de Israel. Esta realidad, a su vez, repercute sobre lo que esta organización, y aquellas que en la actualidad emanan de ella, entendía que eran los límites geográficos sobre los que debía asentarse la población judía. La concepción que algunos rabinos miembros de Gush tenían de las

dimensiones que conformaban la Tierra Santa de Israel era amplísima y se basaba en la noción bíblica aceptada por estos rabinos que hacía referencia a la tierra que Dios entregó a Abraham (Génesis, 15: 18-21). Esto era la totalidad de la tierra de Canaán, que en términos geográficos se traducía en que Eretz Israel lindaría al suroeste con el Nilo y al noroeste con el Éufrates. Y aunque hay que subrayar que esta concepción ultraterritorialista era minoritaria, en 1979 el rabinato de esta organización dictaminó que ninguna parte de la Tierra Santa (Israel) podría ser enajenada, ni incluso en el contexto de un tratado de paz (Sprinzak, 1986: 4). Por lo tanto, los miembros de este movimiento se opusieron desde su constitución no solo a que Gaza y Cisjordania (Judea y Samaria) estuvieran en manos palestinas, sino que también lo hicieron a la devolución del Sinaí a Egipto y de los altos del Golán a Siria.

Fue tras la guerra del Yom Kippur de octubre de 1973 cuando miembros de Gush Emunim participaron muy activamente en este proceso de ocupación de tierras palestinas, muchas veces al margen de los planes gubernamentales. Así, los partidarios de esta organización entendían que este mesianismo político conformaba la vanguardia del "nuevo sionismo", cuyo objetivo era recuperar la tierra "sagrada" de Israel o, como ellos lo denominaban, "redimir la tierra". Para ello no duraron en construir desde su narrativa una equiparación con lo que en la memoria del sionismo clásico se entendía como "los pioneros", aquellos primeros inmigrantes judíos que se fueron asentando en Palestina sobre todo a partir de la primera década del siglo XX en las numerosas olas migratorias o aliyah, siguiendo el conocido como programa de Basilea.

La inserción del mesianismo

en el sistema político israelí

En cuanto a la posición de este movimiento en relación con los árabes, la ideología fundamentalista judía de Gush Emunim proponía tres alternativas dentro del proceso de "redención de la

Tierra Santa de Israel". La primera era reconocer la legitimidad de la doctrina sionista en su versión redencionista, es decir, la asunción de que todo el territorio de Palestina formaba parte de la concepción bíblica del Gran Israel (Eretz Israel). En ese marco, la población árabe recibiría plenos derechos civiles, incluido el de elegir y ser elegido para la Knesset y el de servir en el ejército. La segunda alternativa era obedecer las leyes del Estado, pero sin que por parte de los árabes hubiera un reconocimiento formal de este, por lo que "a cambio" Israel les otorgaría el estatuto de extranjeros residentes sin derechos políticos de ciudadanía. La tercera y última alternativa que proponía el mesianismo político a los árabes que vivían en Palestina era que emigraran a los países árabes con la ayuda económica que les proporcionaría el propio estado de Israel (Tal, 1984).

Un asunto vital, en este caso de política interior, era el referido a la relación de Gush Emunim con las reglas del sistema democrático israelí. En sus primeros años, este movimiento estaba en contra de cualquier sistema de corte liberal debido a la influencia que ejercían sus líderes espirituales herederos de la ultraortodoxia religiosa judía antisionista del siglo XIX. Esos rabinos eran partidarios de la interpretación fundamentalista de los textos de la Torá, que según ellos era la verdadera democracia que se debía aplicar en Israel. No obstante, los líderes políticos de Gush Emunim, en una actitud pragmática, defendieron el sistema político democrático israelí al entender que era una expresión de la soberanía de Israel y de sus instituciones. Ahora bien, consideraban que este debía tener un carácter meramente instrumental, y que debía ser modelado con contenidos verdaderamente sionistas, es decir, aquellos que eran defendidos y representados por el sionismo redencionista y que, en su opinión, conectaban directamente con las ideas del judío como pionero y también con las del sacrificio.

De esta manera, el mesianismo político, a pesar de que no tenía una ideología formalmente antidemocrática, sí que defendió una posición muy rígida e invariable sobre el concepto de Eretz Israel o Gran Israel como realidad estatal. Para Gush Emunim, el único principio que legitimaba el hecho de que Israel se constituyera como un Estado democrático e institucionalizado era el del nacionalismo judío en su expresión redencionista y

ultraterritorialista (Shindler, 2008). Esto, consecuentemente, requería por parte de las instituciones de Israel poblar de asentamientos judíos todo el territorio de Eretz Israel. Por lo tanto, la democracia era aceptable siempre que se diera dentro de un sistema político "verdaderamente" sionista. Cuando estos dos conceptos colisionaran, debía prevalecer el del sionismo redencionista sobre el de los principios democráticos (Sprinzak, 1986: 18).

La influencia de este movimiento en la política israelí a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, ya con el gobierno derechista de Likud desde 1977, hay que entenderla también en el contexto de la dialéctica política de un país dividido entre los denominados halcones y las palomas. Los primeros se caracterizaban por una posición de intransigencia y de dureza con la defensa palestina del derecho a un Estado propio y viable, los segundos entendían que la solución pasaba por la instauración de dos Estados con fronteras seguras. Este segundo grupo ha estado principalmente representado en la arena política israelí por el centroizquierda, la izquierda y las opciones árabes-israelíes, mientras que los halcones se han ubicado políticamente en la derecha, la ultraderecha y los partidos religiosos.

Es en este segundo grupo donde se ubica Gush Emunin. Aunque la mayoría de ellos siempre han sido religiosos fundamentalistas, su opción ultraterritorialista ha sido y es defendida y compartida en Israel por una parte importante de la población judía. Las razones que explican esta posición que defiende que los territorios de Judea y Samaria deben permanecer para siempre en Israel van desde aquellas puramente emocionales y religiosas a otras más pragmáticas y laicas, como la seguridad, la demografía o la historia, claro está, desde su interpretación. En este sentido, los partidarios del Gush fueron cada vez más numerosos en el seno de las distintas formaciones políticas ubicadas a la derecha del Likud, como el Partido Nacional Religioso, Ysrael Beitenu, Habayit Hayehudi o el Mafdal-RZ de Smotrich en la actualidad. Junto con estos, los jóvenes fanáticos de Gush Emunim, con sus acciones de ocupación, fueron objeto de admiración por una parte minoritaria, pero significativa, de la sociedad israelí, al considerarlos como la vanguardia que podría hacer realidad el sueño del gran Israel.

Así, para autores como Sprinzak (1986), Gush Emunim representó para esta parte de la sociedad el papel que una vez protagonizó el movimiento obrero y el movimiento kibuttzim ideológicamente vinculado al sionismo socialista en Israel. Por lo tanto, la acción de esta organización no solo condicionó el discurso territorial en Israel, sino que también vinculó de manera cada vez más estrecha a este principio ultraterritorialista con su concepción fundamentalista religiosa. De esta manera, hoy en día bien se puede hablar de un nacionalmesianismo judío que, protagonizado por este movimiento, ha conseguido en su concepción panterritorialista colonizar el discurso de aquellas opciones políticas no fundamentalistas religiosas, pero que comparten o bien la idea del Gran Israel (Eretz Israel) o bien la de que la ocupación de los territorios de Cisjordania, sobre todo, pero también de Gaza, mediante asentamientos judíos, son la mejor garantía de seguridad para Israel.

La irrupción del supremacismo judío

y su vía terrorista

Fue en el contexto de esas dinámicas del discurso mesiánico en la política israelí en la década de los setenta del siglo pasado cuando apareció el denominado kahanismo o supremacismo judío. El nombre viene del fundador de este movimiento, el rabino Meir Kahane, nacido en Estados Unidos en 1930 y cuyo padre perteneció al movimiento del sionismo revisionista liderado por Zeev Jabotinsky. Kahane fue primeramente editor del periódico Jewish Press, a la vez que desempeñó su labor religiosa como rabino. Pero su militancia política más reseñable comenzó en 1968 cuando fundó la Jewish Defense League, cuyas acciones en aquel tiempo tenían como objetivo boicotear las actividades soviéticas en Nueva York como protesta —autodefensa, según este líder— por el trato que el Gobierno de Moscú daba a los judíos que vivían en la URSS. Esos actos lo llevaron a la cárcel en Estados Unidos acusado de conspiración y de fabricación de artefactos explosivos. Tras quedar

en libertad en 1971, él y su familia se trasladaron a Israel, donde fundó el partido Kach, un movimiento antiárabe que reivindicaba la anexión a Israel de todos los territorios ocupados y la expulsión forzosa de todos los palestinos y ciudadanos árabes israelíes del país. Kahane defendió siempre que los objetivos del auténtico sionismo debían conseguirse por vías violentas. Esta actitud lo llevó a ser encarcelado varias veces también en Israel y a convertirse en el primer judío acusado de sedición en el país hebreo. Lejos de cesar en sus objetivos, y tras presentarse dos veces a las elecciones, en 1976 y en 1980, fue en los comicios de 1984 cuando consiguió un escaño en el Parlamento.

El crecimiento de este partido político fue constante hasta 1988, ya que a partir de entonces los miembros de esta formación no pudieron presentarse a las elecciones porque el Gobierno de coalición del Likud y el Partido Laborista modificó una de las leyes básicas que conforman el cuerpo constitucional israelí. Concretamente, fue la denominada Ley de la Knesset, que, a partir de ese momento, impidió que cualquier candidato que "incitara al racismo" se pudiera presentar a las elecciones, ya que además se ubicaba al margen de la legalidad (Amado, 2017: 427). Dos años más tarde, en 1990, Meir Kahane, que ya había regresado a Estados Unidos, fue asesinado por un fundamentalista egipcio. Lejos de desaparecer, y tras la muerte de su fundador, este movimiento siguió teniendo una gran influencia en el escenario político israelí de la mano de su hijo, Binyamin Zev, que lideró el Kahane Chai (Kahane Vive) durante varios años. Finalmente, esta organización también fue prohibida y decretada ilegal en Israel en 1994, tras ser señalada por Estados Unidos como terrorista. A su vez, Benyamin Zev Kahane y su esposa fueron asesinados el 31 de diciembre de 2000 por extremistas palestinos de Cisjordania, en plena intifada de al-Aqsa.

El movimiento kahanista fue pionero en el surgimiento y en el fomento del terrorismo nacional-religioso judío. Sus miembros, en su mayoría inmigrantes estadounidenses que se asentaron en Cisjordania y la franja de Gaza, recurrieron a la violencia contra palestinos para mantener el control de los asentamientos que iban ocupando, la mayoría considerados colonias ilegales por la legislación israelí. Su intención era establecer un Estado teocrático

basado en la ley religiosa judía o Halajá. La visión kahanista incluía la construcción de un tercer templo en Jerusalén, un sueño que requeriría y justificaría la destrucción de las mezquitas del Monte del Templo. El terror instigado por Kach incluyó el incendio de automóviles y autobuses propiedad de palestinos en Jerusalén y Hebrón, matando y mutilando a palestinos que viajaban en autobuses o coches privados a lo largo de las carreteras de Cisjordania y extendiendo el miedo en los campos de refugiados cerca de Belén.

El acto de terror más notorio asociado con el kahanismo fue llevado a cabo el 25 de febrero de 1994 por el doctor Baruch Goldstein. Este colono, que residía en el asentamiento de Kiryat Arba, fue el autor de la masacre de Hebrón. Cuando Goldstein iba a su lugar de trabajo ataviado con su uniforme de médico de las Fuerzas de Defensa de Israel, en el denominado Muro de Isaac, se dirigió a la conocida como cueva de los Patriarcas —mezquita de Ibrahim para el islam—, donde se encontraban rezando alrededor de 800 musulmanes, la mayor parte de ellos provenientes de Hebrón. Equipado con una ametralladora y una granada de mano, asesinó a 29 fieles e hirió a 125, y fue linchado posteriormente. El atentado fue todo un shock para la sociedad israelí y el propio primer ministro de Israel, Yitzhak Rabin, en una declaración en la Knesset, mostró su consternación y promovió medidas legislativas para la ilegalización del Kach. Pese a ello, los miembros del kahanismo consideraron a Goldstein como un mártir de la causa sionista. El Consejo de Rabinos de Israel no permitió enterrarlo en un cementerio judío, pero sus seguidores le dieron sepultura en un aledaño del parque memorial situado en Kiryat Arba, el asentamiento judío adyacente a Hebrón donde vivía Goldstein. En el lugar se erigió también un mausoleo que se convirtió en lugar de peregrinación de este colectivo. No obstante, esta construcción funeraria fue destruida por las Fuerzas de Defensa Israelíes en diciembre de 1999, tras un fallo del Tribunal Supremo. Pero la deriva a partir del mesianismo político del terrorismo religioso judío tuvo su acto más significativo en el asesinato, el 4 de noviembre de 1995, del primer ministro de Israel Yitzhak Rabin, artífice junto con Yasser Arafat de los Acuerdos de Oslo. Desde entonces, y aunque de manera aislada, se han venido produciendo actos terroristas de organizaciones judías que han tenido como

víctimas a miembros de la población palestina o de la judía-israelí (Amado, 2017).

La ultraderecha judía del siglo XXI:

más tierra, más religión y menos democracia

Al albur de la segunda intifada, también conocida como la de al-Aqsa, ya en los primeros años del siglo XXI, el fenómeno de la ultraderecha judía ha sido, junto con la progresiva desaparición del otrora dominante Partido Laborista, uno de los hechos más reseñables de la escena política israelí. Al igual que en otras partes del mundo, como Estados Unidos o Europa, el ascenso de esta ideología extremista en sus diferentes manifestaciones políticas ha alcanzado su culmen con la entrada de formaciones de ese signo en los distintos gabinetes de Gobierno que se han constituido en Israel desde el inicio de la actual centuria. Pero antes de entrar en la descripción del perfil ideológico de la ultraderecha israelí, cabe recordar que cuando hablamos de ultraderecha judía o de mesianismo político no se deben incluir en este fenómeno a los dos clásicos partidos ultraortodoxos religiosos judíos que son la formación sefardí del Shas y Yahadut Hatorah (Unión Judía por la Torá) askenazí. Ambos, de larga trayectoria en Israel desde 1948, se pueden ubicar en el conservadurismo religioso, pero no en el ámbito de la extrema derecha.

Las dos formaciones articulan su acción política en la defensa de la estricta observancia de la Halajá o reglas de comportamiento judías, siendo una de sus reivindicaciones más importantes su defensa de la exención del servicio militar para la población ultraortodoxa formada en sus yeshivas (Mahler, 2004: 75). Esta posición los ha enfrentado históricamente con los sectores no ultraortodoxos y también con los de la extrema derecha de un país donde la conscripción es obligatoria tanto para los hombres como para las mujeres judías, con la excepción de los drusos, que pueden enrolarse en el ejército solo si lo piden. La habilidad de estas

formaciones, ayudada por la atomización del escenario político israelí debido a su sistema electoral, ha hecho que, desde la conformación del primer Gobierno en Israel en mayo de 1948 hasta hoy, haya habido al menos una entidad política religiosa, cuando no las dos, en dichos gabinetes. Este hecho solo tuvo una excepción, la del 36º gabinete entre junio de 2021 y diciembre de 2022, cuando no hubo ninguna formación que representara a la ultraortodoxia religiosa judía.

A la hora definir a la extrema derecha israelí son varios los factores que construyen un perfil que, aunque con notables características devenidas del conflicto palestino-israelí, no difiere de los que identifican otros fenómenos análogos en Estados Unidos, América Latina o Europa. El primero de los rasgos es su carácter ultranacionalista, que aquí se traduce en una concepción panterritorialista de lo que debe ser el Estado de Israel. Como ya se ha apuntado, la referencia de lo que para ellos debe conformar su país deriva de una interpretación literal del Antiguo Testamento, concretamente del Génesis, 15: 18-21, que dice: "En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: 'A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates'". Aunque es cierto que en muchas ocasiones esa referencia denominada como Gran Israel (Eretz Israel) se entiende como un deseo o quimera, es la base para reivindicar como tierra judía toda Palestina, es decir, Judea y Samaria (Cisjordania) y Gaza. Esto es lo que los diferenciaría del sionismo clásico o de los pioneros que asumían como territorio israelí las fronteras de 1967, incluyendo, eso sí, algunas colonias de Cisjordania. En definitiva, este ultranacionalismo mesiánico no contempla ninguna negociación con los palestinos y menos aún la existencia de un Estado para ellos en los límites de la Palestina anterior al plan de partición de 1947. Por todo ello, el mesianismo político se opone a los Acuerdos de Oslo, siendo partidario de la eliminación de la principal estructura institucional emanada de estos: la Autoridad Nacional Palestina.

Derivada de esta concepción panterritorialista, la extrema derecha sionista defiende la ocupación de estos territorios, que deben ser habitados por judíos y no por "gentiles". Es tal la relación que establecen entre esta ocupación y el hecho bíblico que cuando esta tierra es tomada por población judía, normalmente a costa de

expulsar a la palestina, se refieren a ello como “tierra redimida”. Desde el inicio de las políticas de ocupación israelíes, el movimiento de los colonos ha ido tejiendo un estrecho vínculo primero con el conservadurismo tradicional del Likud y, sobre todo, a partir de la década de los setenta del siglo pasado, con la extrema derecha judía. En este sentido, son dos las organizaciones que en la actualidad aglutinan a la mayor parte del movimiento de colonos. La primera en crearse fue Amana, en 1976, como apéndice del movimiento Gush Emunim, que dos años más tarde se erigió en asociación independiente. Esta organización no ha dudado en utilizar la violencia a la hora de ocupar los terrenos habitados por palestinos, y además justifica y apoya los llamados outpost settlements, es decir, aquellas colonias que incluso en el sistema jurídico israelí son ilegales[126]. Ya en los inicios de los años ochenta se fundó el movimiento de colonos de Yesha Council[127], que, a diferencia del primero, es una organización que desarrolla su actividad dentro de la “legalidad” israelí.

Hoy en día los distintos movimientos de colonos están ubicados claramente en la extrema derecha ideológica, y algunos de ellos han sido sancionados por Gobiernos extranjeros, como Canadá, Reino Unido o Estados Unidos, aunque son legales en Israel[128]. Esto ha sido posible por el peso que las formaciones de ultraderecha llevan teniendo en los distintos Gobiernos de Israel (Eldar y Zertal, 2007). Además de este apoyo a la presencia de colonos judíos, las actuales formaciones políticas de la extrema derecha promueven iniciativas legislativas encaminadas a expulsar a poblaciones palestinas y árabes-israelíes de sus tierras, a derrumbar sus casas y a restringir sus movimientos preferentemente en Cisjordania, pero también en ciertas áreas del interior de Israel.

Otra de las características del mesianismo político en Israel es que las formaciones que se engloban en este mundo son partidarias de la observancia religiosa judía. En este sentido, y a diferencia de las formaciones ultraortodoxos judías como Shas o UJT, que no son muy partidarias del sionismo político, los nacional-religiosos sí que participan de esta ideología nacionalista judía en su versión más expansionista. En perspectiva religiosa, sí compartirían con los ultraortodoxos un gran espacio de estricta observancia religiosa; eso sí, y a día de hoy, con distintas intensidades, de ahí que se los

denomine como ortodoxos. Como denominador común son partidarios de una preeminencia cada vez mayor de la Halajá en la vida pública, conformando así la base del sistema legal del país. Esto conlleva la obligación del shabat y de la comida kosher o la generalización de la enseñanza religiosa a nivel general en las escuelas. Para estas formaciones nacional-religiosas, su actividad y su participación en un Estado liberal y de carácter democrático sería solo el instrumento para lograr su ideal de país, esto es, una conjunción de ultrasionismo y de observancia religiosa judía.

El rechazo a la minoría árabe, en particular, y a cualquier otra que no sea judía, en general, es otra de las características de esta ultraderecha judía, de claros tintes supremacistas, como el propio nombre del kahanismo político, Poder Judío, indica. El rechazo a la población árabe no solo hace referencia a los palestinos, sino también a los árabes israelíes, ya que verían a este colectivo como una amenaza al carácter judío del Estado de Israel. Es desde esa perspectiva desde la que hay que interpretar el apoyo que estos partidos, junto con el Likud y otros, dieron a la Ley del Estado-nación aprobada el 19 de julio de 2018. En dicha votación, de los 120 representantes del Parlamento de Israel votaron a favor de esta ley 62, mientras que 55 lo hicieron en contra. Tal como se indica en el punto 1.c de dicha ley, “el ejercicio del derecho a la autodeterminación nacional en el Estado de Israel es exclusivo del pueblo judío”; además, establecía el hebreo como la única lengua oficial[129].

Una de las diferencias más reseñables entre la derecha conservadora religiosa ultraortodoxa judía, o haredim, y la extrema derecha redencionista es su actitud respecto a la seguridad. A diferencia de los primeros, que incluso se niegan a cumplir el servicio militar, los segundos dan una gran importancia a la seguridad y son partidarios de respuestas contundentes ante cualquier amenaza, ya que la interpretan en un doble sentido: como un intento de expulsarlos de un territorio que les corresponde por derecho divino y como una amenaza existencial. Y es en la cuestión del cumplimiento del servicio militar donde estriba la diferencia más importante entre la ultraderecha redencionista y los partidos ultraortodoxos. Estos últimos se oponen con un extraordinario vigor a cumplir la conscripción, alegando que su misión es la oración como forma de

salvar y redimir al pueblo judío. Así lo han demostrado en diferentes ocasiones, la última cuando el que fuera ministro de defensa Yoav Gallant, en el contexto de la guerra de Gaza y Líbano en 2024, presionó para que este colectivo cumpliera con las obligaciones militares. Las formaciones políticas que los representan, Shas y la Unión Judía por la Torá, amenazaron con la ruptura de la coalición de Gobierno. En claro contraste con ellos, la extrema derecha no solo está a favor de cumplir con el servicio militar, sino que legitima cualquier tipo de violencia basándose en el cumplimiento de su concepción mesiánica de la política, abogando por operaciones militares frecuentes y expansivas en Gaza y Cisjordania.

Por último, y al igual que las formaciones análogas, sobre todo europeas, el ultrasionismo redencionista tiene una profunda raíz iliberal y de clara confrontación con la izquierda. A esta la acusa sobre todo de traicionar al pueblo judío por promover la paz con los palestinos y la igualdad de derechos de los ciudadanos árabes-israelíes. Ven a estas formaciones políticas y a las organizaciones no gubernamentales que defienden esos principios, como los movimientos pacifistas y los defensores de los derechos humanos, como una amenaza directa para la seguridad de Israel y para la identidad judía. Su claro poso iliberal se demostró en el pulso que el Gobierno de Netanyahu, y sobre todo estas formaciones, tuvo contra el Tribunal Supremo de Israel a raíz de la ley de reforma judicial que pretendía cercenar las capacidades de esta Corte, en lo que era una clara violación de la separación de poderes. El Gobierno pretendía limitar la capacidad de los tribunales de revisar las leyes aprobadas por la Knesset, incluidas las leyes básicas, así como modificar la elección de los miembros de esta alta Corte. Este intento de reforma provocó una movilización ciudadana sin precedentes y una división social de tal magnitud que tanto el ministro de Defensa como el propio presidente de Israel apelaron a Benjamín Netanyahu a retirarla, ya que, en palabras textuales del segundo, Isaac Herzog, en marzo de 2023, el país estaba “al borde de la guerra civil”.

En el contexto de estas manifestaciones se observó también el carácter violento de algunos miembros de esta ultraderecha, que apelaban al uso de la fuerza contra aquellos manifestantes

considerados enemigos del país. Por último, y al igual que muchos de los partidos de la extrema derecha en otros lugares del mundo, las formaciones israelíes análogas mantienen un abierto enfrentamiento con aquellos elementos que, desde su interpretación, constituyen los ejes del pensamiento liberal y de la izquierda. Estos son la defensa de los derechos del colectivo LGBTIQ +, la implementación de la Agenda 2030 para el desarrollo sostenible de Naciones Unidas, así como con el discurso feminista. También ponen en entredicho o directamente niegan la acción humana sobre el cambio climático. A esto se le uniría una concepción tanto vital como de su discurso político en parámetros milenaristas.

El escenario actual de la ultraderecha redencioncita israelí

Como en todas las expresiones y formaciones políticas en Israel, en el campo de la extrema derecha religiosa y mesiánica judía, la evolución de sus siglas y de las formaciones ha sido muy habitual. Más allá de ese hecho, lo importante es que en este primer cuarto del siglo XXI esta opción ideológica tiene más influencia y poder político que nunca, muy especialmente en el Gobierno que se conformó tras las elecciones de noviembre de 2022. Ello fue debido a la unidad acordada entre las distintas fuerzas de la extrema derecha religiosa que llevó a su coalición electoral a ser la tercera fuerza política en el Parlamento, con 14 escaños, tras los 32 del derechista Likud y los 24 de la formación centrista y laica de Yair Lapid Yesh Atid. Con esa aritmética parlamentaria se conformó lo que sin lugar a dudas ha sido el Gobierno más a la derecha de la historia de Israel, compuesto por el Likud, las formaciones ultraortodoxas del Shas y Yahadut HaTorah, y la coalición Sionistas Religiosos liderada por Bezalel Smotrich, compuesta además por Poder Judío, de Itamar Ben Gvir[130], y Noam, de Avi Maoz.

El panorama político en Israel ha virado a la derecha extrema en los últimos años, con el laborismo otrora fuerza hegemónica en el país con solo cuatro escaños, la desaparición del Meretz a la izquierda

del laborismo y del Jadash. Además, hay formaciones políticas como Ysrael Beitenu que, si bien están a la derecha del Likud, debido a su laicidad, son incompatibles con la actual coalición de Gobierno. Por lo tanto, hacer una radiografía de la extrema derecha religiosa judía y ultraterritorialista en Israel o, lo que es lo mismo, del mesianismo político en este país es referirse a las tres formaciones que componen el grupo de los sionistas religiosos: Tkuma (Resurrección Judía), de Bezalel Smotrich; Otzma Yehudit (Poder Judío), de Ben Gvir, y Noam, de Avi Maoz. La coalición de estas tres fuerzas, la tercera de la Knesset, tiene medio millón de votantes, un 12% de los sufragios emitidos en las pasadas elecciones.

Bezalel Smotrich inició su carrera política como parte del partido Bayit Yehudi (Casa Judía), que representa a los sionistas religiosos que históricamente habían estado en el Mafdal o Yamina de Naftali Bennet. Con el tiempo, se distanció de este partido y fundó Tkuma (Resurrección Judía), que a su vez fue la formación sobre la que se articuló la coalición de la extrema derecha en 2021 cambiado el nombre de partido a HaTzionut HaDatit (Partido Sionista Religioso)[131]. Esta formación ha ganado terreno dentro del espectro de la derecha israelí a medida que los votantes de la derecha religiosa buscaban una alternativa más dura y "coherente" con dichos valores. Smotrich fue ministro de Finanzas en el Gobierno de coalición encabezado por Benjamín Netanyahu en diciembre de 2022, lo que le otorgó un papel clave en la formulación de políticas económicas y fiscales, aunque su influencia principal sigue estando en temas relacionados con el territorio y la seguridad. Pero donde Smotrich se ha mostrado más diáfano en su ideología ha sido en sus numerosas afirmaciones sobre los árabes israelíes, como que los palestinos deberían "irse a vivir a otros lugares" o justificando actos de violencia contra ellos. Además, son habituales sus referencias a la importancia de mantener una "identidad judía pura", en clara oposición a los matrimonios mixtos entre judíos y no judíos. Otras declaraciones de ese tenor las pronunció tras el atentado terrorista de Hamás del 7 de octubre de 2023 que inició la actual crisis en la región y la invasión de Gaza.

Otzma Yehudit (Poder Judío) es sin duda la formación más extremista de la actual Knesset, heredera del kahanismo político.

Este partido es el representante actual del supremacismo judío y religioso ortodoxo en Israel. Fundado en 2013 como una escisión de otra fuerza de extrema derecha no religiosa, supone la continuidad ideológica del movimiento político Kach. A este colectivo de la extrema derecha religiosa y supremacista pertenecían personajes como Baruch Goldstein, autor del atentado en la Tumba de los Patriarcas en Hebrón, así como Yigal Amir, perpetrador del magnicidio contra Yitzhak Rabin en 1995. A su vez, el fundador y actual presidente de Otzma Yehudit, Michael Ben-Ari, fue declarado inelegible por motivos de incitación al racismo, siguiendo una instrucción de la Fiscalía General de Israel ratificada por la Corte Suprema el 17 de marzo de 2019. Además, este dirigente tiene prohibida la entrada en Estados Unidos al ser considerado un terrorista por su pertenencia al Kach, al que Washington incluyó en su listado de grupos de esa naturaleza[132].

Antes de las elecciones de 2022, Netanyahu negoció un acuerdo para que el Partido Sionista Religioso de Bezalel Smotrich se presentara junto con Otzma Yehudit para asegurar que ganaran escaños en la Knesset, ya que por separado podían obtener menos asientos y privarlo así de ser primer ministro. El líder más popular de Poder Judío es Itamar Ben Gvir, que desempeñó el cargo de ministro de Seguridad Nacional hasta enero de 2025. Su figura ha sido siempre muy provocativa y ya en 1995 amenazó al primer ministro Yitzhak Rabin en directo por televisión poco antes de ser asesinado. También levantó mucha polémica una imagen suya en la que se le podía ver en el salón de su casa con un retrato de Baruch Goldstein, el asesino de la matanza de Hebrón, o por pedir en 2019 la expulsión de los ciudadanos árabes-israelíes que no fueran "leales" a Israel. También por incitar a enfrentamientos violentos entre colonos judíos y palestinos en el barrio de Sheikh Jarrah en Jerusalén Este en 2021 o por sus constantes y provocadoras visitas en 2023 y 2024 a la denominada explanada de las mezquitas de al-Aqsa. Una clara muestra del perfil de este político es el titular que le dedicaba el Times of Israel el 22 de octubre de 2022: "Los objetivos políticos de Ben Gvir: llegar a extremos que ni siquiera la extrema derecha europea tocaría"[133].

La última de las formaciones que conforma el ecosistema de la ultraderecha mesiánica israelí es Noam. Fue fundada en 2019 como

una escisión del ala más ultraconservadora del Tkuma (Casa judía) y se identifica con la interpretación más ortodoxa y conservadora de los valores judíos. De hecho, su nombre viene del acrónimo en hebreo de "Nación, Torá, Familia", y la causa fundamental de su nacimiento fue que desde el Tkuma de Smotrich no se hacía lo suficiente para preservar los valores de la "familia judía". Con un discurso homófobo y ofensivo contra la comunidad LGBTIQ+, sus líderes son firmes defensores de las "terapias de conversión". La comanda el rabino Dror Aryeh y su secretario general, Avi Maoz, miembro de la Knesset tras las elecciones de 2022, dentro de la coalición de Sionistas Religiosos. Dentro del gabinete de Netanyahu, este se ocupó como viceministro de la dirección de la Agencia de Identidad Nacional Judía, cuyo principal objetivo es asegurar la veracidad de la identidad judía de aquellos que se acogen a la ley de retorno. En esta dirección se encuentra la Nativ, la agencia judía para el contacto con los judíos del antiguo bloque soviético. Esta es la última formación de extrema derecha incorporada a la citada coalición Sionistas Religiosos.

A modo de conclusión: una interpretación del 'éxito' de la extrema derecha judía

A la hora de explicar las casusas del ascenso de este conglomerado de la ultraderecha ultraconservadora y ultranacionalista judía israelí, la más importante en la historia del país desde 1948, hay que acudir a diferentes razones. Lo primero que cabría apuntar es que el auge de este tipo de formaciones en el país hebreo confirma que su inercia política se inserta de lleno en las tendencias actuales de otros dos ámbitos geográficos profundamente unidos a la historia y sobre todo a la cultura política de Israel, como son Europa y Estados Unidos. Otro elemento a resaltar es que, a diferencia de lo que está sucediendo en esos dos escenarios, donde el debate sobre la inmigración se ha convertido en uno de los ejes del discurso de aquellas ultraderechas, en este, por el contrario, no sería ni muchísimo menos el eje que vehicula el discurso del mesianismo

político israelí. Tampoco sería un elemento explicativo de esta realidad la situación económica del país, que, más allá de la carestía de la vivienda, cuestión esta que no afecta tanto a los colonos, no vive grandes dificultades en ese sentido, al menos antes de los atentados terroristas del 7 de octubre de 2023 y del inicio del posterior ciclo de guerras.

Por lo tanto, son otras las causas que, de raíz profundamente endógenas, explicarían el aumento de dicha representación y sobre todo de esa capacidad de acción política desde el Ejecutivo. Sin duda, la razón más estructural y de larga duración que explicaría todo esto se encuentra en la continuidad del propio conflicto regional, especialmente en su vertiente palestino-israelí; a su sombra y como consecuencia de las dinámicas de este enfrentamiento, guerras, atentados terroristas y ocupación de territorios, los discursos de la paz, la consecución de acuerdos o una solución de dos Estados han ido perdiendo fuerza en el escenario político israelí. A la vez que sucedía esto, ha habido una parte de la sociedad y de la clase política del país que ha interpretado que la duración de este conflicto era directamente proporcional al proceso de aumento territorial de Israel.

Es decir, en el contexto de normalización de las relaciones con los países árabes llevado a cabo por Israel desde el inicio del siglo XXI, muchos de sus dirigentes han interpretado que el conflicto con los palestinos no suponía un obstáculo y que era posible seguir ocupando tierras y a la vez normalizar las relaciones con sus vecinos árabes. Esto ha sido debido a que la causa palestina en siglo XXI, al menos hasta el 7 de octubre de 2023, más allá de la solidaridad del discurso político, no ha sido un vector definitivo para una parte de los países árabes a la hora de establecer de manera oficial o informal relaciones con Israel, lo que se conoce como la normalización regional. Esta realidad ha hecho que el discurso ultraterritorialista en Israel ganase adeptos, justo lo contrario de lo que ocurre con el de los dos Estados.

En consecuencia, y de la mano de las políticas de ocupación, la apuesta de la derecha del Likud y de la ultraderecha mesiánica judía de que el Gran Israel (Eretz Israel) es posible ha ganado adeptos. A esto también habría ayudado la percepción que tiene

gran parte de este mundo de que la comunidad internacional, básicamente Estados Unidos y la Unión Europea en menor medida, no ponen límites a estas actuaciones y conceden una suerte de carta blanca. Por lo tanto, bien se puede decir que las políticas de los colonos además de ocupar las tierras palestinas han colonizado también el discurso político en Israel, donde esa visión panterritorialista, no en su versión bíblica, sino en la hegemónica o mayoritaria, es ya muy significativa.

Otra de las razones que explicaría el ascenso y la consolidación de las fuerzas que representan el mesianismo político en Israel es la naturaleza de su sistema electoral; en concreto, la cuestión del umbral necesario para conseguir un escaño, lo que ha favorecido una atomización del escenario político (Amado, 2009). En las primeras elecciones del ya Estado de Israel de 1949 el umbral fue del 0,83% sobre un sistema proporcional de circunscripción electoral única. Desde las de 1951 hasta las de 1988 este porcentaje se modificó al 1%, siendo entre 1992 y 2003, ambos incluidos, del 1,5%. Este umbral pasó al 2% desde las elecciones de 2006 hasta llegar al actual implementado en 2015 del 3,25%[134]. Esto ha propiciado la fragmentación del escenario político israelí, a pesar del "mecanismo de corrección Bader-Ofer" que favorece a los partidos mayoritarios[135].

La realidad de este sistema ha supuesto que, para construir cualquier Gobierno sustentado en una mayoría parlamentaria viable, haya habido solo dos opciones. La primera, los denominados Gobiernos de unidad nacional, compuestos por los dos partidos con mayor representación en el Parlamento, que, incluso en los últimos años, no eran ya suficientes. La segunda, la más habitual debido también a la creciente polarización política y social en Israel, que ha sido la articulación de mayorías con un elevado número de partidos, siendo todos y cada uno de ellos fundamentales para mantener un Gobierno. Así, esta realidad no solo ha garantizado la presencia del mesianismo político en el Parlamento, sino que, unido a la creciente polarización política que se da en Israel, ha garantizado prácticamente la presencia de estos en la mayor parte de los Ejecutivos de los últimos 20 años. Esto, a su vez, ha conllevado que el mesianismo y el supremacismo judío, ahora en coalición, hayan tenido capacidad de desarrollar su agenda no solo

en el entramado legislativo y legal del país, sino también en el social, colonizando y protagonizando gran parte del discurso en Israel.

Desde su constitución en 1948, Israel ha sido un país que ha llamado a los judíos del resto del mundo a la aliyah (ascensión, en hebreo), es decir, a la inmigración de dicha comunidad a la tierra originaria. Este crisol de diásporas, como le gusta llamarse, ha experimentado desde finales del siglo XX una mutación a partir de la llegada de comunidades judías cada vez más radicalizadas, desde las de la extinta URSS a las del continente americano. Una parte no mayoritaria, aunque sustancial, de esta nueva población se ha integrado en las nuevas colonias "legales" y otra, esta sí, minoritaria, lo ha hecho en las conocidas como out of post, o "ilegales", para el propio sistema israelí. Este conjunto de nuevos colonos se ha adherido a los ya existentes conformando hoy la base electoral de los partidos de la ultraderecha ortodoxa judía y supremacista. Los datos son muy evidentes. Actualmente se estima que el número de colonos en Israel sobrepasa los 620.000, en un país que tiene alrededor de 9.300.000 habitantes. Pero el hecho fundamental en esta comunidad es que ya desde 2017 su tasa de crecimiento anual, excluida Jerusalén Oriental, es 1,75 veces mayor que la del resto de la población. Esto se ha traducido en un aumento del 3,5% anual entre los colonos frente al 2% de media del país. Además, aproximadamente el 60% del aumento de la población de colonos se debe a la reubicación de israelíes y a la llegada de nuevos inmigrantes que, en su mayoría, han decidido vivir en asentamientos[136].

Por lo tanto, el mesianismo político en Israel se ha convertido para este colectivo en la única alternativa creíble que les garantizaría que los asentamientos serán preservados de por vida. Ni tan siquiera el Likud de Netanyahu sería una garantía para la mayoría de los colonos en la defensa de esta idea, ya que recuerdan que fue aquella formación con Ariel Sharon a la cabeza la que puso en marcha el denominado plan de desconexión de Gaza. Esta decisión, aprobada por el Parlamento en 2004 y completada en agosto de 2005, supuso el abandono total por parte de Israel de la Franja de Gaza, tanto de su presencia militar como de la civil ubicada en asentamientos. Este hecho elevó la tensión política en el país de

manera notable. De una parte, los colonos se enfrentaron al Likud, a las fuerzas del orden y a los militares con intensa violencia, y, de otra, gran parte de la población de Israel manifestó su hartazgo contra los colonos, a los que acusaban de poner no pocas veces en peligro la seguridad de Israel y la de sus fuerzas armadas. En definitiva, son causas estructurales endógenas, derivadas de la continuidad del conflicto regional múltiple que protagoniza Israel, las que explican esa emergencia de la derecha extrema judía. A ellas se suman otras más coyunturales y menos conocidas como la ola de violencia desatada en las ciudades mixtas de Israel como Haifa y Acre entre ciudadanos árabes-israelíes y colonos judíos en la primavera de 2021. Todo ello explicaría a día de hoy el éxito del mesianismo redencionista y supremacista en Israel. Está por ver si la dinámica de guerra desatada tras los atentados terroristas de Hamás de octubre de 2023 fortalece o no estas tendencias.

Bibliografía

Amado

Castro

, V. M. (2009): “Israel o la atomización de la política. De los Acuerdos de Oslo hasta la actualidad”, en I. Álvarez-Ossorio y L. Zacara (eds.), Elecciones sin elección. Procesos electorales en Oriente Medio y el Magreb, Ediciones del Oriente Medio y Mediterráneo, Madrid, pp. 94-131.

— (2016): “Redimir la tierra: Origen, desarrollo e influencia del mesianismo político en Israel”, en F. Luengo y F. Molina (eds.), Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la sociedad española contemporánea, Comares, Granada, pp. 435-448.

— (2018): “La ley del perseguidor: Una introducción al terrorismo religioso judío”, Hispania Nova, nº 16, pp. 417-444.

Ben Ami

, S. y

Medin

, Z. (1981): Historia del Estado de Israel, Rialp, Madrid.

Culla

, J. B. y

Fortet

, A. (2024): Israel. La tierra más disputada. Del sionismo al conflicto de Palestina, Península. Madrid.

Eldar

, A. y

Zertal

, I. (2007): Lords of the Land. The war over Israeli's settlements in the occupied territories, 1967-2007, Nations Books, Nueva York.

Forti

, S. (2024): Democracias en extinción. El espectro de las autocracias electorales, Akal, Madrid.

Hershkowitz

, I. (2015): Obedience and Civil Disobedience in Religious Zionism from Gush Emunim to the Price Tag Attacks, Jacobs Center for Shared Society, Jerusalén.

Lustick

, I. S. (1998): "For The Land and The Lord: The Emergence of Jewish Fundamentalism in Historical Perspective", New York: Council on Foreign Relations.

Mahler

, G. S. (2004): Politics and Government in Israel. The Maturation of a Modern State, Rowman and Littlefield Publishers, Nueva York.

Sand

, S. (2013): La invención de la tierra de Israel. De Tierra Santa a madre patria, Akal, Madrid.

Shindler

, C. (2008): A History of Modern Israel, Cambridge University Press, Cambridge.

Sprinzak

, E. (1986): “Gush Emunim: The Politics of Zionist Fundamentalism in Israel”, The American Jewish Committee lnstitute of Human Relations, Nueva York.

Sobre las autoras y autores

Antonio Rivera

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco. Director del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda e investigador principal del Grupo del Sistema Universitario Vasco "Nacionalización, Estado y violencias políticas". Entre otros libros, es autor de Historia de las derechas en España (1789-2022) (Los Libros de la Catarata, 2022) y (con Santiago de Pablo) de Profetas del pasado. Las derechas en Álava (Ikusager, 2014); también publicó Antología del discurso político (Los Libros de la Catarata, 2016).

Víctor Manuel Amado Castro

Profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco. Investigador invitado en la Universidad de Tel Aviv. Miembro del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda. Forma parte como investigador del Grupo del Sistema Universitario Vasco "Nacionalización, Estado y violencias políticas". Entre otras publicaciones sobre Israel y Oriente Medio, es autor del libro La Internacional Socialista y el laborismo israelí ante el conflicto de Oriente Medio 1947-1983 (Los Libros de la Catarata, 2019). Es además observador electoral internacional y ha participado en más de una decena de misiones de observación con la OSCE y la UE.

Aida Vitoria

Es una joven historiadora que comenzó estudiando los fascismos de entreguerras y ha ido especializándose en el análisis de las nuevas derechas. Tiene un máster en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco y su tesis doctoral la está desarrollando

en torno a los orígenes de Vox, bajo la dirección de Antonio Rivera.

Javier Imízcoz Abecia

Es doctorando de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y en la Université Bordeaux Montaigne. Especialista en las relaciones transnacionales de las extremas derechas, actualmente se encuentra finalizando su tesis doctoral “Las extremas derechas españolas y francesas entre la crisis de la Iglesia y la desaparición del régimen franquista (1962-1982). Vínculos, influencias y miradas cruzadas”.

Steven Forti

Profesor titular en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universitat Autònoma de Barcelona. Está especializado en la historia de los fascismos, los nacionalismos y las extremas derechas. Es miembro del Centre d’Estudis sobre Dictadures i Democràcies (CEDID) y del consejo de redacción de las revistas Ayer, Spagna Contemporanea, Política & Prosa y CTXT. En la actualidad es también coordinador local del proyecto de investigación europeo “Analysis of and Response to Extremist Narratives” (ARENAS). Entre otras obras, es autor de Democracias en extinción. El espectro de las autocracias electorales (Akal, 2024) y Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla (Siglo XXI, 2021), además de editor de Mitos y cuentos de la extrema derecha (Los Libros de la Catarata, 2023).

Luis G. Prado

Es licenciado en Derecho y Ciencia Política, editor y traductor. Como fundador de la editorial Alamut Bibliópolis ha publicado más de dos centenares de títulos de fantasía, ciencia-ficción y novela histórica, entre los que destacan los del autor polaco Andrzej Sapkowski, así como la edición con nueva traducción de novelas y

relatos de Isaac Asimov y Arthur C. Clarke. Ha traducido obras de Asimov, Thomas M. Disch, Fredric Brown, Keith Roberts, Lisa Goldstein, Adrian Tchaikovsky y Ted Chiang. Es autor de los libros Crepúsculo en Budapest. Hungría en los tiempos de Orbán (Báltica, 2021) y Vida en un clima iliberal. Despachos húngaros 2020-2022 (Marelle, 2022).

Tania Domínguez

Licenciada en Periodismo por la Universidad Lomonosov de Moscú y máster en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco-El Correo. Ha trabajado en el gabinete de prensa de la Embajada de España en Moscú y en diferentes medios, tanto internacionales (Antena 3 en Moscú, Radio Moscú Internacional, etc.) como nacionales (El Correo, Diario de Navarra, revista política La Clave…). Es una de las pocas periodistas occidentales que consiguió entrevistar en exclusiva al último dirigente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov.

Iván Igartua

Catedrático de Filología Eslava en la Universidad del País Vasco. Miembro de la Academia Europaea (sección Linguistic Studies) y de Jakiunde. Academia de las Ciencias, las Artes y las Letras. Investigador principal del grupo del Sistema Universitario Vasco "Lingüística diacrónica, tipología e historia del euskera". Su libro más reciente es Fundamentos de tipología lingüística (Síntesis, 2023). Ha colaborado en El País (edición País Vasco), El Correo y Diario Vasco.

Maximiliano Fuentes Codera

Profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universitat de Girona, donde también dirige la Cátedra Walter Benjamin. Memoria y Exilio. Entre sus últimos libros destacan Spain and Argentina in

the First World War. Transnational Neutralities (Routledge, 2021), Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia (Deusto, 2022, con Javier Rodrigo), The Flu Pandemic of 1918-1919. A Political and Cultural Approach from a COVID World (Routledge, 2023) y Sánchez Mazas. El falangista que nació tres veces (Taurus, 2025).

Virginia López de Maturana

Profesora de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y vicedecana de su Facultad de Letras. Entre otras obras, es autora de La reinvención de una ciudad. Poder y política simbólica en Vitoria durante el franquismo (1936-1975) (UPV/EHU, 2014) y de Un dictador en Vitoria. La transformación de la ciudad a través de las visitas de Franco (Beta III Milenio, 2024).

Eva Borreguero

Profesora de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Investiga sobre nacionalismo, política e identidad religiosa y geopolítica en Asia. Miembro del Instituto de Ciencias de la Religión (UCM). International Visitor Leadership Program Alumni. Ha sido becaria Fullbright (2004-2006). Autora, entre otras obras, de Hindú. Nacionalismo religioso y política en la India contemporánea (Los Libros de la Catarata, 2004) e India. Historia de una civilización (Shackleton books, 2022).

NOTAS

1 . Daniel Innerarity, “La radicalización de los conservadores”, La Vanguardia, 23 de octubre de 2021 (https://lc.cx/sdgPTg).

2 . Su origen está en el ciclo de conferencias realizadas en el primer trimestre de 2024 en la Casa de Cultura Ignacio Aldecoa Kulturetxea de Vitoria Gasteiz. Bajo el título “Qué hay más allá de la derecha” reunió a una gran parte de los autores y autoras.

3 . Natascha Strobl, La nueva derecha: un análisis del conservadurismo radicalizado, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2022; también Wilhelm Heitmeyer, Authoritarian Temptations and Right-Wing Threat Alliance: The Crisis of Capitalistic Societies in an Uncertain Future, Springer, Nueva York, 2024.

4 . Sus adversarios progresistas vascos no dudaron en “hacer sinónimas las palabras fuerista, moderado, retrógrado y absolutista” (Fernández Sebastián, 2002: 353-354).

5 . “Trump dice a los cristianos que si le apoyan no tendrán que volver a las urnas: ‘Lo arreglaremos tan bien que no tendréis que votar’”, El País, 27 de julio de 2024. Sobre la declaración de Orbán, véase el capítulo de G. Prado en este mismo volumen.

6 . Un tanto diferentes de ellos, los nuevos conservadores radicalizados sí que aspiran a sentar su cosmovisión desde una

alternativa de futuro, fijando para siempre y por cualquier medio las características de esta (Strobl, 2022).

7 . La tesis clásica de esa concepción historicista, en los últimos tiempos reactualizada por Francis Fukuyama (2015 [1994]: 56): “El siglo XX fue testigo de cómo el mundo desarrollado se sumergió en un paroxismo de violencia ideológica, cuando el liberalismo se batió primero contra los vestigios del absolutismo, después contra el bolchevismo y el fascismo y, por último, contra un marxismo puesto al día que amenazaba con llevar al apocalipsis definitivo de la guerra nuclear”.

8 . Fusi (2000: 188) resume la presencia del nacionalismo español a finales del XIX en Menéndez Pelayo, Pérez Galdós (liberal y popular) y Costa (regeneracionista). Véase también Morales (2013: 502-524).

9 . Ese mismo carácter afecta a los referentes históricos de la cultura derechista que acaban por instalarse en el conjunto del nacionalismo españolista: los Reyes Católicos, Felipe II, san Ignacio, la conquista y evangelización de América (con sus héroes particulares), la Virgen del Pilar y la Moreneta, y la guerra de Independencia en su vertiente de guerra nacional antifrancesa.

10 . Recuérdese el axioma de Alexis de Tocqueville de que el proceso de centralización administrativa del Estado absolutista culminaba en la revolución liberal. Cambiaba la concepción de la soberanía por completo, pero la deriva de fortalecimiento estatal era la misma (La democracia en América, original de 1835-1840, selección a cargo de J. Peter Mayer, Gallimard, París, 1968; citamos por la edición española de 1985, de Orbis, pp. 54 y 55).

11 . La gran derrota francesa ante Prusia y la pérdida de Alsacia y Lorena explican la posición de Renan (véase la introducción de Andrés de Blas a la edición de ¿Qué es una nación? de Alianza, 1987).

12 . Antonio Cánovas del Castillo, “Discurso sobre la nación. Inauguración del curso del Ateneo de Madrid”, noviembre de 1882. Remitimos a la edición de Andrés de Blas en Biblioteca Nueva (la primera, de 1997).

13 . Antonio Rivera, “República federal laica”, El País, 1 de diciembre de 2022.

14 . Este ha desarrollado históricamente una fórmula preliberal de relación con España a través de la Corona y no de la Constitución. Solo en los últimos años se han citado juntos PNV y República; la “cultura política ETA” (hoy EH Bildu) sí que ha hecho profesión de fe republicana (vasca, se supone).

15 . Se podría añadir como sexto incluso a don Juan, que pugnó también con su padre, Alfonso XIII.

16 . Solo como ejemplo: “El rey tendrá que sancionar la ley de amnistía en 15 días por imperativo legal”, El Debate, 26 de mayo de 2024.

17 . En ello coincidía Arno J. Mayer en Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1936. An Analytic Framework (1971); el original de Weber era de 1965.

18 . También influyó la escasa dimensión de una burguesía y de unas clases medias modernizadas que hicieran suyas corrientes laicas como el darwinismo social o el positivismo. Un siglo después se repitió el caso con la escasa influencia de pensadores de la nueva derecha como Alain de Benoist. Sobre esta recepción, la reciente tesis doctoral, aún inédita, de Pau Hernández Delgado (2024).

19 . También tecnocracia como fórmula de resolución natural de los conflictos, en línea con el conservadurismo burocrático de Fernández de la Mora que antaño habían manejado otros como Bravo Murillo, González Bravo o Calvo Sotelo (González Cuevas, 2015).

20 . En el verano-otoño de 1981 Huneeus (1985) reconocía en UCD hasta una decena de “familias”: el “aparato”, democristianos de Alzaga y de Lavilla, socialdemócratas de Luis González Seara, de Fernández Ordóñez y de Luis Gámir, liberales, “azules” de Martín Villa, “populares” de Cabanillas y Pérez-Llorca, Calvo Sotelo y Suárez.

21 . La necesidad de preservar el Estado la señala Ignacio Sánchez-Cuenca (2014). En esa línea y desde dentro, Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona (2015).

22 . La transición de la Iglesia católica, de la mano del cardenal Tarancón, tuvo lugar diez años antes que la política. En ese tiempo jugó el papel de acompañante de esta, pero luego, en los años ochenta, regresó a sus posiciones conservadoras en torno a cuestiones como el aborto o la enseñanza concertada. A partir de ahí, todo fue, en general, una vuelta a los postulados más derechistas.

23 . Todo ello se acompañó de otra pugna paralela por el control de los medios de comunicación públicos y privados.

24 . Se remite al capítulo de Aida Vitoria en este mismo volumen.

25 . Dos europeas en 2019 (6,21% de los votos y cuatro escaños) y 2024 (9,56% y seis); tres generales en 2019 en dos casos (en abril, 10,25% y 24; y en noviembre, 15,08% y 52) y en 2023 (12,38% y 33); 35 en otros tantos Parlamentos autonómicos desde las andaluzas de 2018 hasta 2024, y dos convocatorias municipales en 2019 y 2023.

26 . En origen, woke remite a estar despierto ante injusticias que no se perciben por estar socialmente asumidas, lo que lleva a sus partidarios a acentuar su actitud y reacciones, algo que los hace incómodos para muchos sectores, no inevitablemente de las derechas extremas o del conservadurismo.

27 . Manifiesto fundacional de Vox, https://lc.cx/OO7CJh.

28 . Véase https://lc.cx/71v16p.

29 . Se distinguen tres épocas y sectores: uno inicial y minoritario proveniente de la ultraderecha española neofranquista (Buxadé, Ortega Smith y Kiko Méndez Monasterio), otro de los que pretendían desde 2013 recrear un “PP auténtico” (Vidal Cuadras y Abascal) y el tercero, el sector ultraliberal de Espinosa de los Monteros y Rocío Monasterio, ahora desplazados por el ala

“falangista” (y hasta alejados del partido).

30 . La obra referencial de Alain de Benoist es Vu de droite: anthologie critique des idées contemporaines (1977).

31 . Abascal es el presidente del partido Patriotas por Europa, pero no lo es del eurogrupo homónimo. A pesar de no ser igual, pero al estar compuestos prácticamente por los mismos partidos, emplearé alternativamente los términos eurogrupo y partido para referirme a estas coaliciones europeas.

32 . Véase https://ecrgroup.eu/about.

33 . Véase https://lc.cx/AWCbwc.

34 . Véase https://lc.cx/oBiJDU.

35 . Véase https://lc.cx/F4XbZE.

36 . Hay un vídeo de lo ocurrido disponible en https://lc.cx/kfDS-n.

37 . Véase https://nacionespanola.org/.

38 . Un hijo de Gustavo Bueno, de su mismo nombre, publicó con Abascal En defensa de España (2008).

39 . La entrevista, en el canal de YouTube esRadio, https://goo.su/VHYrb.

40 . Véase https://neosfundacion.es/.

41 . Véase la sentencia en https://n9.cl/31rp4.

42 . Véase https://n9.cl/xx08s.

43 . Carta de despedida de Santiago Abascal, https://n9.cl/va7kw.

44 . Véase https://n9.cl/krn90.

45 . Véase https://n9.cl/u1w7p.

46 . Véase https://lc.cx/nPIBYS.

47 . Véase https://n9.cl/85pa7.

48 . Véase https://n9.cl/42wbf.

49 . Véase https://n9.cl/0apby.

50 . Véase https://n9.cl/755qq.

51 . Véase https://lc.cx/gAFz7Z.

52 . Según una encuesta poselectoral del CIS https://n9.cl/ddgui.

53 * Proyecto PID2022-138385NB-I00 financiado por MCIN/AEI/ 10.13039/50110 0011033, en el marco del Grupo de Investigación de la UPV/EHU GIU23/007.

54 . “La réussite des Jeux Olympiques de Paris ne peut pas être sans lendemain”, Le Monde, 12 de agosto de 2024.

55 . “Las muchas victorias de París 2024”, El País, 12 de agosto de 2024.

56 . “Déclaration de M. Emmanuel Macron sur l’organisation et le déroulement des Jeux Olympiques de Paris 2024”, 12 de agosto de 2024, https://n9.cl/pdw4c0.

57 . Ibidem.

58 . Ambos en función del PIB. “World Economic Outlook

Database”, FMI, octubre de 2023, https://n9.cl/6z4blp; “GDP (current US$)”, World Bank Group, 2023, https://n9.cl/79vfc.

59 . “L’essentiel sur… le chômage”, INSEE, 9 de agosto de 2024, https://n9.cl/9rsct.

60 . Que se redujo a un 0,9% en 2023. “Contributions des principaux agrégats à la croissance du produit intérieur brut”, INSEE, 3 de junio de 2024, https://n9.cl/a3tgef.

61 . “Opinions et perceptions des Français à l’égard du déclin de la France”, IFOP, 26 de noviembre de 2021, https://n9.cl/7q3tk.

62 . Ibidem.

63 . “Prédictions 2024”, IPSOS, diciembre de 2023, https://lc.cx/diNKqm.

64 . “Les Français (encore) bien pessimistes pour cette année 2024”, Le Progrès, 2 de enero de 2014, https://lc.cx/M_RSsl.

65 . Este esquema simplificador ha sido profundamente revisado y matizado. Numerosos ilustrados, como Voltaire o Diderot, denunciaron la degeneración de su época. Otros, en cambio, consideraron la Edad Media el camino de avance y progreso hacia el Renacimiento (André y Bernard, 2006).

66 . En sentido contrario, ideólogos ultraderechistas como Barrès, Daudet y Déroulède, firmes defensores del restablecimiento de los valores militares en la sociedad, no escatimaron críticas hacia los integrantes del movimiento.

67 . La principal revista de la ultraderecha gala de posguerra (1952-1982) adoptó el título de la obra.

68 . “Chômage en France de 1975 à 2021”, INSEE, 5 de marzo de 2022, https://lc.cx/jWNNew.

69 . Acrónimo de Groupement de Recherche et d’Etudes pour la Civilisation Européenne (Grupo de Investigación y Estudios para la Civilización Europea), que se confundía deliberadamente con Grecia (en francés).

70 . Algunas de estas ideas las había planteado ya en Le nouvel âge (París, Marcel Rivière, 1970).

71 . Para Freund, sin embargo, esta Europa ya no sería la misma. Replegada en su propio territorio y sin más afán que el de sobrevivir, su vocación original quedaría sepultada para siempre.

72 . Dedicó numerosas obras a la cuestión desde 1975, como Le refus de la vie. Analyse historique du présent (París, Calmann-Lévy, 1975) o La peste blanche (París, Gallimard, 1976).

73 . Que se reclamaba como “la radio libre del país real y de la

francofonía”.

74 . Georges Liébert, su inspirador, afirmó: “[…] nació, de hecho, el día después de Mayo del 68” (Châton, 2007: 131-164).

75 . Sobre su rechazo a Maurras y a la Acción Francesa en el periodo de entreguerras, véase Aron (1985: 98).

76 . Una de las tres partes de la primera, “De la décadence. L’autocritique française il y a un siècle e aujourd’hui”, está íntegramente dedicada a la cuestión.

77 . El curso llevó por título “La décadence de l’Occident”.

78 . La versión original apareció en 1983 como Mémoires. 50 ans de réflexion politique (París, Éditions Julliard).

79 . La obra de Pierre Chaunu Histoire et décadence no fue sino la primera de la colección del mismo nombre dirigida por el historiador a lo largo de los años siguientes. En ella participaron investigadores prestigiosos, lo que contribuyó a reforzar en buena medida el estatus científico de los análisis consagrados a la cuestión.

80 . Su texto fue publicado como artículo poco después, véase Taguieff (1985). En 2008, el filósofo dedicó un ensayo a Freund titulado Julien Freund, au cœur du politique (París, La Table ronde).

81 . El máximo exponente del optimismo epocal en Francia fue la obra del empresario y consejero político Alain Minc: La mondialisation heureuse, París, Plon, 1997. Dicha obra contribuyó a popularizar el concepto en el mundo académico e intelectual, generalmente para criticarlo o anunciar su fin.

82 . Los conceptos “declinismo” y “declinista” se han impuesto en Francia en las últimas décadas a los de “decadentismo” y “decadentista”. Aquí continuamos empleando los segundos por coherencia con los epígrafes anteriores.

83 . Baverez ocupa también el cargo de tesorero de la Sociedad de Amigos Raymond Aron.

84 . Sobre este conglomerado intelectual heteróclito, véase también Durand y Sindaco (2015).

85 . Sobre la recepción de Front Populaire del socialista libertario Michel Onfray en España, véase El País, 23 de junio de 2020.

86 . “Annonce de candidature d’Éric Zemmour à la Présidentielle de 2022”, https://n9.cl/yqs11n.

87 * Los resultados presentados en este capítulo forman parte del proyecto “Analysis of and Response to Extremist Narratives” (ARENAS), que ha recibido financiación del programa de investigación e innovación Horizon Europe de la Unión Europea en virtud del acuerdo de subvención nº 101094731.

88 . Fratelli d'Italia, "In Europa a testa alta. Il programma di FdI-AN per le elezioni europee 2014", https://n9.cl/0q7ji.

89 . Fratelli d'Italia, "Tesi di Trieste per il movimento dei patrioti", 2017, https://n9.cl/m0t1n.

90 . Véanse, respectivamente, Fratelli d'Italia, "Tesi di Trieste per il movimento dei patrioti", op. cit. y Luigi Mastrodonato, "L'ossessione del ministro Lollobrigida per l'etnia italiana. Che non esiste", Wired.it, 12 de mayo de 2023, https://n9.cl/dffm2.

91 . Véase, por ejemplo, Fratelli d'Italia, "Tesi di Trieste per il movimento dei patrioti", op. cit.

92 . "National Conservatism: A Statement of Principles", https://n9.cl/z4h32.

93 . "The growing peril of national conservatism", The Economist, 15 de febrero de 2024, https://n9.cl/46cq3.

94 . Unas primeras consideraciones al respecto las he desarrollado en Forti (2024b: 208-224).

95 . Novella Maria De Luca, "Donne, gay, migranti: l'anno nero dei diritti. 'L'Italia è arretrata su tutti i fronti'", La Repubblica, 18 de diciembre de 2023, https://lc.cx/tfw2wS.

96 . “Meloni, il premierato è la madre di tutte le riforme”, Ansa.it, 23 de febrero de 2024, https://n9.cl/x36y1.

97 . Gustavo Zagrebelsky, “Il premierato che ci trasforma in un’autocrazia illiberale”, La Repubblica, 21 de marzo de 2024, https://n9.cl/bnh7qf.

98 . Véase “Rusia Unida”, https://lc.cx/FshORx.

99 . Disponible en kremlin.ru.

100 * El autor forma parte del proyecto “La democracia y sus enemigos (1918-1931): España, la primera posguerra, la dictadura de Primo de Rivera y sus articulaciones con Italia, Portugal y Argentina” (PID2020-112800GB-C22), el Grup de Recerca en Guerra, Radicalisme Polític i Conflicte Social (GRECS) y la red Voices. Violencia, Identidad y Conflicto en la España del Siglo XX.

101 * Este capítulo forma parte del Proyecto PID2022-138385NB-I00, financiado por MCIN/AEI/ 10.13039/501100011033, en el marco del Grupo de Investigación de la UPV/EHU GIU23/007.

. BBC News, 16 de noviembre de 2016, https://n9.cl/lvsp3.

102 . La traducción es de la autora.

103 . “Pundits love to point to the 2011 event as the night Trump’s

political ambition crystallized", The Washington Post, 26 de febrero de 2017.

104 . El Mundo, 7 de abril de 2011.

105 . Los Angeles Times, 6 de agosto de 2015. La cadena estadounidense Fox News organizó dos debates en dos tandas. En el primero (celebrado a solo cuatro horas del segundo) participaron los siete candidatos con menos apoyos, según los cinco sondeos nacionales más recientes. En el segundo, los que, según las encuestas, tenían más opciones de ser nominados.

106 . Los Angeles Times, 6 de agosto de 2015.

107 . El País, 25 de julio de 2015.

108 . "Pence Remarks to Tea Party Rally on Capitol Hill", Standard Newswire, 31 de marzo de 2011, https://n9.cl/ld5ryi.

109 . Voz de América, 29 de marzo de 2015, https://n9.cl/5mpd0.

110 . The Times, entrevista a Steve Bannon, "Maga can rule for 50 years and Farage will be PM", 30 de noviembre de 2024; The Guardian, "Nigel Farage 'very pleased' Elon Musk backs Reform UK, calling him a 'hero'", 3 de enero de 2025; The New York Times, "Musk Doubles Down on Support for German Far-Right", 28 de diciembre de 2024.

111 . El Mundo, 26 de septiembre de2016, “Clinton vs. Trump: 90 minutos de vieja política contra nueva política”.

112 . Financial Times, 17 de enero de 2017.

113 . The New York Times, 20 de enero de 2017.

114 . The New York Times, 20 de enero de 2017.

115 . @realDonaldTrump, 7 de diciembre de 2018 (la traducción es de la autora).

116 . El País, 11 de marzo de 2020.

117 . BBC News Mundo, 26 de marzo de 2020.

118 . El Mundo, 24 de abril de 2020.

119 . @realDonaldTrump, 28 de mayo de 2020 (la traducción es de la autora).

120 . El Confidencial, 7 de enero de 2021.

121 . La “intocabilidad” es el fenómeno de discriminación de los niveles inferiores del sistema de castas, formado por los “intocables” (llamados así porque el contacto con ellos se consideraba altamente contaminante) o dalits (oprimido), término contemporáneo que recoge la conciencia de lucha social contra la discriminación. En el siglo XX, líderes de los movimientos dalits han promovido la conversión a otra religión para acabar con esta lacra social. En 1981, miles de dalits se convirtieron al islam en el sur de la India, lo que movilizó a los cuadros de la RSS para buscar fórmulas de integración de estos grupos históricamente marginados (Ashutosh, 2019: 56).

122 . Margaret Elizabeth Noble, conocida como Sister Nivedita, fue una irlandesa comprometida con el nacionalismo indio en el periodo colonial y fuente de inspiración para los artistas de la escuela de pintura nacionalista bengalí (Mitter, 1994: 257).

123 . La rani de Jhansi fue una de las figuras heroicas de la revuelta contra los británicos de 1857, el motín de los cipayos. Fue el equivalente indio de Juana de Arco (Kulke y Rothermund, 1998: 237).

124 * Este trabajo se enmarca en el proyecto “Desimperialización y procesos de construcción nacional en el Atlántico hispano” (PID2022-136467NB-100).

125 . Desde el punto de vista del derecho internacional público sobre la base de la resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de 1967 y la última resolución 2334 de 2016, “[…] el establecimiento de asentamientos por parte de Israel en el territorio palestino ocupado desde 1967, incluida Jerusalén

Oriental, no tiene validez legal y constituye una flagrante violación del derecho internacional y un obstáculo importante para el logro de la solución biestatal y de una paz general, justa y duradera".

126 . Han sido dos al menos los países que han impuesto sanciones a este movimiento en 2024: Canadá y Reino Unido, https://n9.cl/fdu1g.

127 . Consúltese su web en https://myesha.org.il/.

128 . Estados Unidos impuso sanciones por motivos similares a los de Reino Unido a otra organización, Hashomer Yosh, https://n9.cl/ngpw3.

129 . Véase https://n9.cl/zyy8r. El debate constitucional sobre esta ley, en https://n9.cl/tx1xg.

130 . Esta formación dejó el Gobierno el 18 de enero de 2025 tras la firma del acuerdo de alto el fuego entre Hamás e Israel con mediación de Catar. Su líder no descartó volver si se retomaban los ataques en Gaza.

131 . Véase https://zionutdatit.org.il/.

132 . Se puede consultar su web personal en hebreo en https://drbenari.co.il/.

133 . Véase https://n9.cl/chyv9.

134 . Además de la web del Parlamento de Israel, véase https://n9.cl/w0o2n.

135 . Sobre este sistema, véase https://n9.cl/5svwd.

136 . Véase https://n9.cl/8aydg.